

Alfonso López Quintás

LA REVOLUCIÓN OCULTA

MANIPULACIÓN DEL LENGUAJE Y SUBVERSIÓN DE VALORES

«Las palabras son, a menudo, en la Historia más poderosas que las cosas y los hechos.»

(M. Heidegger [*Nietzsche I*, Neske, Pfullingen 1961] 400).

«El mundo no se salvará más que por los hombres libres. Hay que hacer un mundo para los hombres libres» (G. Bernanos: "Europa libre, Europa cristiana").

(Benda, Jaspers: *El espíritu europeo*, [Guadarrama, Madrid 1957] 282)

“La libertad es la victoria aplicada sobre el arbitrio. Pues la libertad coincide con la necesidad de la verdad. Cuando soy libre, no quiero tal cosa o la otra porque la quiero, sino porque me he persuadido de que es justo. Lo que exige la libertad no es que se actúe arbitrariamente, o por obediencia ciega, o bajo cualquier coacción exterior, sino después de haberse asegurado uno mismo, después de una certeza. (...) La conquista de la certeza (...) –la libertad- exige que las opiniones vulgares se superen”

(Cf. Karl Jaspers: “¿Qué es Europa?”, o.c., 291).

PRESENTACIÓN

Desde hace un tiempo, los pueblos occidentales están siendo agitados por una "revolución oculta", que de modo solapado -apenas perceptible para multitud de personas- lleva a cabo una lenta e implacable alteración de la escala de valores. Esta “subversión de valores” encierra suma gravedad, pues no afecta sólo a ciertas concepciones de la vida sino a la calidad misma de nuestra existencia como personas.

Este movimiento revolucionario arranca del temor al espíritu que surgió tras la hecatombe de las dos guerras mundiales. El animal mata lo necesario para subsistir, pero no monta guerras, no planifica el exterminio en masa. El hombre, por estar dotado de espíritu y, consiguientemente, de inteligencia y capacidad de planificación, puede proyectar sistemáticamente el sacrificio de pueblos enteros, reducidos a la simple condición de "enemigos". La primera condición para atacar a alguien es reducirlo de valor, y esta reducción la lleva a cabo el espíritu.

Ello explica la abierta hostilidad hacia el espíritu y la vida espiritual que se declaró en el corazón de Europa tras la primera guerra mundial (1918). Se pensó ingenuamente que la solución de los conflictos entre los pueblos sólo podía provenir de la renuncia a la vida espiritual y el descenso lúcido y voluntario a niveles de vida infrapersonales, infracreativos, infraresponsables. Este descenso de plano siguió dándose hasta nuestros días en todas las ramas de la cultura: la literatura, el arte, la filosofía... Se considera frecuentemente al "espíritu" como "enemigo de la vida" -entendido este término de forma borrosa, sin la debida matización- y se pide que todas las actividades humanas sirvan a la vida.

«La misión del tiempo nuevo -escribió Ortega en la década de los 20- es (...) mostrar que es la cultura, la razón, el arte, la ética quienes han de servir a la vida».

«¿No es incitante la idea de convertir por completo la actitud y, en vez de buscar fuera de la vida su sentido, mirarla a ella misma? ¿No es tema digno de una generación que asiste a la crisis más radical de la historia moderna hacer un ensayo opuesto a la tradición de ésta y ver qué pasa si en lugar de decir "la vida para la cultura" decimos "la cultura para la vida"?»¹.

La dura experiencia de los últimos decenios nos ha permitido descubrir, sin embargo, que la única forma de resolver las escisiones que generan conflictos es por vía de elevación: no enfrentando a las partes en litigio y concediendo la primacía a una de ellas, sino integrándolas de forma que se complementen y enriquezcan. El hombre se desarrolla plenamente y logra su felicidad cuando sabe integrar vida y espíritu, cuerpo y alma, el yo y el tú, la persona y la comunidad, lo temporal y lo eterno...

Esta capacidad de vincular aspectos de la realidad que parecen oponerse cuando se los ve de modo superficial exige una inteligencia plenamente desarrollada en sus tres direcciones básicas: largo alcance, amplitud y profundidad. Este desarrollo de la inteligencia es bloqueado de forma dolosa, siniestramente eficaz, por las tácticas manipuladoras. El manipulador adopta una actitud sofisticada: pone los recursos expresivos del lenguaje a su servicio, no al servicio de la verdad que nos enriquece a todos, y da por supuesto que tal actitud es la propia de una persona ilustrada y moderna. Frente a esta cínica pretensión, urge advertir que tergiversar el lenguaje para dominar arbitrariamente las mentes de las personas, sojuzgar sus voluntades y modelar sus sentimientos destruye la relación de respeto y estima que debe unir a los hombres.

El presente libro tiene como meta poner al descubierto la verdadera intención de las tácticas manipuladoras. Para ello expondrá qué significa manipular, quién manipula, para qué lo hace y qué medios moviliza. Al descubrir los trucos manipuladores, superamos mil malentendidos y abrimos la posibilidad de llevar una vida auténticamente libre y creativa. La libertad es una tarea, no un don que pueda recibirse como un objeto. El primer quehacer del hombre que desea vivir libremente es inmunizarse contra todo género de ilusionismo mental o manipulación que intente envolverlo en la maraña del desconcierto espiritual.

No es fácil esta tarea, porque la manipulación actual usa tácticas bastante refinadas y nos ataca desde dentro de nosotros mismos, alterando arteramente nuestros modos de pensar, nuestros criterios de conducta, nuestros ideales. Es un ataque por vía de asedio interior, que es el más difícil de repeler.

El momento actual de la humanidad sobrenada en posibilidades de todo orden. Para que tal abundancia no degenera en anegamiento suicida es urgente distinguir a los maestros de los embaucadores. Tal labor de discernimiento es ineludible si se quiere evitar que el sistema democrático de convivencia se convierta en un gran río revuelto donde puedan hacer su pesca depredadora los afanosos de poder. No basta vivir en una democracia para gozar de auténtica libertad. La libertad de pensar con rigor e independencia, orientar la voluntad hacia las metas a

¹ *El tema de nuestro tiempo* (Espasa-Calpe, Madrid 1923, 6^a 1947) 57. La idea imprecisa de "vida" resalta en el siguiente texto de Ortega: «Importa que ante todo aprendamos a separar con toda limpieza la vida intelectual -que, claro está, no es tal vida- de la vida viviente, de la real, de la que somos» (*Obras Completas V* [Revista de Occidente, Madrid 1947] 388).

las que se siente uno llamado, modular debidamente el sentimiento, dar cauce y plasmar la propia creatividad hay que conquistarla cada día a través de un duro esfuerzo.

En esta línea de esforzado ascenso a una vida de libertad lúcida y bien asentada ha sido escrita esta obra. Los análisis que en ella se realizan tienen la intención de clarificar el sentido verdadero, a menudo oculto, de ciertas actitudes humanas que todos podemos adoptar. No pretenden en modo alguno fustigar las corrientes políticas que hayan podido mostrar en algún momento un espíritu manipulador. Mi estudio se mueve en el plano de la investigación filosófica, que es imparcial respecto a toda posición partidista, pero está llamada, naturalmente, a iluminar el sentido o el sinsentido de las actitudes humanas, incluso de las nuestras.

Una primera redacción de esta obra, en estilo escolar, fue publicada privadamente como apoyo a los cursos de la *Escuela de Pensamiento y Creatividad*. La buena acogida de los cursillistas y, sobre todo, la necesidad de clarificar un tema tan decisivo en la sociedad actual como poco estudiado me instaron a rehacer el estilo y subrayar más el tema de las dos revoluciones de signo contrario que se están llevando a cabo en la actualidad, adaptar el título a esta nueva orientación y realizar una edición abierta al público.

Esta obra prestará sin duda un gran servicio a todo el que desee tener ante la vista una radiografía de la sociedad actual en lo tocante a cuestiones decisivas del pensamiento y de la vida. Periodistas, políticos, profesores de ética y sociología... hallarán en ella claves de interpretación de fenómenos que resultan enigmáticos cuando se los ve de modo superficial.

La superficialidad es provocada en buena parte por el ritmo acelerado que imprime la sucesión de acontecimientos a la prensa diaria. Urge analizar con el *tempo* lento de la reflexión filosófica el trasfondo de los sucesos que deciden la vida de los pueblos. A facilitar esta labor se consagra esta obra, que lleva en su base muchos años de estudio sobre el lenguaje y el pensamiento humano.

Impresionado por la devastación que produjo en Europa la voluntad nacionalsocialista de someter a los pueblos, G. Bernanos afirma que el mundo sólo puede salvarse si cuenta con hombres libres. Esa libertad interior es destruida por la manipulación. Descubrir la gran trampa de la estrategia manipuladora es hoy día una tarea improrrogable.

Celebro que esta obra, escrita en 1998, se ofrezca ahora a un público más amplio. Lejos de haber perdido actualidad, la ha acrecentado, debido al incremento exponencial de los medios de comunicación y a las inagotables posibilidades de manipulación que ofrecen las redes sociales. Cuanto más complejo y grave es un problema, mayor claridad y precisión de ideas necesitamos. A esta labor de clarificación quiere contribuir el presente libro.

Madrid, enero 2019

PRIMERA PARTE

LA MANIPULACIÓN Y SUS PROPÓSITOS

«Hoy estamos innegablemente envueltos en todo el mundo por una gran oleada de sofística. Como en tiempos de Platón y de Aristóteles, también hoy nos arrastran inundatoriamente el discurso y la propaganda. Pero la verdad es que estamos instalados modestamente, pero irrefragablemente, en la realidad. Por eso es necesario hoy más que nunca llevar a cabo el esfuerzo de sumergirnos en lo real en que ya estamos, para arrancar con rigor a su realidad aunque no sean sino algunas pobres esquirolas de su intrínseca inteligibilidad».

Xavier Zubiri: *Inteligencia sentiente* (Alianza Editorial, Madrid 1980) 15.

I

MANIPULAR ES REDUCIR, ENVILECER

A diario nos sentimos bombardeados por impresiones de todo orden que tienden a orientar nuestra mente, doblegar nuestra voluntad, modelar nuestro sentimiento y encauzar nuestra capacidad de decisión. En la propaganda comercial, esta labor de sometimiento suele ser bastante clara e incluso a veces descarada. En el campo de las ideas -morales, políticas, religiosas...-, la acción manipuladora se lleva a cabo de ordinario con astucia propia de profesionales. Son numerosas las personas que tienen la sensación difusa de que se las está manipulando, pero pocas poseen una idea precisa de qué es manipular, quién manipula, por qué y para qué se manipula, cómo se lleva a cabo la manipulación, qué circunstancias la hacen posible, qué formas de manipulación son las más nocivas para personas y grupos, cuáles son las consecuencias de la manipulación y de qué modo puede una persona o un grupo mantenerse en alguna medida libre frente a la avalancha manipuladora en todos los órdenes.

Esta falta de un conocimiento exacto de lo que es e implica la actividad manipuladora pone todas las cartas en manos de los afanosos de poder a cualquier precio, es decir: de los *tiranos*. Tirano es, en la dictadura o en la democracia, la persona o grupo que ansía el poder por afán de dominio.

Las palabras "talismán"

He aquí un dato que debemos meditar seriamente al comienzo de estas reflexiones sobre la manipulación. En los regímenes democráticos se consagran como palabras "talismán" - es decir, como términos prestigiosos que parecen imponerse a quien los escucha- la palabra "libertad" y sus concomitantes: *independencia, autonomía, liberación, democracia, cogestión...* Todo parece emprenderse y realizarse en virtud del ideal de la libertad. Se defiende como algo consabido, no sometible a matización alguna y mucho menos a crítica o a recorte, el derecho absoluto a la *libertad de expresión*. En virtud de tal libertad, se practican toda suerte de manipulaciones y apenas hay quien delate el peligro de que tal actividad quebrante la *libertad real* de la mayoría de las personas y grupos que integran el pueblo al que se dice servir. Se reclama como un derecho inalienable de toda persona la libertad para hacer toda clase de manifestaciones propagandísticas, pero se silencia el hecho nada baladí de que tal libertad sólo la poseen en realidad unos pocos privilegiados merced a su poder económico. Tropezamos aquí con una gran trampa en la que estamos llamados a caer de bruces si aceptamos ciertos planteamientos que hoy se dan por incuestionables en nuestra sociedad.

Perdamos desde el principio el temor reverencial a los vocablos "talismán", para evitar que nos maniaten y nos despojen de toda capacidad de iniciativa. La estrategia del lenguaje produce en quien no está sobre aviso una especie de *esclerosis mental* que lo calcifica y lo deja inerme ante el profesional de la lucha ideológica. En nombre de la libertad que se proclama con toda razón en la actualidad, vamos a salvaguardar la *libertad de la inteligencia* y a oponernos de modo sereno, pero lo más eficiente posible, a cualquier intento de vasallaje intelectual, por leve que parezca. Sólo la verdad hace libres a los hombres, y la manipulación se basa en una serie de *falsificaciones en cadena* emboscadas en medias verdades.

Para orientarnos debidamente respecto al tema de la manipulación, debemos reflexionar, tomar distancia frente a él, poner ante los ojos lo que sabemos por experiencia pero se halla oculto y velado en nuestro interior. Quedaremos sin duda sorprendidos al observar las múltiples posibilidades de engaño y embaucamiento que se ofrecen a hombres y grupos en la vida cotidiana cuando están movidos por una voluntad de seguridad y de poder. Esta sorpresa, sin embargo, dará paso inmediatamente a la sensación de hallarnos a resguardo porque el mero conocer el riesgo en que nos hallamos nos ofrece una *clave de discernimiento* y nos confiere autonomía y libertad interior.

Manipular implica rebajar de rango

Manipular a personas o grupos humanos significa *manejarlos* como si fueran *meros objetos*. Un objeto es una realidad delimitable, asible, ponderable, manejable. Carece de iniciativa, de libertad, de conciencia. No se siente, por ello, rebajado de condición si es tomado por el hombre como medio para sus fines y convertido en *utensilio*; más bien es llevado con ello a la plenitud de sus posibilidades. Un utensilio, un útil cualquiera, cuando deja de prestar servicio al hombre por haber sufrido deterioro, queda reducido a mero objeto, incluso -en situación límite- a *chatarra*. Esta *reducción* implica un *envilecimiento* y produce *tristeza*. De ahí la impresión de melancolía que experimentamos al contemplar, por ejemplo, un "cementerio de coches".

Una persona, por estar dotada de inteligencia, voluntad y sentimiento, es capaz de iniciativa, siente inclinación a colaborar con las demás personas y asumir las posibilidades de todo orden que le ofrecen las realidades del entorno con vistas a realizar proyectos de vida. Si es tomada como *mero instrumento* al servicio de proyectos elaborados *por otras personas*, se siente rebajada a condición de *objeto*. Este rebajamiento ilegítimo es la *manipulación*.

La reducción de la persona a simple *medio para fines ajenos* se realiza merced al recurso de amenguar o anular del todo su capacidad de pensar por propia cuenta, con criterios propios, desde una posición bien definida. Para dominar a una persona intelectualmente y

someterla a nuestro criterio, la táctica empleada suele consistir en acelerar los procesos de reflexión, no dar tiempo a que los demás sometan las cuestiones propuestas a una consideración detenida, no ofrecerles elementos de juicio, embrollar las cuestiones lo suficiente para que la mayoría de las personas se pierdan y acepten como bueno cuanto el manipulador les sugiera.

La primera ley del demagogo es no matizar los conceptos, utilizarlos en bloque, de forma ambigua, para destacar en cada momento el aspecto que le interesa y dejar los otros en sombra. Al no matizar, el *sentido* de los conceptos se empobrece, se banaliza, y esta banalización juega a favor del manipulador en la medida en que impide a las gentes ahondar en el análisis de las cuestiones complejas.

Banalizar implica *simplificar*. Simplificar es reducir de valor, rebajar, envilecer. El manipulador reduce el valor del manipulado en cuanto lo toma como simple *objeto a dominar*. Se trata de un voto a conseguir, un cliente a ganar, un militante a fichar. No importa la persona en cuanto tal, sino la *función* que pueda ejercer en un momento dado. No interesa que incremente su capacidad de pensar de modo riguroso, y que la ejercite. Conviene, más bien, que embote su entendimiento, que no perciba los trucos que se ponen en juego para llevarle a aceptar sin crítica los razonamientos capciosos, estratégicamente solapados y en el fondo violentos, ya que hacen violencia a la verdad de las cosas.

El manipulador reduce, asimismo, el valor de los términos y conceptos que moviliza en el discurso. Proclama enfáticamente su afán de fomentar la "libertad", pero no precisa a qué tipo de libertad se refiere. Más bien *da por hecho* que libertad significa no estar sometido a traba alguna. (El demagogo nunca se detiene a demostrar lo que le interesa defender; lo da por consabido). En la vida cotidiana, el concepto de libertad va unido al de *liberación de obstáculos*. De ahí que se tienda en principio a identificar el "ser libre" con el "estar libre de ataduras" y tener "libertad de maniobra", libertad para realizar toda clase de movimientos y acciones.

Hasta tal punto estamos dominados por esta forma elemental, poco fina, de pensar que cuando nos vemos obligados a renunciar a algo, tendemos a juzgar inmediatamente que estamos sufriendo una *represión* de nuestra libertad.

El manipulador se aprovecha una y otra vez de esta tendencia nuestra y nos lleva a dar por bueno que *toda* limitación de la libertad es una forma de represión inaceptable en una situación democrática. Una vez conseguido esto, da un paso adelante para prometernos diversos tipos de libertades, sin pararse un instante a determinar si tal "liberación" fomentará o acortará la única auténtica libertad humana que es la *libertad para ser creativo en la vida*. Esta matización dejaría al manipulador fuera de juego, porque pondría las cosas en claro. *El gran adversario del demagogo es la claridad de ideas*. Recordemos que a *Don Juan*, el gran falsario, le gustaban las tinieblas. «Estas son las horas mías», decía respecto a las horas nocturnas. Era un gusto coherente con la actitud básica de quien -según su creador, Tirso de Molina- se definía como "el burlador de Sevilla", el hombre que no quería enamorar sino seducir, dominar, convertir a las personas en medios para engrosar su lista de proezas².

La falta de lucidez espiritual opera a favor del manipulador, que es en definitiva un *seductor*, en una u otra vertiente. La falta de lucidez procede de la carencia de poder creador. Este se aviva e incrementa en medios sociales que adoptan actitudes rigurosas ante las grandes cuestiones de la vida. Lo contrario del rigor es la banalidad y frivolidad. Cuando invade el ambiente y domina los espíritus, la actitud frívola causa devastaciones irreparables en la vida social.

La base de la manipulación es el reduccionismo

² Un análisis amplio de *El burlador de Sevilla* y *Convidado de piedra*, de Tirso de Molina, el *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla, y el *Don Giovanni*, de Wolfgang Amadeus Mozart, puede verse en mi obra *Cómo formarse en ética a través de la literatura* (Rialp, Madrid 1994) 93-151. Sobre la aversión de Don Juan a la luz, cf. o.c., 115-117.

Para *manipular* se necesita previamente *reducir* el ser humano, hacerlo bajar a un nivel inferior al que le compete. Por su parte, la manipulación prosigue esta labor reductora y la impulsa hasta el virtuosismo más refinado. Es urgente que el mayor número posible de personas pongan en forma la capacidad de percibir rápidamente y en todo momento cuándo y en qué medida se está cometiendo el atropello de negar a los hombres el rango que les corresponde. Conviene para ello ejercitar el poder de análisis sobre ejemplos sencillos, tales como los que figuran a continuación.

A menudo, se ofrece una bella estampa femenina al lado de un producto que se desea promocionar a fin de que en la imaginación del cliente se superpongan las dos imágenes y se transfiera a la segunda el atractivo que irradia la primera. Con frecuencia, ciertas actrices se quejan de que se las tome más bien como *objetos de exhibición* que como *personas capaces de crear un papel dramático*. En esa línea de violento reduccionismo, se llega en los últimos tiempos al extremo de violentar la intimidad de tales personas e imponerles de hecho -merced a la servidumbre a que está sometido el que pende constantemente de los encargos que se le hacen- la realización de papeles eróticos con cuanto implican de desnudismo y procacidad. Resulta sarcástico que este género de envilecimiento -cercano en algunos aspectos a la "trata de blancas"- sea realizado por quienes se presentan pomposamente como adalides de la libertad y el progreso.

De cuando en cuando, alguna actriz rompe el forzado silencio y da rienda suelta al dolor represado. En una entrevista publicada por la revista *L'Europeo*, María Schneider, protagonista -con Marlon Brando- de la película *El último tango en París*, hace la siguiente confesión: «He sido explotada: no era famosa, era sólo una mujer, que además tenía diecinueve años. Por aquello recibí en total cinco millones de liras (unas quinientas mil pesetas). Mientras Marlon Brando y Bernardo Bertolucci (el director) continúan ganando dinero con aquella película, yo paso verdaderas dificultades para poder vivir». «Me pusieron la etiqueta de *la chica del tango*. He sido aniquilada por esa película. Para mí fue una violencia moral. La desnudez es algo que no debería ser explotado de esa manera por el cine». A la vista de estas amargas palabras, pronunciadas por una joven de alma avejentada por los vejámenes de la manipulación de guante blanco, resulta deprimente oír que un magistrado italiano permitió la exhibición de dicha película en Italia bajo pretexto de que el sentimiento del pudor en el "hombre medio" ha cambiado últimamente de modo notable. Tal consideración sociológica no toca el verdadero fondo del asunto e ignora los sufrimientos y avatares espirituales de un número de personas que jamás podrá determinarse.

El lenguaje delata el afán reductor

A los miembros de la Guardia Civil se los denomina "números". Se dice, por ejemplo: «Estaban presentes dos números de la Guardia Civil». El nombre propio de estas personas no parece jugar un papel relevante. Cada una de las personas que sirven a la patria en los puestos menos cualificados de este cuerpo aparecen como *meros casos del universal "guardia civil"*. Presentan un cierto carácter *anónimo, impersonal, desdibujado*.

De manera semejante, los soldados cuentan en cuanto colaboran a completar el número necesario para formar un batallón, una compañía, una división... Los soldados muertos son calificados anónimamente de "bajas". «Ha habido -se dice- tantas bajas». El filósofo francés Gabriel Marcel, muy sensible a este tipo de fenómenos, confesó que al comienzo de la Primera Guerra Mundial un soldado muerto se reducía para él -como encargado de las relaciones entre los combatientes y los familiares- a una *raya roja en un fichero*. Sin embargo, a lo largo de la contienda, el trato con los deudos de los fallecidos y desaparecidos le hizo patente la riqueza de relaciones y de sentido humano que albergaba cada víctima de la guerra. Este descubrimiento

determinó su "conversión" a la filosofía existencial e inspiró su amplia y lúcida producción dramática³.

Toda forma de reduccionismo supone un envilecimiento *injusto*. Esta injusticia es la fuente de las diversas formas de *violencia* que ejercemos y padecemos los hombres. Repárese en el hecho de que, antes de proceder a atacar y aniquilar a una persona, un grupo, un pueblo, se los reduce a mero obstáculo en el camino, a "enemigo". Si consideramos a un ser humano como *persona*, como una realidad peculiar que abarca mucho campo y forma una red compleja de interrelaciones de todo orden, no tendremos decisión para atentar abruptamente contra él. Este tipo de decisiones requiere cierto arrojo brutal, y éste sólo es posible cuando uno simplifica las cosas y no considera la riqueza de aquello que tiene enfrente. Si se lo ve sencillamente como un obstáculo a eliminar, un enemigo a batir, se siente uno libre para poner en juego todas las fuerzas de aniquilación.

Traigamos ante la vista lo que implica un pueblo en cuanto a personas, grupos sociales, tradiciones, cultura... Si los jóvenes de un país mantienen todo esto ante los ojos, y lo sopesan y admiran, ¿podrán movilizar sus mejores energías para lanzarse aguerridos al asalto y destrucción de otro pueblo? Evidentemente no. Pero, cuando se suscita un conflicto, se dejan de lado los aspectos positivos del pueblo adversario, el cúmulo de cualidades de todo orden que encierra, y se subraya unilateralmente el agravio recibido. Dicho pueblo es sencillamente "el enemigo". Esta reducción deja el campo dispuesto para el choque frontal y despiadado.

Tras esta primera reducción, vienen las consignas, lemas y *esloganes* -que encienden los ánimos porque reducen a caricatura la figura del enemigo-, los discursos inflamados, las canciones guerreras, con su capacidad de enervar sentimientos y avivar pasiones. Si estos recursos son asumidos por líderes dotados de "carisma" bélico, se crea un clima de acción fulgurante y exaltación pseudomística que arrebató el ánimo de las multitudes porque se les aparece rebotante de sentido. La falacia y artificiosidad de tales atmósferas febriles resalta de modo dramático cuando uno tiene ocasión de tratar a personas que han combatido en una guerra. Cuántas veces, al convivir en congresos con jóvenes que se habían enfrentado a vida o muerte en una contienda reciente pude advertir la profunda afinidad espiritual que existe entre ellos y lo lejanas que en realidad les quedaban las "grandes razones" aducidas por sus gobernantes para provocar y justificar la contienda.

La violencia se gesta en los despachos de las mentes pensantes y se manifiesta en las calles invadidas por "masas" enfurecidas y desbordadas como ríos. La responsabilidad de quienes se consagran a la noble profesión de configurar sistemas de ideas y de quienes tienen posibilidad de difundirlas es en la actualidad mayor que nunca porque su eficacia se hace sentir más rápidamente y entre multitudes más numerosas.

II

¿PARA QUÉ SE MANIPULA AL HOMBRE?

Se manipula a los hombres y a los grupos sociales para modelar su espíritu conforme a la propia mentalidad y, de esta forma, adquirir dominio sobre ellos y sentirse poderoso y seguro. Esta forma de dominio sobre personas y grupos sólo es posible cuando se logra reducir las *comunidades de personas* a *colectividades de individuos*, y éstas a meras "masas". Tal reducción, a su vez, únicamente es viable si se anula del todo o se amengua notablemente la capacidad creadora de las personas que integran tales conjuntos comunitarios.

³ Sobre la "doble conversión" de G. Marcel y el sentido profundo de su "testamento filosófico" puede verse mi obra *Cinco grandes tareas de la filosofía actual* (Publicaciones Universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2015) 168-181.

El dominio del pueblo por vía de asedio interior

La manipulación significa un modo de manejo fácil, cómodo y arbitrario de personas y grupos. Este manejo no es, obviamente, de orden físico sino espiritual: afecta a la inteligencia, la voluntad y el sentimiento de las gentes. El demagogo manipulador intenta modelar la mente de las personas, impulsar su voluntad, configurar su sensibilidad y su sentimiento, orientar su capacidad creadora...

Esta múltiple forma de vasallaje constituye el medio más radical y eficaz para dominar a personas y pueblos por vía de *asedio interior*, no desde fuera, mediante la violencia, sino desde dentro, a través de los recursos de la sugestión y la fascinación, que es un modo de persuasión indirecta. Con tales recursos taimados se puede despojar al hombre de sus defensas espirituales, de su capacidad de mantener su propia identidad, sin que advierta el expolio que ello significa.

Cuando una persona ve agredida *desde fuera* sus convicciones íntimas, sus sentimientos más entrañables, sus ideales más elevados, suele tomar distancia respecto al agresor, atrincherarse en sí misma y disponerse a la resistencia. La conciencia de hallarse en peligro suscita una mayor unión entre quienes comparten ideas, sentimientos e ideales. Este acrecentamiento de la unidad realizado por razones nobles refuerza los vínculos y aviva el espíritu comunitario.

Este espíritu funda cohesión entre las personas, y el fruto de tal cohesión es la *estructura*. Según la ciencia y la filosofía actuales, la estructura es fuente de solidez, dinamismo y levedad. Una realidad estructurada es resistente, firme, y posee energía y dinamismo. Esta vitalidad interna crea una intervinculación tal entre todos los elementos que tejen su trama que los unos se sostienen a los otros, se tensan entre sí, instauran un orden vivo, expresivo, flexible. Por eso, la realidad estructurada, aunque sea monumental, no pesa, resulta grácil, leve, bien sea una catedral, bien una sinfonía extensa o una obra literaria de amplios vuelos. Al estar dotada de esta levedad, energía y solidez, la comunidad humana resulta *inexpugnable*, pues las diversas formas de hostilidad no hacen sino potenciar las virtualidades defensivas de la misma.

Todo tirano, toda persona o grupo afanoso de poder a cualquier precio percibe claramente, si está dotado de cierta dosis de penetración, este carácter invulnerable de la comunidad, y decide cambiar su táctica. Sustituye el asedio exterior por el interior. El asedio interior consiste en sugerir al pueblo de formas diversas -que habremos de analizar cuidadosamente- la necesidad de operar un cambio de mentalidad, de actitud ante la vida. Este cambio implica en el fondo -aunque no se lo diga nunca expresamente, por razones estratégicas- una renuncia al impulso creativo y una entrega a modos de vida pasivos. La pasividad y falta de ímpetu creador se traduce en incapacidad para fundar cohesión, instaurando vínculos recios entre cada persona y las realidades de su entorno. Al perder cohesión, las personas, los grupos comunitarios se disuelven, se convierten en meras "masas" y se tornan extremadamente vulnerables.

Al sentirse faltos de creatividad, hombres y pueblos ven en peligro su seguridad, su libertad y autonomía. Pero ¿cómo se pierde en concreto la capacidad creadora? He aquí la pregunta clave en este contexto.

La pérdida de la capacidad creativa

Ser creativo implica 1) saber pensar con libertad interior, sin sometimientos a tópicos y prejuicios, de forma bien ajustada a las exigencias de la realidad; 2) tener sensibilidad para captar y apreciar justamente los valores; 3) ser capaz de descubrir el alto valor de los modos superiores de unidad y concederles primacía en la escala de las opciones personales; 4) poseer lucidez y decisión para jerarquizar los diferentes bienes y valores y las posibilidades que nos salen al encuentro en el curso de la vida. Una persona dotada de esta forma de creatividad tiene

poder de discernimiento ante la avalancha de ideas que la asaltan a diario, se esfuerza por configurar convicciones éticas sólidas -vida ética, no se olvide, es vida *creativa*- y se propone ideales nobles. *Entre tales ideales destaca la fundación de modos relevantes de unidad*. El hombre creativo es, por coherencia lógica, *hombre comunitario*, en el sentido más hondo de este vocablo.

De modo correlativo a lo antedicho, la creatividad se amengua o incluso se anula del todo si 1) se adoptan modos de pensar superficiales, inadecuados a la complejidad de la realidad; 2) se ciega la sensibilidad para lo *valioso* y se lo confunde con lo meramente *interesante*, lo que suscita un interés inmediato, más bien egoísta, falto de la debida amplitud y perspectiva, centrado en el propio yo como en un pozo; 3) se erige el yo en el polo del universo y se consideran las realidades del entorno como medios para los propios fines; 4) se concede primacía a los valores relativos al mero agrado personal, aparentando ignorar que éstos ocupan los puestos inferiores en la escala de valores.

Para conseguir que las personas que integran la comunidad, el pueblo, el grupo social realicen sin reparos ese giro de la actitud auténticamente creativa a la no creativa, el *tirano* -la persona o grupo afanosos de poder a ultranza- tiene que asumir la función de *demagogo manipulador*. Ha de conseguir con astucia que las personas orienten de forma *inadecuada* su modo de pensar, sentir y querer, pero no caigan en la cuenta de que con ello ponen en juego el sentido de su vida y -lo que es todavía más tangible- su seguridad y su independencia.

Esta tarea tergiversadora la realiza el demagogo 1) fomentando un estilo de pensar y de hablar superficial, banal, incoherente, no ajustado a cada uno de los planos en que están situadas las diferentes realidades que el hombre estudia y analiza en su existencia; 2) propagando a través de mil ardidés una actitud hedonista ante la vida; 3) consagrando la ley del menor esfuerzo como un criterio "progresista", avanzado, moderno, actual...; 4) ofreciendo múltiples posibilidades para entregarse a experiencias de fascinación que producen ineludiblemente *ceguera para los valores*; 5) silenciando o incluso hostigando de múltiples formas las orientaciones intelectuales que albergan la convicción de que *lo más profundo que hay en el hombre no procede de él*, y que, de consiguiente, *los grandes ideales constituyen el impulso y la meta de la vida humana auténtica*.

La reducción de la "comunidad" a "masa"

Una comunidad auténtica es un conjunto de personas que entreveran sus ámbitos de vida en cuanto comparten convicciones éticas, ideales de diverso orden, aficiones que implican cierta dosis de creatividad -interpretación musical, caza, deporte, paseo...-. Esta participación en tareas comunes es una forma de *recepción activa* de ciertas posibilidades de realizar algo en la vida. Cuando una persona colabora con otra a crear algo valioso, establece con ella un vínculo sólido, fuerte, íntimo.

La *participación* en lo valioso se traduce en *comunidad personal*. La comunidad es un modo de unidad muy honda que supera notablemente en calidad a toda forma de *yuxtaposición tangencial*, por intensa que ésta pueda parecer. La comunidad se origina cuando se instauran vínculos personales a través de la participación activa en algo *valioso*, es decir, algo que ofrece posibilidades creadoras que permiten al hombre desarrollar su personalidad.

Para que se dé participación y, a su través, comunidad interpersonal, deben las personas adoptar una actitud de *apertura a lo valioso*, de *generosidad y humildad*, a fin de evitar que el yo se crispe sobre sí mismo por afán de autarquía. Las diferentes personas -diversas por carácter, procedencia, educación y las mil circunstancias que van modelando la personalidad de cada ser humano- se aúnan a través del común aprecio a algo relevante que las atrae y suscita su admiración desinteresada y su voluntad de participar activamente en ello, asumiéndolo como impulso de su obrar. Esta orientación espiritual hacia lo que ofrece posibilidades creativas acrecienta el amor auténtico. «Amarse no es mirarse el uno al otro; es mirar juntos en una

misma dirección» (Saint-Exupéry)⁴. Si te limitas a mirar a una persona, por la complacencia que te produce su figura, es posible que a quien de verdad estés atendiendo y admirando sea a tu propia satisfacción interesada, que se ve colmada en el otro. La mirada mutua viene a ser, en tal caso, un *intercambio de soledades*, de individuos enquistados en su actitud hedonista.

Por el contrario, cuando las personas que se aman dirigen su atención a algo valioso que las atrae por igual, las apela a una labor creadora y les ofrece posibilidades de realización personal, cada una de ellas desborda los límites individualistas que la separan de la otra, se entrega a un quehacer creador, funda un campo de juego común con la persona amada y se une a ella con una forma acendrada de unidad. *Acendrada*, porque no se reduce a un contacto agradable, antes afecta a los centros nucleares de la persona, los responsables de los modos de actividad más elevados y comprometidos.

Para ejercitarnos en la distinción de los diversos modos de unidad que puede el hombre fundar con las realidades de su entorno, pensemos en la diferencia que existe entre la unidad que creo con un amigo cuando acaricio la piel de su abrigo, sencillamente porque se trata de un material agradable al tacto, y cuando le doy la mano para saludarle o le abrazo para expresar mi alegría por el reencuentro. De forma semejante, acariciar la superficie pulida de un buen piano resulta placentero y establece una relación de unidad entre el piano y la persona que pasa su mano sobre él. Pero, si esta persona es pianista, es decir, si está capacitada para recibir activamente las posibilidades de juego artístico que le ofrece el piano como instrumento musical, y pone sus manos sobre el teclado y comienza a tocar una obra, la unión que se funda entre ambos -piano y pianista- es de una calidad muy superior.

Nada hay más importante en la formación humana que conocer de modo nítido las diversas formas de unión que pueden fundarse con las distintas realidades del entorno según las diferentes actitudes que el hombre adopta frente a ellas, ya que formarse significa desarrollar la propia creatividad, y fruto de la creatividad son los modos más elevados de unión y vinculación. Si las personas están apegadas a sus propios intereses, experimentan una dificultad invencible para entregarse a realidades que exigen despegarse de las ganancias inmediatas, sacrificio de ciertos intereses individualistas, entrega a un quehacer común que supera el ámbito de la propia personalidad.

Un cantor que posea una voz poderosa y no mitigue su afán de destacarse sobre los compañeros del grupo coral no colabora a fundar un ámbito de comunión con ellos; lo hace, más bien, imposible. Todo canto en común -de modo especial, el polifónico- reclama de los cantores espíritu de servicio a la instauración de un espacio sonoro equilibrado, en el cual cada voz se ajusta a las otras, las sostiene y enriquece, las dota de un peculiar *relieve*, es decir, de *expansión armónica*. Cada voz se prolonga en todas las demás y potencia sus virtualidades, a la par que configura el conjunto. Este modo constelacional, extraordinariamente valioso, de unidad recibe el nombre de "comunión". La voluntad de sobresalir sobre los demás y convertirlos en meros satélites anula de raíz el tejido de interrelaciones fecundantes que constituye el *canto polifónico*, la *unidad sonora en comunión*.

La unión colectiva de intereses

En la vida social, diversas personas encapsuladas en sí mismas por sus propios intereses y su afán de primacía pueden unirse entre sí para conseguir en común la meta que cada uno ansía. Esta *comunidad de intereses* no funda, sin embargo, una comunión de personas, sino una *colectividad de meros individuos*, seres divididos de los demás por las fronteras que marcan los intereses propios y unidos por la tendencia común a satisfacerlos. Esta forma de unión en colectividad es del todo legítima y constituye uno de los recursos que movilizan las sociedades para estructurarse y vertebrarse. No es la forma única de unión entre los seres humanos ni la

⁴ Cf. *Terre des hommes* (en *Oeuvres*, Gallimard, Paris 1953) 252. Versión española: *Tierra de los hombres* (Círculo de Lectores, Barcelona 2000) 178.

más valiosa, pero cumple una función ineludible y noble que es la de vincular a los seres humanos en orden al logro de metas que no comprometen la intimidad personal.

Yo puedo asociarme con un ciudadano para fundar una empresa y conseguir unos beneficios. Esta asociación no constituye un modo de unión personal íntimo porque no implica el entrecruzamiento de nuestros ámbitos de vida en lo que tienen de más peculiar y propio de cada uno. Nuestra asociación da lugar a una forma de colectividad: una *sociedad*. Pero, si no sólo miramos a nuestro afán de obtener una ventaja económica para nosotros, antes montamos la empresa con vistas a realizar una labor social y favorecer a personas de quienes no esperamos compensación alguna, la unión que en principio parecía reducirse a un vínculo asociativo de carácter meramente funcional, subordinado al logro de un fin interesado, adquiere un carácter altruista, creador de ámbitos de solidaridad y entrega. En la medida en que se dé una actitud de entrega y solidaridad, nuestra unión de socios comerciales o empresariales cobrará un carácter de "comunidad". A veces se destaca con agrado que una determinada asociación constituye una verdadera "familia". Un equipo deportivo, un grupo editorial, un departamento universitario, una empresa mediana... pueden ser meras colectividades, pero cabe la posibilidad de que formen ámbitos de vida rigurosamente comunitarios, modos auténticos de *comunidad*.

Cuando las agrupaciones comunitarias se reducen a simples grupos de intereses, colectividades no impulsadas interiormente por forma alguna de espíritu de comunidad o participación en grandes valores, la sociedad pierde la energía que procede de la asunción activa de éstos, que son fuente de posibilidades creadoras. Si las colectividades aflojan sus vínculos y se atomizan, porque sus miembros se dejan llevar por la tentación del individualismo miope que sólo pretende pequeñas ganancias inmediatas, hechas a la medida de espíritus alicortos, la sociedad degenera en "masa".

El concepto de *masa* no es *cuantitativo* -como a menudo se afirma o se da por consabido- sino *cualitativo*. Dos personas -un esposo y una esposa, por ejemplo- que viven en estrecha unidad física pero no se hallan estructurados debidamente por no compartir criterios éticos, ideales religiosos, aficiones artísticas, trabajos profesionales... no forman una *comunidad* sino una *masa*. Un número muy elevado de personas que colman una plaza o avanzan pesadamente por una calle con un afán reivindicativo del que son plenamente conscientes y responsables no constituyen una masa, sino una comunidad, un pueblo.

La masa es fácilmente dominable y manejable

Por estar invertebrado, falto de estructura, todo grupo humano masificado carece de fuerza cohesiva, de dinamismo y capacidad de resistencia. Es extremadamente vulnerable a todo intento de disolución. A menudo, los gobiernos intentan debilitar las asociaciones profesionales bajo pretexto de que están inspiradas por un ilegítimo "corporativismo", un espíritu de cuerpo elitista, insolidario con el resto de la sociedad. Ante esta insidiosa táctica, debemos recordar que las corporaciones florecientes constituyen *comunidades*, baluartes de la sociedad humana frente a los usurpadores. Disolver tales agrupaciones bajo el señuelo de lograr una forma de sociedad más igualitaria y, por tanto, justa es un recurso estratégico que confunde la *igualdad* con la *desintegración*, la *falta de privilegios* con la *carencia de estructura*. Un pueblo que pierde sus instituciones se desarticula y desvertebra, se masifica y hace extremadamente vulnerable.

Un grupo humano puede entregarse a un movimiento revolucionario disolvente de toda unidad. Si sigue soterradamente enraizado en formas de unidad institucional -familia, escuela, municipio, patria, Iglesia, asociaciones de diverso orden...-, seguirá impulsado y nutrido por una fuerza cohesiva muy fuerte y fecunda. Cuando se halla uno inmerso en tales tramas de unidad, vistas y vividas como campos de juego y colaboración, está siendo fecundado y animado por ellas a pesar de las ideas de *desarraigo* que uno pueda abrigar y defender en la actividad pública.

Este fenómeno aparentemente paradójico se dió durante siglos y garantizó la firmeza de la vida social. En nuestros días, parece que se desea llevar a cabo una forma *radical* de revolución, la que pone la segur a la raíz de la unidad, que es la fuente de toda creatividad y cultura. Con intención de largo alcance se toman las instituciones -sobre todo la familia y la Iglesia- como enemigos a batir, fortalezas a conquistar. Para ello se aprende la lección de la historia y no se intenta una vez más someterlas a un cerco exterior. Se las enfrenta con un invasor más sutil: un clima de *permissividad* -que hace posible un modo paralelo de convivencia en pareja-, de *contestación* -que da lugar al intento de configurar "Iglesias paralelas"-, de *pluralismo ideológico* -que anula de hecho la unidad espiritual de los centros escolares-, de *igualitarismo revanchista* -que inspira actitudes de resentimiento hacia las personas que pertenecen a una institución o clase altamente cualificada-, de *lucha de clases* -que disuelve por dentro la unidad de grupos en principio bien estructurados: ejército, Iglesia, familia, docentes, pilotos, médicos...-, de *desarme moral* -que fomenta la entrega a experiencias de vértigo que no fundan unidad sino dispersión y disuelven por dentro los vínculos que forman el entramado estructural de las instituciones-, de *despego criticista* -que lleva a considerar fríamente las instituciones en que uno se halla inserto como algo distante y extraño, con lo cual se pierde el intercambio de posibilidades que entraña la "intimidad".

Este modo de mirar *desde fuera* las realidades "envolventes" que uno contribuye a configurar al tiempo que es configurado por ellas fue puesto de relieve por un ensayista francés -Montaigne- y debelado por dos compatriotas suyos de gran calado metafísico -L. Lavelle y G. Marcel-. La forma extrínseca y "racionalista" de considerar dicho tipo de realidades "en plan espectacular", como si fueran meros objetos, *ob-jetos*, seres situables a distancia de uno, constituye una forma de contemplar incomprometida, falta de impulso creador, ansiosa de conocer para dominar. Si se contemplan las realidades íntimas desde fuera, queda uno desnutrido espiritualmente y sin defensas ante cualquier intento de invasión interior. Tales realidades sólo se las conoce y se participa de ellas en cuanto se entra en juego comprometidamente con las posibilidades creadoras que ofrecen. Si me reduzco a inventariarlas entre otras muchas, gano *información*, pero ciego la *f fuente de la vida*. Este es el peligro que late en la tendencia a considerar la *propia* religión como un caso más de la Historia de *las* Religiones.

En nuestros días se encabalgan dos tendencias en principio opuestas, pero estratégicamente convergentes: por una parte, una *mayor estatalización* -tendente a quebrantar el poder de las instituciones no oficiales-, y, por otra, una *autonomización de las regiones* -que puede suponer un desmembramiento de la nación y una mengua notable de la solidaridad y el sentido patrio-. Por un lado se fomenta, incluso coactivamente, el igualitarismo amorfo, y por otro se suscita la "insularización", el aislamiento hosco, cuando no hostil, de los elementos que forman el pueblo.

Manipulación y vasallaje espiritual. Visión sinóptica

La manipulación se realiza con el fin de vencer a alguien sin necesidad de convencerlo. *Convencerse* significa dejarse vencer por la realidad y guiarse por la luz de la verdad, la luz que desprende la manifestación luminosa de lo real. Al convencer a una persona, no la dominamos; la ayudamos a que se incorpore libremente al campo de una verdad que deseamos compartir para enriquecernos y formar una comunidad de personas lúcidas. Si yo te convengo a tí de algo, no me erijo en tu dueño y te convierto en siervo; ambos quedamos gozosamente sometidos a una verdad compartida. Animar a una persona a aceptar una realidad valiosa, adoptar una actitud fecunda, realizar una acción que colabora a su desarrollo no constituye un acto manipulador si se actúa con sinceridad, poniendo las cartas boca arriba, sin el menor subterfugio. Al dejar al descubierto un valor, no se obtura la inteligencia de aquéllos a quienes uno se dirige; se les invita a dejarse penetrar libremente por la luz que irradian las realidades valiosas. Presentar valores es abrir horizontes de vida en plenitud y libertad. Estamos en los

antípodas de la manipulación, que tiende a bloquear dolosamente la capacidad de pensar, sentir y querer de las gentes, y dominarlas mediante el poder persuasivo del lenguaje y la imagen.

Si te venzo sin preocuparme de convencerte, no participo contigo en un bien común; instauro entre nosotros una mera relación de dominio y sometimiento. Vencer sin convencer implica la voluntad de configurar el espíritu de otra persona conforme al propio arbitrio, independientemente de que su modo de pensar, sentir y querer esté o no ajustado a la realidad.

La voluntad de vencer a ultranza sin someterse al canon impuesto por la realidad -que es la medida de todo juicio y el módulo de toda opción racional válida- suele otorgar al hombre triunfos fáciles y escasos riesgos, porque, al no buscar la verdad sino el vasallaje espiritual de los demás, no se necesita entrar en discusión y ejercitar el poder de discernimiento, la agudeza de análisis, el poder de razonamiento sólido y justo. Basta movilizar las artimañas del ilusionismo mental, ardides que influyen decisivamente sobre las personas antes de que éstas pongan en juego su inteligencia, su voluntad y su sentimiento.

La meta del manipulador es adquirir un dominio cómodo, expeditivo y total sobre las gentes mediante el sometimiento de las mismas a un vasallaje intelectual, volitivo y sentimental. Al determinar, mediante la manipulación, nuestro modo de pensar e interpretar la vida, se nos imponen ciertos ideales como modélicos y se doblega así nuestra voluntad y se determina la orientación que damos a nuestra existencia. Incluso nuestros sentimientos quedan a merced de quienes orientan nuestro poder de discernimiento.

Entregados en nuestro pensar, sentir y querer a los estrategias de la manipulación, quedamos reducidos a personas carentes de iniciativa creadora. La principal iniciativa de los seres humanos se instauro al participar en ideales comunes, abrigar convicciones éticas sólidas, adoptar actitudes de apertura y solidaridad generosa.

Si los demagogos amenguan en las personas la firmeza de sus creencias religiosas y sus convicciones éticas, y fomentan en su espíritu el apego a las gratificaciones inmediatas y fáciles -meta del hedonismo egoista-, asestan un golpe mortal a la comunidad y la convierten en mera masa, un montón amorfo e indolente de individuos carentes de configuración precisa e iniciativa creadora. Un gobernante sin escrúpulos, aunque carezca de toda preparación seria, puede disponer a su antojo de una comunidad reducida a la condición de *masa* con sólo manejar astutamente los hilos de la técnica manipuladora.

El engarce existente entre los fenómenos que hemos destacado en este apartado queda plenamente de manifiesto -en cuanto a lo que implica y a las causas que le dan origen- cuando se analizan las experiencias de *vértigo* y *éxtasis*⁵.

III

¿QUIÉN MANIPULA AL HOMBRE?

Alexis de Tocqueville, al hilo de su estudio sobre la vida democrática en Norteamérica -publicado en 1835-, analiza el género sutil de despotismo ejercido por las mayorías sobre el espíritu de las gentes. A siglo y medio de distancia, sus observaciones presentan la mayor actualidad y deben ser objeto de pausada meditación: «Bajo el gobierno absoluto de uno solo, el despotismo, para llegar al alma, hería groseramente el cuerpo; y el alma, escapando de sus golpes, se elevaba gloriosa por encima de él; pero, en las repúblicas democráticas, no procede

⁵ Cf. *Vértigo y éxtasis. Una clave para superar las adicciones* (Rialp, Madrid 2006); *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores* (BAC, Madrid ⁴2003).

de ese modo la tiranía; deja el cuerpo y va derecho al alma. El señor no dice más: Pensaréis como yo, o moriréis, sino que dice: Sois libres de no pensar como yo; vuestra vida, vuestros bienes, todo lo conservaréis; pero desde ese día sois un extranjero entre nosotros. Guardaréis vuestros privilegios en la ciudad, pero se os volverán inútiles; porque, si pretendéis el voto de vuestros conciudadanos, no os lo concederán y, si no pedís sino su estima, fingirán todavía rehusároslo. Permaneceréis entre los hombres, pero perderéis vuestros derechos a la Humanidad. Cuando os acerquéis a vuestros semejantes, huirán de vosotros como de un ser impuro; y quienes creen en vuestra inocencia, esos mismos os abandonarán, porque huirán de ellos a su vez. Idos en paz, os dejo la vida, pero os la dejo peor que la muerte»⁶.

Dos tipos de manipuladores

A las personas y los grupos sociales los manipula o maneja a su arbitrio el que desea modelar su mente, su voluntad y su sentimiento. Este deseo está motivado y orientado por ciertos propósitos interesados. Destaquemos, entre ellos, dos fundamentales:

1. El interés por orientar la conducta de los ciudadanos respecto a una acción concreta, pasajera e intrascendente, en cuanto que no afecta al núcleo de la vida personal. Piénsese en un industrial que desea vender un producto y moviliza diferentes astucias para incrustar en la mente de los posibles compradores la idea de la bondad del mismo, suscitar en su espíritu un sentimiento de atracción y determinar la voluntad de adquirirlo.
2. La voluntad de imponer a las gentes toda una *ideología* -una concepción del mundo cerrada, cristalizada, rígidamente estructurada en un bloque compacto, sin apenas posibilidad de modificación y evolución- y configurar la vida social a su medida. Las ideologías surgen cuando los sistemas de pensamiento se encapsulan en sí mismos, para conseguir mayor eficacia expansiva, y se alejan de la realidad cuyo análisis les había dado origen. Este alejamiento los empobrece, y al mismo tiempo los carga de una fuerte dosis de emotividad pasional. A medida que dejan de ajustarse a la realidad, las ideologías pierden poder de persuasión y se ven obligadas a imponerse por vía coactiva, bien de modo violento -y se aboca a la dictadura-, bien de forma dolosa, aparentemente suave, mediante los recursos de la manipulación.

No es difícil advertir la existencia de recursos demagógicos bajo la apariencia amable y sugestiva, a veces incluso fascinante, de las diversas técnicas de publicidad. Es menos fácil descubrir los modos de manipulación movilizados por los ideólogos para llevar a cabo acciones seductoras de gran envergadura. Esta forma de dominio sinuosa y poco gallarda, pero sumamente eficiente en el nivel de la pura eficacia sin escrúpulos, sólo puede ser delatada por quien esté debidamente alertado ante el fenómeno de la manipulación. Percatarse de que se trata de un vulgar truco publicitario cuando en un anuncio comercial se observa la superposición de dos imágenes -la del producto que se quiere promocionar y una imagen que se supone atractiva instintivamente para multitud de posibles clientes- está al alcance de quien haya ejercitado un poco su capacidad de leer los fenómenos entre líneas. Más complejidad presenta la técnica de tergiversación empleada por los que se afanan en imponer una determinada *ideología*⁷. Los trastrueques de ideas, los escamoteos de conceptos, las extrapolaciones de planos de realidad son en este caso mucho más complejos y

⁶ Cf. *La democracia en América* (FCE, México 1957) 261.

⁷ Acerca del tema de las ideologías, de las diversas formas de entender este vocablo y de las diferentes actitudes actuales respecto al llamado "ocaso de las ideologías", puede verse mi obra *Hacia un estilo integral de pensar*, I *Estética* (Editora Nacional, Madrid 1967) 39-96, y el artículo "Las ideologías", en el libro-homenaje a Gonzalo Fernández de la Mora *Razonalismo*. (Fundación Balmes, Madrid 1995) 153-159.

ambiguos, hasta el punto de que algunas personas que colaboran en dicho quehacer manipulador no son plenamente conscientes del alcance de la operación en que se hallan activamente implicadas. De ahí la necesidad de prestar suma atención al nexo existente entre la manipulación y las ideologías.

Las ideologías y la manipulación

Es sumamente importante para comprender la marcha de la sociedad actual descubrir las razones por las que ciertos *sistemas de pensamiento* se convirtieron en *bloques de pensamiento ideológico*. Es éste un tema que presenta múltiples aspectos y ramificaciones. Cabe, sin embargo, entrever sus líneas directrices y descubrir la forma en que se desarrollan las diversas fases del proceso de ideologización.

Todo el que ansía sinceramente conocer la realidad se esfuerza por lograr un sistema de pensamiento ajustado a los datos de la experiencia -experiencia cotidiana-vulgar, experiencia científica y experiencia filosófica, las dos últimas sometidas a métodos elaborados con el mayor rigor-. Si es fiel a la realidad, procura ir corrigiendo errores y desajustes, a medida que ella se le revela con mayor claridad y precisión. Esta corrección constante confiere al sistema de pensamiento un tipo de flexibilidad y movilidad que puede ser interpretado como signo de *fidelidad a lo real* y, por tanto, de justeza y veracidad, o bien como índice de *labilidad e indecisión*, y por tanto de ineficacia en orden a la promoción de seguidores y correligionarios.

Esta segunda línea de interpretación es seguida por quienes tienen afán de dominar y troquelar la sociedad conforme al modelo de su propio sistema de pensamiento. Nada ilógico que, para conseguir la eficacia inmediata que persiguen, los afanosos de poder tiendan a tomar la concepción del mundo que conforma su mente como un *módulo invariable*, sólido y robusto, al que deben ajustarse otras formas de pensar. Todo demagogo sabe que lo recio, lo enérgico, lo drástico impresiona al pueblo, o, más exactamente, a las capas del mismo menos cultivadas intelectualmente. Las personas elementales suelen admirar lo que se presenta como incommovible, decidido, poderoso, desafiante. El que ha recibido alguna formación descubre pronto que la auténtica energía, solidez, firmeza y validez perenne les viene a los sistemas de ideas de su vinculación nutricia a la realidad. A las personas poco formadas, estas condiciones adquiridas en diálogo con lo real no les parecen tan contundentes como la fuerza que, a su entender, se afirma en sí misma de modo autárquico e independiente. De ahí que, cuando se desean conseguir éxitos en la lucha social, se transformen los sistemas de ideas en bloques opacos, rígidos, inmutables, roqueños. No se olvide que desde los estoicos se suele vincular la *firmeza sustancial* con la *inmutabilidad*, y el módulo de ésta es visto con preferencia en la *piedra de roca* debido a sus condiciones firmes y resistentes. De esta forma, los sistemas de pensamiento degeneran en "ideologías cerradas", y éstas son convertidas en *bastiones de la lucha social*.

Con frecuencia, un pensador bien dotado propone un conjunto de ideas, más o menos lógicamente trabadas, como un intento de interpretar la realidad y un medio para transformarla. Esa labor interpretativa es realizada desde un lugar concreto del espacio y del tiempo y está sujeta a diversos condicionamientos que la tornan unilateral. Tal proyecto hermenéutico suscita seguidores e inspira la formación de un movimiento intelectual y social que se presenta desbordante de posibilidades y virtualidades. Al tener que afirmarse en la sociedad frente a otros movimientos, opuestos o afines, este nuevo sistema de ideas se ve instado a precisar las líneas maestras, específicas, que le dan un sello peculiar y lo distinguen netamente de otros. Se afirma que Lutero practicó el sacramento de la confesión y conservó la devoción a la Virgen María hasta el fin de sus días. Estos rasgos, sin embargo, fueron eliminados progresivamente en gran medida del cuadro de prácticas peculiares de la religiosidad protestante, sin duda por la tendencia a delimitar fronteras y presentar un carácter peculiar.

La delimitación abrupta de los perfiles es considerada como una medida indispensable cuando se desea conferir a un movimiento fuerza expansiva, cohesión interior, capacidad de

lucha, decisión para afrontar dificultades. La actitud de apertura a la realidad y de ajuste flexible a la misma puede ser interpretada -según ya apuntamos- como signo de debilidad de temple, indecisión e inmadurez, y estas condiciones se oponen frontalmente a un programa de acción que quiera ser contundente y eficaz.

Al destacar enérgicamente las aristas de una concepción del mundo a fin de otorgarle un carácter singular y poder considerarlo *como algo propio*, como una propiedad inalterable, este conjunto de ideas -en principio atenido a la realidad y dispuesto a plegarse dócilmente a ella- se calcifica, se convierte en una clave inamovible, pretendidamente decisiva, de análisis de la existencia humana y de todo el universo. Esa calcificación o esclerosamiento transforma el *sistema de ideas* en *mera ideología*. Es *mi* modo de pensar, *nuestro* modo de pensar y actuar, y cada día lucharemos por conseguir que se destaque frente a los restantes modos de ver la realidad.

Constituye un espectáculo poco edificante y ejemplar advertir cómo se esfuerzan los políticos por trazar líneas divisorias, a veces fantasmales, entre su concepción de la realidad social y la de otros grupos evidentemente afines. Este afán diferenciador *contra naturam*, esta violencia hecha a la realidad de las cosas constituye una *ideologización* de la vida política.

Las ideologías, fuente de violencia

Toda *ideologización* -así entendida- es fuente de violencia porque entraña 1) un progresivo alejamiento de la realidad y un empobrecimiento correlativo, 2) una mengua del poder persuasivo y una tendencia a escindirse de otras posiciones.

1. Alejamiento de lo real y empobrecimiento

Los seguidores del fundador de un movimiento intelectual poderoso no siempre disponen de capacidad intelectual suficiente para proseguir su tarea investigadora de la realidad. Por otra parte, si el sistema de ideas que han asumido lo toman como base de acción de un partido político, se sienten inclinados a sacarle el máximo provecho en orden a la eficacia práctica. Por ambas razones, el sistema primero de ideas va quedando *alejado de la realidad*, ya que ésta no es estática, no está realizada de una vez para siempre; se despliega conforme a sus internas virtualidades y a la acción libre de las diferentes generaciones de hombres. La realidad "da de sí" (Rahner, Zubiri).

El alejamiento de la realidad produce desajuste, incoherencia, arbitrariedad. Un sistema de ideas falto de realismo y sobrado de intervencionismo por parte de quienes lo sostienen carece de poder persuasivo para convencer a quien se halla dotado de cierta experiencia, que significa contacto personal con la realidad. Al estar menguado de posibilidades de *convencer*, las ideologías tienden a *vencer* mediante una forma u otra de *imposición*. En un sistema dictatorial, la forma de imponerse será abierta; en un sistema democrático, adoptará más bien modos arteros. La violencia de fondo es idéntica en ambos casos.

2. La violencia ideológica y la humillación de la razón

Al alejarse de la realidad, las ideologías inspiran conductas tajantes, implacables, unilaterales. De ahí que, si un partido político dominado por una ideología incluye en su ideario un determinado propósito -por ejemplo, fomentar el divorcio, el aborto y la eutanasia: nótese que digo "fomentar" y no sólo "permitir"-, resulta vano entregarse a discusiones teóricas sobre la legitimidad del mismo y su ajuste a las leyes de la vida humana comunitaria. No se encontrará apenas un militante que se detenga a sopesar las razones que puedan aducirse; en su mayoría se limitarán a buscar salidas de urgencia, pretextos, motivos especiosos, con objeto de salvar la apariencia de racionalidad ante las gentes. Los responsables movilizarán todos los recursos de la demagogia para dar a entender que su actitud responde a razones sólidas, bien

meditadas, pero nadie mejor que ellos sabe que, en definitiva, tal actitud obedece a una toma de posición predeterminada por una estrategia de conjunto.

En ciertas ideologías se incluye la necesidad de fomentar el divorcio, el aborto y la eutanasia no porque el análisis de la realidad les facilite una justificación suficiente para ello sino porque los ideólogos prevén que tal promoción les va a procurar ante el pueblo una imagen de *apertura, liberalidad y progreso*. Estos vocablos, malentendidos tendenciosamente, colaboran no poco a tornar atractiva la imagen de un grupo político, y se truecan a la postre en medio para la conquista del poder. No se trata, pues, de una opción *racional* -basada en el estudio de la realidad-, sino de una decisión impuesta por la voluntad de poder e inspirada en los criterios de astucia propios de toda estrategia.

A menudo se experimenta en ciertas reuniones el fracaso de la razón, la humillación y el desprecio de la capacidad humana de razonar, de ir al fondo de las cosas y basar las opciones y decisiones en las exigencias de la realidad. Alguien plantea una cuestión y se abre un debate largo y apasionado. Al final, se percata uno de que todo fue en vano. Desde el principio estaba previsto que *no habría más fuerza decisoria que el poder impersonal, frío e irracional, del voto emitido por fidelidad a un credo ideológico*. Cuando se observa que un grupo numeroso de diputados dan su voto de forma unánime, sin la menor fisura, una y otra vez, tras haber oído argumentos muy sólidos contra la orientación que tal opción refrenda, uno piensa que aquí no es la realidad quien marca la pauta a seguir sino los esquemas ideológicos que constituyen el músculo intelectual del partido.

3. La escisión insalvable del pueblo en grupos

Una de las consecuencias más perjudiciales que acarrea a la sociedad esta atencencia rígida a un bloque de ideas *ideologizado* es la escisión del pueblo en grupos antagónicos irreconciliables. Antes de unas elecciones generales celebradas en un país europeo, un periodista preguntó a una conocida escritora si estaría dispuesta a cambiar el sentido de su voto en caso de observar que sus correligionarios habían fracasado en la gestión pública. Ella contestó indignada, con la contundencia propia de quien cree expresar algo obvio: "¡Nunca! ¡Jamás concederé el voto a mis enemigos!" He aquí una neta *actitud ideológica*. A pesar de su refinamiento como escritora, esta persona no ha logrado, a juzgar por su respuesta, considerar los diversos sistemas de pensamiento como vías hacia el descubrimiento de la verdad, vías que están llamadas a integrarse.

El estudio de la realidad solemos iniciarlo los hombres desde puntos de mira diversos, bajo el impulso de intereses distintos y al abrigo de sentimientos dispares. Todo parece llevarnos por rutas divergentes. Pero, si nos encaminamos hacia una meta común -la de ser fieles a la realidad, que es una y la misma para todos, y nos nutre y hace posible el desarrollo de nuestra personalidad-, los caminos de nuestra vida tomarán una orientación convergente. Dar por supuesto que nunca tendrá lugar un encuentro por vía de participación en una verdad compartida es transformar la propia posición en una fortaleza, alzar los puentes, ahondar los fosos y hacer imposible toda comunicación. Pero la comunicación es esencial al desarrollo genuino del hombre. Hacerla inviable de raíz supone la amputación violenta de la posibilidad humana radical.

La parcialidad y rigidez de conducta que late bajo esta actitud crispada se opone frontalmente a la condición abierta y evolutiva de la realidad, en sus diferentes vertientes. A veces, es la fuerza misma de la realidad cambiante la que insta a los grupos humanos a evolucionar lo necesario para irse ajustando a las exigencias que ella les plantea. Se ha dado el caso de que ciertas posiciones políticas, consideradas como antagónicas durante largo tiempo, llegaron a estar en cierto momento de tal modo avecinadas en el programa económico que apenas lograban encontrar rasgos diferenciales que destacar. Esto ocurrió con el partido democristiano y socialdemócrata en la Alemania de la postguerra, en tiempos de Adenauer y Ollenhauer, respectivamente. También hoy la orientación económica viene decidida en buena

medida por la realidad. Apenas queda lugar en esta cuestión para introducir medidas dictadas por la propia ideología. De hacerlo, la realidad no tardaría en dar un severo correctivo.

4. Atrincheramiento de las ideologías en el reducto moral y religioso

Cuando se cometen atropellos contra la realidad en la vertiente moral y religiosa, la venganza de la realidad tarda más en hacerse sensible a las personas poco avezadas a las cuestiones del espíritu. Les parece, en principio, que con estos ámbitos de la vida humana pueden permitirse toda clase de experimentos y alteraciones, con el mero fin de guardar fidelidad a un programa político y a la ideología que lo inspira. Las consecuencias, sin embargo, no dejarán de hacerse sentir, con grave quebranto de los intereses básicos del pueblo. Tal vez en ese momento los responsables no estén ya en el poder y no tengan que afrontar un bien merecido reproche. En caso contrario, no les será difícil hacer ver a las gentes que este tipo de calamidades es *fruto ineludible de los tiempos*, como si los fenómenos surgieran por generación espontánea sin causas bien precisas.

Analícese, por vía de ejemplo, el comportamiento de algunos grupos políticos respecto a la planificación de la natalidad. Durante años no tuvieron reparo en proponer como modelo de conducta *progresista y avanzada* la práctica del amor libre, el uso indiscriminado de anticonceptivos, la adopción de modos de emparejamiento no familiares, la planificación familiar arbitraria, inspirada en criterios puramente hedonistas. Poco tiempo después, advirtieron alarmados que este tipo de conducta que denominaban pomposamente "liberada" provoca un descenso brusco del índice de natalidad, y éste a su vez suscita un desequilibrio entre el número de jóvenes y el de ancianos. Para solucionar el cúmulo de graves problemas que lleva consigo este envejecimiento de la población, se apresuran ahora a realizar campañas en favor del incremento de la natalidad. Pero lo hacen inspirados en el mismo espíritu que impulsó la campaña antinatalista: el espíritu egoísta de entrega a las gratificaciones fáciles e inmediatas. Prometen toda clase de ventajas a las madres gestantes: retribuciones económicas, períodos de vacación, prebendas de uno u otro orden. Es muy de temer el fracaso de tal iniciativa, porque en el plano del egoísmo impera la voluntad del cálculo, y, al calcular las ventajas e inconvenientes de la maternidad -vistos ambos desde una óptica material egoísta, individualista-, es muy probable que la opción definitiva siga inclinándose hacia la actitud actual de insolidaridad y despego. Dar vida a un hijo no equivale a ofrecer a la sociedad un *producto* necesario. Es una tarea no medible con criterios de rentabilidad.

Al analizar estos fenómenos sociales, suele aducirse la frase consabida de que estamos ante un tipo de procesos *normales en los países desarrollados*, que deben rendir este tributo a su alto grado de bienestar. No se dedica tiempo, esfuerzo y honradez a investigar la relación que media entre el descenso de la natalidad, por una parte, y la tendencia, por otra, a desoir las exigencias de la realidad y refugiarse en la fortaleza de las *ideologías*, convertidas en baluartes para la lucha social y política. Si alguna vez se hiciera debidamente tal investigación, no sería difícil advertir que, para resolver este género de problemas, se necesita dar un giro a la mentalidad y ascender de plano: del plano egoísta al solidario, del manipulador al creativo, del hedonista al desinteresado.

5. El proceso de ideologización y el de manipulación se fomentan mutuamente

Recordemos el encadenamiento de sucesos ya descritos anteriormente: 1) Un grupo elabora un sistema de pensamiento conforme a la imagen que la realidad le ofrece en su momento histórico; 2) por las razones indicadas, ese sistema de pensamiento se estanca, se reduce a mero ideario fosilizado y queda desajustado respecto a la realidad cambiante; pierde con ello capacidad de persuasión, poder convincente, y tiene que imponerse con la fuerza de la astucia, echando mano de los trucos de la manipulación demagógica; 3) la manipulación depaupera el lenguaje, el pensamiento, la capacidad creadora, la vida espiritual; 4) este

depauperamiento múltiple aleja al hombre de la realidad, le quita poder de fundar modos relevantes de unidad con cuanto le rodea; lo torna, así, menos "culto" -en sentido riguroso-; 5) esta falta de auténtica cultura provoca la reducción de los sistemas de pensamiento a meras ideologías, entendidas no como campos de juego *en los cuales* el hombre se une a lo real sino como *medios para* adquirir poder.

La ideologización de la cultura y la manipulación de los pueblos se nutren y potencian entre sí, y, con su energía potenciada, fomentan el *gregarismo* y el *colectivismo*⁸. Lo que permite a las personas vivir como tales -es decir: engarzadas en estructuras comunitarias- es su capacidad de instaurar modos de unidad valiosos con las realidades circundantes. La manipulación amengua dicha capacidad. La ideologización de los sistemas de pensamiento acontece debido al desarraigo del hombre respecto a la realidad. Por ambos lados, el hombre queda desconectado de su fuente nutricia de vida personal, de poder creador, de capacidad de iniciativa. Tal desconexión reduce las *personas* humanas a condición de meros *individuos*. Para no sentirse del todo inseguros, éstos reclaman automáticamente un conductor, un guía, alguien que les "dicte" lo que tienen que pensar, sentir, querer y realizar. La manipulación y la ideologización quitan calidad a la vida humana, la hacen tosca, la dejan desvalida, minan de raíz las bases de la vida comunitaria y fomentan los *sistemas políticos de caudillaje dictatorial*.

Visión sinóptica

El hombre actual está sometido a dos formas de manipulación distintas por su alcance, sentido e intensidad: 1) la manipulación ejercida por personas y grupos aislados que intentan conseguir *metas concretas* que no afectan al conjunto de la vida humana; 2) la manipulación llevada a cabo de forma sistemática, bien planificada, por grupos empeñados en la tarea de difundir e imponer a todo trance una ideología y determinar la *actitud global* de hombres y grupos ante la existencia. Los actos de manipulación aislados -como son las diversas formas de propaganda- suelen ser fáciles de detectar y neutralizar. Presenta una dificultad mayor descubrir la trama de manipulaciones tejida demagógicamente por los estrategas de un determinado grupo ideológico para realizar acciones de gran trascendencia, como puede ser la subversión de valores y el cambio de mentalidad ética de un pueblo.

Los análisis realizados en este volumen tienden a poner en forma nuestra capacidad de discernimiento en orden a delatar las formas más complejas y dolosas de manipulación. Como ejercicio tendente al mismo fin, ofrezco al lector la posibilidad de analizar el carácter ideológico que presenta la inveterada costumbre de hablar de "la izquierda", "la derecha", "el centro"..., como posiciones bien afirmadas en sus límites y abruptamente opuestas. "Nuestro enemigo de siempre y para siempre -afirmaba hace poco un dirigente sindical- es la derecha".

Recuérdese que, para amenguar la capacidad creadora del pueblo, un medio eficaz es incitarle a pensar de forma inadecuada, banal, superficial, desajustada respecto a la realidad. Una manera concreta de difundir tal modo de pensar es dar por supuesto que no hace falta matizar los conceptos y que es perfectamente legítimo en un país culto expresarse mediante el mero manejo de clisés estereotipados, entre los cuales figuran las expresiones antedichas y las derivadas de ellas: "centro-derecha", "centro-izquierda", "ultra-derecha", "ultra-izquierda". Esta clasificación espacialoide de las actitudes políticas no sirve sólo a la voluntad de buscar fórmulas fáciles para entenderse; responde al afán de marcar límites abruptos entre las diversas tendencias y escindirlas en bloques ideológicos.

⁸ Cf. *Hacia un estilo integral de pensar I*, o.c., 92.

SEGUNDA PARTE

LOS RECURSOS DE LA MANIPULACIÓN

IV

¿CÓMO SE MANIPULA AL HOMBRE?

La forma dolosa de actuar el demagogo presenta cinco aspectos fundamentales: 1) Se apoya en las tendencias básicas del ser humano y en determinadas circunstancias sociales. 2) Opera siempre a favor de corriente. 3) Divide el proceso de manipulación en tres fases o niveles. 4) Aprovecha los recursos que ofrece el lenguaje en orden a tergiversar los conceptos y a modelar el espíritu de las gentes. 5) Saca amplio partido a la capacidad de seducción que albergan las imágenes.

En este apartado estudiaremos los dos primeros puntos, divididos en tres párrafos. Los restantes merecen tratamiento aparte.

1. La manipulación y las tendencias humanas

La tarea del demagogo viene facilitada por la inclinación de la mayoría de las personas a *proceder de buena fe* y dejarse llevar sin cautela alguna de *diversas tendencias* que juzgan fecundas en orden a su desarrollo personal. La táctica demagógica consiste en subrayar un aspecto de tales tendencias que resulta halagador a las gentes y dejar otros en sombra con el fin de exaltar y prestigiar ciertas actitudes humanas que favorecen al manipulador. *Nada más importante para descubrir los engaños y ardidés de los manipuladores que conocer a fondo nuestras tendencias primarias.* Destaquemos algunas de ellas y su manipulación por parte del demagogo.

- La tendencia humana a confundir la *libertad integral* con el mero *estar libre de obstáculos* prepara el terreno al demagogo para 1) dar a entender que la libertad se opone a toda forma de cauce y norma, 2) ocultar que hay formas de libertad que se contrastan y complementan con ciertas formas de vinculación del hombre a las realidades del entorno, 3) conceder primacía a la "libertad de maniobra", la capacidad de actuar en cada momento sin traba alguna.

- La tendencia a buscar soluciones fáciles a los problemas de la vida permite al demagogo 1) dar por consabido que todo lo que rodea al hombre tiene rango de mero objeto, 2) exaltar las ventajas del dominio de objetos, es decir, del "tener", 3) vincular el poseer y dominar objetos con la "libertad de maniobra" e interpretar ésta como la única forma eficiente de libertad, 4) dar por hecho que las soluciones a los problemas sólo pueden conseguirse por vía de dominio y manipulación de objetos. Entre tales objetos figura también para el demagogo el cuerpo humano.

- La tendencia a evitar los conflictos a toda costa crea un clima propicio al manipulador para 1) prestigiar el término "reconciliación", 2) fomentar el diálogo *irenista*⁹, 3) dar a entender que toda *discusión* degenera necesariamente en *disputa* y funda *disensión*, 4) confundir el

⁹ Como procedente del vocablo griego "irene" –paz-, "irenista" puede traducirse por "pacificador" en general, pero de hecho suele aludir en concreto a la pacificación de los espíritus escindidos por razones religiosas.

entusiasmo en la defensa de los valores con la intransigencia belicista, 5) sugerir que el mantenimiento de la paz exige el reblandecimiento de las convicciones y la adopción de una actitud relativista y perspectivista para la cual toda opinión es igualmente válida porque responde a un modo peculiar de abordar el tema tratado.

- La tendencia a estar en el secreto de las cosas y no quedar preso en las apariencias otorga al manipulador la posibilidad de 1) presentar lo complejo como un haz de elementos simples, 2) reducir lo que ostenta una condición noble a algo oculto e inferior, a menudo represado por razones inconfesadas. Analicemos algunos de estos puntos con mayor amplitud.

La tendencia a "estar en el secreto" y desenmascarar ídolos falsos

Las gentes sienten especial halago en conocer el secreto de cosas y acontecimientos, descubrir misterios, superar ingenuidades. Esta tendencia es explotada hábilmente en la Edad Moderna y Contemporánea por multitud de falsos líderes intelectuales que se ofrecen a las gentes para hacerles la gracia de desenmascarar los ídolos falsos y poner al descubierto lo que las cosas son en verdad, más allá de todo velo encubridor. Presentarse como debelador de gigantes con pies de barro es una garantía de éxito pues lo rodea a uno automáticamente de una aureola de persona íntegra, incontaminada, implacable, sutil, penetrante, incorrupta. Si logra ocultar sus segundas intenciones, el desenmascarador tiene de antemano la batalla ganada; conquista adeptos a raudales para la teoría que propone. Se hace valer como representante de la actitud fiel a la realidad, y susurra al oído de las gentes: «Os voy a descubrir la verdad. Se ha venido diciendo que el arte es una manifestación cultural muy elevada y noble. Yo os mostraré que el arte se reduce a la sublimación de pulsiones instintivas reprimidas violentamente. Se os ha sugerido que la religión constituye una forma de encuentro transfigurador con el Ser Supremo. Oid mi revelación: La vida religiosa *no es sino* una salida ficticia a un estado de extrema menesterosidad, un modo de hipnotizar a desesperados con el fin de tenerlos bajo control y canalizar sus energías hacia los propios fines interesados»¹⁰.

Este contundente método reduccionista, que reduce lo superior a lo inferior, lo complejo a lo simple, lo noble a lo plebeyo, suele seducir a las gentes por el mero hecho de que simplifica las realidades y fenómenos, les quita énfasis, las priva de su misterio, las convierte de *enigmáticas* en fácilmente *explicables*. Durante siglos, los mejores ingenios del mundo se han debatido con el enigma de la belleza. ¿Qué es lo bello? ¿Por qué ciertas realidades o acontecimientos suscitan en nuestro ánimo un sentimiento de admiración? Sócrates, tras discutir largamente con Hippias en el diálogo *Hippias Mayor*, sólo llega a la conclusión de que "lo bello es difícil". Plotino, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Kant, Hegel, Schopenhauer, Winckelmann, Kierkegaard, Nietzsche, Arteaga, Volkelt, Croce, Heidegger..., todos los grandes pensadores experimentaron la atracción de este tema y la desazón de su faz enigmática. Estudias el tema largamente, y, cuando crees que lo tienes apresado entre las manos, se te evade como si fuera un espejismo, pero tú cobras conciencia más clara que nunca de que ese fenómeno evanescente presenta una peculiar realidad y eficiencia. En este clima de insalvable ambigüedad, aparece un investigador de enfermedades mentales y nos confía el gran descubrimiento que todo lo simplifica: *el arte es un recurso de urgencia para solucionar conflictos psicológicos*. Hemos aquí en posesión de una llave que nos permite clarificar el viejo y acuciante enigma. Pero ¿se trata de una clave de interpretación o, más bien, de un habilidoso recurso para zanjar en agraz una cuestión que desborda el alcance del saber analítico propio de la experimentación científica? Freud jugó con ventaja desde el principio al proponer una vía de explicación que hace más *dominables* los fenómenos y los reduce de valor.

¹⁰ La expresión «esto no es sino...» traduce al castellano la locución "that is nothing but...", acuñada por ciertos escritores ingleses propensos al *reduccionismo*, a la táctica de reducir el valor de los fenómenos humanos.

El demagogo empobrece las cuestiones que analiza. Al hacerlo, comete *injusticia* con la realidad, pero se *ajusta* a la búsqueda actual de soluciones fáciles y contundentes. Al tiempo que se enfrenta con lo real y lo extorsiona, el demagogo hábil sabe hacerse simpático a las gentes. Cuando analicemos en pormenor los diversos recursos estratégicos, veremos en acción esta habilidad.

La movilización del "efecto sorpresa"

Para sacar partido a las tendencias del hombre, el demagogo debe operar con suficiente celeridad a fin de que las personas y los grupos sociales no tengan tiempo de reflexionar y no caigan en la cuenta de los riesgos que corren al dejarse llevar de tales inclinaciones espontáneas. De ahí la profusa utilización, por su parte, del "efecto sorpresa".

Este efecto se halla en la base de toda manipulación demagógica. Un pueblo poco avezado al tratamiento de temas sutiles y tan carente de astucia como sobrado de confianza en las personas mejor pertrechadas de conocimientos es sorprendido fácilmente por los demagogos, que deslumbran su vista con torbellinos de conceptos a fin de mezclar éstos a su antojo y tergiversar su sentido. Sobre el fondo de entrega confiada y buena fe del pueblo actúa la astucia del demagogo para sacar partido a sus tendencias básicas. Todos los seres humanos, especialmente los menos cualificados, tienden en principio al logro de ganancias inmediatas. Tal inclinación es ampliamente explotada por los demagogos para someter al pueblo a vasallaje espiritual, no para satisfacer sus anhelos. Este falaz recurso demagógico lo vemos en juego cuando analizamos la táctica de confundir las experiencias de vértigo y las de éxtasis. Se destaca el flanco débil de las gentes bajo pretexto de satisfacer sus necesidades básicas. Se da pábulo a aquellos de sus afanes que ponen más en peligro su desarrollo cabal, y se hace valer la interpretación de que se está llevando su *libertad* a cotas nunca alcanzadas. El término talismán "libertad" corre una cortina de humo ante los ojos del pueblo y no le deja advertir la trampa que acaban de poner a sus pies.

Para conseguir el "efecto sorpresa", el demagogo se apoya de ordinario en las técnicas actuales de comunicación, que permiten penetrar en los hogares súbitamente y transmitir el mismo mensaje en un instante a millones de seres humanos. Si siempre se manipuló a las gentes, hoy día se lo hace con una amplitud y una sutileza antes insospechadas. Podemos decir que se ha "profesionalizado" el arte de manipular.

2. Circunstancias que favorecen hoy la manipulación

Las diversas formas de *persuasión directa* que puede ejercitar el hombre no constituyen una *manipulación*; son vías hacia la *participación en común* de la verdad que uno cree haber descubierto. Ese género de persuasión aporta razones, apela a la inteligencia y la libertad de los demás, pone las cartas boca arriba, muestra la eficacia de la propia orientación. Para llevar esto a cabo, se requiere cierta formación, buen temple para abordar las cuestiones con el ritmo adecuado, paciencia para sugerir lo que uno entiende como verdadero sin imponerlo.

Tales condiciones sólo pueden darse si existe un amor insobornable a la verdad. Este amor presupone la liberación, por parte del hombre, de intereses alicortos. Cuando éstos prevalecen, personas y grupos desisten por principio de buscar y defender la verdad, y rehúyen, en consecuencia, los modos francos de persuasión. Al adoptar una actitud interesada y tortuosa, se incrementa en su espíritu todavía más el afán de dominio, y éste inspira los modos de expresión indirectos, oblicuos, taimados.

La práctica de las formas de manipulación viene facilitada, además por diversas circunstancias del momento actual que conviene destacar.

1. Los medios de comunicación ponen sobre el tapete multitud de cuestiones, algunas de gran alcance, y lo hacen a menudo con un ritmo trepidante y una actitud expeditiva. El ritmo lento exigido por el análisis de los temas profundos se opone a las exigencias de espacio y

tiempo que acosan tanto a la prensa escrita como a la hablada. Expresarse de modo contundente resulta brillante, da impresión de seguridad y se ajusta a los imperativos de dichos medios.

2. Este aluvión de temas desborda la capacidad de *atención* de los ciudadanos y sobrepasa el nivel de *formación* de la inmensa mayoría. Muchos de los presentadores de los programas de opinión están lejos de hallarse a la altura que las cuestiones tratadas exigen, y las plantean de forma inadecuada. Cuando se da con mucha frecuencia, esta falta de rigor mental provoca en el pueblo un desconcierto espiritual grave.

3. El hombre contemporáneo no se resigna a aceptar que su grado de *formación* es considerablemente inferior al de *información*. Estar formado requiere una actividad muy esforzada. *Buen número de personas optan por incrementar la información a expensas de la formación*. Ello resulta especialmente cómodo y gratificante en medios sociales poco cualificados, orientados más bien hacia la superficie que hacia la hondura.

4. El predominio de la información sobre la formación se traduce en una falta de criterios lúcidos para discernir doctrinas y ordenar valores. El hombre poco formado y aluviónicamente informado suele optar por una actitud de mero *sincretismo* frente a la multitud de doctrinas y actitudes que lo apelan desde todos los ángulos.

5. La actitud de *sincretismo* superficial, que lo quiere coordinar todo para hacerse una ilusión de acumular riquezas, aboca con facilidad a una posición de *relativismo* -todo es verdadero desde la perspectiva peculiar que uno adopte- y de *indiferencia* -nada encierra un valor absoluto, exclusivista-.

6. Este deslizamiento hacia el *indiferentismo relativista* es facilitado por la atmósfera de *miedo difuso* a nuevos conflictos ideológicos y bélicos. El hombre actual tiene en su memoria histórica dos conflagraciones mundiales que supusieron sendas hecatombes tanto en el aspecto físico como en el espiritual. En ellas, multitud de personas inmolaron su vida en aras de ideales que hoy son objeto de olvido o de escarnio. Las generaciones jóvenes se preguntan si tiene sentido consagrar la existencia a ideales que no parecen tener una vida duradera porque carecen de valor *absoluto*.

El "mito del eterno progreso" impulsó la existencia de las generaciones que llevaron la vida europea esforzadamente a una cumbre de saber y de dominio. Tal mito hizo quiebra en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. El hombre de hoy se siente inclinado a pensar, o al menos a presentir, que todo da igual con tal de mantener la paz. *Todo da igual*, es decir: *todo es indiferente*, no hay una jerarquía de valores que nos imponga dar la vida por defender los valores más altos.

7. El hombre indiferente, falto de bases intelectuales sólidas en que afirmarse, carente de poder de discernimiento, es presa fácil de toda suerte de manipulaciones o malabarismos mentales, ya que sustituye los *principios* y *verdades básicas* por simples *esloganes* o *lemas*, no se sobrecoge ante las grandes verdades porque no las conoce y se deja impresionar por los términos "talismán" que constituyen el suelo espiritual en que se afirma la gente de la época.

8. El temor a posibles conflictos insta al hombre indiferente a fomentar a todo precio el *irenismo*, la armonización de posiciones doctrinales no del todo conciliables. El instinto de conservación lleva al hombre a destacar los puntos de contacto y dejar en la penumbra los rasgos opuestos. Entre estos rasgos inconciliables figura la actitud respecto a las llamadas "virtudes cristianas": *fidelidad conyugal* -mantenimiento de la promesa de fundar, a lo largo de toda la vida, una forma elevada de unidad-, *respeto absoluto a la vida* -la vida en plenitud, pero también la vida en promesa o en decadencia-, *libertad religada* -vinculada a todo aquello que la hace creativa-, *amor oblativo* -actitud de entrega, instauradora de modos relevantes de unidad...-.

Estas virtudes -o "poderes", según la profunda interpretación griega y latina- no son sólo actitudes que ciertos hombres adoptan por un mandato recibido de un ser trascendente; *son las condiciones de toda creatividad humana*. Al impugnarlas mediante el gratuito recurso de considerarlas como expresión de una "moral de esclavos", se contribuye a despojar al hombre de cuanto lo fortalece frente a los depredadores. Seamos cautos. Al impugnar la religión

cristiana, no se ataca a una institución que pudiera desaparecer impunemente de los países occidentales; se intenta con ello *minar las bases de la capacidad de resistencia moral frente a los usurpadores*.

9. Al que delata esta operación de falsa cosmética irenista o conciliadora se lo tacha de espíritu dogmático, intransigente y beligerante. En épocas de conformismo entreguista, tal reproche resulta descalificador y es capaz de intimidar a las personas poco seguras de sí mismas.

10. Esta intimidación provoca la *desmovilización de los espíritus*, la atonía espiritual, la mengua o la anulación absoluta de la creatividad, y consiguientemente el desarme, la carencia de anticuerpos frente a la invasión ideológica de los manipuladores de oficio.

11. La falta de creatividad y de iniciativa lleva al hombre medroso de estos días a desconfiar de su capacidad de mantener la paz y estructurar la vida social de forma robusta y duradera. Esta desconfianza en los propios medios, unida al deseo obsesivo de evitar conflictos, hace ver magnificadas las cualidades y poderes del adversario. El poder atrae, se hace sugestivo, fascina. *El hombre acosado por el miedo acaba fascinado por la grandeza real o supuesta del enemigo*. Esta fascinación lleva a exagerar los puntos de posible entendimiento con el adversario y a restar importancia a las divergencias. Tal exageración fascinada se traduce en abierta simpatía primero, en cesión y claudicación después, y finalmente en abierta colaboración. No es difícil hallar en la historia reciente ejemplos claros de semejante transformación espiritual, que, por bienintencionada que haya sido, no deja por ello de encerrar muy graves riesgos.

3. El demagogo navega río abajo

Los manipuladores operan de propósito a favor de corriente para asegurar el buen éxito de antemano. Estudian la psicología de las masas, es decir, de los grupos humanos numerosos y poco cualificados con el fin de halagar algunas de sus inclinaciones espontáneas y ganar su confianza. En una época, como la actual, que glorifica lo espontáneo, lo "liberador", lo no represivo, si uno se presenta como promotor de las inclinaciones *instintivas* del pueblo cobra inmediatamente fama de persona al día, avanzada, abierta al progreso. Ello da ascendente, otorga credibilidad y pone en condiciones de poder ejercer las artes del ilusionismo sin levantar sospechas y ser acusado de falsario.

Preparado de esta forma el ambiente, puede uno decir mentiras a raudales sin miedo a ser tachado de mentiroso; puede incumplir mil y una promesas sin temor a ser calificado de pérfido. No lo olvidemos: *El manipulador envilece al pueblo para tener libertad de maniobra y evitar el riesgo de ser escarnecido*.

En la manera de ser y comportarse de los grupos del pueblo menos formados destacan dos tipos de actitudes y hábitos que favorecen la práctica de la manipulación, el uno de forma pasiva y el otro de modo activo. Favorecen por vía *pasiva* la manipulación -en cuanto dejan la mano libre a los demagogos para desarrollar impunemente sus artes ilusionistas- la ingenuidad, la buena fe, la falta de creatividad, la carencia de formación -sobre todo en relación al lenguaje, a la forma de pensar y hablar correctamente, de forma adecuada a la realidad-, la indolencia o pasividad ante los acontecimientos sociales, la propensión un tanto fatalista a dejar que otros decidan la marcha de las cosas.

Favorecen de modo *positivo* la puesta en juego de las técnicas manipuladoras ciertos modos de reaccionar de las personas pertenecientes a los estamentos del pueblo menos favorecidos y cualificados culturalmente. Entre ellos, la actual *Psicología de masas* subraya los siguientes:

- A los pueblos masificados -no estructurados debidamente- les halaga que secunden sus iniciativas, que se pongan a su nivel, que todos parezcan ser de los suyos. Al mismo tiempo, ven con buenos ojos -en aparente paradoja- que sean otros los que asuman la responsabilidad de dirigir los negocios públicos y determinar la orientación cultural. Ya Fichte advirtió en su

tiempo que el hombre está más dispuesto a reconocer que es un "trozo de lava de la luna" que aceptar que es un "yo", un ser que debe asumir responsabilidades y tomar iniciativas.

- Les gusta entregarse a modos de pensar, querer y sentir banales, espontáneos, un tanto primitivos, y agradecen que se les ahorre el esfuerzo de matizar los conceptos y llevar a cabo razonamientos rigurosos.

- Se sienten enaltecidos cuando observan que las personas que integran las clases superiores son objeto de hostigamiento y pierden parte de los privilegios que a su entender poseen.

- Reaccionan con exultación ante todo movimiento hacia el *igualitarismo* que se dé en cualquier vertiente de la sociedad. La palabra *jerarquía* va unida en su mente, de modo ambiguo, pero enérgico y profundamente emotivo, con ideas de vejaciones sufridas o al menos imaginadas.

- Vinculan exaltadamente en su espíritu las palabras "reivindicación", "lucha", "revolución", "cambio", "reforma" con la voluntad de revancha contra todo lo que a sus ojos implica desigualdad y ordenación jerárquica, entendida como subordinación de los más débiles a los más fuertes.

- Se sienten entrañablemente unidos a quienes de alguna manera satisfacen el afán revanchista que despiertan la envidia y el resentimiento.

- Propenden a dar por supuesto que todo el que destaca en la sociedad es un privilegiado que debe en buena medida su fortuna a algún tipo de usurpación.

- Aplauden cuanto signifique aventura aunque sobreabunde en riesgos. El aventurerismo del que fomenta el cambio, la reforma y la revolución sin rumbo fijo, sin un estudio previo de las posibilidades de lograr un estado más perfecto que el que da por caducado es saludado con alborozo como signo de grandeza de ánimo.

- Rehúyen apasionadamente el tedio, pero parecen ignorar que éste procede de la falta de creatividad y no se supera con la mera entrega a la diversión superficial y a la exaltación provocada por las experiencias de vértigo.

- Se inclinan a considerar como intransigente a todo el que defiende con entusiasmo un valor por considerarlo más elevado que las meras gratificaciones inmediatas y pasajeras.

- Tienen proclividad a estimar como más valioso lo más exaltante -lo menos exigente y lo más intenso en el aspecto psicológico-, y a otorgar consiguientemente la primacía, en el orden de prelación, a las experiencias de vértigo -que arrastran- sobre las de éxtasis -que elevan-. El hecho de que éstas sean *exigentes* hace que se las considere a menudo como algo que *se impone desde fuera* al hombre, algo por tanto lejano y en definitiva *extraño*, que no le concierne a uno porque no lo siente como una realidad cercana con la que pueda entrar en vibración de modo espontáneo.

- Las personas poco cualificadas, por falta de la debida formación, suelen ser más sensibles al impulso irreflexivo de las emociones que al poder persuasivo de los razonamientos. De un concepto, una idea, un raciocinio, lo importante en orden a mover las "masas" son las *adherencias sentimentales y emocionales* que llevan aparejadas, así como las vibraciones espirituales que son capaces de suscitar.

- Al no cuidarse de perfeccionar la vida intelectual, las personas masificadas apenas piensan por propia cuenta, carecen de independencia de criterio y poder de discernimiento. Esta grave laguna se traduce en una falta casi absoluta de *defensas espirituales*. La única consistencia espiritual de estas gentes procede de su atención -más o menos rutinaria, pero eficiente- a ciertos códigos morales recibidos de la tradición en forma de usos, costumbres, normas, códigos y creencias. Si este mínimo apoyo es socavado por la acción solapada de campañas sistemáticas de desinformación e intoxicación, esas personas quedan totalmente desguarnecidas y expuestas a toda suerte de *contagios mentales y emocionales*, que operan sobre las multitudes con la contundencia destructiva de las antiguas pestes. La *guerra de la desinformación* tiene como objetivo debilitar al máximo los sistemas inmunológicos de la sociedad, para convertirla en presa fácil. No ataca directamente los sistemas de "creencias" o

convicciones básicas del pueblo, lo que podría ser interpretado por éste como una agresión a su patrimonio secular; opera pacientemente sobre los fundamentos mismos del pensar, querer y sentir, a fin de alterarlos en su raíz y conseguir que sea el pueblo mismo el que desde su interior vaya alterando paulatinamente su modo de orientarse en la vida. Fascinado por el mundo que se le ofrece a través de un lenguaje novedoso, el pueblo acaba desechando todo el tesoro de ideas, creencias y actitudes que constituían su acervo cultural.

- Este despojo, no por voluntario menos traumático, deja al pueblo en un estado de absoluto desconcierto e indefensión. Al sentirse inseguras, las gentes ansían adquirir poder a toda costa. Para ello se someten de buen grado a quien muestra capacidad de decisión y está dispuesto a dictarles lo que deben hacer y emprender. Las multitudes desposeídas de su pasado, del *humus* en que asentaban su existencia personal, se sienten a resguardo cuando se ven inmersas en un conjunto gregario conducido con mano firme por un guía carismático.

El hombre que busca un mínimo de seguridad en el anonimato de la masa intenta a todo trance ser contado entre la mayoría, vista como una fortaleza o último refugio, y rehúye el figurar entre quienes se hallan en minoría y a la intemperie. Ello explica que las "masas" acudan una y otra vez en ayuda del vencedor para figurar en su carro a la hora de la apoteosis. Esta actitud de acogerse a la sombra del más fuerte incrementa el desequilibrio inicial entre la mayoría y la minoría. Este desfase, a su vez, es agravado por el hecho de que las personas que se ven desposeídas de la aureola del triunfo y la popularidad suelen recluirse en su interioridad, no se dan a conocer, no hacen públicas sus convicciones, se entregan a "la espiral del silencio" (Elisabeth Neumann). Esta medida medrosa es la causa de que cada una de estas personas ignore la existencia de las personas afines, que comparten en soledad los mismos criterios e ideales. Tal desconocimiento -denominado por ciertos autores "ignorancia pluralista"- incrementa su complejo de inferioridad y las sume en el desánimo, al tiempo que aumenta el sentimiento de prepotencia de quienes se creen dueños absolutos de la situación¹¹.

Los que no piensan como la mayoría son dejados de lado implacablemente, incluso a veces por quienes se hallan en vecindad espiritual con ellos. La "mayoría silenciosa" es el conjunto de los que no tienen coraje para actuar como minoría y oponerse a la fuerza anegante del número. A juzgar por los resultados de diversas encuestas, existe un amplio grupo de ciudadanos que tras las elecciones manifiestan haber votado al partido triunfador aunque no haya sido éste el caso. Semejante autoengaño no persigue, obviamente, otra finalidad que el mero entregarse a la ilusión de figurar entre la mayoría avasalladora.

La conjunción y potenciación mutua de los fenómenos sociales denominados "espiral del silencio" e "ignorancia pluralista" tiene por consecuencia que las mayorías se crean superiores en número a lo que son y las minorías se sientan todavía más rebajadas.

- Conscientes del poder de la mayoría, sobre todo en los regímenes democráticos, los afanosos del voto popular suelen mostrarse seguros de sí antes de las elecciones y saludan a las multitudes con la V de la victoria. Al sugerir de esta forma que todo el mundo está con ellos intentan provocar el corrimiento de las masas hacia el reducto del más poderoso. La sociedad toma medidas y prohíbe publicar el resultado de las encuestas en los días anteriores a las elecciones. Poco se consigue con dicha prohibición, porque los sondeos de opinión realizados en el tiempo hábil para ello permiten ir orientando la estrategia hacia el total dominio de la

¹¹ El diagnóstico de A. de Tocqueville sobre la democracia norteamericana puede hacerse hoy extensivo a nuestra sociedad: «En tanto que la mayoría es dudosa, se habla; pero, desde que se ha pronunciado irrevocablemente, cada uno se calla, y amigos y enemigos parecen entonces unirse de acuerdo al mismo carro. La razón es sencilla: no hay monarca tan absoluto que pueda reunir en su mano todas las fuerzas de la sociedad, y vencer las resistencias, como puede hacerlo una mayoría revestida del derecho a hacer las leyes y ejecutarlas». «Cuando veo conceder el derecho y la facultad de hacerlo todo a un poder cualquiera, llámese pueblo o rey, democracia o aristocracia, digo: Aquí está el germen de la tiranía, y trato de ir a vivir bajo otras leyes». «... No conozco sino un medio de impedir que los hombres se degraden; consiste en no conceder a nadie, con la omnipotencia, el poder soberano de envilecerlos». (Cf. *La democracia en América* [Fondo de Cultura Económica, México 1957] 260, 258, 264).

misma opinión pública a la que se dice servir. Las encuestas parecen basarse en una actitud de respeto al pueblo, pero en rigor se hacen para conocerlo mejor y dominarlo mediante el poder que otorga tal conocimiento.

Esta sumisión servil a los dictados de la mayoría parece paradójica en lugares y tiempos en los que se glorifica la libertad y se la erige en *concepto talismán*. Resulta del todo *lógica* si se tiene en cuenta la tendencia actual a reducir la amplitud del concepto de libertad y tomar este vocablo como equivalente a "libertad de maniobra", mera franquía para hacer sin trabas en todo momento lo que le dictan a uno sus impulsos y deseos. En una época orientada hacia el *ideal del dominio*, el deseo que polariza la vida personal del hombre viene determinado por el afán elemental de sentir seguridad y poder. Este poder y seguridad tienden a ser entendidos superficialmente como capacidad de triunfo en las confrontaciones sociales. Tal éxito fácil se consigue en los regímenes democráticos mediante la simple fuerza del voto, el poder decisorio del número, no de la fuerza de la razón. De ahí la facilidad con que pueblos enteros se someten al yugo de la mayoría.

Si se toma el dominio como una meta, se pierde capacidad creativa, porque crear implica encontrarse con realidades valiosas, y el que desea imponerse a los demás tiende a reducirlos a mero objeto de vasallaje. Al perder creatividad, se siente uno inseguro radicalmente. Para liberarse de esa sensación angustiosa de desvalimiento, se intenta adquirir fuerza a través de la unión, pero no de la unión que se deriva de la estructura comunitaria -que exige una capacidad de participar personalmente en empresas comunes valiosas y esforzadas-, sino de la unión del simple ayuntamiento de intereses. Este modo de unidad no se sostiene de por sí; requiere un aglutinante exterior, la fuerza cohesionante de un guía dotado de carisma o poder sugestivo. La *sugestión* se convierte fácilmente en *fascinación*. El guía dotado de poder fascinante degenera a menudo en dictador. Como ya indicamos, el *gregarismo* aboca al *totalitarismo* por razones internas, entre las cuales se cuenta una interpretación superficial, sectariamente unilateral, del concepto de libertad humana.

Lo antedicho permite comprender cómo es posible que, en nombre de la libertad y para garantizar su ejercicio cabal, se conceda plenitud de derechos a *la mayoría* aunque ésta no haya mostrado razón positiva alguna para obtener semejante privilegio. "La mayoría" se convierte así en término talismán, y quienes la componen se vuelven orgullosamente conscientes de su poder indiscutido. Lo advirtió perplejo hace siglo y medio Tocqueville en su análisis de la sociedad norteamericana: «Es esencia misma de los gobiernos democráticos que el imperio de la mayoría sea en ellos absoluto, puesto que fuera de la mayoría en las democracias no hay nada que resista.» «La mayoría tiene (...) un inmenso poder de hecho y un poder de opinión casi tan grande, y, cuando ha decidido sobre una cuestión, no hay por decirlo así obstáculos que puedan, no diré detener, sino aún retardar su marcha, dejándole tiempo de escuchar las quejas de aquéllos que aplasta al pasar»¹².

V

LAS TRES FASES DE LA MANIPULACIÓN IDEOLÓGICA

La manipulación que se realiza con el fin de imponer una determinada ideología procede de forma *sistemática y planificada*. No se reduce a poner en juego algunos ardidés con el fin de difundir ciertas ideas, ganar buena imagen ante el público y obtener éxitos electorales. Estos fines quedan englobados en un plan general más ambicioso: el dominio interior de las

¹² Cf. o.c., 254-256.

personas y su conversión en activistas, portavoces de una concepción del mundo y de la vida. Esta meta es perseguida en tres etapas o fases complementarias.

Primera fase:

La modelación de las mentes

En esta primera etapa, el manipulador intenta *desarticular la mente* de las personas, despojarlas de su forma de pensar, de abordar los temas, de enjuiciar las cuestiones básicas de la existencia, y cambiarla por otra adecuada a los propios fines. No se trata todavía de *adoctrinar*, sino de *modelar la mente*, configurar de un modo determinado el estilo de pensar y expresarse de las gentes. Es una labor *metodológica*, no *doctrinal*; tiende a conseguir que las personas orienten su espíritu de tal forma que queden dispuestas para asimilar determinadas doctrinas y adoptar ciertas actitudes.

En un sistema democrático, el que quiere provocar un giro mental en personas y pueblos debe hacerlo de forma solapada para no herir susceptibilidades y dar, más bien, la impresión de que mantiene a salvo la libertad de los afectados. La astucia consiste en plantear dicho trueque en un nivel *radical* -el metodológico- en el que resulta difícil a la mayoría de las personas cobrar conciencia de los fenómenos que están aconteciendo. Analicemos algunos de ellos.

El demagogo se apoya en la idea fundamental de que la realidad es cambiante, de que nada está hecho de una vez por todas, que la plenitud reside en el futuro y hay que conquistarla. Diversos pensadores difundieron ampliamente esta idea en Occidente y contribuyeron a convertirla en una especie de bien común de la modernidad. *Si la realidad es fluyente, todo se trasmuta sin cesar, por ley natural*. De aquí puede fácilmente inducirse que la verdad no es inmutable, los valores no son perennes, el sentido de los conceptos no es estable, y la intención expresiva del lenguaje no es unívoca.

De la idea de realidad como algo fluyente deriva el demagogo los *medios* para conseguir los fines propios de esta primera fase de la manipulación. El medio fundamental, del que a su vez surgirán otros, es orlar de prestigio la palabra "cambio". Si la realidad es cambiante, todo lo que signifique mutación o alteración está *acompañado con la realidad, ajustado*; se halla tenso hacia el futuro; tiene un carácter avanzado, *progresista*. Idéntica orla de prestigio rodea a los fenómenos concomitantes del cambio: la *evolución*, la *indlimitación*, la *ambigüedad*, la *infidelidad*, el *pluralismo*, la *revolución*, la *ruptura*, la *lucha*, la *transmutación de sentido*, la *entrega al tiempo huidizo*...

Efecto sugestivo de la palabra "cambio"

La palabra "cambio" produce un efecto sugestivo en la multitud de personas que sienten la opresión de diversos males o insuficiencias y ansían liberarse de la rutina de una vida sórdida. Por eso la persona "original", la que promete alterar el viejo estado de cosas suscita una vibración automática y entusiasta en el espíritu de las gentes, que suelen tender más a lamentar los males que sufren que a ponderar los bienes que poseen. Tal entusiasmo incita a sobreentender que el cambio va a ser siempre a *mejor* y a constituir un *auténtico* progreso, un paso adelante. Apenas se detiene nadie a meditar que la fecundidad en la naturaleza es fruto de procesos largos vividos a ritmo lento, y que la madurez histórica exige también un paciente irse pasando la antorcha de la experiencia, el saber y la creatividad.

Esta paciencia sólo puede darse cuando se supera la actitud de *desasosiego* propia de la ambición insatisfecha y se vive *inquieto* -en el sentido agustiniano- por lograr la plenitud personal, con todo cuanto implica de generosidad y oblación por nuestra parte. Hay grupos humanos que sobreabundan en bienes, se agitan por incrementarlos y, al conseguirlo, se ven anegados en una sensación difusa de malestar y descontento. Es, sobre todo, en este tipo de

sociedades donde cunde el afán alocado del *cambio por el cambio*. Las épocas que sienten una serena inquietud por lograr la perfección debida a los seres personales ansían sólo y *de modo preciso* las formas de cambio que suponen un ascenso a cotas de mayor madurez.

Las revoluciones que adoptan ritmos precipitados y actitudes violentas no suelen ser creativas; se reducen a mero *vértigo de destrucción*, que no provoca sino devastaciones, tanto en lo político como en lo cultural. Las revoluciones fecundas son las que se han realizado a impulsos, no del mero arbitrio o afán de revancha, sino de una necesidad real de mejora sobre la base de las posibilidades creativas heredadas del pasado. Beethoven, bien instalado en el neoclasicismo vienés fundado por el "papá Haydn", abrió internamente las formas musicales y roturó las vías que iba a seguir la música posterior. Su labor revolucionaria fue extraordinariamente fértil porque se ancló en la riqueza recibida de sus mayores y configuró las formas que su fuerza expresiva reclamaba. Su revolución procedió de dentro a fuera, no de fuera dentro.

El desprestigio de los términos opuestos a "cambio"

Debido a la "valoración por vía de rebote" -que analizaremos posteriormente-, quedan depreciados los fenómenos humanos que aparecen como opuestos al cambio: la firmeza de ideas y actitudes, la fidelidad, la precisión, la delimitación, el orden, la tenacidad... Si se considera que una idea o una actitud no están ajustadas al instante presente, se las considera "desfasadas" y se las deja de lado, como sucede con los vestidos "pasados de moda". En cambio, todo lo que se haga valer como actual y "moderno", como "lo que se lleva", es aceptado incondicionalmente *porque se impone*.

De aquí se deriva la tendencia actual a idolatrar a la juventud, a pretender aparecer como joven, si no de cuerpo al menos de espíritu, de mentalidad. Se supone que los jóvenes constituyen lo nuevo, lo reciente, lo originario, lo no repetido, lo abierto al futuro.

Esta sumisión al tiempo que pasa inexorablemente explica la propensión a no descansar en el presente -que es el tiempo de la creatividad en acto- y lanzarse al futuro. Se habla constantemente del *reto del futuro*, de *proclamación profética*, de la *necesidad de tender a lo "utópico"*. En una sociedad que vive así en un anticipo constante del futuro, ser calificado de "avanzado" es supremo elogio, y ser tachado de reaccionario y anticuado constituye el más duro gesto de desprecio. La vida humana es vista como un río impetuoso que todo lo arrastra y sólo puede ser navegado por quien se adapta a su ritmo y sus corrientes.

El prestigio del cambio y el "mito del eterno progreso"

El nimbo de prestigio que rodea desde hace tiempo a la palabra *cambio* se debe en buena medida al llamado "mito del eterno progreso". Si todo saber teórico conduce a la humanidad ineludiblemente hacia cotas de mayor perfección y felicidad, el que incrementa tal género de saber contribuye al bien de sus semejantes. Su actividad adquiere de esta forma un *signo positivo en el aspecto ético*. Por el contrario, el que frena de algún modo el progreso hacia un saber más alto, es un *reaccionario*, impide el mayor bien del pueblo, observa una *conducta no ética*.

No se precisa si algún tipo de cambio hacia un saber más amplio y profundo puede implicar riesgos y debiera ser sometido a revisión. El demagogo tiene habilidad suficiente para acelerar el proceso del pensar y no dejar huelgo para reflexiones ponderadas que le impidan sacar conclusiones sumarias. Entre éstas suele resaltar las siguientes: Todo cambio hacia cualquier tipo más aquilatado de saber constituye una actividad éticamente responsable y valiosa; toda oposición a este progreso debe ser descalificada por principio.

Tal optimismo recibió un mentís trágico en las trincheras de la primera guerra mundial. Pero la fuerza del "mito del eterno progreso" perdura *porque su influencia secular sobre las mentes no ha sido neutralizada por otra clase de energía espiritual*. La clarificación de los

ideales que dinamizan la vida humana es decisiva para configurar una labor educativa que intente ser eficaz.

Entreguismo y remitificación

De la glorificación del cambio se sigue, por una parte, la consagración de la *debilidad* y el *entreguismo* como actitudes comprensivas ajustadas al espíritu de los tiempos y, por otra, la depreciación de cuanto implique adhesión firme a valores perennes, ideales firmes, verdades inmutables. Para debilitar la posición de quienes no aceptan esta idea de cambio, se intenta hacer ver que la mutación es inevitable, que todo lo arrastra como un alud, y quien se le opone queda fuera de juego en la existencia.

Esta tarea de persuasión se lleva a cabo a través de un recurso hecho posible por el prestigio de la palabra "cambio" y otros términos y locuciones afines -*ambigüedad, indelimitación, trasmutación semántica* o *alteración del sentido de los vocablos*-. Si el clima social está sobrecogido por el valor que parecen irradiar los fenómenos de cambio y trasvase de todo orden, el manipulador se halla en franquía para realizar, sin riesgo de ser delatado como falsario, toda suerte de *equívocos con el lenguaje* y *escamoteos con el pensamiento*.

Mediante el poder del lenguaje manipulado, el demagogo realiza una labor sistemática de "desmitificación", es decir -en este caso- de expolio de los valores que el pueblo ha recibido por tradición y convertido en base firme de su actividad. La labor de *demolición espiritual* que se realiza en la primera fase de la manipulación comienza con el ataque al concepto de *tradición*, malentendido como apego rígido al pasado. El demagogo necesita quitar al pueblo la *memoria del pasado*, porque de éste proceden los campos de posibilidades que han sido "entregados" a las generaciones que constituyen la sociedad actual. *Tradición* viene del latín *tradere* y significa *entrega*. El demagogo revolucionario, que arranca de la idea de realidad fluyente y todo lo centra en el cambio, recibe su fuerza destructora del futuro vacío, y vive de espaldas al pasado, a lo que, habiendo ya transcurrido, sigue vigente en cuanto nos está ofreciendo posibilidades de acción creativa para proyectar el futuro¹³.

Al borrar la memoria del pasado, se resta al pueblo creatividad, capacidad de estructurarse, y se lo torna gregario, sumiso, embotado. Tal embotamiento permite al demagogo proseguir su labor de desarbolamiento espiritual de las gentes. Este despojo de ideales elevados, de convicciones éticas sólidas, de criterios firmes, de amor a la verdad que no pasa y a los valores que perduran abre un *vacío estratégico* propicio para lanzar una campaña de "remitificación". El pueblo necesita "mitos", entendidos aquí en el sentido de valores, ideales que polaricen las energías, convicciones que encaucen el obrar. Los nuevos mitos vienen dados por el término *cambio* y los vocablos afines, que adquieren la función de "ideas motrices".

La palabra *cambio* va cargada desde hace tiempo de una peculiar emotividad. En épocas antiguas, mantenerse incólume e inalterable ante el vaivén de acontecimientos diversos era signo de grandeza de espíritu, de magnanimidad. Ser imperturbable, mostrar igualdad de ánimo en toda circunstancia era el ideal del sabio estoico, que durante siglos fue considerado como módulo del recto obrar. El cambio, por el contrario, era prueba de debilidad, de inestabilidad, de falta de criterios sólidos. Posteriormente, el cambiar, el alterarse perdió su sentido peyorativo y adquirió una valencia peculiar. Sabemos que la carga emocional de las palabras cambia con el uso en distintos contextos. Palabras en un tiempo desprestigiadas adquieren por diversas razones una vibración especial y se tornan esplendorosas. La fuerza que su esplendor les otorga es tal que convierten las frases en que figuran en una especie de "axiomas" o "creencias" que nadie osa someter a discusión. "la izquierda es libertad", "la derecha es orden", se dice a veces como algo obvio. Es posible en principio que lo sean, pero

¹³ Hablar de "revolución cultural" es una contradicción en sus mismos términos si entendemos *revolución* como *ruptura con el pasado*, porque la auténtica cultura es la fundación de modos relevantes de unidad con lo real y este tipo de creatividad sólo es posible merced a las posibilidades de diverso orden que nos ofrece la experiencia de las generaciones anteriores.

no basta unir los vocablos "izquierda" y "libertad", "derecha" y "orden" mediante el verbo *ser* para que resulte patente la verdad de tales asertos. Por mi parte estoy dispuesto a admitir todas las conclusiones que se deriven de razonamientos bien planteados y bien desarrollados. Me siento obligado, en cambio, a rechazar cualquier conclusión que no tenga por aval sino el prestigio o la carga emotiva de ciertos términos "talisman".

Actualmente, el *mero cambiar* se ha convertido en una actividad gloriosa y ha cobrado condición de *valor a lograr*, es decir, de *ideal*. No hace falta precisar el tipo de cambio ni la meta del mismo, porque dos de los términos que vibran al unísono con "cambio" son justamente la "ambigüedad" y la "indelimitación". Un término ambiguo, orlado de prestigio, se carga automáticamente de emotividad pasional y adquiere una fuerza arrolladora. De ahí el carácter *motriz*, impulsor, de los términos -y conceptos- afines a *cambio*, tales como *progreso*, *novedad*, *revolución* -política y cultural-, *lucha*, *liberación de los pueblos*, *hombre nuevo*, *futuro mejor*... En épocas caracterizadas por la diferencia de clases, el cambio se vincula con ideas como *igualdad*, *redención de clases menesterosas*, *lucha de clases*, *rebelión contra todo orden jerárquico*, *insurrección contra el poder opresor*...

El concepto de cambio es fuente de un dinamismo poderoso porque se lo presenta vinculado al término *liberación*. Se trata -afirman- de liberar al pueblo de tabúes arcaicos y de obsesiones religiosas que pudieron servir en la época prerracional para dar cierto sentido al cosmos y a la vida pero actualmente suponen una rémora a la configuración de una existencia verdaderamente ilustrada, liberada de normas oprimentes, de falsos ídolos -como son las clases privilegiadas-.

Este tipo de liberación así propuesto resulta *fascinante* para buena parte del pueblo, que no repara en la tergiversación que late en su trasfondo. En efecto, se parte -como siempre en demagogia- de una idea justa: que el hombre debe ser liberado de un estado de inautenticidad y llevado a una situación de ajuste con su verdadero ser. Se da por supuesto seguidamente que el verdadero ser del hombre es el yo visto *en toda su pureza y aislamiento*, el "*buen salvaje*" (Rousseau) que, cuando está a solas, es feliz por naturaleza. Ello permite concluir que, para realizarse debidamente, el hombre necesita desembarazarse de cuanto lo cerca y aprisiona desde fuera, lo esclaviza y deforma: los prejuicios, normas y cauces, los tabúes y las prohibiciones, las represiones de uno u otro orden.

He aquí en juego el esquema "dentro-fuera", que ejerce -como veremos ampliamente- una función perturbadora sobre la mente y la conducta humana cuando se lo toma de modo *estático*, rígido. Visto de forma *dinámica*, el hombre aparece como un ser "ambital"¹⁴, llamado a desarrollarse mediante la vinculación a otros ámbitos y la fundación de ámbitos nuevos de mayor envergadura.

Si despojamos al hombre de los ámbitos con los que está entreverado, no nos quedamos con el "buen salvaje" rousseauiano, sino con un *despojo*. La tarea básica en la vida del hombre es, como decía Saint-Exupéry en su denso lenguaje simbólico, "crear lazos", fundar relaciones de encuentro, instaurar modos elevados de unidad. Ese mundo complejo y rico de sentido que el hombre va fundando con las realidades valiosas del entorno constituye su auténtico ser, el modo de existencia que no recibe hecha del todo y de una vez, sino que ha de configurar esforzadamente a lo largo del tiempo.

En nombre de una razón que se dice absoluta y autárquica y de una idea del hombre como realidad buena en sí y autosuficiente, se intenta demoler los ámbitos que el hombre va fundando en su vida: hogar, pueblo, Iglesia, instituciones de diverso orden... Si se culmina tal expolio, el hombre queda *des-ambitalizado*, privado de la energía y el dinamismo que proceden

¹⁴ Entiendo por "ámbito" o "realidad abierta" 1) toda realidad que abarca cierto campo en diversos aspectos -ético, estético, profesional, religioso... - y es capaz de ofrecer ciertas posibilidades y recibir otras; 2) el fruto de la interacción o entreveramiento de dos o más ámbitos. Una descripción de los "ámbitos" puede verse en mis obras *Estética de la creatividad. Juego.Arte.Literatura* (Rialp.Madrid ³1998); *El secreto de una vida lograda* (Palabra, Madrid ²2004), *La ética o es transfiguración o no es nada* (BAC, Madrid, 2014).

de su vinculación activa a tales modos de realidad. En esta situación de *asfixia lúdica*, en la que el hombre se encuentra aislado y no puede hacer juego, es perfectamente viable toda labor de manipulación y desmantelamiento espirituales.

Lo antedicho nos revela que *la manipulación ideológica actual se afirma en la capacidad sugestiva de las palabras "liberación" y "cambio"*. Si un demagogo logra apropiarse de estas ideas motrices, tal secuestro significa la formación de un clima intelectual dotado de un poder extraordinario para troquelar las mentes de las personas de forma rápida, callada, inadvertida. El lenguaje es vehículo de la actividad creadora del hombre. *Al alterar el lenguaje, se altera por lo mismo toda la trama de ámbitos que van haciendo surgir los hombres al hilo de su actividad creadora en todos los órdenes*. Por el mero hecho de estar inmerso en el radio de acción de un lenguaje, el ser humano se halla afectado por un tipo de mundo singular. Al utilizar las palabras básicas con un determinado sentido y orientar el pensamiento por el cauce de ciertos esquemas mentales, se deja el hombre moldear por un modo peculiar de ver la existencia y configurarla. *El que domina el lenguaje tiene a hombres y pueblos a su merced*.

He aquí cómo el demagogo, sin realizar acciones violentas a ojos vistas, sin haber entrado todavía en el juego de difundir una doctrina especial, ha tomado ya posesión en buena medida del espíritu de las gentes sólo por el hecho de imponerles un tipo de lenguaje. Al tener la mente informada de esta manera, las gentes están ya dispuestas para ser adoctrinadas de forma acogedora y rápida. Cuando se modela su mente de forma artera a través de los ardidés del lenguaje manipulado, personas que, por su formación, debieran resistirse a aceptar ciertas doctrinas se entregan de forma sumisa y se convierten en arcilla dócil para ser modeladas como voceros de las mismas. Este giro resulta sorprendente e incomprensible a quien ve los sucesos desde fuera, sin una comprensión de su génesis y desarrollo.

El secuestro de las ideas motrices

Ciertos políticos se ha adueñado astutamente de las *ideas motrices* que poseen actualmente mayor atractivo y poder sugeridor ante el pueblo. *Libertad, progreso, modernidad, acción social, ayuda al trabajador, honradez, igualitarismo, no-señoritisimo, reforma, revolución, cambio, democratización...* son ideas propulsoras que presentan hoy día una gran confusión, dan lugar a múltiples equívocos y permiten hacer un juego táctico sumamente eficaz porque pueden ser utilizadas en diversos contextos sin comprometer a nada intelectualmente y movilizándolo, en cambio, una tremenda carga emotiva.

En pueblos que actúan más bien por reacciones sentimentales que por convicciones racionales bien meditadas, el que se manifiesta de modo tosco, poco preciso, superficial, y moviliza dolosamente las ideas motrices en el momento oportuno opera de forma sumamente efectiva sobre multitudes poco cualificadas intelectualmente ya que modela con ello su modo de pensar, querer y sentir. Ello le permite quedarse impávido ante los grandes discursos y los bien contruidos trabajos de los adversarios. Pueden éstos superarle años luz en conocimientos técnicos, en capacidad de iniciativa, en el arte de escribir y hablar. Poco importa. Su eficacia en cuanto a la tarea de conquistar la voluntad popular en la hora decisiva de las elecciones será notablemente inferior.

Estos dirigentes bien preparados se mueven en un plano de estudio aquilatado de los hechos y comunican el resultado del mismo a las personas que se esfuerzan por situarse en el mismo nivel y son, por ello, capaces de entender su mensaje. Pero el electorado está compuesto en buena medida por gentes que se hallan lejos de plantearse las cosas con tal rigor. ¿Cómo se consigue cambiar su actitud intelectual, sus afectos y predilecciones? ¿Con carteles callejeros y mítines ardorosos, con artículos en los periódicos más distinguidos de la nación, con programas bien elaborados y libros rebosantes de sabiduría? ¿Tal vez coaligándose con otros grupos de tendencia afín, que siguen la misma orientación y llegan al mismo tipo de personas? Estos medios son de gran importancia para enardecer a los ya convencidos y aunarlos. Pero no tocan la fibra sentimental ni afectan a la intención de voto de quienes, debido a la acción solapada de

los trucos estratégicos, sienten aversión por principio hacia la imagen de quien habla, escribe o presenta su figura multiplicada en las calles.

A mi entender, lo procedente es analizar en pormenor la génesis de las filias y fobias de las clases populares y el modo como son incentivadas ambas mediante la estrategia del lenguaje. Una vez realizado tal análisis, se impone una labor de recuperación de las *ideas motrices* secuestradas por otras orientaciones políticas. *Quien modela el lenguaje domina el alma de los pueblos*. El lenguaje decide la orientación de los espíritus, su dinamismo espiritual, el sentido que dan a la existencia. No se trata -entiéndase bien- de mejorar la dicción, la forma de comunicar, la elegancia del gesto, la intensidad expresiva de la voz. Esta mejora sería muy útil, pero, al margen de ella, es toda una labor de fondo la que hay que acometer.

Logros de esta primera fase

El modelado de la mente deja a personas y pueblos de espaldas a su tradición y abiertos a un futuro indeterminado, borroso, incierto, pero convertido en *ideal*. Esta atencencia pseudomística al futuro, al reino de lo utópico-irreal-inalcanzable, los torna sobremanera sensibles a toda clase de *promesas indefinidas* con la sola condición de que éstas impliquen *cambio, ruptura, revolución, apuesta por el progreso*. Estos vocablos y locuciones aparecen orlados con el carácter sugerente que encierra lo borroso y enigmático cuando está idealizado.

Al quedar descolgado entre el pasado perdido y el futuro incierto e irreal, el pueblo se ve privado de capacidad creadora, de poder de discernimiento para penetrar en el lenguaje y valorar su uso. Este pueblo desorientado y confuso, manipulado a través del lenguaje, se torna gregario como una *masa*, y se vuelve fácilmente dominable. Resulta cómico oír proclamar en los tiempos de los grandes propósitos preelectorales que se va a "luchar por la libertad, la consolidación de la democracia, la liberación de los pueblos oprimidos, el logro de una mayor justicia e igualdad..." Se sorprende uno de que las multitudes presentes no reciban con carcajadas tal género de brindis al sol. Cuando les falta calidad o son mal representadas, las obras teatrales provocan la risa en los momentos de mayor dramatismo. De forma semejante, algunos momentos-cumbre de ciertos mítines se convierten en motivos hilarantes para el que sabe leer los fenómenos entre líneas. Pero el espectáculo grotesco montado a base de tales promesas indefinidas tiene a sus espaldas una labor de troquelamiento de las mentes que dispone el terreno a toda clase de tropelías de tipo espiritual.

Segunda fase:

El adoctrinamiento cultural

El pueblo masificado a causa de la pérdida de su tradición, de la creatividad y de su vehículo viviente que es el lenguaje está abierto a toda innovación que sea coherente con los nuevos mitos que los demagogos -convertidos ya en *guías* poderosos- han empezado a inocular en su espíritu a fin de troquelar su mente. Esta apertura y docilidad permite al demagogo prolongar y asentar la tarea de *remitificación* sin la menor resistencia.

Una vez modelado el estilo de pensar, sentir y querer de las gentes, el demagogo se halla en franquía para dar un paso adelante y abordar la segunda fase de la manipulación, en orden a consolidar la conquista. Los espíritus domeñados por las tácticas manipuladoras movilizadas en la primera fase se muestran permeables y sumisos a esta labor de ajuste cultural, que no implica apenas actividad creadora alguna sino mero dejarse ahormar en un molde prefijado. Es la hora del *adoctrinamiento sistemático* en todas las ramas del saber:

- Se interpreta la historia conforme a los módulos ideológicos propios.
- Se monta una teoría ética adecuada a los fines que desea alcanzar la propia ideología.

- Se elabora una crítica de la religión con objeto de desenraizar del alma del pueblo ciertos hábitos de pensar y actuar que son determinantes de la vida privada y, en buena medida, de la pública.
- Se arbitran interpretaciones del arte, la ciencia y la religión que resulten "funcionales" para los objetivos de la propia orientación ideológica.

No es rentable entrar en discusión detenida con los demagogos o sus convictos seguidores acerca de cada una de estas orientaciones doctrinales. *La suerte se juega en la fase anterior*. Esta segunda fase presenta una fachada brillante, pero sus cimientos están fuera de ella. Constituye un mero montaje espectacular para dar cuerpo a todo el proceso de manipulación y conseguir que las tácticas de dominio no aparezcan demasiado descarnadas.

Poder transformativo de la emoción

Las personas cuya mente ha sido troquelada con los nuevos mitos y amueblada con un conjunto llamativo -aunque sea hueco- de doctrinas coherentes con los mismos, es presa de la intensa emotividad que despierta el vehículo de tal adoctrinamiento y configuración: el *lenguaje secuestrado*, lenguaje que los demagogos y sus seguidores utilizan como algo propio del que obtienen firmeza, contundencia, seguridad en sí mismos. Esta carga emotiva los dispone para adoptar en la vida las *actitudes* que les "dictan" sus nuevos guías.

La influencia de la emoción pasional producida por la operación de desmitificación y remitificación operada ya en buena parte durante la "primera fase" y consolidada en la segunda mediante el uso estratégico de un lenguaje demagógico explica que algunas personas e incluso grupos enteros se adhieran a movimientos que, en cuestiones básicas, sostienen orientaciones polarmente opuestas a las suyas y tomen parte en actividades comunes. Lo hacen, sin duda, porque no logran descubrir las verdaderas intenciones que laten en ciertas actividades aparentemente nobles e ineludibles.

No pocos de tales conversos iniciaron sus contactos con movimientos extraños a sus convicciones a través de diálogos de carácter doctrinal, tipo de actividad perteneciente a la *fase segunda*. Al hilo de esta relación de trato fueron captados mediante los trucos ilusionistas de la *fase primera* y se transformaron en activistas en virtud de la lógica de la *fase tercera*, sin necesidad de realizar previamente la voluminosa labor de ajuste doctrinal que tal giro espectacular hubiese requerido, de proceder en forma estrictamente *lógica*.

Una vez y otra conviene subrayar que los demagogos operan con formas de lógica *peculiares*, las propias de la seducción o persuasión dolosa, que no procede por "ideas claras y distintas", al modo requerido por Descartes, sino a través de túneles de oscuridad y confusión pretendido¹⁵. Intentar desvirtuar las ideologías manipuladoras mediante una crítica concienzuda y pormenorizada de sus doctrinas es empresa noble pero vana, porque este trabajo se desarrolla en un *plano de hondura* en el que no se mueven, lamentablemente, los pueblos que han sido reducidos a *masa*. No se olvide que *la segunda fase va siempre precedida y subtendida por la primera*. Esta predispone el ánimo para aceptar sin crítica cualquier teoría que se difunda. Los demagogos saben operar con calma, cuando es necesario, y disponer el terreno durante largos años para el asalto definitivo..

¹⁵ El demagogo es un profesional de la ambigüedad y sabe ver claro a través de los oscuros vericuetos de la vida intelectual reducida a puro océano de equívocos, escamoteos y confusiones provocadas. Es temible su poder de orientarse en las tinieblas, que constituyen el auténtico "elemento" de su pensar.

Suele decirse que el lenguaje típico de los políticos encierra una buena dosis de *ambigüedad* por razones de diplomacia. Además de esto, existen razones estratégicas más importantes que el mero salir del paso sin comprometerse. *La confusión pretendida es caldo de cultivo para la práctica sistemática de la tergiversación*. La forma de expresarse oscura, imprecisa, enigmática da impresión a veces de profundidad y riqueza: puede recordar a un diamante con sus múltiples irisaciones. Pero esta magia de la ambigüedad es falaz; recubre, bajo capa de indecisión y labilidad, una recia voluntad de dominio.

Para muchos grupos, los contenidos doctrinales constituyen la parte primordial de la formación humana. Obviamente, no hemos de depreciar el valor de las doctrinas. Pero, si queremos hacernos luz y comprender nuestra verdadera situación, debemos atender sobre todo a cuanto se refiere a la *transformación del estilo de pensar y de hablar*, porque de éste se deriva inmediatamente el giro en los modos de sentir y de querer. Operar este giro es la tarea de la fase tercera del proceso manipulador.

Tercera fase:

La configuración de la conducta

La táctica de la manipulación es muy distinta cuando los demagogos ostentan el poder y cuando suspiran por alcanzarlo, y, en este último caso, cuando constituyen una alternativa de poder y cuando pertenecen a grupos minoritarios o incluso meramente testimoniales. Un grupo que tiende a la prepotencia ideológica, que está dispuesto a imponer su orientación con toda la contundencia que le permitan los usos democráticos llevados al límite de la arbitrariedad interpretativa, sólo se presta al diálogo -aún entendido como *mero intercambio de opiniones*- cuando no dispone de los recursos del poder y desea conocer al adversario triunfador a fin de descubrir sus puntos débiles. Si dispone de los recursos que facilita el poder, el demagogo-tirano prefiere mantenerse a distancia y no correr ninguno de los riesgos que implica el trato cercano con adversarios. De ahí su alejamiento de todo debate y su cultivo de los monólogos ante audiencias multitudinarias.

La manipulación va siempre matizada e impulsada por el afán de poder y por las posibilidades que se tienen de alcanzarlo o conservarlo. La meta del manipulador consiste, por ello, en convertir la transformación mental de las gentes operada en la fase primera y consolidada en la segunda en un *recurso operativo* aplicado al logro, mantenimiento e incremento del poder. Tal conversión exige ampliar el alcance de la transformación realizada y hacerla incidir sobre el sentimiento y la voluntad de cada persona. Tarea ésta no difícil, porque la alteración producida en el estilo de pensar afecta directamente a la sensibilidad para los valores y a la orientación de la actividad creativa.

Conversión de las ideas en ideales

Las *ideas* se convierten fácilmente en *ideales* cuando se las considera como *valores* decisivos en la configuración de nuestro futuro, es decir, de nuestra "figura posible de hombres". Al convertir las ideas en ideales, se pasa a la *fase tercera*. Basta para ello desinhibir a las personas y convencerlas de que la resistencia que sienten a operar un cambio drástico en la orientación práctica de la vida responde a prejuicios inveterados, a fijaciones y fosilizaciones indignas de una persona "moderna", vale decir: propicia al cambio, ajustada a la condición cambiante de la realidad. Nadie quiere verse envilecido, y toda persona reflexiva reclama un fundamento racional, del orden que sea, para justificar las medidas que toma. Una vez hallado algún tipo de razones que puedan servir de apoyo justificativo, la persona influida por la demagogia tarda poco en plegarse a toda una serie de trasmutaciones y reduccionismos. Analicemos algunos casos concretos.

1. La idea de *fidelidad*, si se la ve a través de un proceso de exaltación de todo lo que implique cambio, evolución, transformación, aparece fácilmente reducida a mero *aguante*. Aguantar es una actitud forzada, más bien propia de columnas que de personas, más ajustada a las realidades inanimadas que a seres llamados a la realización siempre móvil, original e imaginativa de una personalidad. En una época como la actual, tan sensible a lo múltiple, vario, multicolor y oscilante -como el escenario de un espectáculo de variedades o una discoteca-, no le resulta fácil a la idea de fidelidad ejercer función de *ideal*. Es sustituida sin esfuerzo por dos

ideas que reflejan sendas actitudes: 1ª el "ajuste a la situación", 2ª el "experimentalismo". Ajustarse a las situaciones concretas implica, en principio, una actitud positiva de comprensión de las circunstancias, adaptación, flexibilidad de espíritu, etc. La entrega a todo tipo de experiencias requiere prontitud para recoger todas las incitaciones de la realidad y poner al descubierto las virtualidades diversas del propio ser. Estas buenas condiciones de ambas actitudes quedan ensombrecidas por un rasgo negativo: *la posible falta de fidelidad a algo que está por encima de cada circunstancia concreta*. Sin embargo, como el vivir atenido a las sollicitaciones de cada instante reporta cuantiosas ganancias inmediatas que halagan el afán hedonista de obtener gratificaciones rápidas, se suele considerar en la práctica las antedichas ideas -"ajuste a la situación" y "experimentalismo"- como "ideales", es decir: como metas y principios de acción.

Este trastrueque de ideales tiene lugar en diversas facetas de la vida humana: la intelectual, la ética, la política, la religiosa, la estética... Ello explica la facilidad con que se practica actualmente el "travestismo" en diversos órdenes de la vida. A menudo se interpreta tal volubilidad como descaro y cinismo. Es discutible esta calificación, porque uno actúa *descaradamente* cuando no se recata de realizar una acción que es considerada reprobable por el público que la contempla. Pero los planificadores de la manipulación se han cuidado de cambiar a tiempo el clima social de forma que no resulten chocantes ciertas clases de conducta. Basta oír una emisión radiofónica o televisiva que plantea cuestiones de ética para advertir hasta qué punto la alteración de los hábitos mentales muda los criterios. Un giro mental supone un *cambio de perspectiva*, y, según la orientación relativista imperante, cualquier toma de perspectiva es tan legítima como las demás. Por eso se realizan hoy con espontánea rapidez, sin la menor traba interior, giros espectaculares que en otras épocas causarían sobresalto a la sociedad entera.

Por su parte, el *cinismo* implica una *doblez espiritual*. Una persona se desdobra y contempla su modo de actuar con independencia; no se compromete con su acción y hace chanza de su propia situación embarazosa. Un director de una empresa pública de medios de comunicación social comete diversos errores graves que suscitan un clamor popular contra su gestión. El no se arredra; comparece en un medio de comunicación y dice impávido que nunca hubiera pensado que era tan importante en el país como para provocar semejante revuelo. Este tipo de comportamientos son considerados como modelo de cinismo. Admitamos esta interpretación del término y demos un paso adelante.

Hoy día, no guardar fidelidad a unos principios, a una persona o institución, a un pasado, a una promesa -por ejemplo, la de servir al bien público- no sitúa a nadie en posición *delicada o embarazosa*; eleva más bien a un pedestal de gloria popular. Ello explica que personas cargadas de responsabilidades públicas hayan podido ser protagonistas de ciertos sucesos, intolerables para quien acepte una escala de valores bien fundada, y hayan recorrido en triunfo las páginas de periódicos y revistas, que están en definitiva amparadas por el respaldo del pueblo. Que tales exhibiciones puedan realizarse sin el menor riesgo en cuanto a promoción profesional, representatividad oficial y popularidad responde a un estado de la opinión pública que, a su vez, es debido a todo un proceso de sustitución de ideas e ideales realizado subrepticamente a lo largo de años.

Si esto es así, habrá que convenir en que el director al que he aludido no tiene por qué sentirse abochornado y acosado, pues sabe bien que los reproches que se le hacen son compartidos por los ciudadanos que poseen una formación sólida, pero las capas populares sojuzgadas por la demagogia a la que él sirve sintonizan con su conducta y la respaldan. Más que de *cinismo*, debería hablarse en este caso de secreta *confianza en sí mismo*. Él se sabe en el secreto y se permite despreciar a los tigres de papel que le enseñan unas garras para él inofensivas.

2. La *lealtad* a normas, formas, cauces de todo orden, si es contemplada a través del prisma de la *idea motriz* del cambio -ahora convertida ya en *ideal*- presenta el rostro adusto de la inadaptación a las circunstancias propias de cada momento y lugar. El ideal de la lealtad

cede, con ello, el puesto al ideal que se deriva de las ideas de ajuste, adaptación, evolución... Tal ideal recibe nombres tales como "contemporización", "atención a los signos de los tiempos", "tolerancia", "permisividad"... Este último es puesto oportunamente en vecindad con "liberalismo", vocablo que, por derivarse del término talismán *libertad*, tiene una connotación positiva. Apenas habrá quien se sienta instado a precisar el sentido exacto de tal vocablo, que arrastra una larga historia, en la cual no faltan estrechas conexiones con momentos dramáticos que abocaron al totalitarismo y a períodos de terror. La *valoración por afinidad* produce súbitos e inapelables prestigios.

Cuanto se oponga a la prestigiada permisividad será fulminado automáticamente como contrario al "progresismo ilustrado", es decir, a la luz que brota en el ajuste constante a entornos distintos. No se malgasta tiempo en matizar si todo contacto con un entorno, sea cualquiera su calidad, hace surgir luz, o más bien, puede sumir al hombre en tinieblas. El deslumbramiento espiritual producido por los términos *ajuste* y *adaptación* actúa de forma contundente y hace innecesario cualquier esfuerzo de reflexión suplementario.

El ajuste permisivista a las circunstancias da lugar al *pluralismo*. Veamos en virtud de qué trueque de ideales se impone el *ideal pluralista*.

3. En épocas no sojuzgadas por el ideal del cambio y del ajuste a la diversidad de entornos, la idea de *unidad*, como la de *ordenación*, *jerarquización*, *sistematización* y otras afines, presentaba un aspecto muy valioso porque aludía a solidez, fuerza, capacidad de perduración, resistencia a las fuerzas disolventes. Tras la exaltación del cambio, ya no constituye un *ideal* fundar unidad, proceder con orden, esforzarse en pensar de forma sistemática, mantener intacto un legado cultural, integrar energías diversas y convergentes, crear formas armónicas, entreverar ámbitos de modo que surja orden y belleza, asumir la herencia del pasado con vistas a proyectar creadoramente el futuro... El *nuevo ideal* viene dado por ideas tales como *perspectivismo*, *relativismo*, *evolucionismo*, *flexibilidad espiritual*. Lo unitario es puesto en relación estratégica con lo *centralista*, lo *coactivo*, lo que se impone *desde arriba* a las bases indefensas, lo *rígido* y *monolítico*. Con ello, se tiene el horizonte abierto para consagrar como ideal *la entrega a todo tipo de transformaciones*: vanguardismo en arte, progresismo en política, permisividad en ética, contestación en teología, conflictividad a ultranza en cuestiones laborales.

Para hacer posibles tales transformaciones, se requiere una liquidación previa de cuanto une al hombre en estructuras firmes, como son ciertos ideales, determinadas orientaciones éticas, el cultivo de usos y ritos llenos de sentido, el fortalecimiento de algunos tipos de asociaciones... Si el hombre se aleja de aquello que lo aúna en formas de unidad valiosas, queda entregado al tiempo del reloj que todo lo disuelve y nada construye. Este tipo de *decurso temporal* debe ser tomado como medio para elevarse a una forma de *tiempo superior* en el cual el cambio no es simple *mutación* sino *repetición creadora*, insistencia en lo mismo desde perspectivas distintas, y, por tanto, ascenso en madurez. Confundir las dos formas básicas de temporalidad -la *física*, que marca el reloj, y la *lúdica* que significa el *tempo* de los procesos creadores- rebaja al hombre del plano en que se da el pensamiento lúcido, la voluntad decidida, el sentimiento noble, y lo sitúa en el plano de los meros objetos, susceptibles de posesión. Corre con ello peligro el ser humano de ser convertido en una figura de guiñol.

La consagración del *cambio* como módulo de autenticidad humana responde a una previa abdicación del hombre, a su renuncia a crear tiempo lúdico -el tiempo propio del juego creador- y a su entrega pasiva a un tiempo que es mero *decurso vacío*.

La satisfacción que cierto tipo de cambios produce en el hombre por razones biológicas y psicológicas se transfiere a toda la vida espiritual, y provoca una exaltación del *cambio por el cambio*, sin otra matización. Hasta tal punto llega la seducción por el cambio que no se toma en cuenta la posibilidad de que se pierdan, al cambiar, tesoros acumulados en el pasado merced a la creatividad de los pueblos. Si el cambio es la solución, la piedra filosofal, el recurso talismán, todo cuanto se le oponga o parezca oponerse es rechazable por principio. De ahí la connotación peyorativa del término "conservador". El que está dispuesto a *conservar* algo

parece frenar el ímpetu de la búsqueda de lo nuevo y cruzarse en perpendicular con el movimiento que va en la línea de la autenticidad humana, que supuestamente sólo puede darse en el futuro¹⁶.

4. *El entusiasmo en la defensa de convicciones e ideales* fue ensalzado durante largo tiempo por significar una actitud de coherencia, capacidad de sobrevolar los acontecimientos y superar los estragos que hace el tiempo en los sentimientos humanos. Hoy día, debido a la incidencia que ha tenido sobre el estilo de pensar la exaltación de la evolución y el cambio, no se considera tal superación como un rasgo positivo, sino como signo de rigidez y esclerosamiento espiritual. El *entusiasmo* es visto como *fanatismo*. La *tenacidad* es considerada como pura y tosca *terquedad*.

El *ideal nuevo* viene dado por la idea de *concertación, compromiso, perspectivismo*. Ante la multiplicidad de puntos de vista, la actitud justa, la ideal, es la de serena pendulación de una a otra conforme a las exigencias de tiempo y lugar. Son perspectivas *diferentes*, pero resulta *indiferente* -se afirma- cuál de ellas es adoptada por cada hombre en cada momento y situación. Todo es *relativo* a las circunstancias y a los diversos modos de contemplar la realidad. Esta actitud de *indiferencia relativista* se presenta como afín a la de comprensión, de apertura al ancho mundo de lo múltiple y plural. Goza, por ello, de todas las ventajas para convertirse en *ideal*, sobre todo en un medio democrático.

5. *Prometer algo valioso* significa en el hombre un riesgo por cuanto lo deja emplazado para el futuro. Prometo hoy algo que debo cumplir en circunstancias que todavía desconozco. El que promete algo de forma reflexiva se manifiesta capaz de desbordar sus mismos sentimientos y mantener lo prometido por encima de las inclinaciones espontáneas que pueda tener en los diversos instantes del porvenir. Poder hacer promesas es característica propia del ser humano, como ya destacó Nietzsche. Ser fiel a las promesas implica un espíritu recio y dueño de sí, dotado de un entendimiento claro, un sentimiento maduro, una voluntad firme. Cumplir en todo momento lo que se prometió en un instante es una actividad *creadora*; no se reduce a mero aguante. Guardar fidelidad a la promesa matrimonial significa fundar en cada momento de la vida la unidad conyugal, no limitarse a soportar pasivamente las consecuencias de lo prometido.

¹⁶ En la música contemporánea tuvo lugar un fenómeno inquietante. Círculos de compositores rompieron amarras con el pasado, hicieron tabla rasa de mil recursos estéticos inventados esforzadamente a lo largo de siglos, y se aventuraron por una vía totalmente desconocida, sin otro cauce que un puñado de normas más bien negativas, que significan un despojo. Antes de quemar de esta forma las naves, hubiera sido sin duda pertinente e incluso necesario preguntarse si los recursos estéticos - melódicos, armónicos, formales...- puestos en juego paulatinamente por los compositores de la tradición musical eran mero producto artificioso de una fantasía arbitraria o constituían el hallazgo progresivo, siempre incompleto, de las *leyes de la creatividad musical*. De hecho, y pese a los cuantiosos medios de que hoy se dispone para difundir e imponer al público este tipo de música vanguardista, existe un hiato invadible entre la misma y el gran público. No hay un lenguaje común entre ambos. Se aduce a veces, expeditivamente, como causa de tal desajuste la falta de formación por parte del pueblo. No se puede admitir tal explicación si se piensa que el pueblo tuvo capacidad de adaptación suficiente, a lo largo de la historia, para asumir revoluciones estilísticas tan sorprendentes como las que supusieron los últimos cuartetos de Beethoven, las óperas de Wagner, el impresionismo de Debussy. A mi entender, la explicación debe operar en un plano más hondo, el de la creatividad. Ciertos artistas no se mueven en los ámbitos espirituales de largo alcance que constituyen la base de la vida personal del pueblo. Al no haber un campo común de creatividad entre artistas y pueblo, no puede surgir un lenguaje que sea compartible por todos y -debido a ello- comprensible. La incompreensión no responde a desinterés, a insuficiente formación o a deformación del público sino al hecho de hallarse éste y los artistas en campos expresivos distintos, y utilizar lenguajes diferentes. Es un problema de falta de sintonización espiritual, no de formación o de sensibilidad.

Estas consideraciones, tan importantes por todo lo que implican, son dejadas de lado sistemáticamente por quien está obsesionado en perseguir la ruta de un espejismo denominado "cambio".

Un pueblo sometido al vasallaje de la manipulación deja de considerar la fidelidad como fruto del poder creador humano para considerarla como una fijación en el pasado, un prejuicio esclerosado, un atavismo. El *ideal* vendrá dado por la prontitud para adoptar nuevas actitudes, tomar posiciones diferentes, aventurarse a iniciar rutas inéditas. La volubilidad es interpretada positivamente como versatilidad, ingeniosidad, facilidad creativa, desbordamiento imaginativo. De ahí que, actualmente, manifestarse como voluble, veleidoso y cambiante -lo que el lenguaje vulgar denomina gráficamente "chaquetero"- no resulta denigrante; casi constituye un timbre de gloria.

Tras reconocer graves errores de gobierno, que implican desdichas sin cuento para el pueblo llano a quien se dice servir, cierto dirigente manifestó con la mejor sonrisa que corregir es de sabios y revela flexibilidad de espíritu. "Peor sería -agregó- ser inmovilista". Esta vieja táctica de *hacer de necesidad virtud* no hubiera tenido tan buena acogida sin una previa glorificación de la infidelidad y la volubilidad. Obsérvese cómo dicho dirigente no se molestó en defender directamente la volubilidad o en disculparse por haber tenido que realizar un giro en la orientación tomada. Dió por hecho que estar presto al cambio es una disposición buena y loable, y, por si alguien todavía abrigaba dudas, acudió a la "valoración por rebote", y opuso *movilidad* a *inmovilismo*, palabra hoy desprestigiada por ser el contrapolo del esplendoroso término "cambio". No se detuvo un instante a pensar que entre el inmovilismo pétreo y el ajetreo propio de personas sin asiento existe el dorado término medio de la persona que tiene un sentido claro de lo que es la vida histórica y sabe *recibir* las posibilidades que le otorga el pasado, *conservarlas y transmutarlas creadoramente* en proyectos viables de futuro. Malinterpretar el *espíritu conservador* como una forma de *inmovilismo* significa desconocer toda la investigación relativa a la Filosofía de la Historia. En aparente paradoja, la exaltación meramente emotiva del *cambio* anula la auténtica *historicidad* humana, con toda la fecundidad que posee en orden a descubrir valores, alumbrar posibilidades creativas, revelar el sentido de fenómenos y acontecimientos.

De lo antedicho se desprende que resulta vano reprochar hoy a personas y grupos el no cumplir las promesas. Es azotar el mar de una incomprensión general. Nadie nos seguirá, ni siquiera los afectados directamente por tal incumplimiento. Si se quiere lanzar un reproche por vía de correctivo, o para dañar la imagen de los responsables, lo procedente es acusarles de *incapacidad* para cumplir lo prometido. En caso de promesas económicas, se tratará de una forma de incompetencia múltiple que resulta descalificadora. Tal vez por este flanco se pueda inmutar algo el profesional de la infidelidad. El reproche de incumplir promesas le causa una satisfacción interna indecible; lo pone -a su juicio- en la punta de la vanguardia "ética"...

La transmutación de la personalidad que puede operarse en esta tercera fase sólo resulta sorprendente para quien desconoce la magnitud de las alteraciones que provoca soterradamente la manipulación. Al producir un giro en el modo de pensar, se subvierten los *valores* que constituyen *ideales* para las gentes, y, como los ideales son la meta que da sentido al caminar humano, se cambia radicalmente la *orientación que el hombre otorga en cada momento a su vida*. Es tan poderoso y radical este cambio que a menudo resulta difícil reconocer en ciertos grupos sus rasgos originales. Hubo algún caso en el cual la dulzura tradicional se trocó en dureza, la melosidad en hosquedad violenta e incluso cruel.

Visión sinóptica del proceso manipulador

Retengamos los diversos pasos que da el demagogo en su intento de dominar a personas y grupos y convertirlos a su causa.

1. El demagogo practica el *ilusionismo mental* para modelar la mente de las personas y acostumbrarlas a pensar de forma inadecuada al ejercicio de la creatividad. Conviene subrayar que el manipulador no pretende nunca *educar* a las personas sino *troquelar su mente*,

configurar su estilo de pensar. Veremos ejemplos concretos de ello al analizar los diversos recursos de la manipulación.

2. Al perder su capacidad creativa, las gentes se resignan a no pensar por propia cuenta, a actuar al "dictado" de los que se arrojan el papel de guías. El mero hecho de aceptar el lenguaje que viene sugerido por los demagogos ya implica instalarse en un modo nuevo de considerar la realidad, sobre todo la humana. El lenguaje es un arma que funciona sola, *opera de por sí* en el interior de los espíritus y los predispone a asumir ideas, adoptar actitudes, abrigar sentimientos y tomar decisiones. Muchas conversiones y apostasías fueron gestadas en la soledad de los espíritus por esa fuente de luz o de tinieblas que es el lenguaje.

3. El pueblo gregario pierde paulatinamente su poder de iniciativa, de discernimiento crítico, de estructuración social, de fidelidad a sus convicciones, y se deja caer en una actitud de entreguismo, abandonismo, indolencia, fatalismo, indiferentismo, relativismo perspectivista. Toda opinión es digna de respeto -se dice-, todo vale lo mismo con tal de fomentar la concertación social.

En este clima de desmovilización espiritual, de sumisión fatalista al destino, mostrar una *moral de victoria* aparece como un gesto impertinente, ridículamente altanero, irritante y desestabilizador. Lo adecuado, lo justo, lo verdaderamente razonable es, según ello, *desdramatizar las situaciones*, favorecer la serena marcha de los acontecimientos, aún a costa de renunciar a las creencias que constituyen la base de la propia existencia. La concordia significa bienestar. Toda proclamación de creencias y principios que pueda enturbiar esta gratificante sensación de calma es anatematizada como voluntad intransigente y antidemocrática de imponer los propios criterios. Los *juicios* deben cortarse las alas y reducirse a meras *opiniones* emitidas en un contexto pluralista en el cual todas tienen igual valor, de forma que a la hora de las decisiones no sea la fuerza de la razón quien dirima la contienda sino un hecho objetivamente constatable: el número de votos.

Es sobrecogedor pensar que un giro tan radical como éste, que todo lo subvierte, se realiza por la vía subterránea de una emotividad irracional, sin apenas someter a reflexión ninguno de los graves aspectos que están en juego. El lenguaje manipulador ejerce su influjo tiránico sin pasar por la inteligencia. El *concepto preciso* es sustituido con sordidez pero con eficacia por el *eslogan* o lema cargado de emotividad. El *razonamiento bien aquilatado* es suplido por el juego de conceptos precipitado y doloso. La *búsqueda lúcida de la verdad* cede el puesto a una técnica sofística de razonar y persuadir con medios bastardos que el éxito acaba consagrando y engrandeciendo.

4. Un pueblo así desvertebrado adopta una *moral de derrota* y es fácilmente dominable en todos los órdenes: intelectual, moral, político... Se le inoculan las doctrinas que favorecen las propias posiciones y planes, se orienta su voluntad y se modulan sus sentimientos en lo artístico, lo moral, lo costumbrista, lo religioso...

5. Cuando todas las circunstancias se conjuran en favor de una corriente ideológica política, buen número de personas y grupos se muestran enardecidas por una *moral de victoria* y se apresuran a acudir en ayuda del posible vencedor.

6. Esta generosa avalancha de auxiliadores colabora a poner en la mano a dicha orientación un triunfo clamoroso en lo tocante a la configuración de la opinión pública y a las confrontaciones electorales.

7. El vencedor absoluto no se siente obligado a mostrarse agradecido a quienes le ayudaron a remontar la cumbre. Más bien tiende a envalentonarse y blandir la espada de la amenaza a los posibles disidentes. De ordinario, el que tiene mucho poder acaba queriéndolo todo.

8. La atmósfera social se impregna del olor agrisulce del poder. La gente, sobre todo la más cualificada, se siente amedrentada y, por espíritu de conservación, se pliega a colaborar con el tirano.

9. El poder genera toda suerte de posibilidades e irradia cierto atractivo, incluso respecto a sus adversarios, porque tener posibilidades significa poder existir como persona de

forma *brillante*. Todo brillo deslumbra, seduce. Las personas y grupos, en principio amordazados por el poder, acaban dejando que el temor ceda el paso a la simpatía. *Tener simpatía* no equivale aquí a sentir amor, sino a *estar en connivencia*, compartir un mismo sentimiento de afición a una vida esplendorosa.

La manipulación se monta estratégicamente sobre sentidos que se encabalgan y difuminan y sobre sentimientos que se cruzan, solapan e influyen. La repulsa y la atracción, el miedo y la simpatía son sentimientos que se conjugan e interfieren en el ánimo del que está sometido a vasallaje por un señor consciente de su poder.

10. Esta especie de "síndrome de Estocolmo" provoca un aumento considerable del número de simpatizantes y afiliados al grupo en el poder.

Relación de las tres fases entre sí

Las tres fases de la manipulación son distintas en cuanto a sus fines, medios y logros, pero pueden tener lugar de forma simultánea. El proceso manipulador debe comenzar por la primera fase, a fin de poner a los espíritus en franquía para la adscripción a una doctrina y a una praxis o acción proselitista. Pero, una vez conseguido este objetivo, cabe vincular y potenciar entre sí las tres fases. Al tiempo que se adoctrina (segunda fase), se continúa alterando el estilo de pensar (primera fase); a la vez que se truecan unos ideales por otros y se modelan sentimientos y voluntades (tercera fase), puede proseguirse el adoctrinamiento y la "reeducación cultural" (segunda fase).

Los análisis que realizo en este volumen se refieren casi siempre a los recursos manipuladores de la *primera fase*, que es la fundamental y decisiva.

VI

EL LENGUAJE, FUENTE DE RECURSOS MANIPULADORES

1. ABUSO ESTRATÉGICO DE TÉRMINOS Y ESQUEMAS

Utilizaré los términos "estrategia" y "táctica" casi como equivalentes. El diccionario de la Real Academia Española de la Lengua define *estrategia* como "arte, traza para dirigir un asunto", y *táctica* como "sistema especial que se emplea disimulada y hábilmente para conseguir un fin". *Estrategia* procede del nombre de quien ha de conducir hábilmente las operaciones bélicas. *Táctica* significa el modo concreto de realizar dicho plan. La estrategia general inspira unas medidas tácticas determinadas. Para orientarse debidamente en una lucha, se requiere conocer cada una de las medidas tácticas y el plan estratégico global a que responden.

En los análisis que siguen, el calificativo "*estratégico*" se aplicará a los elementos que sirven a una estrategia o plan preconcebido para alcanzar una finalidad determinada. En más de una ocasión se identificará por tanto con el término "táctico".

Cómo manipular en una democracia

Manipular a las gentes en un sistema democrático resulta sobremanera delicado porque la manipulación implica envilecimiento y vasallaje, y "democracia" equivale a "poder popular", dignidad de las personas, igualdad, libertad, imperio de la ley. En una democracia, la palabra "talismán", el vocablo cargado de prestigio que nadie pone en cuestión, es el término "libertad". Libertad para todos los ciudadanos, dosis ilimitadas de libertad es lo que promete, ante todo, el candidato a gobernante en un sistema democrático.

En una dictadura abierta, el tirano no suele proponer como ideal a conseguir la *libertad* sino la *eficacia*. Hitler accedió democráticamente al poder en 1933 y prometió a los alemanes máxima eficacia en su gestión. ¿Estáis humillados? Yo os ensalzaré. ¿No hay vías de comunicación aptas para una industria próspera? Yo las construiré. ¿Hay siete millones de parados? Yo les daré trabajo. Y cumplió en buena medida la promesa. La primacía de la eficacia sobre la libertad concede al tirano cierta holgura para recortar las libertades en la medida que juzgue necesaria en orden a integrar fuerzas y conseguir el máximo rendimiento en lo tocante al bienestar económico, la defensa nacional, el prestigio en el concierto de las naciones.

En los regímenes democráticos, en cambio, los tiranos -es decir, los afanosos de poder a todo precio, seres ambiciosos que se dan por igual en todos los regímenes- se ven obligados a emboscar su voluntad de dominio en tal forma que el pueblo no sólo no descubra que se está amenguando o anulando del todo su libertad sino que reciba la impresión de que está siendo elevado a niveles nunca alcanzados de dignidad cívica. ¿Qué medio tiene a su alcance un tirano en una democracia para privar al pueblo de su auténtica libertad -que es la "libertad para la creatividad"- y persuadirlo al mismo tiempo de que le está concediendo todo género de libertades? Ese medio es el uso estratégico del *lenguaje* y la *imagen*. Examinemos por separado las posibilidades que ofrecen ambos a este respecto.

El lenguaje es un arma de doble filo

Nada hay más grande en la vida del hombre que el lenguaje y nada más temible. El lenguaje es una realidad bifronte, un arma de dos filos. Puede construir una vida o destruirla, puede ser tierno o cruel, acogedor o arisco, veraz o falaz. Con una palabra puedo atraerte hacia mí, manifestarte mi amor y desear, con ello, que existas sin fin, o bien repelerme, expresarte mi odio y dar cuerpo a mi pesar por tu misma existencia. El lenguaje sirve para buscar la verdad en común o para anular en los otros la capacidad misma de ansiarla y descubrirla. A través de la palabra se expresa, en unos casos, el entusiasmo que suscita el sentirse iluminado por la verdad, y, en otros, la exaltación producida por el hecho de verse instalado en la mentira.

Como todo lo humano, el lenguaje puede orientar su dinamismo de formas contrapuestas, y convertirse 1) en vehículo de la creatividad y, por tanto, de la búsqueda en común de la verdad, de la instauración de modos de vida en común a la luz de la verdad, 2) en medio para frenar todo impulso creador, fomentar el ansia de poder y hacer posible la práctica de la manipulación contundente y masiva. Se resiste uno en principio a aceptar que un don tan excelso como es el lenguaje pueda ofrecer recursos estratégicos de insospechada eficacia a los profesionales de la manipulación demagógica, pero es un hecho que no podemos permitirnos ignorar bajo riesgo de ser maniatados espiritualmente por quienes piensan, como Talleyrand, que "la palabra ha sido dada al hombre para ocultar la verdad". Antes de entrar en discusión se pueden ganar batallas decisivas con sólo manejar astutamente los recursos del lenguaje y hacer uso de los escamoteos de términos, conceptos, ideas y esquemas mentales que hoy pueden realizarse con casi total impunidad.

La contundencia con que opera el lenguaje cuando es utilizado de forma demagógica se explica por el carácter *automático* de las reacciones que provoca. Antes de ponerse a reflexionar y razonar, el hombre poco alertado puede ser sometido a vasallaje espiritual por los virtuosos del manejo estratégico del lenguaje. Nada más importante para nuestra formación que incrementar nuestra capacidad de captar al vuelo las tergiversaciones, incluso las más leves,

que se cometen al hablar y escribir. Esta puesta en forma de nuestro poder de discernimiento sólo podemos realizarla si descubrimos la génesis de los recursos manipuladores del lenguaje. No basta afirmar una y otra vez que se nos manipula, que se nos infringe con ello un grave daño y se socaba peligrosamente la base de la vida democrática. Hay que poner al descubierto el poder que albergan el lenguaje y la imagen cuando son asumidos como instrumento de dominio por los demagogos.

La redención de la palabra

En un libro escrito con intención de tomar el pulso a la situación de la cultura actual y abrir rutas de futuro, Olegario González de Cardedal escribe estas frases programáticas: "La primera polución que sufrimos es la de la palabra". "Las transformaciones más profundas en la historia social y en la conciencia individual se inician con los cambios de significación en las palabras. Por ello la amenaza más radical que el Cristianismo sufre hoy día viene de una insensible pero lenta devaluación de sus palabras específicas, bien porque se las generaliza en el uso, se las devalúa en la fuerza explicitadora o, sencillamente, porque se las silencia"¹⁷.

La recuperación del lenguaje auténtico es una tarea ardua que corre paralela con el ejercicio pleno de la creatividad. No supone una mera labor de clarificación intelectual y lingüística; exige la movilización de todas las vertientes del ser humano: sensibilidad, inteligencia, voluntad, sentimiento, poder creador... Esta vibración conjunta sólo es posible cuando la persona se siente entusiasmada por realidades valiosas que ejercen función de ideales. Los ideales son anulados, desvirtuados o tergiversados por las tácticas manipuladoras. En consecuencia, antes de proceder a sentar las bases de la vida creativa, se requiere poner al descubierto las artimañas de los profesionales de la manipulación a través del lenguaje y la imagen. Consagraremos atención, en primer lugar, a los recursos tácticos que ofrece el lenguaje.

Un detenido estudio me ha permitido concluir que la fuerza de arrastre que posee el lenguaje arranca de las posibilidades que ofrece en orden a 1) sacar partido al prestigio de ciertos términos, 2) ensamblar éstos estratégicamente en ciertos esquemas mentales, 3) confundir a las gentes con determinados planteamientos, 4) vencerlas con el empleo de ciertos procedimientos falaces.

Términos estratégicos

Diversa valoración de los vocablos

Como ya indicamos, la manipulación toma pie en ciertas tendencias humanas básicas, espontáneas, poco o nada sometidas de ordinario a reflexión crítica. Los seres humanos tendemos a conceder importancia a ciertos vocablos que, por una u otra razón, se han ido cargando de prestigio ante los particulares y ante la sociedad. Existen términos que están dotados de una especie de simbolismo natural. "Alto", "elevado", "superior"... son vocablos que aluden a algo excelente, valioso, noble. "Bajo", "inferior", "rastrero", "pedestre", sugieren, más bien, algo banal, envilecido, ruin. *Estar a la derecha* de un presidente significa un rango mayor que *hallarse situado a la izquierda*. Son localizaciones espaciales que han ido adquiriendo una connotación *axiológica*, es decir, relativa al valor de los seres humanos y sus situaciones. Se puede investigar el origen de este poder simbólico y discutir una u otra interpretación. Lo cierto es que tales términos no tienen una significación meramente espacial; expresan la *situación del hombre en el juego de la existencia*. Una cosa es el *lugar* y otra el *sitio*. En un banquete puede haber *lugar* para mí, *espacio físico*, pero no *sitio*, *espacio lúdico*. Si no tengo ningún papel que jugar en tal reunión, por falta de vínculos con las personas que ahí festejan un encuentro, no tiene sentido mi presencia física, que ocupa un lugar en el espacio. Este espacio ocupado por

¹⁷ Cf. *La gloria del hombre* (BAC, Madrid 1985) 240, 235.

mí, si asisto, no se transforma en espacio *lúdico*, en *campo de juego*, y, consiguientemente, estoy de más, no estoy en *mi sitio*. Mi presencia corpórea estorba, porque resulta *absurda* al carecer de *sentido*.

De forma análoga, los términos "luz", "luminoso", "espléndido", "claridad" y otros semejantes, como "blanco" y "nítido", se utilizan en muchos casos para significar situaciones venturosas. Por el contrario, "tenebroso", "oscuro" y "sombrio", "negro" y "confuso" expresan a menudo la vertiente desconsoladora de una realidad o acontecimiento. El término "negro" se utiliza en más de veinte contextos para indicar algo adverso. Sería vano que las personas de color intentaran cambiar el uso de estos vocablos y, en vez de hablar de un porvenir "negro", para indicar que alguien carece de futuro, hablaran de un porvenir "blanco", y en lugar de indicar que alguien tiene un alma "turbia", dijeran que tiene un alma "clara".

El poder simbólico de estos términos se basa en la capacidad expresiva de ciertos fenómenos naturales vistos *en relación con el hombre*. El simbolismo no es una cualidad *estática* propia de ciertas realidades, fenómenos o acontecimientos; viene a ser una especie de luz que brota en algunos acontecimientos de *interrelación*¹⁸. Se trata de algo real, pero no *cerrado, delimitado*, perfectamente *situable* en el tiempo y en el espacio -como sucede con los objetos-, sino *relacional, constelacional, abierto* -como pasa con los ámbitos-. El simbolismo no puede ser interpretado como mero fruto de la proyección, por parte del hombre, de ciertas imágenes sobre las cosas. No es algo *artificial*. Es el fruto *natural* de una relación de encuentro. De ahí su enorme densidad de sentido y su carga emotiva.

El hombre es un ser simbólico, sobrenada en símbolos y se expresa a través de ellos por una razón muy honda: porque es un *ser de encuentro*, un "animal de realidades" (Zubiri), un "ser en el mundo" (Heidegger, Marcel, Jaspers), que se constituye, desarrolla y perfecciona instaurando vínculos con las realidades del entorno. Hay que contar con este hecho, advertir la influencia que ejerce sobre nuestra forma de pensar y de expresarnos, y estar sobre aviso respecto al uso estratégico que pueda hacerse de él.

Orlados de prestigio aparecen, asimismo, los términos "apertura" y sus derivados. Se dice de una persona que tiene un carácter *abierto, franco, claro, espontáneo*, y automáticamente vinculamos estos términos con los relativos a la luz antes indicados: *luminoso, nítido, espléndido, esplendoroso*. Por eso lo decimos abriendo los ojos, extendiendo los brazos, ensanchando la sonrisa. Estamos convencidos de aludir a una característica altamente valiosa de la persona en cuestión. Si de alguien afirmamos, en cambio, que se muestra *reservado, cerrado, ambiguo, enigmático, hamletiano*, lo estamos poniendo subrepticamente en relación con un día *encapotado, neblinoso, inhóspito, hosco*. El gesto adusto con que expresamos estas características muestra a las claras que las consideramos un tanto negativas, poco atractivas al menos.

Los vocablos prestigiosos son utilizados a menudo con fines estratégicos. Se habla, por ejemplo, en la actualidad de "música abierta" para designar una forma de componer no sometida a los cauces de la estética tradicional. Se toma el término "abierto" como opuesto a "cerrado", encerrado en los moldes de la tradición, y no en el sentido positivo de vinculado a realidades valiosas del entorno. Se subraya que tal género de música está abierta a las mil posibilidades interpretativas a que puede dar lugar su falta de configuración definitiva; pero este concepto de *apertura* más bien significa *menesterosidad y desvalimiento* que *riqueza de posibilidades*. Sin embargo, el efecto prestigioso ya se ha conseguido mediante el uso estratégico del vocablo "abierto".

El prestigio y el poder cegador de los términos "talismán"

¹⁸ Sobre la génesis y sentido del simbolismo puede verse mi *Estética de la creatividad* (Rialp, Madrid ³1998) 121,284, 298, 356, 486.

Según hemos visto, en cada época existen vocablos que, por diversas razones, se cargan de un prestigio tal que se evaden a toda revisión crítica y se convierten en el suelo intelectual sobre el que se mueven confiados los hombres y grupos sociales. Ejercen función de polos en torno a los cuales se vertebra la vida humana en cuanto a pensar, sentir, querer, actuar. La palabra "orden", vinculada de antiguo al número, la armonía, la proporción, la medida o mesura, y, de consiguiente, al origen de la belleza y la bondad, adquirió en los siglos XVI y XVII un rango elevadísimo merced a su vinculación con las estructuras cultivadas por la ciencia moderna, entonces en su albor. Pensar *con orden* equivalía a pensar *rectamente*. Proceder *con orden* significaba actuar de modo *ajustado, justo, recto, eficaz*. El término "orden" producía un hondo estremecimiento en los espíritus que asistieron a la génesis de la gran ciencia moderna porque era el gozne enigmático entre las estructuras matemáticas y las estructuras físicas, entre el mundo que el hombre puede considerar en buena medida como configurado por su mente y el mundo exterior en el que está instalado y que le supera amplísimamente.

Al cobrar conciencia, sobrecogido, de lo que implica el orden, el hombre del siglo XVIII concedió rango de *talismán* a la facultad humana destinada a hacerse cargo del mismo: la "razón", palabra mágica que constituye el orgullo y la fuerza del *siglo de las luces*. Esta época de exaltación de la facultad racional humana culminó en la revolución francesa. *Revolucionario* era el hombre de progreso que luchaba por elevar el ser humano a niveles adecuados a su dignidad. El contrarrevolucionario era un ser *reaccionario*, enemigo de las luces de la razón y del modo genuino de ser hombre. A lo largo del siglo XIX se consagró con rango de talismán el término "revolución". Las grandes revoluciones de este siglo se desencadenaron con el fin de conseguir la libertad que corresponde al ser humano. De modo creciente, en el siglo XX se impusieron como talismán los términos "libertad" y sus correlativos: "autonomía", "independencia", "democracia", "-autogestión", "cogestión"...

La poderosa fuerza de sugestión que posee el lenguaje queda patente al observar el dinamismo que imprimen estos vocablos *talismán* a las personas y grupos sociales. Hacia 1975, ciertos grupos comenzaron a recabar adhesiones para solicitar la autonomía universitaria. Si alguien, antes de acceder a firmar, rogaba que se precisara un tanto el alcance y sentido del término "autonomía", no recibía sino una respuesta automática y supuestamente obvia: "No hay nada que explicar". Se daba por descontado que esta palabra mágica desprendía luz sobrada para dejar claro su sentido. En realidad, arrojaba un tipo de luz *cegadora*, la propia de un *término talismán* sometido a uso y abuso estratégico. Es chocante que estamentos de la sociedad llamados a ser ejemplo de pensamiento crítico se hayan dejado llevar gregariamente a un movimiento reivindicativo de gran repercusión intelectual y social sin someter el concepto clave a una mínima revisión rigurosa. Incluso grupos que se autocalifican como *contestarios* se mostraban perplejos cuando alguien les hacía ver ciertas dificultades graves que podría acarrear a los estudiantes la autonomía universitaria. El poder fascinante de los términos talismán es tal que inhibe el poder crítico de las gentes y fomenta la entrega pasiva a toda clase de iniciativas demagógicas. Por humillante que resulte aceptarlo, es un hecho que los términos talismán pueden ser utilizados de modo abusivo con el mayor descaro sin que ello suscite el rechazo de las personas afectadas, incluso cuando éstas son altamente calificadas.

Las palabras "talismán" ejercen sobre las mentes un poderoso efecto fascinador porque presentan un lado sumamente atractivo y ocultan los aspectos menos favorables. Poseen una peculiar elasticidad para realizar esta maniobra de alta diplomacia. Todo cuanto pueda parecer a las gentes mezquino o peligroso es velado. Cuanto ofrezca un aspecto noble, benéfico para la sociedad, es objeto de énfasis. Los términos "talismán" suscitan una serie de "armónicos": simpatías, emociones, recuerdos, exaltaciones, adhesiones sentimentales. En virtud de estas conexiones -que dichos términos establecen entre diversas vertientes del espíritu humano-, el hombre que se rinde al hechizo de tales vocablos puede ir derivando de una posición a otra sin advertirlo e incluso sin pretenderlo o quererlo. Este *deslizamiento* significa, en casos, una aproximación al *relativismo* en cuestiones éticas y religiosas, al *irenismo* y *pacifismo* a

ultranza, a la labilidad de espíritu y la contemporización débil, a la política de mano tendida, a la cooperación abierta con grupos que defienden concepciones del mundo y de la vida opuestas a la propia mentalidad.

Para convertirse en "talisman", un término debe presentar un significado capaz de difractarse en varios sentidos. De ahí la profusa utilización en la actualidad de palabras afines a "libertad": justicia social, igualdad, autonomía, cogestión, diálogo, coexistencia, paz, independencia... La riqueza interna de los términos talismán se traduce en *versatilidad*, capacidad para presentar distintos sentidos en diversos contextos y prestarse consiguientemente a múltiples usos y fines. Para sacar pleno partido a esta flexibilidad y elasticidad semánticas, se utilizan tales términos de forma *analógica*, *metafórica*, a fin de permitir todo tipo de *deslizamientos de sentido*. "Soberano es cosa de hombres", nos sugiere al oído una bella señorita. "Hombre" es tomado aquí en sentido *traslaticio*. No se sabe con precisión qué se quiere decir con este término tan general, pero queda claro que el mismo sugiere la idea de algo valioso, viril, auténtico, fuerte, colmado; una situación de plenitud que atrae y halaga. La palabra "hombre" se vincula en esta frase con otro término orlado, asimismo, de prestigio: "soberano". El que ha ideado este hábil lema propagandístico no ignora que en muchos casos la entrega a la bebida, por alta que sea la calidad del líquido ingerido, no conduce a los hombres a la cima de su libertad y madurez sino a una vinculación esclavizante. Este aspecto sombrío es dejado de lado. Se proyecta, simplemente, sobre la marca de la bebida un término -"hombre"- entendido, en plan ambiguo, como algo prestigioso.

La fascinación de lo ambiguo

Los vocablos "talisman" triunfan en un *clima de ambigüedad* porque su peculiar poder sugestivo lo adquieren merced a la fascinación que ejercen las *promesas indefinidas*. "Beba Soberano y se hará todo un hombre": es la frase que late bajo el lema antedicho: "Soberano es cosa de hombres". De ahí la condición escueta, telegramática, enigmática de los lemas y consignas de todo género. Para hacerse "interesante", para despertar el interés del público aun sin ser valioso, conviene ser *sugerente*, pero no *del todo explícito*, a fin de dar a entender que se está abierto a posibles sorpresas agradables.

Tal poder sugestivo produce *emoción*, que es la sensación de estar ante algo trascendente, verdaderamente importante y valioso. Esta fascinación de lo recóndito prometedor constituye una especie de "mística", la impresión oscura de hallarse en tierra no hollada, rodeada de un misterio especial. La palabra "talisman" gusta de mostrarse como algo *emboscado*, a fin de presentar el atractivo secular que posee el bosque merced a su espesura misteriosa. "Lucus a non lucendo", decían los antiguos. El bosque atrae por su sombra, por mitigar la luz cegadora que marca los límites de forma abrupta y lo deja todo al trasluz, sin matices, sin juego de luces y sombras, sin recodos de enigma. Lo que se presenta de forma clara y abierta, sometible a todo tipo de análisis, no ofrece pábulo a la imaginación y a la fruición de lo escondido y misterioso; queda sometido a la luz fría del entendimiento analítico. Por eso basta con explicitar y matizar debidamente los distintos sentidos de las palabras "talisman" para restarles poderío y dejarlas, por así decir, "exorcizadas", privadas de su peculiar embrujo.

Si prestamos atención al significado de un término y a los sentidos que puede adquirir en diversos contextos, tendremos libertad de espíritu ante el demagogo que pretenda hacernos valer un sentido inadecuado. "Soberano es cosa de hombres". ¿Qué entiende usted por *hombre*? Si se entiende una "figura cabal" de ser humano, ¿en qué circunstancias la bebida alcohólica ayuda al ser humano a conseguir esa cota de desarrollo? Estas preguntas desarman al manipulador. Si permitimos, por el contrario, que el término "hombre" opere sobre nuestra mente con toda la *carga emocional* que lleva en dicha frase, entramos en el proceso de fascinación que pretende desencadenar el manipulador para vendernos la mercancía a cualquier precio.

Las palabras talismán y la valoración por vía de rebote

Las palabras "talismán" son escogidas de un campo de significación para el que el público de una determinada época está especialmente sensibilizado. Actualmente, dicho campo viene dado por todo cuanto signifique oposición frontal a la tiranía, la dominación dictatorial, la represión de las libertades... La adhesión del pueblo a este género de campos se forma de modo paulatino en virtud de una confluencia de motivos. A éstos se añade arbitrariamente el influjo de diversos artificios puestos en juego por intereses partidistas. Desde hace años, se está llevando hasta el paroxismo la propaganda de todo orden contra el fascismo y el nazismo. De esa forma, merced al procedimiento de "valoración por rebote", las palabras *libertad, democracia, autonomía, independencia...* ganan un valor incuestionable, altísimo, indiscutible.

Para provocar una adhesión ferviente, el demagogo suele destacar en principio una situación sangrante y presentarse a sí mismo con la vitola de *redentor*. Esta táctica inspira buen número de las caricaturas que se hacen de reales o supuestos adversarios a fin de provocar la reacción de las gentes, su pendulación automática hacia el lado contrario, y elevar gratuitamente la cotización popular de las propias posiciones a alturas insospechadas. A esta finalidad responde la táctica de cargar el acento de la crítica más implacable sobre el fascismo y el nazismo y subrayar al mismo tiempo que se trata de orientaciones de "extrema derecha". Para ello se destaca en tales movimientos políticos su carácter de *cultivadores de la disciplina y el orden*, condiciones a su vez de los grupos políticos denominados "la derecha". Con este simple acercamiento, se arroja sobre "la derecha" una sombra de *aversión a las libertades*.

En un espacio televisivo consagrado al tema del fascismo, uno de los coloquiantes, que por su profesión está obligado a saber matizar las ideas y términos, no se recató en afirmar que "la derecha europea" ve con buenos ojos el surgimiento de movimientos juveniles de neofascismo porque el temor al carácter extremista de éstos puede inducir al pueblo a optar por movimientos políticos amantes del orden y la disciplina pero cuidadosos de no caer en excesos. Obsérvese cómo el demagogo subraya siempre el lado de los conceptos que favorece su interés del momento y deja en sombra los aspectos que no se ajustan a sus intenciones. En este caso resultaba rentable desacar el *amor al orden y la disciplina* -así como el celo por la unidad nacional-, a fin de dejar en el aire la sospecha de que existe una profunda afinidad entre el fascismo y las posiciones de "derechas".

Desmarcarse de sistemas hoy día tan denigrados como el nazismo y el fascismo es sobremano útil a quienes militan en "la izquierda", ya que, al *oponerse* a las actitudes fascistas y nacionalistas de la "extrema derecha", quedan en franquía estratégica para hacerse pasar como valedores absolutos y únicos de la libertad, la independencia, la autonomía, la cogestión... Esta forma de *secuestro del lenguaje* permite denominar "democracias populares" a ciertos regímenes que imponen a sus pueblos un sistema totalitario sin fisuras.

Para dejar al descubierto el truco empleado, hagamos el ensayo de subrayar la condición *autoritaria, despótica y policíaca* del nazismo y el fascismo. Tal condición los emparenta con los regímenes *comunistas*, que pertenecen a la llamada "izquierda". Si prescindimos de intereses partidistas de ensalzamiento y denigración, y confrontamos las diferentes orientaciones políticas con el *canon de autenticidad* -que en toda democracia es el fomento de la libertad-, concluiremos que es del todo improcedente situar al comunismo en una posición opuesta al fascismo y al nacionalsocialismo. Más bien, debe ser emparejado con ellos en su común enfrentamiento a la libertad de los ciudadanos. Ello explica el interés de utilizar el esquema "extrema derecha-extrema izquierda" y considerarlo como un dilema. Esta oposición se muestra sumamente útil para velar el carácter dictatorial de los regímenes comunistas.

Obviamente, cada ciudadano puede, si así lo desea, aprovechar toda ocasión propicia para ensalzar el sistema comunista e impugnar el nazismo, el fascismo y "la derecha", pero ha de hacerlo a cara descubierta, dando razones y no poniendo trampas bien estudiadas conforme a un plan estratégico.

Haríamos mal en subestimar la eficacia de este tipo de recursos espurios. Vistos uno a uno, parecen de poca entidad, pero en conjunto constituyen una temible labor de zapa, capaz de desmoronar los prestigios sociales más sólidos.

Diversos tipos de términos talismán

En los términos "talismán" podemos distinguir grados diversos según el poder fascinador que alberguen. En cada época existe un término "talismán" nuclear que da la clave para la formación de toda una red de vocablos prestigiosos que forman la base que sustenta y orienta el pensar, discurrir y valorar de las gentes. Entre éstos términos talismán derivados del vocablo talismán por excelencia hoy día que es "libertad" se hallan en la actualidad vocablos y locuciones como *cambio, progreso, avance, alternativa, lucha, realizarse a sí mismo, estar liberado, ser todo un hombre...*

Cuando un demagogo desea echar a andar un proceso a buen paso y lograr que se desarrolle con la normalidad de lo inevitable, de forma que nadie ose frenarlo, destaca desde el principio, como una bandera, un término talismán. Este enardece a los convencidos, ahuyenta a los opositores, hace adherirse a los tímidos. Es un recurso mágico para acumular triunfos. Recuérdese, por ejemplo, cómo se inició el proceso que culminó en la aprobación de la ley despenalizadora del aborto. Se hablaba, para comenzar, de "ley de *liberalización* del aborto". Ya tenemos en juego, con su temible poder de imposición, el término "libertad", emboscado en el vocablo "liberalización". Al dar la impresión ante el pueblo de que va a defenderse una parcela de la libertad de los ciudadanos, buen número de éstos no reparan en el juego de manos que se está realizando con ese término prestigioso.

El máximo responsable en España de la promoción de dicha ley condensó en estas frases programáticas las razones básicas de su posición: "Todo pueblo civilizado concede a la mujer la plenitud de sus derechos básicos." (Obsérvese cómo se comienza con una aseveración justa para impresionar la buena fe de las gentes y ganar su confianza). "La mujer tiene un cuerpo. Es derecho básico suyo gozar de libertad para disponer del mismo y de cuanto en él acontezca." La presencia del término "libertad" en medio de estas frases ejerce una función encandiladora -en el doble sentido de atractiva y de deslumbradora-, hasta el punto de que incluso ciertas personas comprometidas públicamente en la defensa de los derechos y la dignidad de la mujer no han reparado en que la utilización del verbo "tener" entraña en este contexto un envilecimiento intolerable, como veremos próximamente.

Una y otra vez se observa que el demagogo opera dolosamente, oculta su voluntad de dominio bajo la apariencia amable de la defensa de la libertad humana. Por eso monta siempre sus escamoteos de conceptos e ideas sobre la base que le ofrecen ciertos términos que han conseguido, por diversas y múltiples razones confluyentes, un justificado prestigio. *La atracción que ejerce actualmente el vocablo "libertad" está plenamente justificada. No así el uso estratégico que se hace a menudo de tal poder de imantación.*

"Progreso": un término prestigiado artificialmente

Existen vocablos que ostentan una orla de prestigio adquirida de forma artificiosa a lo largo del tiempo y poseen una especie de poder de sugestión que ejerce gran influjo en la mentalidad de las gentes y en su capacidad de decisión. El ascendiente del que gozan tales vocablos es asumido como un elemento táctico en la estrategia de conquista del poder. Recordemos el caso de los términos "cambio" y "progreso".

Conforme a su significación primaria, derivada del latín, *progresar* y *regresar* son términos relativos a un movimiento de ida y vuelta en el espacio y presentan un carácter *neutro* en el aspecto *axiológico*: no ostentan un valor peculiar, ni positivo ni negativo. Asimismo, el mero *cambiar* no implica sino la alteración de algo. No significa un ascenso a una situación más elevada o valiosa. En la vida diaria, sin embargo, las expresiones "ir adelante", "adelantar",

"salir adelante" presentan con frecuencia un carácter valioso, por contraposición a los términos "estancarse" y "retroceder". Un coche que se queda *estancado* en un terreno pantanoso carece de libertad para proseguir la marcha e ir adelante. El término *estancamiento* queda así enfrentado al término talismán *libertad* y adquiere automáticamente un matiz negativo. En nuestra existencia, todos podemos hallarnos en alguna situación desfavorable que haga desear un cambio. La palabra "cambio" adquiere con ello, sin necesidad de más reflexiones, un aura de prestigio. Se hace singularmente atractiva, sencillamente por lo que sugiere de novedad, de ventana abierta a la esperanza, de posibilidad -siquiera remota- de mejora. Cambiar es no quedarse estancado, no retroceder, mejorar situaciones inclementes, romper barreras asfixiantes... Estos matices atractivos se hallan lejos de poseerlos los vocablos "conservar" y "conservador" debido al nexo que la mente establece entre ellos y los términos estancamiento, anquilosamiento, retroceso... cuando piensa con la celeridad propia del ilusionista. Casi nunca el término *retroceso* presenta un matiz positivo y agradable en la vida cotidiana. Si hay un retroceso en una enfermedad, o en la marcha de los estudios, o en la recuperación económica, estamos ante una situación penosa de crisis.

De esta forma, los vocablos se van cargando de sentidos ocultos, soterrados pero temiblemente eficientes a la hora de hacer demagogia, porque de ese carácter encubierto se vale el demagogo para montar su tarea dolosa de tergiversación del valor auténtico de realidades y acontecimientos. Al moverse intelectualmente con rapidez estratégica de prestidigitador, tales sentidos ejercen un influjo decisivo en el ánimo del hombre, sobre todo del que no está alerta respecto a los modos de influencia que ejercen unos conceptos sobre otros. Si un político o un intelectual se autodefinen pomposamente como "progresistas", la mayoría de las gentes conceden a este vocablo un sentido positivo. Sin mostrar ninguna excelencia particular, sin haber hecho mérito alguno para ser ensalzado, el que se autoproclama "progresista" cobra realce ante la opinión pública por la mera utilización de un término muy cotizado en la bolsa actual de valores espirituales. ¿Cómo se ha llegado a tal cotización? Sencilla y radicalmente, debido a la proyección ilegítima de unos esquemas mentales sobre otros.

Reflexionemos un instante sobre lo que ha sucedido en el fondo de nuestra mente. En principio, nos movemos en el cauce formado por los pares de esquemas siguientes, que expresan ideas contrapuestas:

1º Progreso	-	Detención
Progreso	-	Regreso
2º Cambio	-	Conservación, permanencia, continuación en el punto alcanzado
Cambio	-	Retroceso

Poco después comenzamos a utilizar otros dos esquemas, ya cargados de valor:

3º Cambio a mejor	-	Estancamiento
Cambio a mejor	-	Retroceso a posiciones ya superadas

Si proyectamos los dos primeros esquemas sobre el tercero, enfrentamos *progreso a estancamiento y cambio a retroceso a posiciones ya superadas*, con lo cual queda ambos valorados positivamente, debido a la "valoración por rebote", para lo cual lo que se opone a algo malo aparece como bueno. Pero se trata de un salto ilegítimo de un esquema a otro. Lo que en realidad se opone a "progreso" -en sentido originario- es "detención", no "estancamiento", con su carga de sentidos negativos. Asimismo, *cambio* se opone a *permanencia*, no a *retroceso a posiciones ya superadas*.

He aquí, como sin afirmar expresamente nada valioso de unos conceptos determinados, sólo mediante el truco táctico de oponerlos mentalmente a términos que figuran en otros esquemas, se logra dotarlos de un valor adventicio, que, no por carecer de fundamento, resulta menos eficiente en la práctica. Empezamos a observar de modo concreto que esta valoración se produce, como habíamos anunciado, de modo *automático*, antes y al margen de toda reflexión.

La fuerza expresiva de lo puramente emotivo

Este carácter prerreflexivo no aminora en modo alguno el grado de firmeza que puede mostrar la valoración realizada. Al contrario, la dota de una carga emotiva singular, de la que es muy difícil desprenderse. *La fuerza del lenguaje sometido al arte de la manipulación es asombrosa*. Cuando un término va cargado con la emotividad antedicha, deja en la mente una huella tan profunda que todo cuanto oímos, vemos y pensamos posteriormente queda como polarizado en su torno e imantado y orientado por él.

Supongamos que a un político se lo califica intencionadamente de "conservador" y se procura que este vocablo sea entendido como opuesto a "progresista", en el sentido positivo indicado. Puede tratarse de un hombre abierto a un auténtico progreso y preparado para fomentarlo. A pesar de ello, será difícil que el pueblo llano, poco formado, advierta esta condición de modo suficientemente claro para decantar el voto en su favor. Buen número de votantes estarán dispuestos a conceder que se trata de una persona muy culta, incluso honrada, pero afirmarán enseguida con aplomo que, debido a su carácter retrógrado, nos llevaría atrás en caso de gobernar y nos haría perder los logros alcanzados. Si les preguntamos qué entienden exactamente por "ir hacia atrás", se quedarán perplejos en principio y balbucirán tal vez después que volver atrás es perder ciertas libertades conseguidas con gran esfuerzo. Si proseguimos el acoso dialéctico y les instamos a precisar de qué libertades concretas se trata, quedará patente que todas ellas se reducen a mera franquía para entregarse a diversas formas de *vértigo*. El vértigo o fascinación exalta al principio, pero bloquea el desarrollo de la personalidad humana y produce una devastadora decepción¹⁹. El que piensa de modo precipitado, debido al ritmo trepidante que imprime el prestidigitador mental a su discurso estratégico, no repara en estos pormenores -por esenciales que sean- y actúa en virtud de la conexión que cree entrever entre *progresismo* y *libertad*, término talismán por excelencia en el momento actual.

Una y otra vez observamos que la manipulación es una *táctica de ilusionismo mental*, un juego de manos no con cartas sino con términos, conceptos, ideas, esquemas mentales, razonamientos, medias verdades... Es tan fuerte el conjuro que los términos sometidos al ilusionismo demagógico ejercen sobre las mentes poco avezadas a cuestiones de metodología filosófica -cuestiones relativas al modo justo de pensar y de expresarse- que las priva de libertad y las somete a un modo de fascinación avasalladora. Así, al oír hablar en tono enfático de *cambio* y *progreso*, no pueden menos de pensar en un proceso de elevación hacia cotas más elevadas de perfección humana. Esta fijación mental significa una pérdida de libertad espiritual especialmente sensible en una época, como la nuestra, que ha logrado tomar distancia de la filosofía hegeliana de la Historia y ya no entiende que todo ha de ser asumido y superado. La Estética actual, con admirable madurez de espíritu, aborda el análisis de cada estilo, cada obra e instrumento desde ellos mismos, a la luz que brota cuando se asumen las posibilidades creativas que cada uno alberga y ofrece al hombre de hoy. Por eso su criterio de valoración es *interno* al acto interpretativo mismo. El sentido más hondo de cada realidad y fenómeno cultural se alumbra en el diálogo con ellos, no en su mera confrontación con otros tomados como módulo o canon. A pesar de haber alcanzado la Hermenéutica contemporánea este alto nivel de equilibrio valorativo, las capas populares siguen tan sensibles como siempre al truco banal de valorar unos fenómenos por contraste soterrado con otros. De ahí el hecho sorprendente de que todavía hoy se sigan blandiendo en el lenguaje político, como un arma poderosa, los términos "cambio", "progresista", "avanzado", "moderno" y otros semejantes.

Ejercicio de diálogo con un "progresista"

¹⁹ Véase mi obra *Vértigo y Éxtasis. Una clave para superar las adicciones* (Rialp, Madrid 2006).

Algunos políticos suelen afirmar como lema propagandístico que pertenecen a las fuerzas *progresistas* del país. Si uno tiene serenidad y no se deja intimidar por el uso contundente de vocablos talismán, da un paso adelante y les pregunta a quemarropa qué quieren decir en rigor con tal vocablo. Es muy posible que la contundencia primera de tales dirigentes se trueque ahora en perplejidad. Lo más seguro es que, tras unos momentos de vacilación, vuelvan a repetir exactamente las mismas palabras. Si uno les acosa y apremia a que se expliquen, tal vez den como explicación de su progresismo que son partidarios de leyes avanzadas, liberalizadoras, como las del aborto y divorcio, las que toleran todo tipo de juego y el acceso de los menores a espectáculos eróticos.

A primera vista, parece que estamos, efectivamente, ante una actividad liberalizadora, promotora de una mayor libertad. Pero conviene seguir preguntando, sin miedo a la fuerza aparente de los vocablos *libertad* y *liberalización*: ¿Por qué se da como obvio que la ley del aborto fomenta la libertad? Los responsables de tal ley argüirán que ésta concede a las madres una posibilidad de la que antes no disponían. Y se complacerán en cargar las tintas en anécdotas dirigidas a tocar la fibra sentimental de las gentes. Debemos evitar en este momento quedar inhibidos, por miedo a ser considerados como sujetos de mal corazón. Hemos de seguir preguntando tenazmente *de qué género* es la libertad que se ha otorgado a las madres. Posiblemente, ante tal acoso socrático, los políticos empiecen a mostrar síntomas de irritación y pasen al ataque, acusándonos de querer complicar las cosas y pertenecer al grupo de los intransigentes que se oponen por principio a toda medida orientada a mejorar la suerte de los necesitados.

Indiferentes a este contraataque, precisamos así nuestra pregunta: "La libertad concedida a las madres ¿se reduce a mera *libertad de maniobra*, a hacer lo que deseen arbitrariamente en virtud de los puros intereses individuales, o es en todo rigor una forma de *libertad para la creatividad*? La primera forma de libertad es la que ejercita el hombre respecto a meros objetos, a los utensilios que desea manejar, dominar, encauzar al servicio de los propios fines. La segunda se da cuando el hombre asume las posibilidades de juego creador que le ofrecen las realidades del entorno que poseen cierta libertad de iniciativa, merecen todo respeto y no pueden sin grave injusticia ser tomadas como medios para un fin. Obviamente, la libertad de maniobra representa *un bien* para la persona, pero no el bien *supremo*. Puede ser concedida como una gracia, pero no siempre resulta benéfica para el destinatario pues constituye un arma de doble filo. Conceder a las mujeres opción a que cometan un acto de reduccionismo grave, envileciendo una vertiente de su ser personal tan digna de aprecio como es su cuerpo, dista mucho de ser una medida conducente a su mayor felicidad. Tal concesión se parece sobremanera a la irresponsable conducta de quien pone un arma cargada en manos de un niño. Es una desmesura y una precipitación indigna de personas reflexivas²⁰.

Producción de equívocos en cadena

El atolondramiento intelectual provocado por la precipitación en el pensar y hablar induce a conectar rápidamente unos esquemas con otros afines y a realizar toda clase de emparejamientos y oposiciones de términos. Así, los esquemas últimamente analizados

Progreso - *Detención*

²⁰ En contraposición a este caso de falso progreso, me complace subrayar un ejemplo de auténtico avance hacia una situación mejor. Unos emigrantes gallegos, al regresar de América a sus lares patrios, edificaron en su pequeña aldea un casino y lo denominaron "Casino Progreso". Desde el lejano 1929 hasta hoy campea en la fachada este nombre. Suena un tanto pomposo, sin duda, pero es certero, ya que para el diminuto pueblo de casas desperdigadas entre tierras y corredoiras el disponer de un local donde reunirse, jugar, celebrar fiestas, leer, representar obras teatrales significa, en efecto, un notable "progreso", entendido aquí el vocablo en el sentido riguroso de *mejora en las condiciones de vida*.

<i>Progreso</i>	-	<i>Regreso</i>
<i>Cambio</i>	-	<i>Conservación, permanencia</i>
<i>Cambio</i>	-	<i>Retroceso</i>
<i>Cambio a mejor</i>	-	<i>Estancamiento</i>
<i>Cambio a mejor</i>	-	<i>Retroceso</i>

se conectan, al hilo del pensar, con los esquemas siguientes:

<i>Reforma</i>	-	<i>Inmovilismo</i>
<i>Nuevo</i>	-	<i>Viejo</i>
<i>Moderno</i>	-	<i>Antiguo</i>
<i>Insólito</i>	-	<i>Consabido</i>
<i>Actual</i>	-	<i>Pasado</i> (en el doble sentido de "inactual" y de "anticuado")

La "teoría del contraste"²¹ nos enseña que se da en el hombre una tendencia a contaminar semánticamente entre sí -es decir, a considerar como afines, casi como sinónimos- los términos que figuran en cada una de las dos columnas que se forman al escribir los esquemas mentales unos debajo de otros, tal como acabamos de hacer. Por esta precipitada conexión, los términos "regreso" y "estancamiento" quedan de alguna forma vinculados a los términos "antiguo", "pasado", "viejo", y la actitud "conservadora" aparece en clara connivencia con la posición "inmovilista". Por el contrario los prestigiosos términos "cambio" y "progreso" se nos muestran gloriosamente emparejados con los vocablos "reforma", "nuevo", "moderno", "insólito", "actual". De este modo, el mero hecho de pronunciar los términos "moderno", "reforma", etc., atrae el favor de buena parte del público, pues todos los vocablos que están en vecindad con un término talismán o sus concomitantes quedan asumidos en su campo de soberanía e irradiación de prestigio. El vocablo "cambio" es concomitante del vocablo talismán *libertad* por cuanto *libera* de la rigidez de lo inmóvil, lo rutinario y anodino.

Debemos estar muy alerta frente a este fenómeno: *siempre que se pronuncia un término, se suscitan en la mente por vibración -al modo de los armónicos musicales- otros términos que pueden reportarle prestigio o desprestigio*. Estas vibraciones o interconexiones que se producen al relacionar entre sí los términos de las dos columnas formadas por los esquemas mentales ejercen sobre los espíritus poco preparados un influjo tanto más fascinador cuanto más borrosa es la operación mental en que tienen lugar. Así como los ideales utópicos, más entrevistados que críticamente analizados, suscitan en los subterráneos de ciertos espíritus una especie de "mística", y ésta se convierte en fuente de energía explosiva a la hora de la acción, las conexiones ambiguas entre conceptos pueden dar impulso a toda una dialéctica mental cargada de *pathos*, intelectualmente endeble, pero seductora para las gentes vertidas a una forma de acción espontánea, más dependiente de las *emociones* que de las opciones reflexivas²².

El temor al lenguaje manipulado

El poder sugestivo que encierra el lenguaje manipulado es tal que, en todas las épocas, sesudos varones han caído en la trampa de sentir miedo ante ciertos términos que en sí son

²¹ En el Estudio Introductorio a la obra de R. Guardini *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente-concreto* (BAC, Madrid 1996) 11-59, analizo ampliamente la posición de Romano Guardini acerca de los "contrastes".

²² El término "místico" indica, en su origen griego, algo recóndito, escondido, enigmático. Se ha utilizado profusamente en el Cristianismo para indicar la vida interior del hombre en relación con Dios, sobre todo cuando alcanza grados muy elevados y va acompañada de fenómenos singulares, como éxtasis y raptos. Por derivación, se usa a veces este vocablo para designar ciertos conjuntos de ideas e ideales *poco clarificados pero muy cargados de emotividad*.

totalmente inocuos, por ejemplo "antiguo" y "moderno". Ya los griegos, hace veinticinco siglos, se dividían a veces en dos bandos: los *antiguos* y los *modernos*. Sin duda, los que eran motejados estratégicamente de "antiguos" se habrán sentido gravemente ofendidos por tal denominación descalificadora. En la Edad Media se impuso con decisión el *Ars Nova*, el Arte Nuevo. En nuestra época, *ser moderno* se toma como una bandera de "progresismo", de saber estar al día, de hallarse abierto al futuro. Pero, como esta apertura implica *cambio*, se erige el cambio en meta. Se cambia para estar al día, y se convierte uno en esclavo del tiempo del reloj y del calendario, que es el resultado del ajuste del hombre al rodar de los astros. Esta sumisión al tiempo del reloj hace que el mismo vocablo "moderno" envejezca al correr de los días y deba ser cambiado por uno más actual. Así, hoy se habla de lo "postmoderno". Naturalmente, dentro de poco lo postmoderno se quedará anticuado y habrá que hablar de la nueva postmodernidad, con lo cual nos adentramos en el campo de lo ridículo. *Pero esta caída en el oprobio intelectual no es advertida por quienes están sometidos al hechizo del lenguaje estratégico.*

Recordemos un suceso pintoresco a cuya luz podemos apreciar el hechizo que ejerce actualmente sobre algunos espíritus todo lo novedoso. Un pianista, hacia el final de un concierto para piano y orquesta interpretado en la mejor sala de conciertos de España, sacó del bolsillo unos guantes y se los puso lentamente. En la punta de los dedos iban ajustados unos dedales que producían un sonido ametalado al percutir las teclas. El público sonrió amablemente y no dió mayor importancia a la "ocurrencia". Al día siguiente, en una entrevista televisada, el intérprete se glorió enfáticamente de haber realizado un "acto histórico", por ser la primera vez que se utilizaba en el universo tal recurso sonoro.

Evidentemente, este buen profesional de la música no sabía lo que es un "hecho histórico" y confundía *lo novedoso* con *lo nuevo* que *instaura futuro*. Pero no debe nadie temer que se haya cubierto de oprobio por amontonar tantos errores en un sola frase. Sin duda alguna, al pronunciarla estaba ya pensando, y no sin fundamento, en el párrafo que dedicarán a su "gesta" los historiadores de la música contemporánea, dominados en buen número por el poder de seducción que posee actualmente todo lo "original", lo que, merced al simple hecho de oponerse a lo ya sabido y consabido, disfruta de un prestigio que en sí no le corresponde. Es un prestigio adquirido merced al juego estratégico de los armónicos del lenguaje. Cómo se realiza ese peligroso juego, lo veremos claramente en el apartado siguiente.

2. ESQUEMAS MENTALES SUSCEPTIBLES DE ABUSO ESTRATÉGICO.

Los esquemas mentales orientan el pensamiento

Sabemos por experiencia que, al hablar, movilizamos *términos* para expresar realidades y acontecimientos, y configuramos *esquemas mentales* a fin de poner en relación dichos acontecimientos y realidades. Al observar la realidad, advertimos que hay personas que conocen y realidades que les son conocidas. A estas realidades se las denomina "objetos", palabra derivada del latín *ob-jectum*, que procede del verbo *ob-jacere, estar en frente*. La persona que conoce recibe el nombre de "sujeto", por ser quien se atribuye la iniciativa del conocer. Además de troquelar los términos "sujeto" y "objeto", configuramos el esquema mental "sujeto-objeto", para indicar el vínculo entre el *hombre que conoce* y la realidad que constituye para él un *objeto de conocimiento*.

En principio, este esquema parece plenamente adecuado al fin propuesto. Sin embargo, desde finales de la primera guerra mundial (1914-1918) vienen subrayando con empeño los pensadores dialógicos y los existenciales (F. Ebner, F. Rosenzweig, F. Gogarten, E. Brunner, M. Buber, G. Marcel, K. Jaspers...) que tal esquema puede actuar de modo perturbador sobre las mentes si induce a considerar todas las realidades del entorno humano como *meros objetos*,

es decir: como realidades *delimitables, asibles, ponderables, situables en el espacio y en el tiempo*²³.

Debemos tener muy en cuenta que los esquemas mentales no son un mero *esqueleto vertebrador* del pensamiento; son estructuras mentales que *orientan* la vida intelectual, volitiva y sentimental del hombre de forma muy precisa, si bien inexpresa. De ahí el interés con que dichos pensadores destacaron la necesidad de utilizar el esquema "yo-tú" cuando el objeto de conocimiento es una realidad *personal*. El tú no se reduce a objeto, aunque presente una vertiente objetiva por ser corpóreo. El esquema que debe vertebrar, orientar e impulsar nuestras relaciones con los demás hombres ha de ser el esquema "yo-tú", y no los esquemas "sujeto-objeto", "yo-ello". No se trata de una cuestión de palabras, sino de una exigencia ineludible de justeza mental. *Un cambio de esquemas implica todo un giro en el dinamismo espiritual de la persona porque lo orienta hacia un nivel de realidad distinto*. El esquema "yo-tú" predispone al hombre a considerar a los demás como realidades que se dan en un nivel personal, superior al nivel de los objetos e integrable de múltiples formas con él.

La sustitución del esquema "yo-ello" por el esquema "yo-tú" presenta ventajas para el estudio de las realidades personales, pero se muestra demasiado reducido a la hora de expresar la relación del hombre con las diferentes realidades que no ostentan la alta condición de *personas* pero tampoco se reducen a *objetos*. Un piano en cuanto instrumento musical, no es un mero mueble; es una fuente de posibilidades de juego artístico. Un estilo artístico tampoco es una persona pero supera las características de un objeto. Algo semejante puede decirse de una institución, un libro, una obra de arte, un hogar, el lenguaje... Se trata de realidades *super-objetivas* o *ambitales*, que no son opacas, cerradas en sí, como los objetos, sino abiertas, por ofrecer campos de posibilidades de acción creadora. Merced a ello, pueden entrelazarse con el hombre y fundar modos de unidad superiores a la mera yuxtaposición y al mero choque. De ahí que, a mi entender, incluso el esquema "yo-tú" deba ceder el puesto a otro más amplio y comprensivo: el esquema "hombre-ámbito", "ámbito personal-ámbitos de cualquier género".

Necesidad de pensar con rigor y exactitud

Nada más importante en la formación humana que acostumbrarse a pensar, hablar y escribir con el mayor rigor. *Rigor* significa aquí *adecuación a la realidad*. Pero la realidad presenta diversos planos conforme a la dignidad o rango de los distintos seres. Un piano lo puedo tomar como un simple bulto que tiene unas dimensiones determinadas, pesa cierto número de kilos, ocupa un lugar en el espacio. Cabe, en un plano diferente, considerarlo como un mueble que decora una habitación. En un nivel más elevado, se presenta como un instrumento musical. Un físico, una mujer de la limpieza, un decorador, un historiador, un comerciante y un pianista contemplan la misma realidad en planos distintos.

Los esquemas mentales que utilizamos espontáneamente en la vida cotidiana se refieren de ordinario al nivel en que se mueve la mujer de la limpieza, no a los otros. Nada extraño que, cuando los aplicamos sin las debidas correcciones a la expresión de fenómenos o acontecimientos que tienen lugar en niveles de realidad más elevados, cometamos un sinfín de tergiversaciones, inexactitudes y desajustes, a veces sumamente perturbadores. Si queremos formarnos debidamente, hemos de ejercitarnos en pensar con la mayor precisión, evitando toda *extrapolación de esquemas*, es decir: cuidándonos de no aplicar a un nivel de realidad esquemas sólo adecuados a otros. Aquí debemos imponernos una actitud de paciencia, y realizar análisis lentos para afinar la sensibilidad en orden al recto uso de vocablos y esquemas. Este esfuerzo inicial se verá recompensado de forma brillante a la hora de abordar los sutiles temas de la vida humana. Pongamos manos a la obra realizando algunos análisis especialmente útiles, por básicos.

²³ Pueden verse, sobre esta cuestión, mis obras: *El poder del diálogo y del encuentro* (BAC, Madrid 1997); *Cuatro personalistas en busca de sentido* (Rialp, Madrid 2009).

Meditemos sobre algo que nos sucede a diario. Cuando pensamos y hablamos, utilizamos como ejes orientadores los esquemas siguientes: "dentro-fuera", "interior-exterior", "entrar-salir", "acción-pasión", "autonomía-obediencia"... En efecto, yo hablo de que *estoy dentro o estoy fuera*, de que *entro o salgo*, de que *ejerzo* una acción o la *padezco*, de que soy *autónomo* o estoy *a las órdenes* de otro... El hecho de estar usando estos esquemas desde la niñez nos lleva a considerarlos como algo consabido, cotidiano, universal, ineludible, normal. Lo *normal* es lo que hace *norma*, y lo *normativo* parece que debe aplicarse a todos los casos. He aquí un error básico. Acabo de dar un salto en el vacío. Esos esquemas y su uso son plenamente normales *en un nivel determinado*, pero no en los demás. Olvidar esto es correr peligro de realizar saltos ilegítimos de un nivel a otro. Cometer tal extrapolación significa pensar de forma inadecuada y abrir la puerta a multitud de recursos estratégicos en orden a tergiversar el sentido de las distintas realidades.

Una persona bien formada extrema el cuidado en el uso de los esquemas mentales. No es lo mismo, por ejemplo, tocarle *al piano* y tocar *el piano*. El lector me dirá que esto es obvio. Ciertamente, pero no lo es tanto determinar con precisión el *modo peculiar* de inmediatez que instaura con un piano el que simplemente le toca y el que lo toca. Esta distinción, fundamental para comprender fenómenos decisivos de la vida humana, apenas es advertida por quienes abordan, incluso en el campo filosófico, el tema de la vinculación del hombre a la realidad en torno.

Cierto escritor comenta ampliamente en un libro el bellísimo texto de Ortega sobre la caza. Al final, tras destacar las excelencias de la prosa y la hondura de pensamiento, afirma que lo dicho por Ortega acerca del fenómeno de la caza tiene gran fertilidad para el análisis de otros muchos temas, por ejemplo, el de la "caza del marido". Sin duda, estamos ante una flagrante extrapolación de planos. Dicho comentarista conoce sobradamente la diferencia abismal que existe entre el plano en que se da el juego de la caza y aquél en que tiene lugar el trato mutuo entre personas que desemboca en el enamoramiento y el compromiso matrimonial. Pero no basta saberlo; hay que evitar expresamente caer en la tentación de pasar expeditivamente de un plano a otro sin hacer las debidas correcciones, incluso en el lenguaje.

Cuando las correcciones que debemos realizar son numerosas, hemos de entrar en sospecha de que el modelo utilizado no se adapta al tipo de realidad que estamos estudiando. En tal caso, lo procedente es prescindir de él con decisión y sustituirlo por el esquema apropiado. La historia del pensamiento rebosa de errores graves cometidos por empecinarse una vez y otra en aplicar a ciertos fenómenos esquemas sólo adecuados a otros de rango inferior. Para explicar la génesis de una mesa sencilla, basta con aplicar el esquema "materia-forma" en la línea de la teoría aristotélica de las cuatro causas. Un carpintero trabaja una *materia* de una determinada *forma* para obtener el *fin* de poder apoyar algo, y tenemos el *producto* denominado "mesa". Las cuatro causas -eficiente, formal, material y final- dan plena razón de este proceso artesanal. Pero no son suficientes para seguir fielmente la génesis de un *poema*, que no es mero *producto* de una acción ejercida sobre una materia para inocularle una forma con objeto de obtener un fin determinado; es el *fruto* de un *encuentro* múltiple: encuentro del artista y la realidad; del artista, la realidad y el lenguaje del artista; la realidad, el lenguaje y la comunidad a la que de alguna manera se destina la obra... La aplicación del esquema "materia-forma" al análisis de los procesos genéticos de obras de arte y literatura invalidó el esfuerzo de estetas muy bien dotados. *La suerte de una investigación se juega en el subsuelo metodológico que decide el tipo de planteamiento que se da a las cuestiones.*

Algo semejante acontece en el tratamiento de los fenómenos éticos. Si digo: "el pañuelo está *dentro* del bolsillo", "la pluma está *fuera* del bolsillo", utilizo un esquema ("dentro-fuera") ajustado al tipo de realidades que se hallan en juego -un pañuelo, una pluma y su situación en el espacio-. Pero, si le confieso a un amigo *íntimo* que lo llevo "muy dentro de mí", ¿qué valor exacto tiene el término "dentro"? Obviamente, indica que tenemos *intimidad*. Pero ¿cómo se adquiere ésta? ¿Introduciendo acaso al amigo *dentro* de mí, o bien *saliendo* yo de mí para meterme dentro de él? La perplejidad en que nos sumen estas ineludibles preguntas pone de

relieve que el esquema "dentro-fuera", por muy adecuado que sea para expresar las relaciones entre meros objetos, no lo es en modo alguno para dar cuerpo expresivo a la riqueza que alberga una relación *creadora* como es la amistad.

En primer lugar, debe advertirse que la intimidad no se *tiene*. El uso de este verbo sólo es adecuado cuando se trata de objetos. La intimidad es una forma de interrelación que debe estarse *creando* en todo momento. Ser amigos íntimos indica que tú y yo, sin dejar de ser lo que somos, sin diluir nuestros límites personales, sin fusionarnos el uno en el otro, sin perder nuestra identidad personal, hemos instaurado un *campo de juego* común, en el cual la distinción entre el *dentro* y el *fuera*, lo *interior* y lo *exterior*, lo *exclusivamente mío* y lo *cerradamente tuyo* queda felizmente superada. Al participar en un campo de juego, se funda un modo peculiar de cercanía, de entreveramiento de ámbitos personales, de intereses, anhelos, ideales y proyectos. Nadie sale de sí, nadie se enajena o aliena, nadie se despoja de sus condiciones personales. Todos entramos en un proceso de interacción generosa, de enriquecimiento mutuo que nos confiere una dimensión comunitaria y nos plenifica.

Si dos personas, por afán de llevar al límite su voluntad de unión, se fusionaran, diluirían sus límites personales, perderían su identidad personal, y con ello dejarían de amarse en sentido riguroso. Cuando una persona ama de verdad a otra contribuye de buen grado a enriquecer su personalidad, a marcar el perfil de su individualidad. Con ello, no se rompe la relación; se eleva a un plano superior en cuanto se hace posible un modo de comportarse más abierto y generoso, más preocupado del bien del amigo que del de uno mismo. Al ser generoso contigo, contribuyo a desarrollar tu personalidad, a consolidar tu figura peculiar, a marcar tus perfiles. Tu conducta oblativa para conmigo ejerce la misma función promocionante. Podría parecer a una mirada superficial que con ello se subrayan las diferencias personales y se acentúan las distancias. Por fortuna, el resultado es polarmente opuesto. A medida que nos afirmamos en nuestra personalidad irreductible, constituimos con más decisión un campo de juego común, en el que participamos intensamente de los mismos valores y fundamos un modo de unidad nunca logrado. Al unirse dos personas con lazos de auténtica amistad, los límites que definen su personalidad dejan de ser *barreras que escinden* para convertirse en *lugares vivientes de intercomunicación y entreveramiento*.

Comprender a fondo, por experiencia personal, en qué consiste estar *presente* a otra realidad, entreverar con ella el propio ámbito de vida personal y superar así las distintas formas de unión superficial que tienen lugar entre los meros objetos o entre las personas que no viven de modo creativo significa dar un paso decisivo hacia la madurez personal. Ser personas maduras implica estar en forma para instaurar modos de unidad relevantes con todas las realidades de nuestra circunstancia. Tales modos de unión no puedo crearlos de forma reflexiva, consciente, digna de una persona si no me libero de la convicción generalizada de que para *llegar* al otro debo *salir* de mí, y que lo distinto es ineludiblemente distante, externo y extraño. No olvidemos esto: si todo lo que es distinto de nosotros es siempre e inevitablemente distante, externo, extraño, resulta imposible fundar los modos de presencia que están en la base de la vida ética, estética y religiosa. *La vida humana creadora queda con ello anulada de raíz.*

He aquí al descubierto, en toda su gravedad, la importancia de los esquemas mentales. El que los utilice de forma estratégica puede dejar a las personas desprevenidas, sobre todo a los jóvenes, totalmente fuera de juego en la competición que significa la vida humana. Se equivoca dramáticamente quien piense que las distinciones que estamos haciendo son meras sutilezas académicas carentes de importancia vital para el hombre. Si se tergiversan los conceptos y esquemas mentales, se altera el sentido justo de las acciones y actitudes humanas y se hace inviable una ordenación fecunda de la existencia. Encierra, por ello, el mayor interés práctico conocer de cerca cómo se manejan de forma trucada los esquemas mentales. Estos constituyen los cimientos del edificio entero de la vida espiritual humana: pensar, sentir, querer, crear en todos los órdenes. Si se alteran estas bases, la estructura entera queda afectada de raíz.

El manejo trucado de los esquemas

Para descubrir la táctica solapada de controlar el dinamismo creador del hombre mediante la alteración del sentido justo de los esquemas mentales que utiliza para pensar, sentir, querer, actuar, conviene tener muy en cuenta cuatro datos que los manipuladores suelen mantener cuidadosamente ocultos.

1. Existe una tendencia demasiado generalizada a considerar los guiones que dividen los dos términos de cada esquema como signo de *oposición frontal*. Se da por hecho que los guiones *escinden* y se deja de lado el hecho importantísimo de que tales guiones pueden revestir muy diversas significaciones, que deben ser determinadas cuidadosamente en cada caso. En el esquema "libertad-esclavitud", el guión indica una relación de *oposición*. Relaciona dos términos contrarios. En el esquema "libertad-cauce", el guión alude a una relación de *contrasteidad*. Ser libre y aceptar una norma que sirve de cauce constituye un *contraste*, no una *oposición*.

2. El que piensa de modo precipitado suele considerar los términos de cada columna como íntimamente conexos entre sí.

3. Al dar por supuesto que los términos de cada columna están muy estrechamente unidos -con un tipo de unidad borrosa, nunca sometida a revisión, pero no por ello menos eficiente de hecho para el que no reflexiona sobre los supuestos de su modo de pensar y expresarse-, se tiende a hacer toda serie de *cruces entre los esquemas*, con lo cual se confiere a ciertos términos sentidos que no les corresponden.

4. Los términos que figuran en la columna donde aparece un vocablo talismán quedan automáticamente prestigiados. Los términos que se hallan en la columna de *enfrente* se cubren de desprestigio si se acepta ingenuamente que esta columna está *enfrentada* a la obra, se *opone* a ella, como se oponen dos términos contradictorios o contrarios.

Los manipuladores de oficio, las personas que han adquirido un conocimiento minucioso de las técnicas de manipulación a través del lenguaje, sacan amplio partido de estas tendencias y propensiones del ser humano, vinculándolas entre sí y poniéndolas a todas en juego al mismo tiempo. Para percatarnos personalmente de ello, nada más eficaz que realizar un ejercicio concreto, sobre la base de observaciones de nuestra vida diaria. Todo cuanto se dice en este libro -destinado a modelar nuestra actitud intelectual, volitiva y sentimental de forma ajustada a la realidad- debe ser vivido por cada uno personalmente a la luz de la experiencia que ya tiene, a fin de asumirlo como algo propio y convertirlo en criterio de vida e impulso de la creatividad.

En el curso del pensar y del expresarnos, solemos movilizar profusamente una serie de esquemas. Entre ellos destacan los siguientes, que, debidamente ordenados, dan lugar a dos columnas:

<i>libertad</i>	-	<i>cauce</i>
<i>libertad</i>	-	<i>obediencia</i>
<i>libertad</i>	-	<i>normas</i>
<i>libertad</i>	-	<i>formas</i>
<i>apertura</i>	-	<i>cerrazón, oclusión</i>
<i>espontaneidad</i>	-	<i>coacción</i>
<i>autonomía</i>	-	<i>heteronomía</i>
<i>lo autoimpuesto</i>	-	<i>lo impuesto por una realidad</i>
<i>lo proyectado por</i>		
<i>el sujeto</i>	-	<i>lo dado o presupuesto al sujeto</i>
<i>autenticidad</i>	-	<i>inautenticidad</i>
<i>mismidad</i>	-	<i>alienación</i>
<i>lo propio</i>	-	<i>lo distinto</i>
<i>lo cercano</i>	-	<i>lo distante</i>
<i>lo confiado</i>	-	<i>lo extraño</i>

lo interno - *lo externo*
dentro - *fuera*

La presencia irradiante del término *libertad* en la columna de la izquierda del lector impone su ley y dota de una especial soberanía a todos los términos que figuran en la misma. Ello explica capítulos enteros de la filosofía de la cultura y de la sociedad contemporánea. Hoy se da por comúnmente aceptado, por incontrovertible, por consabido, por algo lógico y normal que todos deben admitir -si no quieren quedar fuera de juego en la sociedad de nuestros días- que lo auténtico, lo que confiere al hombre mismidad e identidad personal, lo que le otorga interioridad y lo redime de la alienación es obrar con apertura, de modo espontáneo y autónomo, ateniéndose a criterios propios, elaborados en la propia interioridad frente a toda proposición o imposición que venga de fuera por vía de encauzamiento normativo, o de vinculación a formas heredadas de la tradición, vista como algo distante, externo y extraño al hombre actual. *Obsérvese cómo en este párrafo la opinión se decanta en favor de los términos que figuran en la columna de la izquierda y se aleja de la opinión que viene expresada mediante términos situados en la columna de la derecha.*

La recta comprensión de los esquemas que figuran en ambas columnas nos permite profundizar en las cuestiones básicas de la vida humana y evitar de raíz los mil y un prejuicios y confusiones que han provocado la crisis actual del pensamiento y la existencia. Cuesta tiempo llegar a descubrir el poder increíble que poseen estos esquemas para orientar de modo tan firme como solapado la mente del hombre. Uno es libre de adoptar o no unos esquemas mentales y aceptar una determinada interpretación de los mismos, pero no lo es para liberarse de su influjo. Tomar distancia crítica frente al poder que tienen los esquemas mentales de orientar nuestro dinamismo espiritual es condición indispensable para ser libres y creativos. Lo veremos de forma impresionante a través de una experiencia demagógica que voy a simular seguidamente.

Delación de una clase demagógica de ética

Comienzo un curso de ética y me dirijo a los alumnos de la forma siguiente: "Ustedes convendrán sin duda conmigo en que el hombre debe actuar en virtud de criterios *propios* y no dejarse conducir *desde fuera*, a modo de una marioneta. Para *realizarnos* (término sumamente prestigiado en la actualidad, sobre todo entre los jóvenes), debemos ser *autónomos*, obrar conforme a las urgencias, necesidades e impulsos que sentimos *interiormente*". Este punto de partida suele ser aceptado sin discusión por los alumnos, debido al afán de "autenticidad" que hoy dicen tener, ya que los términos aducidos -criterios propios, obrar autónomo...- sugieren autenticidad.

Prosigo mi alocución: «Lo que nos viene dado *desde fuera* y *propuesto* como norma de acción, impulso y meta de la existencia en una u otra vertiente es algo *distinto* de nosotros y en principio *distante*, *externo* y *extraño* a nuestra vida. Si es tomado obedientemente como cauce y norma de acción, nos *aliena* y torna *inauténticos*. ¿Admiten ustedes todo esto?». Los alumnos permanecen en silencio, un tanto perplejos. Yo pongo entonces las cartas boca arriba: «Si lo aceptan -les advierto-, están ustedes perdidos; están en mis manos, a mi merced. A partir de ahora me sería fácil destruir en ustedes *de raíz* la posibilidad misma de edificar una vida ética, estética y religiosa, por la razón decisiva de que todas las realidades que hacen posible al hombre desde el nacimiento troquelar su ser personal son distintas de él, le vienen dadas, propuestas, y le son en principio distantes, externas y extrañas. ¿Cómo va a ser posible hacer un juego creador y *encontrarse* rigurosamente con realidades que no han surgido de la *interioridad* humana, tales como la madre, el hogar, el lenguaje, los usos y costumbres, las instituciones, la escuela, los valores estéticos, éticos y religiosos...? Si se admite que lo distinto del hombre es siempre distante, externo y extraño, esta pregunta no admite respuesta. Pero tal afirmación es, por fortuna, insostenible. Darla por supuesto fue el eje de mi *demagógica* argumentación. Ese era justamente el punto en el cual hubieran debido ustedes detener mi discurso e invitarme

enérgicamente a realizar las debidas matizaciones: ¿Por qué lo *distinto* es siempre e inevitablemente *distante*, *externo* y *extraño*? Esta pregunta hubiera neutralizado totalmente mi argumentación, al obligarnos a reflexionar sobre los diversos modos de inmediatez y distancia que puede fundar el hombre respecto a los seres del entorno. A la luz de tal reflexión, se descubre fácilmente que lo distinto, si es asumido por el hombre como un campo de posibilidades de juego creador, se convierte en impulso del obrar, y se hace *íntimo*, sin dejar de ser distinto. Pierde el carácter de distante, externo y extraño y, por tanto, impositivo, coaccionante, alienante, promotor de inautenticidad. Cuando lo distinto, lo dado desde fuera, lo propuesto al hombre, deja de ser distante, externo y extraño, para convertirse en íntimo, en una especie de *voz interior*, promocionante de las mejores virtualidades creadoras del hombre, éste traspassa el umbral de la vida estética, ética y religiosa».

Mi experiencia estética de Mozart comienza cuando éste deja de ser para mí un ser lejano en el tiempo y en el espacio para entrar conmigo en un campo de juego común y hacerse íntimo. Darse cuenta por propia experiencia de que tal forma de intimidad sólo se logra a través de la creatividad, no de la anulación de las distancias físicas, y comprenderlo de forma articulada significa dar un paso decisivo hacia la madurez personal, por cuanto implica descubrir las leyes básicas que rigen la relación del hombre y el entorno y deciden el proceso del desarrollo humano.

Cabe formular esquemáticamente tales leyes en la siguiente forma: 1) las realidades externas al hombre pueden llegar a formar parte de su intimidad, sin que ésta se diluya; 2) lo propuesto y dado al sujeto no se opone siempre a lo proyectado por éste, antes lo lleva con frecuencia a su máximo desarrollo; 3) el hombre se hace *autónomo* cabalmente al consentir en ser *heterónimo*, aceptando de modo activo las posibilidades lúdicas que le ofrecen las realidades de su entorno.

Ser "autónomo" -darse a sí mismo las leyes o normas de acción- y "heterónimo" -aceptar leyes o normas propuestas por seres distintos de uno- no se oponen cuando el hombre actúa creadoramente. Si creo un campo de juego con una obra musical, ésta deja de estar *fuera* de mí para convertirse en una *voz interior*, en el impulso de mi obrar artístico. Al seguir los dictados de la partitura mientras estoy aprendiendo la obra, obedezco a una realidad *exterior* a mí. Cuando conozco perfectamente la obra y vuelvo a crearla con mi interpretación, respondo a un dinamismo interno, sigo las directrices que me vienen dadas por mi propia musicalidad. Al hacerlo, soy fiel a la obra pero no me alieno, no me pierdo en una realidad situada *fuera* de mí. El esquema "dentro-fuera" ha quedado felizmente superado merced a mi actividad creadora de intérprete. Tal superación hace posible una estrecha colaboración entre cada realidad personal y las realidades de su circunstancia. Lo que está *dentro* y lo que se halla *fuera* se presentan escindidos, alejados, desconectados cuando pertenecen al plano de los meros objetos. En nivel lúdico, creador, dicha escisión se trueca en *unidad de complementariedad*.

Grabemos en la memoria esta clave hermenéutica decisiva: *el sentido de los términos sufre una espléndida transformación cuando las personas que los movilizan se elevan a un nivel creador*. Su apariencia es idéntica, pero su sentido es muy diverso.

¿Es el amor un canje de dos soledades?

La necesidad de precisar con sumo cuidado el sentido de los términos y esquemas concernientes a la relación del hombre y su entorno resalta en el análisis de las experiencias humanas más densas de sentido, entre las que se cuenta el *amor*. Acabo de conocer a una persona. En este momento, es para mí algo distinto, distante, externo y extraño. Pero ¿lo será siempre? Si la respuesta es positiva, se hace imposible la comprensión, el amor mutuo, la fundación de modos auténticos de unidad personal. En consecuencia, yo quedo aislado en mi

ser, como en una fortaleza, y la otra persona queda reclusa en el suyo. El amor que pueda surgir entre nosotros no será sino "el canje de dos soledades". Esta es la opinión desazonante de Ortega²⁴, según el cual los otros son siempre para mí seres extraños, "foráneos", habitantes perpetuos de la región que está más allá de mi interioridad.

Preguntémonos por qué llega Ortega a esta conclusión, tan poco coherente con los espléndidos análisis sobre la comunicación humana que ha realizado en otros contextos. A mi entender, la razón estriba en que aplica al análisis de un fenómeno creativo como es el amor un esquema sólo adecuado al estudio de experiencias menos relevantes. Por intenso y auténtico que sea nuestro amor -advierte Ortega-, yo no puedo sentir tu dolor de muelas ni disfrutar del gusto que te produce el saborear un dulce²⁵. Estos ejemplos están tomados del plano de la realidad biológica, en el cual, ciertamente, las sensaciones no son comunicables y compartibles de modo directo. En este plano, el hombre se encuentra solo, atendido a sus experiencias privadas. De igual forma, un objeto puede *yuxtaponerse* a otro, o bien chocar con él; lo que no puede es entreverarse, intercambiar posibilidades y fundar un modo de unidad de *presencia*, porque un objeto no posee capacidad creadora. El hombre, por fortuna, puede entrar en relación de trato con otra persona, participar en acciones comunes, comulgar en ideales, compartir convicciones éticas y gustos estéticos; en una palabra, puede *entreverar su ámbito personal con el de otras personas* e instaurar, de ese modo, un *campo de juego* común. En el seno dinámico de éste, los términos *fuera* y *dentro* adquieren un valor nuevo, un valor referente a la actividad creativa y no a la situación espacial. Tú estás *fuera* de mí en sentido espacial y me eres *íntimo* en sentido creador. Eres *distinto* de mí porque posees tu propia personalidad, pero has dejado de serme distante, externo y extraño para tornarte *íntimo*. Una vez más, *la exterioridad es vencida por la energía creadora*, como el avión vence la fuerza de gravitación que lo liga a la tierra mediante la energía propulsora de los motores.

De modo estático, indolente, falto de todo dinamismo, es imposible superar la escisión entre el *dentro* y el *fuera*. Para una persona que adopte una actitud pasiva ante la vida, todo cuanto le viene *propuesto* de fuera será siempre e inevitablemente *impuesto*; y toda persona que acceda a su vecindad será ineludiblemente un *forastero* que viene a robarle el espacio que él habita. Vistos con mentalidad objetivista -que toma las realidades como meros objetos-, los seres no pueden *integrarse* para formar seres de mayor envergadura. Tú puedes ocupar mi puesto y succionar el ámbito que yo ahora abarco, y yo el tuyo. No podemos, sin embargo, unirnos de forma que, sin eliminarnos, integremos nuestros ámbitos de vida y demos origen a un ámbito más amplio y poderoso.

Necesidad de entender ciertos "dilemas" como "contrastes"

Si no acertamos a ver el modo de considerar muchos esquemas básicos como *contrastes* -porque descubrimos que lo *distinto-distante* puede convertirse en *distinto-íntimo* mediante el poder transformador de la creatividad-, interpretamos los esquemas como *dilemas* y nos obligamos a optar entre uno u otro de los términos: o autonomía o heteronomía, o autenticidad o alienación... Sea cual fuere nuestra opción, el resultado será nefasto porque habremos desgarrado el tejido de la vida humana. La mentalidad "dilemática" -que tiende a escindir los términos y conceptos- causa estragos irreparables en el mundo actual.

Si la formación del hombre consistiese en aprender a optar entre la libertad o las normas, la apertura a los demás o el aislamiento en sí mismo, la autonomía o la heteronomía, lo interior o lo exterior, etc., la disolución del ser humano estaría asegurada de raíz. *Nos hallamos en el punto clave que decide el éxito o el fracaso de nuestro proceso formativo: el llegar a plenitud o el condenarnos a la asfixia espiritual y a la destrucción.*

²⁴ Cf. J. Ortega y Gasset: *Obras Completas*, V (Revista de Occidente, Madrid 1961) 591.

²⁵ Cf. *Obras Completas*, VI (Revista de Occidente, Madrid 1961) 437. Un comentario a este texto puede verse en mi *Inteligencia creativa*, o.c., 10.

No perdamos de vista que muy a menudo las multitudes actúan de forma espontánea, con aparente despreocupación de estas cuestiones, pero, en el fondo, su actitud está motivada por convicciones filosóficas que un día fueron tratadas por los especialistas y se convirtieron en "creencias" populares, en un conjunto de datos decisivos que se han incorporado a las convicciones básicas, inconscientes, del pueblo. En épocas de crisis, como la nuestra, debemos ahondar en este subsuelo, poner al descubierto los condicionamientos últimos del obrar, y hacer las correcciones que sean necesarias para orientar la vida del hombre de modo fecundo. Una persona puede tener buena o mala voluntad a la hora de orientar su existencia, puede poner sus energías al servicio de lo que nosotros consideramos como el bien o de lo que estimamos como el mal. *Por debajo de esa actitud están latentes múltiples condicionamientos que determinan la orientación de tal persona sin que ésta se percate de ello.* Si alguien está inconscientemente convencido de que todo lo exterior es ajeno a él de forma ineludible, no estará bien dispuesto a aceptar su carácter normativo y encauzador de la propia actividad porque entenderá sus *proposiciones* como *imposiciones* y considerará la atencencia a éstas como una humillante alienación: la renuncia a la dignidad e independencia personales.

Encierra el mayor interés asumir esta clave de orientación: los esquemas "libertad-cauce", "autonomía-heteronomía", "interior-exterior", "dentro-fuera" y otros afines deben ser entendidos como *contrastos* y no como *dilemas* cuando son aplicados a fenómenos y acontecimientos de tipo creativo. Todo *contraste* marca una *distinción* entre dos conceptos pero no los *enfrenta insalvablemente*, los pone en *cierta tensión*, a fin de que se *contrapongan*, se enriquezcan mutuamente, limen sus aristas, se carguen de sentido y ganen madurez.

Con frecuencia solía recomendarnos Romano Guardini a sus discípulos que no nos aferráramos crispadamente a los conceptos a medida que él los iba movilizandando en sus clases, pues un concepto es algo vivo -por ser vehículo expresivo de los procesos creadores que vive el hombre-, tiene un período de formación, otro de crecimiento, y otro definitivo de madurez. Sólo están maduros los conceptos que vibran con otros y forman una constelación de sentido.

Si no se toman los conceptos como algo inanimado, rígido, configurado de una vez para siempre, se descubren los vínculos que tienen con otros aparentemente opuestos, de forma que la relación entre ellos no constituye un *dilema* sino un *contraste*. Los *contrastos* enriquecen la vida personal en cuanto la pueblan de matices sumamente ricos. Los *falsos dilemas* la depauperan porque la desgarran y hacen imposible la articulación fecunda del hombre con las realidades que le permiten actuar creadoramente. Malentender los *contrastos* como *dilemas* incapacita al hombre para entrar en juego con las realidades del entorno que, siendo distintas y distantes en principio, pueden tornársele íntimas. *Esta incapacidad de juego anula de raíz toda posibilidad de encuentro, acontecimiento que es, según veremos, la raíz del desarrollo del hombre como persona.*

¿Era exagerado afirmar que para formarnos debidamente debemos poner en forma nuestra capacidad de pensar con la mayor precisión, no cometer extrapolaciones de esquemas y tener sensibilidad bien afinada para percibir el más leve escamoteo de conceptos que cualquier demagogo pueda cometer? Muy al contrario. Ahora empezamos a experimentar de cerca y en concreto, en nuestra propia vida, la importancia decisiva que tiene asentar nuestro dinamismo espiritual en el *uso ajustado de los esquemas mentales*. Todo error cometido en este subsuelo compromete nuestro futuro como seres personales.

Dicho *ajuste* sólo es posible cuando se piensan muy a fondo los conceptos. La unidad entre éstos se capta cuando se los ve *en su raíz*. Nada ilógico que, al pensar de modo *superficial*, la vida intelectual se pueble de falsos dilemas, que siembran la confusión y desgarran la vida del espíritu.

PLANTEAMIENTOS MANIPULADORES

El que plantea una cuestión en plan estratégico con el fin de dominar juega con enorme ventaja porque escoge el terreno de la lucha y dispone sus efectivos del modo más conveniente para sorprender y cercar al adversario. Si aceptamos un planteamiento demagógico, estamos enredados desde el principio, y, aunque superemos en preparación a quien lo propone, seremos dominados ampliamente por él. De ahí la necesidad de poner en forma nuestra capacidad de captar al vuelo *desde el primer momento* los signos que delatan el carácter manipulador de un planteamiento.

Condiciones de la estrategia manipuladora

Condiciones básicas de todo planteamiento manipulador son la *parcialidad* o *unilateralidad* y la *precipitación*. Ambas ejercen su dolosa función táctica en todas las fases que presenta el proceso de desarrollo de un tema. *Actuar con rapidez* aparece hoy a una mirada desprevenida como algo muy positivo porque la imagen del campeón deportista que rompe marcas gravita sobre la imaginación del hombre actual, sobre todo de los jóvenes, y constituye una especie de telón de fondo sobre el cual son *proyectadas* y *valoradas* las acciones de la vida cotidiana. Muchos jóvenes conducen la motocicleta por las calles de una gran ciudad con aire deportivo, emulando a sus héroes de los circuitos profesionales. Esta *superposición de imágenes* -la de una acción realizada con rapidez y la del velocista que sube al podio de campeón- orla de prestigio no sólo a los tipos de actividad que se realizan rápidamente porque lo requiere su naturaleza sino también a aquellos cuyo modo de ser exige un *tempo* reposado. De esta forma, se glorifica la *precipitación* -que es un modo de celeridad inadecuada-, el *ilusionismo* -que utiliza la rapidez para deslumbrar y hacer posibles los juegos de manos-, las *explosiones revolucionarias* -que actúan de modo súbito y avasallador, con el fin de arrollar el pasado histórico y edificar el futuro sobre el terreno calcinado-.

Este tipo de tergiversación se funda en la *confusión de los dos modos básicos de temporalidad*. El tiempo que el deportista ansía recortar al máximo es el *tiempo objetivista del reloj*, el que mide el movimiento de los astros y sirve de algún modo para cronometrar los cambios realizados por el hombre. El tiempo propio de las actividades mentales -sobre las que actúa el manipulador- es un ritmo *instaurado por el hombre* en el proceso mismo del pensar, que no es mero decurso temporal sino actividad creadora regida por una lógica interna. Imprimir un ritmo desorbitado a este proceso equivale a someter al sujeto pensante a la arbitrariedad del que impone esa celeridad *desde fuera*, sin tener en cuenta las exigencias *internas* del pensamiento. Imponer un ritmo es decisivo en la táctica deportiva, porque significa llevar la iniciativa en la elaboración de las jugadas. Marcar al pensamiento un ritmo tal que haga imposible pensar rectamente implica dejar al hombre fuera del juego intelectual y someterlo a una *dirección exterior*.

Es decisivo en estrategia no someterse al ritmo del adversario. De ahí el riesgo que entraña la actitud pasiva de quienes se inhiben ante los problemas y se mantienen a la expectativa, reduciéndose a "verlas venir". Esta cómoda posición es presentada de ordinario por los responsables como una forma de *prudencia*, pero, vista con la debida perspectiva, constituye la peor forma de *temeridad*. Es plantear la batalla en terreno enemigo, ya que éste quiere batirse en clima de precipitación. Al precipitar el modo de pensar, se puede desplazar al adversario con la energía elemental del empujón. En cambio, si se adopta el *tempo* adecuado al recto pensar, sólo se vence en caso de poseer razones suficientes.

Conviene insistir en la idea de que el pensamiento es una actividad propia de un ser vivo, es una manifestación *vital* y, en consecuencia, plantea las exigencias propias de su tipo peculiar de vida. Entre ellas figura el ajuste al ritmo adecuado. Un árbol no crece a borbotones;

un animal no se reproduce con ritmo de fábrica; un hombre no piensa con celeridad de computadora. El pensar tiene su ritmo, y éste presenta diversos matices según la rapidez mental de cada uno y su grado de formación.

1. Montaje táctico de un proceso manipulador

Para mostrar de modo concreto las distintas fases del planteamiento demagógico de un tema, aludiré a un caso bien conocido por el lector español: *la presentación y defensa de la ley despenalizadora del aborto*.

En la línea de lo indicado en la Presentación, no intento aquí realizar un estudio crítico del contenido de dicha ley; quiero señalar sólo algunos *defectos de forma* que se cometieron en el planteamiento de tan delicado asunto. Con objeto de lograr máxima claridad al respecto, expresaré de forma esquemática mi punto de vista. Cualquier persona o grupo puede legítimamente sostener la idea de que es lícita la práctica del aborto -práctica general o restringida- si están dispuestos a presentar razones que avalen suficientemente su opinión. No es aceptable, en cambio, sostener tal posición sobre la base de argumentos falaces y recursos estratégicos que no resisten una mínima revisión crítica. De modo semejante, cabe afirmar que todo creyente tiene derecho a defender y difundir su fe a condición de que la apoye en razones sólidas y razonamientos bien contruídos, no en falacias. Puede, obviamente, equivocarse al intentar dar razón sincera de su experiencia religiosa. Este error no invalida la rectitud de su postura básica. Lo inaceptable sería intentar por principio y de propósito hacer valer su opinión con recursos tortuosos y arteros. Sólo si adoptamos todos una actitud de absoluta honradez en los planteamientos, podemos caminar, por vías diversas, hacia una meta convergente: *el hallazgo de una verdad común*.

En esta obra, consagrada a poner en forma un estilo de pensar lo más riguroso posible, sólo me interesa destacar el *tratamiento* que se ha dado a diversos temas básicos. Es más una cuestión *metodológica* que *doctrinal* la que aquí me ocupa. Una vez puesto a punto un estilo de pensar y de expresarse adecuado a las realidades y acontecimientos personales -que están regidos por la *lógica de la creatividad*-, estaremos en disposición de aclarar debidamente el contenido de nuestra realidad y sus condiciones de desarrollo.

Primera fase: Presentación del tema

Se propone una cuestión compleja de modo *unilateral*, destacando sólo los aspectos que favorecen la opinión que uno desea imponer, y se procede con suficiente *rapidez* para que las gentes no adviertan la mutilación que se ha operado. En el caso de la campaña a favor de la ley despenalizadora del aborto suele destacarse en principio la vertiente *sentimental*: unas jóvenes se encuentran con un embarazo no deseado y necesitan ayuda y comprensión. Se carga el acento sobre el aspecto humano y lastimero del problema, exagerando si es posible las cifras de personas afectadas y la magnitud de su desgracia²⁶. Se recurre, en casos, a anécdotas, más o menos trucadas, para revestir todo el asunto de una capa de *dramatismo*. Este descenso a la arena de lo concreto anecdótico es un recurso estratégico muy eficaz en países más proclives al contacto humano que a la soledad de la reflexión. Los pueblos poco cultivados en el análisis racional de los problemas tienden a convertir las anécdotas en elementos de juicio.

²⁶ En su libro *De la rumeur à l'histoire* (Dunod, Paris 1985), A. Sauvy explica la magia de las cifras y comenta la astucia manipuladora con que se propagó en Francia el rumor de que se estaban realizando en el país 300.000 abortos clandestinos al año; la misma cifra, por cierto, que se manejó en España algún tiempo después con el mismo propósito e idéntica táctica. La arbitrariedad de buen número de las cifras aducidas fue delatada con energía por el Dr. B. Nathanson, un día director de la clínica abortista más activa de los Estados Unidos.

Una vez conmovido el ánimo de las gentes por la presentación efectista del problema humano, se pasa súbitamente, con celeridad estudiada, a la presentación de las soluciones que se quiere proponer e imponer. Se soslayan otros aspectos no menos importantes de la cuestión debatida, por ejemplo el hecho de que, según la ciencia actual, la fecundación de un óvulo constituye el primer momento del proceso de gestación de un ser humano -o de varios-, de suerte que no sólo estamos ante el problema planteado a la madre por un embarazo indeseado sino también ante la necesidad de no exponernos a cometer una acción gravemente injusta.

Los proabortistas subrayan, de ordinario, el hecho de que todavía la ciencia y la antropología filosófica no han sabido determinar el momento en que puede afirmarse con toda propiedad que existe *vida humana individual*. Es cierto, pero de ello no se deriva concesión alguna a favor del aborto. Desde antiguo se sostiene que en caso de duda ha de favorecerse a la parte más débil. "In dubio pro reo". Nuestra ignorancia acerca de los procesos genéticos debe traducirse en prudencia a fin de no cometer errores que puedan ser calificados de *atentados contra la vida humana*. El que haya dificultades para determinar el comienzo de la vida personal *individualizada* no indica que se dude de la condición *humana* del proceso de gestación desde el instante en que se unen las células masculina y femenina. El proceso de configuración de nueva vida que se inicia con un ritmo sorprendente en tal momento da lugar a seres *humanos* si no es interrumpido por causas naturales o artificiosas.

De todo esto se deduce que, si se quiere proceder con un mínimo de rigor, deben ser los proabortistas quienes han de sentirse obligados a probar que no existe vida *humana* en el embrión o en el feto que desean someter a manipulaciones abortivas. El que no es partidario de tal ingerencia está, obviamente, eximido de tal deber pues su actitud es, por principio, de respeto absoluto al proceso de gestación en todas y cada una de sus fases.

Como sucede siempre que se manipula, se tiende también en la cuestión del aborto a simplificar el asunto, reduciéndolo al aspecto que favorece la propia posición y las conclusiones que se desea sacar y sancionar. Al hijo se lo deja relegado a un olvido estratégico. Sólo interesa resaltar el grave problema de la madre, y a quienes cuestionan la ley abortista se les atribuye expeditivamente una falta total de humanidad, sin atender a las razones que puedan aportar. El temor a semejante acusación, tan gratuita como severa, explica la existencia de muchas conductas medrosas en el tratamiento de tan delicado asunto.

Segunda fase: Fundamentación del tema

Una vez propuesto el tema de forma *unilateral y precipitada*, es fácil fundamentarlo sobre bases falsas sin despertar demasiadas sospechas. En el caso de la ley despenalizadora del aborto, las bases -en esquema- suelen reducirse a la frase siguiente: "La mujer tiene un cuerpo y debe poseer libertad para disponer de él y de cuanto en él acontezca". Hoy día, estas proposiciones no son susceptibles de la menor justificación. Quienes las proponen se ven incapaces de proceder en plan serio y ofrecer razones sólidas que avalen su punto de partida. La filosofía más penetrante del siglo XX pulverizó todo empeño de considerar el cuerpo humano como *un objeto poseíble*. Ningún antropólogo bien formado filosóficamente se arriesga a escindir el cuerpo y el espíritu y aplicar el verbo *tener* a la peculiar relación que guarda el ser humano con su cuerpo. El verbo *tener* es utilizado aquí de forma extrapolada; se lo aplica a un tipo de realidad que se hallan en un plano superior a las realidades poseíbles, únicas a las que está ajustado. Sólo se *tiene* aquello que se puede *poseer*. Afirmar que la mujer *tiene* un cuerpo delata una tosquedad intelectual penosa. Supone un modo de pensar desajustado, tosco, basto, primitivo, elemental, falto de toda finura metodológica. Si los mejores pensadores dialógicos, personalistas, fenomenológicos y existenciales tuvieran hoy noticia de que sobre tal frase se intenta montar una ley que tiene una incidencia grave sobre la vida de los seres humanos, se sentirían mortalmente decepcionados porque les llevaría a temer que elaboraron en vano su ingente obra intelectual.

Ante la imposibilidad de ofrecer una fundamentación auténtica, los promotores de la ley proabortista recurren a una fundamentación aparente, trucada mediante los recursos de la estrategia del lenguaje, a fin de presentar sus tesis como plausibles. En primer lugar, introducen el término talismán "libertad", para crear un clima atractivo, luminoso, abierto a una tarea tan positiva como es facilitar posibilidades a un ser humano cercado por dificultades angustiosas. En este clima de expectación, nadie espera encontrarse con algo reprobable, adustamente negativo, y no se pone alerta. Sin embargo, el rasgo negativo se produce: el demagogo no duda en rebajar la condición del cuerpo humano interpretándolo como algo *poseíble*. Para ello practica una vez más el *ilusionismo mental*, la prestidigitación. Con toda rapidez pone ante los ojos de la gente el aspecto *objetivista* que presenta el cuerpo humano, que es mensurable, asible, delimitable, ponderable, situable en el tiempo y en el espacio, y a la vez sugiere la idea de que este cuerpo, dotado de tales condiciones, es un *mero objeto*.

He aquí la manipulación, porque un objeto propiamente dicho, un objeto poseíble, como es un bolígrafo, un trozo de roca, una silla, un leño -es decir: una parte de un árbol desgajada del mismo y desvitalizada- ostenta las propiedades antedichas, pero de ahí no se puede inferir que toda realidad que esté dotada de ellas se reduzca a mero objeto. El cuerpo humano es una *vertiente del ser personal*, como lo es el espíritu -si se me permite hablar en estos términos gruesos, para entendernos rápidamente-. Tan personal es mi cuerpo como mi espíritu. Y lo personal no es objeto de posesión y tenencia. Por fortuna, ni la mujer ni el varón *tienen cuerpo*. *Son corpóreos*. De modo semejante, es impropio afirmar que se *tiene esposa*; se *es marido* de una mujer. No se *tiene un hijo*; se *es padre o madre* de una criatura.

Que no se trata de una cuestión baladí -mero juego de palabras- se advierte al considerar que la fundamentación de una ley tan comprometida como ésta se apoya en la tergiversación de los verbos *ser* y *tener*. Si destaco el aspecto *objetivista* del ser humano -lo que en lenguaje vulgar se denomina su parte *corpórea*- y dejo de lado el hecho de que este aspecto no es sino una vertiente del conjunto *personal* humano, puedo afirmar *con aparente lógica* que el cuerpo es un *objeto* y el hombre *tiene* un cuerpo. Pero, a poco riguroso que sea, debo reconocer que he cometido el atropello de tomar la parte por el todo, lo que significa un envilecimiento del ser humano, una reducción ilegítima de un conjunto a una de sus vertientes.

Este acto de violencia pasa inadvertido a buen número de personas a las que impresiona el hecho de que el demagogo introduzca un elemento que parece elevar a la mujer a una alta cota de dignidad. Al considerar el cuerpo como un objeto, la mujer puede *disponer* a su arbitrio de él y de cuanto en él suceda. Disponer implica *libertad, libertad de maniobra*.

De aquí se desprende el cuidado que debemos poner en no dejarnos fascinar por lo que resulta atractivo y plausible a una mirada desprevenida e ingenua. Estos elementos deslumbrantes tienen por función encandilar al oyente a fin de que no repare en los escamoteos realizados. Si nos resistimos a tal encandilamiento y reflexionamos, descubriremos que no es legítimo afirmar que "la mujer *tiene* un cuerpo", y lo mismo el varón. Cabe decir que el ser humano *tiene* un cuerpo en el sentido de que puede realizar con él algunas de las acciones que lleva a cabo respecto a los meros objetos: verlo, tocarlo, golpearlo, acariciarlo, limpiarlo, pesarlo... No puede, en cambio, ser *objeto de posesión* el cuerpo humano en cuanto forma parte integral de un *ser personal* que abarca mucho campo de forma difusa, posee libertad, poder de iniciativa, intimidad, capacidad de abrigar convicciones de diverso orden y atender a ideales. Ensamblado en este conjunto inaprehensible que es la persona, el cuerpo humano desborda los límites de la *figura* que presenta a los sentidos y se manifiesta como *imagen* de una realidad que es inagotable porque está llamada a superar en todo momento los logros ya obtenidos.

Esta necesidad de ir ampliando el horizonte de la visión resalta cuando realizamos un gesto en el que interviene el cuerpo como medio expresivo. Si te doy la mano y aprieto la tuya para indicar aprecio, puedes retener la atención en los datos puramente objetivos y fijarte en el grado de presión a que someto tu mano, o en las condiciones de calor, humedad y firmeza que presenta la mía. Pero, al hacerlo, no dejarás de reconocer que estás reduciendo a uno solo de sus planos un acto humano tan complejo como es *el saludo*. Mi mano -o mejor: todo mi cuerpo,

como elemento que sirve a mi persona de medio en el cual te encuentro y saludo- no se reduce a temperatura, humedad, presión: *es mi persona entera manifestándose a través de algunas de sus vertientes*. Precisamente por ello, todo gesto realizado con el cuerpo y a un cuerpo reviste un valor *personal*. Considerar el cuerpo humano como mero objeto susceptible de posesión constituye un empobrecimiento injustificable del hombre *como persona*.

Resulta, en consecuencia, del todo injustificable filosóficamente que los movimientos feministas, llamados por vocación a defender los derechos de la mujer, insistan en el derecho de ésta a *disponer* de su cuerpo. Lo hacen, obviamente, con el fin de lograr una ganancia inmediata: la de presentarse como adalides de la "liberación" de la mujer. La fragilidad de su posición es delatada rápidamente por ellas mismas al rechazar la reducción de las jóvenes bellas a meras figuras atractivas y su utilización como medios para operaciones de propaganda comercial. Si una persona acepta que *tiene* cuerpo y puede *disponer de él*, queda expuesta a toda clase de manipulaciones interesadas por parte de otros. El *interés* es el vínculo que une los actos de arbitrariedad de la mujer y los actos de los demás.

Una medida coherente, bien fundada, hubiera sido aplicar la segur a la raíz de los atropellos que se desea delatar y combatir: *la reducción de la mujer a cuerpo, y la del cuerpo a objeto poseible y disponible*. Pero este planteamiento *radical* les parece a los espíritus avanzados excesivamente "conservador". Es poco apto para realizar los malabarismos mentales y morales al uso. Sin embargo, es la única vía adecuada para penetrar en el secreto del hombre, ese ser complejo, el más portentoso del universo según el coro de la *Antígona* de Sófocles.

Cuando uno se esfuerza en analizar las cuestiones con un mínimo de justeza, se pregunta cómo es posible que en nuestros días se tomen decisiones cruciales para la vida de la sociedad sobre bases ridículamente endeble e incluso falsas, dejando de lado cuanto la investigación filosófica ha descubierto y destacado durante el último siglo. La respuesta, lamentablemente, es desconsoladora. La eficacia de la actividad demagógica arranca de la frivolidad, de la superficialidad en el uso de los términos y esquemas, de la inconsistencia de los planteamientos, de la táctica de cerrar los ojos a lo real y a toda la labor llevada a cabo por los buscadores de la verdad. Para el que se ha propuesto introducir a ultranza una ley no justificable por razones bien fundadas es más rentable limitarse a movilizar la táctica de aplicar a la vida personal términos sólo adecuados a las realidades infrahumanas.

Un tipo de manipulación semejante se está dando respecto a dos cuestiones en las que se halla también en juego la vida humana: el *suicidio* y la *eutanasia*. En una emisión radiofónica se planteó recientemente este último tema con la siguiente pregunta: "¿Tenemos derecho a morir libremente?" Poca preparación se requiere para advertir que en esa breve frase se hallan hábilmente conjugados dos términos o locuciones *talismán*: "libremente" y "tener derecho". *Tener derecho a algo* significa *ser libre de realizarlo*. Ya estamos inmersos en el radio de acción del vocablo *talismán* por excelencia: "libertad". A lo largo de la emisión, con sus diversas preguntas y respuestas, se puso de relieve que se pretendía fundamentar la supuesta *libertad para disponer de la vida* -la propia y la ajena: *suicidio* y *eutanasia*- en el hecho de que el hombre *tiene vida* y debe poder *disponer de ella* a su arbitrio. Ni una vez se aludió siquiera a la necesidad de distinguir entre *poseer algo como objeto* y *haberlo asumido como un don*. El hombre recibe la vida, la asume, se siente centro de iniciativas, *responsable de lo que hace* porque puede *responder a* las apelaciones del entorno. Pero sentirse como un ser responsable, activo, capaz de tomar opciones no equivale a considerarse *dueño* de la propia vida, como se es señor de un objeto.

Estamos ante otra forma de *reduccionismo* que envilece el concepto mismo de vida humana. No todo lo que el hombre hace es un mero *producto* que pasa a engrosar el acervo de sus posesiones. Un hijo no es *producto* de una acción; es *fruto* de un encuentro personal. Por eso desborda a los mismos que se han encontrado, y que reciben el nombre de *progenitores* y no de *productores*. De forma semejante, no todo lo que uno *es* puede ser considerado como objeto de *posesión*. Yo soy un ser viviente, personal, pero no cabe decir que *tenga vida*, si tomo

el vocablo *tener* en sentido riguroso, como debe hacerse al tratar un tema en el que juegan ciertos vocablos un papel decisivo.

Lamentablemente, estas reflexiones que acabamos de hacer cuentan poco para quienes se dejan seducir por la fuerza *emotiva* que albergan los términos talismán, sobre todo cuando son manejados con habilidad estratégica.

Tercera fase: Exposición del tema

Una vez propuesta y fundamentada una cuestión de modo estratégicamente unilateral, el demagogo se cuida de exponer su pensamiento de tal forma que no queden al descubierto sus trucos. Moviliza para ello los recursos estratégicos del lenguaje. Entre ellos resalta el de tergiversar el sentido de ciertos vocablos y locuciones. En principio, se evita hablar de "aborto", ya que este vocablo presenta un sentido peyorativo, entre otras razones porque muchos abortos involuntarios son causa de preocupaciones, peligros y penas. Esta circunstancia dota a este vocablo, al hilo del tiempo, de un matiz negativo. Al decir "interrupción voluntaria del embarazo", -o bien, de modo todavía más impersonal, frío y críptico: I.V.E.- se hace aparecer el acontecimiento del aborto desde una perspectiva totalmente distinta. No se alude a ser *personal* alguno cuya vida esté en juego. Se trata sólo de interrumpir un proceso. El término *interrumpir* parece en principio inofensivo, y resulta adecuado para ejercer una función amortiguadora del efecto repulsivo que produce la agresividad expresada por el término "asesinato". El mero *interrumpir* algo no da lugar de ordinario a un suceso *irreparable*. Por eso el vocablo "interrumpir" alude más bien a un acontecimiento *pasajero*, que no afecta al núcleo esencial de un proceso humano. Se ha comenzado algo y se detiene la marcha. Si ambas acciones se realizan *voluntariamente*, queda a salvo la libertad de la persona responsable, que es el bien supremo en una sociedad que concede honores de talismán al vocablo "libertad".

He aquí, cómo, sin entrar en discusión, sin aportar razones, sin esforzarse en plantear el tema con rigor, mediante un simple cambio de palabras se ha conseguido situar un tema tan complejo y grave como el del aborto en un plano de *aparente neutralidad ética*. Una persona poco advertida creerá hallarse ante una cuestión vulgar de la vida cotidiana, ante la cual se puede optar de forma libre y despreocupada: "¿Qué cadena de la TV enchufo?" Da igual, ya que puedo cambiar sobre la marcha. No me planteo mayor problema, ya que se trata de una elección sin importancia, éticamente neutra en principio, nada comprometedor para nadie.

Se ha operado aquí, obviamente, una *reducción ilegítima* de la significación de un acontecimiento humano, pues no estamos ante una mera interrupción de un proceso de gestación, sino ante una *intervención violenta* que anula la vida de un ser nuevo, distinto de quienes lo engendraron. El hecho de que tal acción sea realizada de forma *voluntaria*, no indica que la misma sea *libre*, si entendemos la libertad en sentido riguroso. Precisamente porque no se siente libre para emprender tal acción, el hombre moviliza la táctica del reduccionismo con el fin de paliar la violencia que late en el fondo de su conducta. Al reducir algo de valor, se prepara el terreno para llevar a cabo una agresión sin causar mayores sobresaltos. Uno se pregunta a veces cómo es posible que en naciones extremadamente sensibles a todo cuanto signifique cuidado de la naturaleza, mimo a los animales, exquisitez en el trato social, se lleven a cabo múltiples agresiones violentas a la vida naciente sin que ello provoque una conmoción popular. El que arroja un papel al suelo, tira una piedra a una ardilla que trepa por un árbol, pisa por descuido a un perro en el autobús es considerado como un ser incivil y mirado con desprecio. Al mismo tiempo, en hospitales espléndidamente dotados por el erario público se para en seco cruelmente una vida que bulle de virtualidades y avanza con rapidez y energía sobrecogedoras hacia la configuración plena de una persona humana -o más de una- y el pueblo no se considera rebajado en su alta cota de civismo. *Esta paradoja hiriente se explica -aunque no se justifique- por el poder que tiene el lenguaje de tramsutar el sentido profundo de los acontecimientos.*

El escamoteo que acabo de señalar se realiza dentro del radio de acción de otro truco ilusionista de mayor alcance: el denominar, de modo pulcramente académico, "planificación familiar" a lo que en muchos casos no pasa de ser una actitud de *egoísmo individual compartido*. Ya sabemos -y en este punto toda comprensión y ayuda será siempre escasa- que a veces existen dificultades insalvables que hacen recomendable espaciar los nacimientos o incluso evitarlos. Pero no es menos sabido que el clima actual de hedonismo y ambición convierte en *dificultad insoluble* lo que en otros tiempos se consideraba simplemente como una invitación al sacrificio, la entrega y dedicación. Cuidar un niño quita a los padres *libertad de maniobra* para realizar una serie de pequeños proyectos diarios sumamente atractivos. Una persona rectamente formada se cuida muy bien de no confundir una *renuncia* con una *represión*, y un *sacrificio* con una *anulación de la personalidad*. Renunciar a una parte de nuestra *libertad de maniobra* para realizar en la vida algo tan elevado como es dar vida y educación a un nuevo ser personal, con todo lo que éste implica, no equivale a cercenar nuestra auténtica libertad y nuestra posibilidad de realización como personas.

El afán de dominio y el ansia de disponer de todo que caracterizan al hombre actual inspiran una actitud de aversión inconfesada, pero real, al niño y de afición al animal. Un animal, por despierto que sea, no evoluciona, no llega a mayoría de edad, no tiene capacidad de exigir un día ciertos derechos, no tiene pretensiones de independencia. En buena medida, es una realidad manejable, poseíble, canjeable. Con él no hace falta dialogar, intercambiar opiniones, guardar los debidos respetos. Los diálogos con los animales son, más bien, monólogos. En cambio, el ser humano reclama desde el primer momento una actitud de respeto, colaboración, atención a su desarrollo futuro. (Recuérdese que los mejores biólogos -pensemos, por ejemplo, en A. Portmann- subrayan en la actualidad que el embrión y el feto no pueden entenderse debidamente si no se tiene en cuenta su condición *humana*). Este trato deferente, auténticamente dialógico, exige al adulto la renuncia a la voluntad de dominar, de disponer de las realidades del entorno con el tipo de libertad con que se manejan los objetos. Tal exigencia implica toda una conversión espiritual, un cambio de mentalidad y de actitudes, pues en la actualidad existe la tendencia a confundir los *intereses individuales* con la *quintaesencia de la vida personal*.

La propensión a polarizar egolátricamente el universo en torno a las apetencias del propio yo se alía con la fobia a la vida naciente fomentada por algunas corrientes filosóficas, para las cuales el brotar exuberante de nueva vida en primavera no es sino una "fermentación destemplada" (J.P. Sartre).

No deja de constituir una incoherencia sarcástica que en un momento en que se proclama que la Edad Moderna, con su afán dominador de la realidad, ha perecido y debe dar lugar a una era de postmodernidad, más vinculada a lo natural y espontáneo, se acuñe y consagre como ideal de progreso individual y social una expresión que tiene un innegable aroma comercial, industrial y financiero: la "planificación familiar".

Cuarta fase: Conclusiones y solución al tema propuesto

A la hora decisiva de proponer soluciones, los demagogos se amparan en la tendencia de la mayoría de los seres humanos a buscar remedios tajantes, rápidos y concretos, palpables y controlables, como es controlable y manejable un proceso mecánico. Estas condiciones se dan en las técnicas del aborto.

Las personas afectadas por la presentación sentimental -si no melodramática- del problema (fase 1ª), serenadas al advertir que el cuerpo humano es objeto susceptible de dominio, posesión y disposición (fase 2ª), están dispuestas a retirar sus escrúpulos, demoler sus barreras intelectuales y morales, y aceptar como un mal menor la solución drástica del aborto, visto edulcoradamente como una mera forma de interrupción de un proceso que debe ser regido

por las leyes de la "planificación familiar" (fase 3ª). Con esta serie de medidas tácticas, el demagogo consigue a) "desdramatizar"²⁷ la cuestión del aborto planteándola en un nivel en el que son perfectamente posibles diversas opciones; b) evitar el envilecimiento que supone participar en un acto de violencia; c) dar una justificación racional a dicha participación.

Conviene subrayar aquí un dato decisivo para comprender la estrategia de la manipulación del hombre. El ser humano normal rehúye el verse envilecido a sus propios ojos. Tolera las agresiones externas con mayor serenidad que el acoso interior de la propia conciencia. De ahí su interés por buscar algún tipo de razones que justifiquen racionalmente sus modos de conducta. La forma de justificarse puede estar falseada por diferentes ardidés. Ello no la invalida a la hora de pasar rápidamente un velo sobre las partes sombrías y sórdidas de la propia existencia. No olvidemos que el demagogo es un virtuoso del ilusionismo, un mago que opera todo género de trasmutaciones valiéndose de su capacidad de intercambiar con toda celeridad conceptos, ideas, puntos de vista, perspectivas...

Olvido táctico de otras vías de solución

Esta eficaz operación de cosmética espiritual la realiza el demagogo sin haberse detenido a *mostrar*, y menos a *demostrar*, en forma fehaciente que la solución propugnada por él es la mejor y la única posible. Lo da sencillamente por supuesto, y lo hace de modo contundente y autosuficiente para dar impresión de seguridad. Expresarse sin la menor vacilación y apoyar el discurso en incisivos ataques a los adversarios -reales o fingidos, en todo caso debidamente caricaturizados- es un arma estratégica de primer orden porque incrementa al máximo la fuerza de convicción ante públicos poco o nada cualificados. De ahí el nulo interés de los demagogos por elevar el nivel cultural del pueblo y la calidad de sus experiencias espirituales. Puede parecer, en casos, que el tirano fomenta la cultura popular. Analicemos con rigor el tipo de cultura que promueve y advertiremos que se trata de experiencias de *vértigo* que amenguan e incluso anulan el poder creador de las gentes. Es éste un punto clave que debemos conocer a fondo.

No es ilógico sino perfectamente acorde a las técnicas de la manipulación que en la campaña a favor de la ley proabortista se eludiera el análisis de algunas vías de solución que resuelven el problema de la madre satisfactoriamente, no provocan un enfrentamiento moral con el derecho del niño al nacer, y abren horizontes de felicidad a matrimonios carentes de hijos. Me refiero a la vía de la *adopción*. Es sintomático que en países donde existen largas listas de espera para adoptar niños se insista únicamente en la práctica del aborto como solución viable, se ponga en movimiento todo un mecanismo oneroso de asistencia médica a las madres deseosas de abortar, se promulgue una ley que vulnera las convicciones morales y religiosas de buena parte de los ciudadanos y no se consagre tiempo alguno a elaborar una ley de adopción ajustada a las circunstancias. Sólo se atiende a las razones -con frecuencia, especiosas- aducidas para justificar la decisión de algunas mujeres a favor del aborto. Se promueve con ello una *libertad de maniobra* que no conduce a la felicidad de nadie. Al mismo tiempo se desoyen las voces de quienes cifran su felicidad personal en la entrega de por vida a un niño adoptado como hijo.

Tal incongruencia viene inspirada por el olvido total del principal protagonista de este drama: el niño. No resulta fácil entender que personas tan sensibles -según propio testimonio- a los derechos humanos dejen fuera de juego a aquél cuya vida se halla en peligro debido precisamente a la orientación que ellos mismos han dado al problema. Esta actitud no se explica sino por la necesidad estratégica de plantear de forma *unilateral* las cuestiones a fin de

²⁷ Este término es usado con frecuencia de modo estratégico con el fin de evitar la comprometida expresión "reducir de valor". El lenguaje, trasmutado por razones tácticas, modifica ante la vista de las gentes el sentido de los fenómenos, unas veces magnificándolos y otras empobreciéndolos, según los intereses del demagogo en cada contexto.

polarizar la atención de las gentes en un solo punto y hacer posible una solución parcial: en este caso, la concesión a la madre de una absoluta y drástica *libertad de maniobra*.

Al sobrevolar el procedimiento seguido por los proabortistas, uno entra necesariamente en sospecha de que el planteamiento sentimental-melodramático es puramente táctico y el verdadero propósito de la ley no consiste tanto en resolver problemas humanos perentorios cuanto en operar, a la larga, una transformación radical de la actitud ética de las gentes.

2. Diversos modos de planteamiento estratégico

Las condiciones de todo planteamiento estratégico -"unilateralidad" y "precipitación"- resaltan asimismo en otros muchos casos de manipulación. Reseñamos algunos para ayudar al lector a poner alerta su sensibilidad frente a este tipo de atropellos solapados y arteros.

1. La manipulación del pueblo mediante encuestas

Las encuestas suelen realizarse de tal manera que en la pregunta va prefijada la respuesta sin que los afectados lo adviertan. Este ocultamiento resulta factible debido al desequilibrio que existe entre la posición del encuestador y la del encuestado. A éste se le conmina a responder inmediatamente sin tomarse tiempo para reflexionar. El encuestador, en cambio, tuvo a su disposición toda clase de facilidades para planear su estrategia y disponer sus medios tácticos. Un encuestador que pregunte a los transeúntes a bocajarro si son partidarios de la censura tiene todo hecho actualmente para recibir una respuesta negativa. Más de uno se sentirá incluso ofendido por la pregunta. Hoy día se da por supuesto comúnmente que la censura es un procedimiento aversivo y despreciable, porque los manipuladores se han cuidado durante años de inocular en el espíritu de las gentes la idea de que la censura, toda posible censura, se opone frontalmente a la libertad, a todo tipo de libertad. De ahí que socialmente sea un término desprestigiado, totalmente descalificado. Ha quedado fuera de juego. Este desplazamiento es perfectamente comprensible y lógico ya que, al presentarse como opuesto a libertad, el término censura queda enfrentado a varios vocablos prestigiosos y emparejado con otros cargados de valor negativo. Pongamos en orden, ante la vista, algunos de los esquemas que movilizamos diariamente al tratar cuestiones relativas al fenómeno de la libertad y sus opuestos.

<i>libertad</i>	-	<i>coacción</i>
<i>libertad</i>	-	<i>censura</i>
<i>libertad</i>	-	<i>opresión</i>
<i>apertura</i>	-	<i>oclusión, cerrazón</i>
<i>amplitud</i>	-	<i>angostura</i>
<i>liberalidad</i>	-	<i>tiranía</i>
<i>tolerancia</i>	-	<i>represión</i>
<i>independencia</i>	-	<i>sumisión</i>
<i>autonomía</i>	-	<i>heteronomía</i>

Si se toma el guión que separa los términos de cada esquema como signo de oposición (oposición de contradicción o de contrariedad), el término *censura* queda fuera del ámbito de la libertad y desplazado al campo en que florece la coacción, la opresión, la cerrazón, la angostura, la tiranía, la represión, la sumisión. Es comprensible que en tales condiciones se haya cargado dicho vocablo de un sentido muy negativo y despierte automáticamente en las gentes un sentimiento de repulsa.

No sucede esto, sin embargo, con el término *control*, pese a su aparente afinidad con el vocablo *censura*. Cualquier hombre socialmente comprometido -un periodista, un profesor, un político...- afirma sin reparo alguno que se requiere un control cada vez mayor de los alimentos, pero se guarda muy bien de propiciar la censura, que no es en definitiva sino una forma de

control sobre los alimentos que ofrece la sociedad al espíritu de las gentes. Esta aparente incoherencia se muestra del todo lógica -no justificada, pero sí lógica, coherente- si analizamos con cierto cuidado los esquemas en los cuales dichos términos juegan su papel expresivo y adquieren, por tanto, su verdadero sentido.

La censura suele ser interpretada como una medida opuesta a la libertad de expresarse sin traba alguna. Esta forma de libertad constituye la "libertad de maniobra", libertad absoluta de movimientos. El control de alimentos no se opone a *libertad* sino a *fraude*. El fraude, a su vez, se enfrenta a la libertad de los ciudadanos para cuidar su salud. Tenemos, con ello los siguientes esquemas:

<i>libertad de maniobra</i>	-	<i>censura</i>
<i>control de alimentos</i>	-	<i>fraude</i>
<i>libertad para cuidar la salud</i>	-	<i>Fraude</i>

El demagogo opera siempre de forma unilateral y no destaca que la libertad opuesta a la censura es la *libertad de maniobra*, que no es una forma de libertad plena sino *condición* para ella. El que es amigo de la verdad y no tiene reparo en distinguir matices subraya gustoso este pormenor, y advierte que la libertad de maniobra, cuando actúa de forma arbitraria, implica el riesgo de entregar al hombre -sobre todo al joven, por su corta experiencia respecto a los procesos básicos de la vida- a experiencias de vértigo que anulan de raíz la *libertad para la creatividad*. La censura no se opone a todo tipo de libertad sino a la libertad de maniobra, y ésta obstaculiza en casos la libertad para la creatividad.

Conceder libertad de maniobra a las gentes -sobre todo a las que tienen menos poder de discernimiento- puede suponer un fraude, pues se hace pasar una forma precaria de libertad por la forma auténtica, la más lograda, que es la *libertad para la creatividad*, la única que hace al hombre verdaderamente libre. Sólo la verdad hace libre al hombre, y la verdad del hombre, ser de encuentro, es la entrega a la actividad creadora. Al quedar emparejados los términos "libertad de maniobra" y "fraude", los esquemas antedichos sufren una alteración sensible y presentan la siguiente forma:

<i>libertad de maniobra</i>	-	<i>censura</i> (control de calidad de los alimentos del espíritu)
<i>libertad de maniobra</i>	-	<i>libertad creadora</i>
<i>fraude</i>	-	<i>control de alimentos</i>

Esta sucesión de esquemas pone de manifiesto, al emparejar²⁸ "libertad creadora" y "censura", que ésta, rectamente entendida, no se opone a *todas* las formas de libertad, sino a las que pueden amenguar o anular la libertad para la creatividad. De nuevo hemos de insistir en que el hombre debe renunciar a modos inferiores de realización para hacer posibles los modos superiores. Esta especie de *ley de la vida espiritual* debe ser aplicada a la realización de la libertad, porque ésta admite diversos grados, y los más elevados no pueden serle concedidos al ser humano como un don, como algo que recibe y asume sin esfuerzo por su parte; debe él adquirirlos a través de un largo proceso de depuración y maduración espiritual. Para poner en forma los modos superiores de libertad, ha de renunciar el hombre al apego que suele tener a los modos inferiores por el halago inmediato que producen. Poder entregarse arbitrariamente a lo que resulta agradable y ofrece una ganancia inmediata a los sentidos constituye una forma de libertad y, como tal, significa un bien para la persona. A este bien debe renunciar libre y gozosamente el ser humano si quiere elevarse a modos de libertad más elevados, sólo accesibles cuando se asumen activamente normas éticas e ideales religiosos. Tal *renuncia* no es de por sí una forma de *represión* que haya de ser evitada debido a sus posibles consecuencias nocivas

²⁸ Recordemos que, según la *Teoría del contraste*, los términos que se hallan en cada columna suelen ser vistos en la vida cotidiana como afines, casi a veces como sinónimos.

para la salud mental de quien la sufre. *La renuncia implica represión cuando no es sino un despojo que lleva a un mayor empobrecimiento, pero no cuando actúa de eslabón hacia formas más logradas de realización personal.*

La censura puede favorecer la excelencia

En su línea de parcialidad táctica, el demagogo destaca sólo la vertiente *aversiva* de la censura y oculta lo que ésta puede presentar de beneficioso para la cultura. Menciona únicamente la forma de censura *externa*, coactiva, procedente de las esferas del poder. Silencia la posibilidad de otra forma de censura: la *interior*, la impuesta libremente por cada uno a sus actos, a la luz de una idea lúcida de lo que debe entenderse por "libertad de expresión". La autocrítica no vulnera la libertad de acción: la hace *selecta*. El que tiene soberanía espiritual para poner límites a su poder expresivo actúa con un *criterio de selección*. Prefiere expresar sólo lo justo a desbordarse sin límite y correr riesgo de decir inconveniencias. Concede primacía a la calidad sobre la cantidad. Saber seleccionar es condición básica de todo *buen estilo*. Los romanos vincularon certeramente la *selectividad* con la *elegancia*. El que sabe escoger es el hombre "e-legans", el elegante.

La censura, tanto la exterior como la interior, impone una selección, restringe las posibilidades expresivas en cuanto a contenidos y formas expresivas, y mueve al artista y al escritor a avivar el ingenio y buscar modos de expresarse por vía de insinuación, de sugerencia alusiva. El resultado de esta selección de medios suele presentar elegancia e ingeniosidad. El que está desligado de toda contención expresiva se deja llevar a menudo de la tendencia espontánea a lo fácil: no depura los motivos y las formas, y cae en la chocarrería, la zafiedad, la tosquedad. Como explicaremos más ampliamente en otro apartado, esta caída en el mal gusto no significa sólo una contravención de las normas "burguesas" de comportamiento, como a menudo se afirma gratuitamente; implica un *alejamiento de la auténtica creatividad*.

No todo fenómeno real constituye materia artística o literaria. Hay fenómenos que no son participables por diversas personas en común. Se reducen a la esfera más restringida del ámbito individual. No constituyen en rigor actos creativos. Forman la base casi puramente biológica de la vida humana sobre la cual monta el hombre su actividad expresiva. Por eso, desde siempre y con buen sentido del alcance reducido de tales actos, se los realiza en privado. Todos los modos groseros de expresión se mueven en este plano de lo privado no "colonizable", no compartible.

Para buscar algún tipo de justificación racional a su conducta, quienes gustan de moverse en esos fondos biológicos suelen afirmar -cada día con mayor contundencia- que desean realizar una campaña de liberación de tabúes falsos e imprimir a la vida social un estilo libre y desenfadado. No es exacto. La sociedad, a medida que se fue civilizando, concedió a cada parte del cuerpo y a cada acto humano su sentido, su lugar y su tratamiento debidos, no por plegarse a tabúes injustificados, sino *para hacer justicia al sentido mismo de cada realidad y fenómeno*. Llamar *tabú* a todo lo que es objeto de ocultamiento tiene la misma lucidez que el recurso de los antiguos cartógrafos cuando sobre los grandes territorios inexplorados de África escribían sencillamente: "Hic sunt leones" (Aquí hay leones).

La primera condición del artista y del literato es saber distinguir modos diversos de realidad y darles el tratamiento adecuado. Hacer tabla rasa de toda distinción bajo pretexto de liberar a la humanidad de represiones no pasa de ser una salida un tanto petulante inspirada en una profunda ignorancia. El que sabe discernir selecciona, entre tales modos de realidad, lo que es materia de arte y literatura. Los temas que han entrado en la literatura y en el arte por la puerta grande presentan una razón interna para ello, y la Estética tiene por cometido mostrarlo en pormenor. Entre tales temas no se hallan los relativos a fenómenos no colonizables, no compartibles. El buen artista y el buen literato no se prohíben tratar ningún tema real, pero su buen instinto les lleva a tratarlos de *forma integral* porque sólo en su auténtico contexto adquieren sentido. Despojados de sentido, ningún tema tiene cabida en arte y literatura.

El amor humano, en todas sus formas, ocupa un puesto destacado en literatura y en arte, pero lo puramente genital queda desplazado a sus zonas suburbiales, por la sencilla y definitiva razón de que lo sexual a solas es un fenómeno desgajado del conjunto en que cobra su pleno sentido, y todo lo vital cuando es desconectado de su fuente de vida, pierde fecundidad y se torna absurdo. Los auténticos artistas y literatos intuyen que su cometido consiste en dar cuerpo expresivo a cuanto hay de viviente en el universo, hasta el punto de que incluso dan vida a lo inanimado, muestran el rostro expresivo de una montaña, una nube, unas ruinas. Evitan cuidadosamente moverse en el plano de todo lo que, por hallarse escindido de los conjuntos en que obtiene vida, se halla de por sí desplazado de la corriente vital. Por eso *seleccionan* sus temas, no para seguir una corriente de refinamiento impuesta por sociedades encorsetadas, sino para hallar las fuentes de la expresión llena de sentido. Este tipo de selección parece en principio un *despojo*, pero pronto se revela como una *cantera de recursos*.

Al seleccionar, se configuran diálogos chispeantes, rebosantes a veces de sana picardía, pero siempre elegantes, por cuanto engarzan mil y una acciones cargadas de sentido. El que rehúye el cuidado de seleccionar busca rápidamente la ganancia inmediata de la carcajada fácil, para lo cual no se requiere sino la palabra gruesa, la alusión a actos íntimos vistos en su aspecto banal y nada creativo.

El que selecciona practica la *elipsis*, para sugerir la realización completa de ciertos actos que, por tener sentido sólo en la intimidad, es absurdo exhibir en público. El que no admite modo alguno de censura se recrea en la mostración pormenorizada de actos que sólo cabe contemplar por el ojo de una cerradura. Difundir en masa el conocimiento de este tipo de actos no es incrementar el grado de sabiduría humana, sino fomentar el declive de la misma. Ello explica que el cultivo de lo chabacano y zafio pueda constituir -según veremos- un *procedimiento estratégico*, que, por despreciable que sea, ha de tenerse en cuenta si se quiere conocer el trasfondo de la situación actual.

El miedo al lenguaje

Queda patente que basta una somera reflexión encauzada por una metodología rigurosa para perder el miedo al lenguaje estratégico. Tal pérdida constituye una verdadera *liberación*, pues actualmente dicho lenguaje está ejerciendo un señorío implacable sobre multitud de ciudadanos, incluso dirigentes, que no se sienten libres para actuar en conciencia por temor a ser descalificados socialmente en virtud del poder que tiene el lenguaje para prestigiar o desprestigiar conductas.

Una pedagoga alemana, investigadora en la Universidad de Colonia, subrayó en una conferencia televisiva la necesidad de elevar el listón de exigencias respecto al control de los alimentos espirituales que se están ofreciendo a la juventud alemana. "Pero ¿quién se atreve a decirlo", agregó dramáticamente al final de su disertación. Es digna de meditarse esta pregunta, pues lo normal en todo científico es afanarse por concluir una investigación y dar a conocer su resultado a los colegas con el fin de divulgarlo y hacer un bien a la humanidad. Si en cuestiones pedagógicas y sociales existe una inhibición al respecto, es debido sin duda al temor que inspira el uso estratégico del lenguaje. Un estudioso que defiende la necesidad de incrementar el control sobre la calidad de los alimentos espirituales que nutren a la juventud se expone inmediatamente a oír esta frase descalificadora: "O sea, lo que usted, en definitiva, propugna es la reinstauración de la censura"... "Con esta simple anotación, y sean cuales fueren los méritos intrínsecos del trabajo investigador realizado, el autor del mismo puede fácilmente quedar fuera de juego en su medio social.

El lenguaje, distorsionado por la violencia de la manipulación demagógica, se revuelve contra la sociedad misma que lo ha tomado como medio para sus fines inconfesables, y la somete al vasallaje de la inteligencia y, consiguientemente, al del miedo. Razón tenía Ortega al advertir que ha de cuidarse el uso de los vocablos porque son "los déspotas más duros que la Humanidad padece". En motivos bien fundados se apoyaba, asimismo, un conocido

revolucionario contemporáneo para ofrecer como consigna a sus fieles este lema: "Contra los cuerpos, la violencia. Contra las almas, la mentira". Este lema siniestro parece haber tenido múltiples seguidores, pues en la actualidad "en vez del discurso tiende a reinar la violencia" (Eric Weil). Nada extraño que el gran Einstein haya aclarado que "hoy existe perfección de medios y confusión de metas".

2. Las encuestas, modo de conocer para dominar

Hoy día se recurre profusamente a las encuestas. En principio podría ello significar que las clases dirigentes prestan mayor atención al pueblo con el fin de respetar sus inclinaciones y deseos. Un examen detenido de los hechos nos lleva, más bien, a la interpretación inversa. En los grandes centros de decisión quiere conocerse de forma precisa en cada momento lo que piensa, desea y siente el pueblo, su modo de reaccionar ante los estímulos de la propaganda, sus criterios de valoración respecto a muy diferentes cuestiones. Se trata de fichar al pueblo, inventariar sus gustos y actitudes no para plegarse a su iniciativa sino, muy al contrario, para orientar la propaganda de la forma más eficaz en orden a la mejor venta del producto que se quiere ofrecer, sea una ideología, sea un artefacto industrial o un utensilio doméstico.

Al verse objeto de atención, el pueblo recibe la grata impresión de que los grupos de poder van al encuentro de sus necesidades. Por eso responde con afable largueza. No repara en que está siendo envuelto progresivamente en un círculo cada vez más complejo y enmarañado que empieza con la creación artificiosa -mediante la propaganda- de necesidades inexistentes, sigue con la compra de los productos que pueden satisfacerlas en alguna medida, y se prolonga con el esfuerzo económico y las angustias que eso comporta. Todo ello suscita la fundación de centros productivos de gran alcance, y éstos para subsistir se ven obligados a montar operaciones más intensas de propaganda, a fin de conseguir que el pueblo multiplique sus adquisiciones, incremente sus gastos y sus ansiedades. Con objeto de calmar el desasosiego, las gentes se entregan al consuelo embriagador de perderse en los medios de comunicación y vuelven a caer en la malla de la sutil y provocadora propaganda, para seguir alimentando el círculo del consumismo...

Los centros de investigación sociológica se han convertido actualmente en la gran central del control popular, el ojo gigante que todo lo observa y reduce a guarismo para conseguir la racionalización perfecta del dirigismo en todos los órdenes. Los sondeos de opinión no tienen por meta conocer a las personas en cuanto tales, sino sus comportamientos. También se cumple aquí la fórmula positivista de Comte: *saber para prever, prever para proveer* (y, en definitiva, para incrementar el poder y el dominio).

A través del conocimiento que facilitan las encuestas sobre la conducta de los grandes grupos sociales se está llevando a cabo un gigantesco incremento del servilismo: los dirigentes no toman ninguna decisión sin auscultar el pulso del pueblo; el pueblo se limita a ajustar su ritmo al compás que los dirigentes le marcan. Estos no asumen la responsabilidad de configurar la existencia del pueblo del modo que ellos, a la luz de su análisis de la realidad, juzgan más conveniente para las personas; están atentos a las apetencias de éstas para satisfacerlas de modo inmediato pero de tal forma que ello favorezca los intereses prefijados de antemano: la conquista del poder, el incremento de las ventas, la ampliación del número de clientes...

De esta suerte se llega rápidamente a la disolución de todo ideal, toda convicción profunda, y se los sustituye por las metas que dicta el propio interés. *La banalización, el envilecimiento, el desarme espiritual de la sociedad queda con ello consumado.* Una vez desarmado el pueblo, es fácil manipularlo y dominarlo.

Las encuestas no sirven únicamente para fascinar a las gentes con un determinado producto elaborado de espaldas a ellas e impuesto con las artes de la demagogia. Se utilizan, asimismo, para hacer refluir sobre el pueblo, como arma de dominio, aquello que el pueblo piensa, siente y quiere. Los manipuladores de las encuestas proclaman a través de los poderosos medios de comunicación los resultados de las mismas e indican al pueblo de forma expresa:

"Así se piensa hoy". Téngase en cuenta que el mero plantear un tema dota ya a éste de cierta *importancia*; al menos, lo torna *interesante* para el gran público.

Por desgracia para todos, *la vida espiritual está regida actualmente por las actitudes miméticas de la moda*. En cuestiones de moda no se dan razones; se viste de una forma determinada sencillamente porque *se lleva*, porque la mayoría lo acepta y lo hace así. Lo que piensa, sienten y quieren todos es considerado como lo bien visto, lo comúnmente aceptado, lo normal. Lo normal acaba convirtiéndose en norma generalmente admitida. Hombre éticamente honrado es desde siempre el que ajusta su conducta a estas *normas generales*. Hoy tiende a considerarse como normativo lo aceptado por la mayoría. La fuerza del número es cada día más determinante. Las ideas, al ser compartidas por una multitud de personas y consideradas como un bien público, ganan una particular contundencia. En la realización de este proceso juegan los medios de comunicación un papel relevante que los colma de responsabilidad²⁹.

El recurso de tomar como normativo lo aceptado por la mayoría reviste especial gravedad por el hecho de que la opinión pública que investiga las encuestas está troquelada en buena medida por la propaganda que los mismos encuestadores se han apresurado a hacer antes de los sondeos. El encuestador recoge con frecuencia la imagen que él ha proyectado arteramente sobre el pueblo mediante el poder de la *repetición desinformadora*, procedimiento del que hablaremos en el apartado siguiente.

Avancemos aquí un dato que se desprende de lo antedicho y nos permite entrever la hondura del abismo a cuya orilla nos estamos moviendo. Cuando los tiranos dominan los medios de comunicación -sobre todo, actualmente, la televisión-, cuentan con poder suficiente para modelar la opinión pública a su antojo y hacerla pasar seguidamente como módulo de su forma de gobernar y conducir al pueblo.

Puede alguien pensar que este cinismo extremo quedará fácilmente al descubierto y provocará un movimiento de aversión entre las personas que aman la verdad. Justo, entre estas personas tal procedimiento despierta repugnancia. Pero actualmente no es el amor y la fidelidad a lo real y a la verdad lo que es considerado como canon de la estima popular. Amplias partes de la población sienten una extraña y recóndita simpatía por los que muestran arrojo y desenfado en el tratamiento de las cuestiones básicas de la existencia. No importa que tal actitud encierre peligros abisales para la sociedad, cuyo destino nos afecta a todos. Advertir este riesgo y valorarlo debidamente exige *reflexión*, y tal simpatía surge y se sostiene en un plano *prerreflexivo*.

No olvidemos que desde la primera guerra mundial hay toda una corriente de aversión manifiesta a cuanto signifique vida espiritual, pensamiento reflexivo, ordenación racional de la conducta, ajuste de ésta a la exigencia de ideales precisos y elevados³⁰. *No en vano se fomenta este género de orientaciones filosóficas*. Hoy día, modos de ver el universo que parecían competencia exclusiva de especialistas del pensamiento filosófico se han convertido en el clima espiritual en el que se mueven millones de personas.

El círculo manipulador queda con ello cerrado. El círculo está considerado desde antiguo como la figura más perfecta. En nuestro caso indica la perfección de las técnicas de dominio. Esta perfección en el manejo del pueblo marca el límite más bajo del proceso de degradación del hombre. *Se aboca con ello a la peor forma de dictadura; la que se monta sobre la degradación espiritual de las gentes*

3. La anulación de la creatividad mediante la reducción de los contrastes a dilemas³¹

²⁹ El 15 de mayo de 1932 escribió Unamuno en el diario *El Sol*: «La Prensa es la que más ha contribuido a hacer conciencia popular nacional. La Prensa ha hecho lo que no ha logrado la enseñanza pública oficial (...). La Prensa ha hecho que el pueblo se haga público». La Prensa sigue ejerciendo este influjo actualmente. La televisión lo amplía a un número mayor de personas y lo acrecienta mediante el poder de la imagen.

³⁰ Sobre esta corriente antiespiritualista puede verse mi obra *Vértigo y éxtasis*, o.c., 152ss.

³¹ Este párrafo complementa lo ya dicho acerca de los esquemas y su uso manipulador.

La voluntad de dominar fácilmente al pueblo lleva -según queda dicho- a simplificar el pensamiento, reducir el valor de los términos, tergiversar el sentido de los esquemas mentales, interpretando por ejemplo el guión que ensambla sus términos como signo de *oposición*. Estas medidas tácticas tienen efectividad porque empobrecen el espíritu del hombre, le quitan su mejor defensa natural -que es el poder de discernimiento- y lo dejan a merced de los profesionales de la manipulación y la opresión espiritual.

Este empobrecimiento puebla la vida intelectual de dilemas: "o libertad o cauce", "o interioridad o exterioridad", "o acción o pasión", "o recogimiento o diálogo", "o palabra o silencio", "o razón o vida", "o espíritu o instinto", "o yo o tú", "o el hombre o Dios"... *Los dilemas falsos desgarran la vida espiritual del hombre porque abren un abismo entre su capacidad creadora y las realidades del entorno que la hacen posible.*

Tal desgarramiento descoloca al hombre para siempre en el difícil juego de la vida. Si un joven, debido al fallo metodológico que estamos comentando, estima que no hay posibilidad de vincular fecundamente el recogimiento y la apertura a los demás, la interioridad y la exterioridad, mina las bases de su vida personal y bloquea el dinamismo de su desarrollo como persona. *Nada hay más temible, más desolador, oprimente y angustioso en la vida del hombre que verse forzado a optar entre realidades que son complementarias pero aparecen como opuestas a una visión deformada de las cosas.*

La gran tarea de los formadores consiste en mostrar a los jóvenes el abanico de posibilidades creadoras que tienen ante sí con sólo cumplir la condición de resolver en su vida concreta, por propia experiencia, el problema que torturó a tantos filósofos: cómo convertir lo *distinto-distante* en *distinto-intimo*, cómo acceder al mundo exterior y asumir, sin alienarse, las posibilidades que éste ofrece al hombre. Se afirma hoy que es un falso problema porque el ser humano, al ser inteligente, está desde siempre instalado en la realidad llamada *exterior*. Sea así, pero esa realidad externa en que estamos inmersos se manifiesta como distinta de nosotros, ajena a nuestra intimidad y, por tanto, extraña. Nuestro futuro pende de que comprendamos de modo nítido cómo es posible asumir como *propia* una realidad que presenta tales condiciones.

Sobre cada esquema convertido falazmente en *dilema* podría hacerse una larga meditación sumamente fructífera. Sólo para mostrar la infinidad de recursos estratégicos que abre la interpretación de los esquemas como dilemas, voy a destacar algunas de las consecuencias que se derivan de la falsa comprensión del esquema "interior-exterior". Si se lo interpreta como un dilema, lo exterior aparece desconectado de lo interior, *fuera* de él. Su actuación sobre el hombre será por tanto *coactiva*, intentará imponerse *desde fuera*. El hombre se verá en una encrucijada: deberá rechazarlo de plano o aceptarlo pasivamente. No puede unirse activamente a él, por ser algo externo y extraño. Ahora bien. Rechazar la realidad "exterior" significa cortar el cordón umbilical que une al hombre con la realidad que lo nutre; y adoptar una actitud *pasiva* equivale a cerrar todo acceso a la creatividad. Ambas opciones dejan al hombre sin posibilidad de futuro porque ciegan las fuentes de la vida humana auténtica, que consiste en fundar modos de unidad relevantes con la realidad del entorno.

Esta fundación, notémoslo bien, se basa en la asunción *receptivo-activa* de las posibilidades de acción con sentido que la realidad circundante ofrece al ser humano. Si se entiende el esquema *interior-exterior* como un *contraste*, la relación entre el hombre y el entorno puede ser *receptiva* y *activa* al mismo tiempo. *La conjunción de ambos aspectos hace posible la creatividad.*

Puede, tal vez, alguien pensar que todo lo que estamos considerando resulta extraño, por demasiado abstracto y elevado, a la mayoría de las personas que se afanan diariamente por realizar una vida creativa. Ciertamente, pocas personas se plantean de modo reflexivo estos temas. Pero ello no indica que, de forma difusa y soterrada, las conclusiones a que llegan los expertos no tengan una vigencia y una influencia decisivas en la vida de las gentes. Al contrario, la actitud de éstas ante la existencia no es sino la parte visible de un iceberg de base

gigantesca que los pensadores de todos los tiempos han ido modelando pacientemente en sus horas de reflexión.

4. La táctica de empobrecer al hombre para dominarlo

El que piensa y habla a impulsos de la voluntad de poder no se pliega a las exigencias de la realidad: intenta someter ésta al "lecho de Procrustes". Procrustes era un griego hospitalario que recibía a todo el que llamaba a su puerta, pero lo hacía bajo una condición: la de adaptar cada huésped al único lecho que tenía disponible. Ello suponía acortar al que excedía sus medidas y alargar al que se quedaba corto. Su nombre se constituyó en arquetipo de los hombres que toman su pensamiento como módulo de la realidad y no viceversa. Este tipo de ser humano suele ser elemental, drástico, poco paciente para analizar los mil matices que presenta la realidad y excesivamente inclinado a reducirla a los rasgos que le conviene destacar. Recordemos dos modos especialmente peligrosos de *reduccionismo*.

1. *La reducción de la vida interpersonal a mera actividad política.* Los medios de comunicación suelen conceder atención preferente a cuanto constituye una "noticia", en el sentido periodístico del término. Los sucesos políticos son más *espectaculares* y, por tanto, *noticiables* que los acontecimientos que tejen la trama de la vida cotidiana. Día a día, los periódicos, las emisoras de radio y televisión nos anegan con noticias del ámbito político. La política parece así invadirlo todo, dominarlo, llenarlo. Pero *llenar* no significa de por sí *colmar de sentido*. Sin embargo, cuando algo se hace *omnipresente* es considerado por la mayoría como *muy importante*. Esta consideración trueca lo *cuantitativo* en *cualitativo*. El hecho de que la política sea objeto constante de atención es interpretado expeditivamente como signo de que constituye el aspecto más valioso de la vida humana. Con frecuencia, los profesionales de la política sacan partido a este malentendido y se arrogan el derecho a modelar todos los aspectos de la existencia de los pueblos, como si el haber conseguido la mayoría de votos llevara aparejado un estado de soberanía absoluto sobre las gentes.

2. *La reducción del sentimiento a los modos más superficiales de emotividad.* La realidad del hombre muestra formas diversas de sentimiento y emotividad, todas muy dignas en su nivel y en su función específica. En nuestros días se advierte una clara tendencia a primar unas de estas formas y depreciar otras. Se exalta el tipo de emotividad espontáneo, fruto de experiencias de vértigo, y se intenta poner fuera de juego las formas de emotividad suscitadas por cuanto signifique orden, armonía, integridad de partes..., condiciones que desde la antigua Grecia constituyen una fuente de belleza. La emotividad producida por las formas *bellas* es anatematizada, a menudo, como una forma de sentimiento neoromántico, blando, arcaico, obsoleto, indigno de espíritus ajustados al espíritu de nuestra época y a su adustez peculiar.

Este desplazamiento hosco de ciertos tipos de sentimiento implica una amputación grave de las posibilidades humanas más altas, pues, como ha subrayado buena parte de la filosofía contemporánea, el conocimiento de las realidades valiosas va vinculado estrechamente con una forma peculiar de *amor*, de *reverencia*, de *apertura de espíritu*, y suscita elevados sentimientos. *Al restar valor al papel desempeñado por el sentimiento, se hacen indirectamente inviables esas formas relevantes de conocimiento y se empobrece sobremedida la vida humana.*

Desde hace varios decenios se observa en ciertos círculos un constante afán por fomentar todo cuanto de alguna forma contribuye a la depauperación del ser humano. Esta siniestra tarea se realiza con astucia suficiente para que el pueblo no logre percatarse de las intenciones ocultas. Con tal perfección se realiza el fraude que hoy pueden verse glorificadas por las gentes figuras de intelectuales que no han ahorrado esfuerzos por envilecer la idea del hombre y amenguar sus posibilidades creadoras de todo género. Sería superficial afirmar que se trata de una forma extraña de masoquismo colectivo. Es sencillamente *el resultado de una operación estratégica culminada con buen éxito.*

5. La explotación de la emotividad

En pueblos más inclinados a dejarse llevar por reacciones sentimentales de poco calado que por el análisis detenido y sereno de los fenómenos suele caerse en la tentación de plantear los problemas mediante el simple recurso de tocar arteralmente la *fibra sentimental* de las gentes. Los demagogos procuran de múltiples formas incentivar el sentimiento humano, pero sólo en sus capas más elementales, más espontáneas y corticales. Esta superficialidad y espontaneidad hace posible el juego malabarista de la manipulación, pues los sentimientos superficiales son, con frecuencia, intensos, llamativos, y la espectacularidad se confunde fácilmente con la buena calidad y la hondura. Una vez excitada la sensibilidad del pueblo, es fácil llevarlo a tomar grandes decisiones sin entrar en el examen detenido de las cuestiones tratadas.

Cuando se preparó el clima social en orden a la aceptación sin traumas -según la expresión usual- de la ley despenalizadora del aborto, la televisión estatal presentó, como si fuera un "documental", un montaje melodramático sobre las jóvenes que acuden a clínicas extranjeras en busca de la ayuda que "se les niega en su país". El drama de estas personas desplazadas fue puesto con acento lúgubre ante los ojos de millones de personas presas en las imágenes de la pantalla. Este planteamiento sentimentaloides dispuso el terreno para dar el próximo paso estratégico: lamentar que tal recurso extremo sólo sea accesible a las personas *pudientes*. He aquí en juego la socorrida dialéctica "pobre-rico", que enfrenta a dos clases y enciende y crispa el ánimo de los grupos sociales menos adinerados.

Este simple planteamiento, aunque sea injusto en el fondo y elemental en la forma, posee una energía capaz de demoler convicciones multiseculares aparentemente bien arraigadas. Hay que abatir -se afirma- las fortalezas que sean necesarias con tal de superar esta flagrante injusticia. Cuantos se opongan a las medidas propuestas por los dirigentes serán tachados automáticamente de reaccionarios, enemigos de los menesterosos, gentes sin corazón que pasan indiferentes ante la desgracia ajena. Si tal desgracia se magnifica mediante el truco de exagerar sin medida el número de jóvenes afectadas, el efecto resulta contundente. Millones de personas sacarán la conclusión de que se trata de un magno problema social que urge resolver. El gobierno que tenga el arrojo de abordarlo recibirá el apetecido entorchado de *progresista, avanzado, social, moderno*.

En este tipo de procedimientos juega la imagen un papel decisivo. Aquí puede afirmarse con plena razón que "una imagen vale más que mil palabras". Pero se trata lamentablemente de una imagen *manipulada*, puesta al servicio de un tipo de elocuencia trucada, demagógica.

6. El fraude de las preguntas mal planteadas

Una pregunta propuesta en un plano inadecuado lleva a contestar de forma desajustada. Si una persona bien preparada se niega a responder -porque rehúye caer en la trampa- e intenta reformular la pregunta, suele irritar a quien se la ha planteado. "Aquí quien pregunta soy yo", exclaman indignados algunos entrevistadores, sin caer en la cuenta de que tienen derecho a guiar la conversación pero no a despeñar al entrevistado por un barranco de incongruencias.

En una conversación radiofónica, alguien preguntó a un renombrado cantante si le había sido rentable haber dedicado la vida a la ópera. "Por supuesto -contestó decidido el artista-. En mi carrera he tenido más satisfacciones que decepciones. Me gano la vida haciendo lo que me gusta, ¿qué más puedo pedir?" A ojos vistas, esta respuesta insuficiente es acorde a la precariedad de la pregunta. Se hablaba en la entrevista del *sentido* que tiene para cada persona la profesión elegida. En tal contexto, el término "rentable" resulta equívoco, debido a su connotación económica y a su matiz interesado. Entendido en sentido lato, este vocablo puede emplearse como sinónimo de gratificante, capaz de llenar una existencia y compensar los esfuerzos y sacrificios realizados. El cantante pudo muy bien interpretar que se le preguntaba si

la vida consagrada al arte musical operístico había respondido a sus expectativas y le había ofrecido posibilidades para desarrollar su existencia del modo que él había previsto y anhelado. La respuesta, sin embargo, se movió en el plano del *puro interés individualista*.

Se hubiera podido esperar de una persona tan cualificada que aludiera al carácter creativo del arte musical, a las oportunidades que ofrece de contribuir a elevar el nivel cultural de los pueblos, enseñándoles a no quedar presos de las sensaciones auditivas, superar el plano de lo meramente agradable y ascender al reino donde surgen los modos más logrados de belleza. No hubo alusión alguna a este campo extraordinariamente sugestivo, sin duda porque se tomó el término "rentable" en su acepción más restringida y mostrenca, la que prevalece en la mente de quien considera la profesión como un medio al servicio de los propios intereses, no como una forma de diálogo fecundo y enriquecedor con toda la realidad en torno. Yo no dudo que esta concepción del arte es compartida por el artista en cuestión. Si no la dejó patente en su respuesta, fue debido, con toda probabilidad, al efecto succionante que producen los planteamientos inadecuados.

Atendamos a esta clave: Uno de los secretos del éxito en la vida de relación con los demás es estar alerta respecto al modo como se plantean las cuestiones, bien sea en un libro, bien en una conversación, conferencia o discurso. Si aceptamos la perspectiva escogida por otro sin revisar -siquiera someramente- su adecuación al tema propuesto, seremos presa fácil de los manipuladores, aunque les superemos en formación de corte académico. El planteamiento desajustado nos arrolla con la fuerza de la lógica y nos envuelve en un cúmulo de errores en cadena.

En una especie de encuesta radiofónica de gran audiencia, se intentó clarificar hacia qué estado, soltero o casado, se inclinaban los oyentes. La pregunta fue planteada de modo escueto y drástico: "¿Es rentable casarse?" De nuevo volvió el término "rentable" a orientar las contestaciones por la vía del sentimiento y el interés. Resultó en extremo penoso oír algunas respuestas, totalmente inadecuadas a la categoría personal de quienes las daban. Una conocida periodista y escritora manifestó con tono exultante que ella había optado por la vida de soltera porque siempre había sido partidaria de una libertad total, y se sentía contenta de no haber tenido que soportar a nadie a su lado. En el plano del puro interés individualista, el concepto de *libertad* se depaupera hasta límites de miseria espiritual. *Ser libre* se reduce -en esta perspectiva- a no vernos en situación de ajustar nuestro ritmo vital al de un ser complementario llamado a enriquecernos. En dicha emisión quedó patente que, si se responde a una pregunta mal formulada, se equivoca uno siempre, independientemente de lo que diga. Poco importaba en el caso concreto de esta emisión, que yo oriente mis preferencias hacia un estado o el otro. Si lo hago sólo en atención a los intereses de mi yo encapsulado en una actitud centrípeta, incurro en error de forma ineludible.

Los planteamientos desafortunados dañan a la opinión pública, aunque de por sí no comprometan ninguna opción u opinión. Provocan el descenso de las gentes a un plano de superficialidad, de poca exigencia en el tratamiento de las cuestiones, y cierran la vía al esclarecimiento verdadero de las mismas. Por otra parte, dado que sólo la verdad nos hace libres, esta forma imprecisa de formular los temas aleja a los hombres del ámbito en que florece la auténtica libertad personal. Si ante una opción tan rica de posibilidades de diverso orden como es contraer matrimonio, me limito a investigar qué provecho sacaré de ello y qué relación habrá entre las ventajas y los perjuicios que me acarrearán, puedo estar seguro de que mi libertad de elección está lejos de haber alcanzado la madurez correspondiente a un ser personal.

VIII

PROCEDIMIENTOS ESTRATÉGICOS

Hemos distinguido cuatro grandes tipos de recursos estratégicos, centrados en torno a los *términos*, los *esquemas mentales*, los *planteamientos* y los *procedimientos*. Cada uno de estos tipos pende de los anteriores, pues en ellos se apoya. Los esquemas mentales extraen su capacidad de tergiversación de la fuerza seductora de ciertos términos. Los planteamientos estratégicos se montan a la vista de las posibilidades de realizar trastrueques que ofrecen los esquemas y términos. A su vez, los procedimientos estratégicos se movilizan con el fin de sacar el máximo partido a las posibilidades tácticas de los planteamientos interesados, de los esquemas y de los términos.

El demagogo manipulador es un experto en ilusionismo mental. Se vale de la torpeza del espectador desprevenido para combinar ideas con rapidez y hacer intercambios de conceptos que parecen transformaciones reales. El manipulador lleva a cabo toda suerte de escamoteos con términos y esquemas para que las gentes asuman convicciones a las que jamás llegarían a través de un razonamiento detenido y correcto. Todo parece limpio en el proceder del manipulador. En realidad no *engaña*; simplemente *manipula*, altera el orden de los conceptos y esquemas mentales y consigue que las gentes saquen por su cuenta conclusiones falsas, bien ajustadas a los intereses del falsificador.

Un demagogo que conozca la técnica de la manipulación no acepta nunca el riesgo de la confrontación abierta, sobre todo cuando se trata de adversarios bien preparados que descubren rápidamente dónde se ha producido el primer escamoteo y no dudan en cortar el discurso para pedir matizaciones. A un manipulador se le deja perplejo cuando se le ruega que matice un concepto, aclare una conexión de ideas, fundamente lo que da expeditivamente por supuesto. Para evitar el choque frontal, el demagogo recurre a diversos procedimientos estratégicos tan eficaces como injustos.

La *raíz de todo procedimiento demagógico* consiste en facilitar al máximo e incluso fomentar la práctica de los modos precipitados y unilaterales de discurso y de valoración. Para llevar a cabo este propósito sin despertar sospechas de que se trata de un banal malabarismo demagógico, se difunde en la opinión pública la convicción de que todo ciudadano está autorizado a emitir opiniones acerca de cualquier tema. Esta *universal licencia*, que iguala a todos los hombres en cuanto a las posibilidades de crear estados de opinión, está basada a su vez en la fuerza de uno de los grandes mitos contemporáneos: la "libertad de expresión".

Al plantear de modo precipitado y parcial un tema complejo, que requiere sutiles y pacientes matizaciones, se lo simplifica de forma tal que sus diversos aspectos resultan borrosos, equívocos, y pueden ser interpretados en cada momento de la forma que uno juzga más conveniente para los propios fines. Esta simplificación es útil para el que quiere dominar a los demás, pero resulta peligrosa para todos porque empobrece la realidad e impide el recto desarrollo de la persona humana, ya que ésta se despliega en relación con las realidades del entorno. Cuanto más valiosas sean éstas, más amplias y fecundas posibilidades recibe el hombre para actuar de forma creadora, y mayor madurez personal adquiere. Si las realidades que el hombre trata están mermadas de valor, sus posibilidades creadoras se amenguan o anulan del todo, con lo cual pierde la posibilidad de lograr una auténtica *identidad* personal y una real *independencia* frente a todo intento coactivo de sumisión por parte de instancias exteriores.

He aquí la profunda razón por la cual el primer procedimiento estratégico que moviliza el demagogo, el recurso primario que está en la base de tantos otros, es el que tiende a simplificar la realidad y plantear superficialmente los problemas mediante el fomento del *intrusismo profesional*.

1. El intrusismo profesional como procedimiento estratégico

1. *Incapacidad*. El modo inadecuado de plantear las cuestiones responde con frecuencia a una formación deficiente. Se da el caso de personas que poseen una preparación sólida en un aspecto de la vida intelectual y muestran un particular empeño en pronunciarse públicamente acerca de temas muy significativos que les son del todo ajenos. Embriagados, a veces, por el triunfo legítimamente ganado en su esfera profesional, ansían convertirse en guías de la humanidad, en configuradores de la opinión pública, y para ello se lanzan a remodelar, desde su perspectiva de aficionados, los temas decisivos de la Historia, la Estética, la Ética, la Sociología, la Antropología, la Teología...

Esta actitud constituye una forma de *intrusismo profesional* que suele pagarse con el desprestigio en los ámbitos de la cultura especializada. Tan merecido correctivo no libera, sin embargo, a las gentes del grave riesgo de desorientación que implica esa intromisión indebida. No sirve de consuelo a las personas bien preparadas y prudentes pensar que, a la larga, la verdad acaba imponiéndose y haciendo justicia, ya que el perjuicio que se causa a gran número de personas no queda neutralizado por el hecho de que una minoría restablezca en el círculo privado de su profesión el recto orden de las cosas y aclare quién es un auténtico profesional en cada materia y quién ejerce de aficionado y embaucador.

En las materias que afectan a la salud y a la vida de los ciudadanos la sociedad suele ser precavida y procura fijar mediante leyes el campo de acción de cada profesional, al tiempo que establece castigos bien definidos para el que traspasa esas fronteras. Una persona no cualificada debidamente en cuestiones de medicina, arquitectura, jurisprudencia, farmacia, química... debe abstenerse de realizar cualquier tipo de actividad referente a tales profesiones, para evitar de raíz el cometer errores que dañen al bien común. En profesiones que exigen una alta capacitación técnica y no tienen una aplicación práctica que pueda ser objeto de manipulación fácil y chapucera, el intrusismo apenas se produce. Pensemos en las ciencias matemáticas o en la astronomía. En este campo es fácil hacer ver a los osados que están fuera de juego. Por miedo al temido ridículo, las personas que tienen alguna responsabilidad social suelen cuidarse de no hacer incursiones indebidas en tales campos.

En cuestiones de interés común respecto a las cuales no se requieren conocimientos técnicos para expresarse en forma pasablemente correcta, el intrusismo se practica a diario sin la menor conciencia de la gravedad que reviste. De *intrusismo* cabe hablar, en rigor, cuando se trata de manifestaciones *públicas* realizadas con intención de *adoctrinar*, de modelar la mente del pueblo, de influir sobre el pensar, querer y sentir de las gentes en cuanto a aspectos de la vida que se desconocen a fondo. Manifestar la propia opinión *privadamente*, en una reunión de amigos o en un grupo de trabajo, no supone una intromisión ilegítima, antes puede incluso resultar beneficioso porque el intercambio de ideas es a menudo fuente de esclarecimiento.

Las causas del peligroso fenómeno del intrusismo son diversas. Una de las más patentes es la impunidad con que puede cometerse hoy tal desmesura. Constituye un verdadero atropello cultural, pero no resulta difícil ocultar esta circunstancia ante el gran público, pues nadie puede demostrar la falsedad de una afirmación ética, política o religiosa con la precisión que es propia de las ciencias de la naturaleza, al menos cuando nos movemos en el plano de la macrofísica. Al no conocer de cerca los diferentes modos de rigor que son posibles y necesarios en las diversas disciplinas, muchas personas concluyen precipitadamente que en el campo histórico, ético, político, antropológico y religioso, así como en el deportivo y económico, cada uno es libre de pensar y opinar a su arbitrio aunque no se haya tomado la molestia de adquirir la debida formación.

Aquí se cumple a perfección el dicho popular de que "la ignorancia es atrevida", ya que, para moverse con cierta libertad y un mínimo de seguridad en las materias antedichas, se requiere talento y dedicación. Hoy día, para estar un poco al tanto de la producción mundial es necesario un conocimiento de lenguas muy amplio -lo que supone años de esfuerzo- y muchas horas de lectura, aparte de los estudios básicos de la carrera. Cuando uno se ha molestado en estudiar estas materias con el ritmo lento y la concentración que ellas exigen, no puede menos de sentir una penosa sorpresa al observar el desparpajo con que se aventuran a dictaminar sobre

sus temas básicos personas que, a juzgar por su modo de expresarse, no los han sometido a un mínimo estudio sistemático. Si dichas personas cuentan con amplias posibilidades de influir en la opinión pública, nuestra sorpresa se trueca en alarma y sobresalto.

2. *Fines estratégicos*. En principio, cuando una persona manifiesta su modo de pensar en un medio de comunicación, hay que suponer en ella buena fe. Pero, con el correr del tiempo, la experiencia nos advierte que resulta difícilmente explicable que una y otra vez ciertas personas e incluso grupos enteros tomen opción respecto a determinados temas decisivos en la vida humana al tiempo que muestran un desconocimiento absoluto de los mismos. Ello otorga derecho a sospechar que debe de haber alguna motivación en el trasfondo. Puede tratarse, por ejemplo, del afán de alterar las convicciones profundas del pueblo, por razones simplemente ideológicas. Ya sabemos que una *ideología*, en el sentido peyorativo del término, es un sistema de ideas que se ha quedado esclerosado -al no ajustarse a la realidad-, carece por ello de poder de persuasión y debe ser impuesto de forma coactiva o bien inoculado dolosamente a través de algún tipo de manipulación.

Entregarse a una labor sistemática de ruptura con la tradición del pueblo en virtud, no de un conocimiento acendrado de las cuestiones que están en juego, sino de las exigencias de un guión político cuya meta es más bien el logro del poder que el ascenso a cotas de auténtico desarrollo personal y social, constituye un *aventurerismo alocado* que puede costar a los pueblos un alto precio. Los errores en cuestiones fundamentales se pagan muy caros porque afectan a los cimientos de la vida social.

Hoy sufrimos grandes males, y, si analizáramos las causas, descubriríamos que ingentes conmociones arrancan de frivolidades que en ciertos momentos gozan incluso del favor popular. A todos los ciudadanos, sin embargo, dejarían de hacerles gracia si pudieran adivinar qué tipo de tormentas levantan en plazo breve tales ventoleras ideológicas.

Antídoto contra el intrusismo

El mejor antídoto contra el intrusismo en las materias indicadas es tener en cuenta los riesgos que esta forma de extralimitación puede acarrear a toda la sociedad. Sería un milagro que no cometiera cuantiosos y graves errores el que emite juicios simplistas sobre cuestiones muy complejas y ricas de matices, dejándose llevar del mero parecer repentizado, espontáneo, falto de toda preparación técnica y todo análisis severo. El intrusismo en cuestiones que afectan al sentido de la vida humana supone una temeridad injustificable porque el planteamiento banal y tosco de temas muy hondos mina las bases de toda comprensión cabal de lo que es el hombre y de lo que debe llegar a ser, es decir: de su *vocación* y su *misión*.

Querer cambiar la imagen del hombre y de la vida social sin estar capacitado para dar razón de lo que se intenta realizar es un salto en el vacío del que se derivan males sin cuento. Para desempeñar el papel de *revolucionario*, hay que haber estudiado a fondo la situación actual, sus orígenes, su evolución y su posibilidad de mejora, de modo semejante a como la elaboración de una tesis doctoral requiere una labor previa de oteo del terreno, a fin de descubrir temas inéditos cuyo estudio no exceda el campo de las propias posibilidades.

Es alarmante que todavía hoy siga vigente en algunos círculos un concepto de *revolución* -y, correlativamente, de *ruptura*, o más mitigadamente, de *cambio*- excesivamente borroso, pseudorromántico, más cercano a las fuentes de la pasión incontrolada que de la razón serena y clarificadora.

El bien de todos nos insta a difundir la convicción de que los grandes temas históricos, éticos, antropológicos, sociológicos y religiosos no son cosa de aficionados, aunque éstos ostenten un gran poder político o económico. Exigen, como todo lo complejo, profesionalidad y rigor. No se olvide que la ética, por ejemplo, es una reflexión sistemática sobre el modo de realizarse cabalmente el hombre. Para llevar a cabo esta reflexión de modo ajustado, se requiere un conocimiento aquilatado de los diferentes tipos de relación que puede instaurar el ser humano con tales modos de realidad, las exigencias que estas formas de relación plantean, y

otras cuestiones no menos sutiles que sólo a quien consagre tiempo y talento se revelan de forma clara y precisa.

Estas consideraciones, por necesarias que sean, no serán objeto de ataque y refutación por parte de los defensores a ultranza del intrusismo. Estos se moverán en su acostumbrada línea de superficialidad e intentarán resolver el problema de modo tajante y expeditivo. Para ello argüirán posiblemente que lo decisivo en el momento actual no es dedicar tiempo a realizar distingos académicos sino lanzarse a tomar medidas "progresistas" y "avanzadas", a fin de "modernizar" la sociedad. Una de tales medidas es la defensa a todo precio de la "libertad de expresión". Los riesgos que puede causar el hecho de que todo ciudadano se sienta libre en cada momento para expresarse a su arbitrio quedarán ampliamente compensados por la conciencia feliz de sentirse dueño de una medida ilimitada de libertad.

Esta forma de argüir impresiona a buen número de personas debido al poder fascinador del término talismán "libertad". Cuando uno se libera de tal fascinación, descubre que resulta sarcástico el intento de imponernos una revolución cultural, ética y religiosa -que es un movimiento *liberador*- en virtud de la capacidad que tiene el lenguaje de someter las gentes a vasallaje. Calificar de *progresista*, *avanzado* y *moderno* un giro hacia posiciones que no sólo se enfrentan con una determinada tradición sino con los resultados de la investigación científica y filosófica más reciente únicamente puede responder a ignorancia o a mala fe.

Para dar un vuelco a las convicciones profundas de un pueblo en cuestiones morales y religiosas, hay que haberse cargado antes de razón, y ello implica un largo estudio, amplios diálogos, honda comprensión de las diversas corrientes, afán insobornable de buscar la verdad al margen de toda intención partidista, cerradamente ideológica. *La más leve duda acerca de la solidez de la propia posición debiera frenar todo expeditivo afán revolucionario en materias relativas a los fundamentos de la vida humana*. No hacerlo es iniciar de modo violento un proceso de consecuencias imprevisibles.

Hay personas que están dispuestas a reconocer graves errores en su gestión pública pero al mismo tiempo se obstinan en realizar cambios drásticos en materias pedagógicas, éticas y religiosas en *contra del parecer y la voluntad de una parte del pueblo sumamente cualificada en el aspecto intelectual*. Un sucinto conocimiento de la Historia nos descubre que ciertos movimientos de alcance mundial, que quisieron y siguen queriendo modelar la vida entera de los pueblos al margen de toda religión, partieron en principio de una idea primitiva, increíblemente tosca y parcial, de lo que es e implica la experiencia religiosa. Este malentendido dio lugar a mil choques -causa de numerosas desdichas- y cegó la fuente de diversas posibilidades de auténtico desarrollo.

La tendencia alocada a montar revoluciones -de uno u otro tipo- sobre un conocimiento extremadamente precario de temas básicos sigue lanzando en nuestros días a los pueblos por vías infecundas.

Sentido y alcance de la libertad de expresión

Ante los riesgos que provoca el intrusismo no puede una persona responsable limitarse a proclamar las excelencias de la libertad indefinida de expresión, ya que esta libertad, bien entendida, está sometida a ciertas condiciones que deben ser precisadas con el mayor cuidado.

En todo sistema democrático, el derecho a la libertad de expresión constituye una piedra angular. La *Constitución Española* garantiza el derecho de los ciudadanos a "comunicar o recibir libremente información veraz por cualquier medio de difusión" (Art. 20, ap. 1, d). Para que sea beneficiosa y no perturbadora, la información debe ser, además de veraz, prudente. En los últimos años se dieron casos en los cuales pareció entrar en conflicto el derecho a expresarse libremente y el bien de algunos ciudadanos. No obstante, el derecho a la libertad de expresión siguió considerándose como algo absoluto e intangible.

Sin la menor duda, en toda sociedad afanosa de ser verdaderamente libre no debe haber temas "tabú", intocables, porque, a merced de la oscuridad provocada por la ignorancia, pueden

deslizarse errores peligrosos. Todas las cuestiones pueden y deben ser analizadas y puestas a la luz del día, bajo una condición: *que se lo haga con profundidad y sinceridad, sin intentar llevar el agua a ningún molino ideológico.*

Hoy suele considerarse la "libertad de expresión" como un derecho ilimitado, sin fronteras, absoluto, que nadie puede poner en tela de juicio. Es uno de esos puntos de consenso que parecen aunar a todas las fuerzas sociales y sirven de base firme para asentar la convivencia. Pero ¿es verdad que este derecho *absoluto* es tan incuestionable como se da por supuesto? El término talismán *libertad* impresiona a las gentes y les quita capacidad crítica, las inhibe. Pero saber ya es en alguna medida dominar. Al advertir que se trata de un término *talismán*, ganamos perspectiva, podemos distanciarnos y vencer la tendencia a dejarnos fascinar por su hechizo. Dominemos, pues, nuestro temor reverencial a la locución "libertad de expresión" y aprestémonos a reflexionar sobre ella, porque meditar sobre los fundamentos de la vida es privilegio de personas cabales.

Tener libertad de expresión significa no estar limitado por poder alguno exterior en lo tocante a la manifestación de cuanto se juzga necesario decir en público. Poder investigar la verdad y comunicar el resultado de la investigación sin cortapisas de ningún género implica un control de los estamentos poderosos y es una garantía de honradez frente al riesgo siempre acechante de la corrupción.

No es extraño que desde la revolución inglesa del siglo XVII y el comienzo del sistema democrático de convivencia haya existido una tensión constante entre el Poder y los medios de comunicación. La libertad de expresión frena toda posible tentación de convertir el poder en una forma de dominio absoluto y contribuye de modo muy notable a la constitución y conservación de un Estado de Derecho. Unos medios de comunicación libres son garantía de independencia de la sociedad frente a quienes ostentan el poder: poder político, económico, cultural... Tal independencia implica *autonomía espiritual*, capacidad de desarrollar la propia creatividad en todos los frentes sin sufrir amputaciones o restricciones.

Si constituye un bien básico de la sociedad, la libertad de expresión debe ser exigida y fomentada por todos los estamentos. Esto ya no es hoy día objeto de discusión. La dificultad surge cuando se trata de precisar el *modo* de ejercer la libertad de expresión: *cuándo, cómo y en qué medida somos libres para investigar algo y comunicarlo.* Se afirma una y otra vez, con la contundencia que inspira lo obvio, que el pueblo tiene derecho a ser *bien* informado, y se da por consabido que ello equivale a estar informado *de todo*. Saberlo todo y en todo momento parece ser un derecho de todos. Aquí empieza lo discutible, porque ese supuesto derecho puede cruzarse en perpendicular con el derecho de los demás a su intimidad, a su honor, a su libertad de moverse en la vida sin verse acosados y espiados. *Espiar es reducir a objeto*, objeto de análisis y observación. Por eso molesta al afectado y puede llegar a ser gravemente lesivo de su derecho fundamental, que es el de ser tratado como *persona* y no como *objeto*.

El derecho a investigar, informar y estar enterado se basa en el derecho de toda persona a disponer de los medios necesarios para desarrollar su capacidad creadora y llevar su personalidad a madurez. Ello indica que el derecho a poseer información y transmitirla pende del derecho del pueblo a ser creativo y desplegar cabalmente su personalidad. He aquí el primer límite a la libertad de información, límite que no procede de ninguna instancia política, económica o cultural sino del fundamento mismo del derecho a investigar, a informar y ser informado. Todo cuanto se oponga al ejercicio normal y pleno de la creatividad de las gentes debe ser evitado. *La clave para decidir el problema de la libertad de expresión radica en la creatividad.*

La creatividad reviste muchas formas y grados. La forma básica consiste en la fundación de vínculos con los seres del entorno. El hombre es un "ser de encuentro", debe encontrarse con todas las realidades que le rodean: familia, paisaje, obras culturales, tradiciones, usos, costumbres, valores de todo orden. La realización de estos modos de encuentro implica creatividad. *Ser creativo* significa asumir posibilidades de realizar acciones con sentido y fundar vínculos valiosos con las realidades circundantes.

Toda acción creadora se rige por unas leyes. Así, sostener un diálogo auténtico con una persona es una actividad creativa, y para llevarla a cabo debe el hombre cumplir ciertas exigencias: estar abierto al otro, guardarle respeto, aceptar que pueda sorprenderle con algo imprevisto y valioso que le obligue a rectificar su posición inicial... Dialogar bien es tarea difícil. La mayoría de los llamados *diálogos* no son en realidad sino *monólogos alternantes*. El uno empieza a hablar; el otro le quita la palabra en cuanto puede, sin haberle escuchado y sin tomar en cuenta lo que ha dicho; el primero espera ansioso su oportunidad para retomar el hilo donde lo había dejado, y así sucesivamente. Estamos ante dos monólogos cerrados que se van alternando, pero no ante un diálogo enriquecedor. Cada coloquante intenta vencer al otro, no convencerlo. Ninguno cumple la condición de renunciar a la voluntad de dominio. Para cumplir las exigencias del diálogo, se requiere una actitud de sencillez, de colaboración y participación en el gran bien común que es la verdad.

Formas de transgredir los límites de la libertad de expresión

Si se concede primacía a los intereses del yo y se da por supuesto que lo decisivo en la vida es la capacidad de disposición sobre cosas y personas, se anula de raíz la capacidad de crear diálogo. A veces los entrevistadores someten a los entrevistados a un rimero de preguntas tajantes, rápidas, inquisidoras. El entrevistado, aunque sea persona constituida en dignidad social, recibe la impresión de ser una especie de reo sometido a interrogatorio. Todo interrogatorio encierra cierta dosis de violencia porque conmina a responder de modo preciso a preguntas determinadas que se dirigen a descubrir la intimidad personal. La meta de tal descubrimiento es inventariar, fichar, tener a buen recaudo, dominar.

Esta sensación humillante de encontrarse en trance de ser descubierto y fichado se acrecienta cuando el entrevistador se permite indicar al entrevistado que responda de modo rápido y escueto, aún a riesgo de reducir sus rasgos personales a un esquematismo caricaturesco. La conciencia de hallarse empujado hacia un estado de envilecimiento se torna todavía más aguda si el entrevistador pasa a plantear, siempre con el mismo ritmo incisivo, cuestiones referentes a la intimidad del entrevistado. El vaso de la irritación se colma cuando éste se percata de que, en definitiva, todo ese agitado e impertinente acoso no tuvo desde el principio otra meta que rellenar unas páginas de un periódico o revista a los que hay que suministrar materiales incitantes.

Indudablemente, este tipo de entrevistadores pueden ser brillantes o anodinos, agudos o torpes; en todo caso, son profesionales desmesurados; desbordan los límites de la libertad que les otorga su profesión, porque no dejan huelgo a las personas que entrevistan para manifestarse como tales; las reducen a unos esquemas rígidos, aptos para saciar la curiosidad y a veces la morbosidad de ciertos lectores, pero totalmente inadecuados para establecer un contacto personal auténticamente revelador y luminoso. Si les hacemos notar su desmesura, nos contestarán sin duda que no están dispuestos a cambiar de actitud porque gozan de libertad de expresión. Entonces convendría advertirles con toda firmeza que son libres para hacer las cosas *debidamente*, no para cometer errores que lesionan los derechos básicos de otras personas.

Un periodista tiene derecho a plantear todas las preguntas que puedan ser de auténtico interés público -según precisaremos más adelante-, pero ha de hacerlo en tal forma que el entrevistado no se sienta conminado a responder en condiciones de inferioridad. En los tratados de estilística se advierte que el mero hecho de interrogar implica ya cierta superioridad sobre la persona interrogada, ya que se le insta a someterse a la iniciativa ajena y a revelar en alguna medida su interioridad. De ahí que en algunos pueblos se considere ofensivo que una persona poco íntima le dirija a uno preguntas, sobre todo si son de carácter privado.

Un buen recurso para evitar este efecto humillante es plantear las cuestiones de forma indirecta, sugiriendo al entrevistado el deseo de conocer algo, acerca de tal o cual tema. De hecho, el clima de toda entrevista es de interrogación. Cualquier idea que se diga lleva

intención inquisitiva y sirve de incitación al entrevistado para que informe acerca de los temas que van surgiendo.

La desmesura en las entrevistas responde en la actualidad a la buena prensa que tienen los diálogos llamados "agresivos". Debíamos, sin embargo, convenir de una vez por todas en que sólo hay una forma de "agresividad" aceptable: la de sorprender al entrevistado con preguntas inteligentes, sutiles, profundas, que penetran en terrenos poco hollados y cargados de sentido. Hacer preguntas impertinentes que llaman la atención justamente porque están fuera de lugar no encierra el más mínimo valor; pertenece al mundo de los subproductos culturales.

Una buena entrevista exige talento y conocimientos adecuados. Para dialogar acertadamente con un profesional se requiere conocer un tanto por dentro el mundo en que se mueve. Hace algún tiempo tuve ocasión de oír una entrevista hecha al motociclista Andrés Tormo. Era una pieza maestra, una delicia que permitía revivir, de manos del campeón, la experiencia de este deporte, la emoción del riesgo llevado al límite, el encanto estético del ajuste perfecto entre el corredor, la máquina y el paisaje. No necesitó el entrevistador agredir al entrevistado con preguntas indiscretas acerca de temas sólo aptos para saciar modos de curiosidad banales, no compartibles por personas medianamente cultas y, como tales, ansiosas de comunicarse con las demás respecto a facetas de la vida en las cuales se puede participar. Le bastó actuar con talento.

Vemos aquí de nuevo cómo la falta de autocensura conduce a echar mano de recursos superficiales y rebaja la calidad de cuanto se emprende. En cambio, la autoexigente selección de temas orienta al entrevistador hacia planos de auténtica calidad profesional en los que todos salen enriquecidos: el entrevistador, el entrevistado y el público.

Sobrepasa, asimismo, ilegítimamente las fronteras de la auténtica libertad de expresión el que desfigura, malforma o destruye la imagen de una persona o grupo, pues con ello se hace extremadamente difícil, si no imposible, que tal grupo o persona realice los modos de encuentro que requiere su desarrollo personal. El encuentro exige respeto mutuo, estima, confianza, fidelidad. Dañar la imagen de alguien es entorpecer su desarrollo como persona. Realizar semejante atropello en nombre de la libertad de expresión constituye un sarcasmo.

Los modos de encuentro que puede realizar el hombre en su vida son múltiples, y todos plantean determinadas exigencias. Conocerlas y cumplirlas es decisivo en orden al desarrollo de la personalidad. El que las ignora, porque desconoce las leyes generales de la creatividad humana, y se arroga no obstante el derecho a influir en la opinión pública con sus inmaduras reflexiones traspasa los límites de la libertad de expresión. Constituye un estorbo -indirecto si se quiere, pero gravemente perturbador- en el proceso de plenificación de cada persona sometida a influjo.

Si estudiamos profundamente las condiciones de desarrollo de la persona humana, podemos afirmar sin riesgo de cometer injusticia que todo el que no esté preparado debidamente en un aspecto de la cultura -es decir: que conozca las leyes por las que se rige la creatividad humana en un determinado aspecto- *carece de libertad de expresión en ese campo*. Y no porque una instancia externa lo prive de ella. Es él quien libre y conscientemente renuncia a expresarse, porque ser libre para hacer algo no se reduce a tener posibilidad física de llevarlo a cabo; supone la capacidad de realizarlo de tal modo que sirva al bien común. Supongamos que dispongo de un micrófono en una emisora de radio. Físicamente, estoy en condiciones de expresar lo que quiera; nadie me lo impide. Soy yo el que debo averiguar si tengo o no libertad para expresarme acerca de una u otra cuestión. Sólo soy libre de verdad para manifestarme respecto a las cuestiones que haya estudiado a fondo y sobre las cuales pueda decir una palabra autorizada y sensata. Cabe la posibilidad de que me equivoque, porque es de humanos el errar; pero ello no me quita la libertad de expresión si me he esforzado en adquirir una formación adecuada.

El respeto y la libertad deben ser conquistados

Suele afirmarse hoy día, como algo obvio, que toda opinión es digna de respeto. Hemos de distinguir aquí casos diversos, si no queremos caer en error. Cuando se discute algo en una reunión integrada por personas que poseen la formación debida, todas las opiniones emitidas son igualmente dignas de respeto y consideración. Lo mismo cabe decir de un coloquio sostenido privadamente con el fin de clarificar un tema. Este tipo de reuniones tienen la finalidad de crear entre todos un campo de colaboración y de luz que permita esclarecer las cuestiones propuestas.

Ha de considerarse como digna de respeto una opinión que uno juzga equivocada si quien la expresa se ha tomado la molestia de formarse bien en la cuestión tratada y analiza los temas en serio. En tal caso, no debe ser objeto de reproche sino de colaboración. *Colaborar* significa aquí llevarle la contraria con espíritu de cooperación en la búsqueda de la verdad.

Este género de colaboración resulta difícil con las personas arrogantes que no cumplen las condiciones del diálogo creador y expresan sus opiniones de forma precipitada e indocumentada. Tales opiniones *no son dignas de respeto*, en el sentido de que no son "respetables". Muy al contrario, son rechazables por principio ya que *no contribuyen al bien común*. El ser rechazables no indica que haya de procederse con violencia contra quien las emite. Quiere decir que son indignas de una persona que sea consciente de la responsabilidad que asume cuando se erige en guía de un pueblo.

Para desempeñar esta noble función y tener derecho a expresarse ante una gran audiencia y configurar así la opinión pública no basta tener posibilidades económicas y movilizar un medio de comunicación; hay que poseer la formación necesaria para proceder de forma que el pueblo salga beneficiado. El que se manifiesta acerca de cuestiones que no conoce suficientemente comete un acto de *intrusismo* y se expone a causar daño a multitud de personas que tienen pleno derecho a que se les ahorre tal riesgo.

Si me pongo en público a dar consejos acerca de cómo seleccionar las setas y, por ignorancia culpable, cometo un error que puede ser fatal para la salud de quienes sigan mis orientaciones, tengo que admitir que mi actuación no es digna de respeto; merece, más bien, reprobación y castigo. Se castiga al que conduce un coche por la vía pública sin tener los conocimientos que implica el hecho de poseer un carnet de conducir. Se toma esta medida porque es temerario realizar dicha actividad sin los conocimientos debidos. No tiene libertad de conducir el que no está preparado o no posee agudeza visual o auditiva suficiente. Toda imprudencia en este campo es punible porque supone un peligro público. Sería absurdo decir: "Estamos en democracia y yo soy libre de conducir o no". La libertad tiene unos límites determinados por los derechos de los demás.

Esto que parece tan obvio en los casos que afectan a la vida biológica no parece serlo para muchos ciudadanos en el plano de la vida creadora personal. Basta, sin embargo, reflexionar un instante para comprender que, si una persona entorpece o anula la creatividad de las gentes con sus manifestaciones arbitrarias, banales, indocumentadas, acerca de temas referentes al sentido de la vida humana, cuanto dice no es digno del menor respeto, no es respetable. *Respetar* algo significa no sólo tolerarlo, sino estimarlo, asumirlo como elemento fecundo en el juego de fuerzas que colaboran a un fin común. Lo que resulta perturbador para este empeño debe ser rechazado, desplazado de los centros de influencia, neutralizado.

Cuántas personas han dejado de actuar en su vida de modo creador, fecundo, abierto a los distintos valores porque han sido desorientadas por quienes practican el *reduccionismo* y restan importancia a determinadas realidades y acontecimientos, y ello no necesariamente por mala fe o con aviesas intenciones sino por simple ignorancia. Mucho ganaría la sociedad si se aceptase la idea de que los incompetentes no deben concederse la libertad de expresarse en público acerca de aquello que ignoran.

La libertad auténtica hay que merecerla, es fruto de una conquista; no es algo que se adquiera sin esfuerzo, como un objeto. La libertad ha de ser comprada a un alto precio: el precio de la debida preparación. Yo tengo el título de profesor, y el centro en el que ejerzo mi

profesión me ha encomendado unos grupos de alumnos. Tengo "libertad de cátedra", puedo expresarme libremente, a condición de que esté preparado para hablar de los temas que figuran en el programa. De lo contrario, no sería un maestro sino un timador, un farsante, un usurpador, aunque en el aspecto jurídico me halle a salvo de todo riesgo.

Los medios de comunicación son creadores de opinión pública

Debido al poder que tiene el lenguaje de dar cuerpo a realidades y hacer que empiecen a existir de hecho para la sociedad -tal como hemos visto-, los medios de comunicación no sólo ejercen un papel de transmisores de noticias; pueden dar vida a una realidad o agostarla, conseguir que un suceso se considere verdadero o falso, que una persona o grupo tenga vigencia en la sociedad o quede marginado. En este sentido es acertada la sugerencia de McLuhan de que una afirmación no se hace hoy día porque sea verdadera sino que se toma como verdadera porque ha sido expresada a través de los medios de comunicación.

Este sorprendente poder de los "mass-media" debiera llenar a quienes los dominan de un gran sentido de la responsabilidad. Conviene no olvidar que son muy pocas las personas que tienen acceso a los medios de comunicación, y quien disfruta de tan alto privilegio debe hacerse acreedor a ello mediante una preparación constante y una actitud de prudencia, seriedad, respeto insobornable a la multitud de personas que, por carecer de posibilidades efectivas de expresarse en público, no tienen libertad alguna de expresión. Si no posee tales cualidades, el que usufructúa los medios de comunicación se convierte fácilmente en un *tirano de los espíritus*. El que dispone un día y otro de un amplio resonador de su voz tiene en su mano un arma de incalculable *potencia*. Al percatarse de ello, puede incurrir en *prepotencia* y avasallar al pueblo llano e incluso a quienes disponen de un mayor bagaje cultural pero carecen de recursos para llegar a una amplia audiencia.

En los medios de comunicación se ataca diariamente, no sin fundamento, a los regímenes dictatoriales que vulneran los derechos humanos. Con el fin de poder realizar esta crítica, los periodistas reclaman una plena libertad de expresión. Hacen bien en pedirla, pero deberán matizar con esmero el sentido de tal libertad y cuidarse de no entenderla precipitadamente como una forma de libertad *absoluta*. Si, por frivolidad u orgullo profesional, se niegan a ello, corren riesgo de caer en una forma no menos temible de dictadura: *la que asfixia los espíritus bajo la carpa envolvente de una propaganda incesante y falaz*. Los medios de comunicación anegan a quienes les prestan atención en un mar de opiniones diversas. Si se trata de opiniones bien fundadas, contribuyen desde su peculiar perspectiva a fundar un campo de iluminación en el cual se van clarificando poco a poco las cuestiones. En cambio, el puro ajeteo de opiniones gratuitas, superficiales, faltas de fundamento, es fuente de confusión y desvalimiento espiritual.

Los medios de comunicación tienen la posibilidad de filtrar las noticias que, por razones estratégicas, se desea que alcancen gran difusión y acaben integrándose en la opinión pública. Sin falsificar los datos objetivos, un manipulador puede sobrevalorar unas noticias e infravalorar otras, magnificar ciertos acontecimientos y anular la existencia de otros en cuanto a su vigencia social. Por lo que toca a su eficacia sobre la vida de las gentes, un suceso sólo cuenta si es transmitido a su debido tiempo por los grandes medios de comunicación. De ordinario, dicha transmisión suele hacerse cuando se trata de una noticia "oportuna" para quienes dominan tales medios. Si no lo es, y resulta obligado reflejar de alguna forma el dato, existen diversos medios para presentar las cosas de modo favorable a los propios intereses. El ingreso de España en el Mercado Común fue, en el momento de realizarse, un hecho insoslayable para todo medio de comunicación nacional, pero la presentación del mismo debía hacerla desde ángulos distintos. "Se ha conseguido la meta que otros gobiernos desearon pero no alcanzaron", afirmaron enfáticamente los medios progubernamentales. Los escritores de la oposición se apresuraron a reargüir: "Es una medida precipitada que hipoteca nuestro futuro. Se

ha realizado en condiciones onerosas a causa de la precipitación con que se llevaron a cabo las negociaciones por afán de rentabilizar políticamente el acontecimiento".

La filtración de noticias y su interpretación sesgada contribuye eficazmente a la formación de una mentalidad difusa en el pueblo si se realiza de forma aparentemente objetiva, aséptica, impersonal, de modo que dé la impresión de que éstos son los datos que hay, esto es lo que acontece y lo que se piensa que pasa. De ahí el valor de los "espacios informativos" como fuente de rumores, de noticias y valoraciones que cristalizan rápidamente en modos generales de opinión.

Saber pensar con libertad

«Saber liberarse no es nada; lo arduo es saber ser libre»
(A. Gide: *El inmoralista*, Argos Vergara, Barcelona 1981, p. 13).

El que manifiesta su opinión sin autoexigirse un mínimo de calidad no es verdaderamente libre. No debería concederse a sí mismo libertad de expresión. Antonio Machado advirtió con sagacidad a través de su *Juan de Mairena* -reflejo de sus preocupaciones pedagógicas- que *lo importante para el hombre no es poder decir todo lo que quiere sino pensar con auténtica libertad*. Esta libertad es muy exigente: exige desembarazarse de prejuicios irracionales, de presiones ideológicas e intereses partidistas, y estar bien pertrechado de conocimientos. Para pensar con libertad se requiere tener la debida perspectiva, amplitud de horizonte, riqueza de saberes y experiencias.

En este momento podría alguien preguntarme quién es el ser escogido que haya de indicarnos si disponemos o no de la necesaria preparación para abordar un tema. Mi contestación está en la línea de cuanto he afirmado anteriormente. En la interpretación musical y en la realización de un juego deportivo nadie puede indicarnos *desde fuera* lo que hemos de hacer, pues el criterio de autenticidad es *interno* al juego mismo, y debemos dejarnos iluminar por la luz que en él surge. De modo semejante, todo el que se manifiesta en público debe adivinar por sí mismo, al hilo del discurso, si se mueve con soltura en el campo al que pertenece el tema tratado. Si he realizado algunos estudios de Pedagogía, tengo una idea al menos somera de la complejidad de las cuestiones que aborda, que están polarizadas en torno al hombre en formación. Cuando llego a una tertulia y observo que se discute acerca de la conveniencia de ofrecer a los niños en la escuela un abanico de ideas divergentes para que tengan una orientación pluralista y escojan lo que juzgan más conveniente, me quedo expectante a ver si se hacen las necesarias precisiones y se analiza el tema con la debida hondura. Puede ser que yo no sepa hacerlo, pero mis conocimientos pedagógicos me abren el horizonte necesario para saber que el tema en cuestión presenta una gran sutileza y no puede ser tratado de prisa, sobre la base de los tópicos consabidos: "El niño debe ser educado en libertad, en clima de apertura y pluralismo" y "debe recibir una oferta amplia de posibilidades para que se vea instado a ejercitar tempranamente su capacidad creativa". El que se limite a repetir estas fórmulas ignora demasiadas cosas referentes al proceso humano de formación para poder moverse con libertad en este campo.

Con frecuencia sucede que uno desconoce una materia, pero entrevé que guarda cierta afinidad con otra que le resulta familiar. Al proyectar ambas materias conjuntamente ante la vista, gana una luz especial que le permite orientarse. Yo puedo estar ajeno a los conocimientos técnicos de las Ciencias de la Educación y no sentirme capacitado para abordar con rigor el tema de la formación de los niños. Pero, si he realizado cursos de interpretación musical, sé muy bien por experiencia que uno debe optar por un método u otro. Presentar a un niño diversos métodos, introducirlo en todos ellos para que él en su día escoja el que estime más pertinente equivale a dejarlo fuera de juego para siempre, porque un método se lo conoce inmergiéndose activamente en las posibilidades prácticas que ofrece, y éstas no siempre son coordinables con las que albergan otros métodos diferentes. De modo semejante, para

desarrollar cabalmente sus facultades, el niño debe ser orientado de forma clara, inequívoca, coherente, rica en posibilidades, de suerte que, al ir actuando en el campo de realidad que se le ofrece, pueda captar por sí mismo el sentido de cuanto realiza, de los seres con que se encuentra, de los ámbitos nuevos de realidad que colabora a hacer surgir, y sobre con ello seguridad e impulso para proseguir la marcha. Si comienza su andadura de persona racional con una actitud de desconcierto -porque se le han dado interpretaciones y valoraciones del mundo opuestas-, el niño adoptará presumiblemente una actitud de *cautela y retraimiento*. Sería sorprendente que sintiera afán por fundar modos relevantes de unidad con una realidad que merece a los mayores tan diversas y a veces contradictorias valoraciones.

Las consideraciones que estamos haciendo tienen peso y valor y resultan sin duda sugerentes para todo el que acceda a discutir estos temas por motivos puramente pedagógicos, con amor inquebrantable al gran protagonista que es el niño. Es vano discutir la cuestión con quienes, por razones de estrategia político-cultural, consideran la escuela como un medio para el logro de poder y una palanca para operar giros espectaculares en la sociedad. No tiene sentido dedicar tiempo y esfuerzo a ofrecerles razones profundas que avalen la propia posición. Es azotar el mar.

Frente al oleaje impertérrito, incesante, tercamente obstinado de la manipulación llevada a cabo por intereses partidistas, no cabe otra salida que ésta: situarse en el mismo nivel táctico, poner los trucos al descubierto y mostrar a las mismas gentes a las que el manipulador se dirige, y con el lenguaje adecuado a las mismas, que toda la cuestión se reduce a una lucha en favor de dos intereses contrapuestos: los del manipulador y los del niño. Empeñarse en mantener la discusión en un nivel elevado significa perder la batalla de antemano.

Puede haber personas que, sin segundas intenciones, aborden temas que desconocen por estimar que todo ciudadano está autorizado a emitir juicios sobre las cuestiones que le atañen de cerca. Justamente, estas personas bienintencionadas, pero sin duda desorientadas, son las que merecen mayor atención por parte de los formadores. A ellas van dirigidas en primer lugar las observaciones anteriores. Una y otra vez hay que indicarles que los temas referentes a la vida humana son muy complejos y no hay que ahorrarse esfuerzo en adquirir alguna formación, porque ésta alumbra luz, y a esta luz es fácil adivinar que nos quedan mundos enteros por conocer. Esta mera adivinación ya nos pone en guardia contra la labor desorientadora de los intrusos.

Las fronteras de la libertad de expresión

La libertad de expresión significa poder comunicar algo ajustado a lo real, es decir: algo que sea verdadero. Para alcanzar la verdad se requiere una preparación. Estar preparado significa saber por qué caminos, con qué "método" se puede *descubrir* la verdad. Para descubrir se requiere buscar, investigar, informarse. ¿Basta tener preparación y amor a la verdad para sentirse legitimado a informarse de todo e informar de ello a los demás?

No cabe determinar de antemano y de una vez por todas hasta dónde alcanza el derecho a estar informado y, por tanto, a investigar. Ya hemos visto que este derecho se extiende a todo cuanto es necesario para orientar la propia existencia, tanto en el aspecto privado como en el comunitario. Todo el que ocupa un cargo público está obligado a facilitar la información referente a cuestiones de interés común. En los casos en que una cuestión debe mantenerse en secreto por razones de bien general, el pueblo ha de conceder un margen de confianza a quienes ha otorgado la dirección de los negocios de Estado.

Las personas que gozan de popularidad debido a su profesión -un deportista, un cantante, un actor...- tienen que rendir el tributo a la notoriedad y estar dispuestos a dar información cumplida de cuanto se refiere al ejercicio público de su profesión, ya que ellos en buena medida se deben a sus seguidores. Tal información no alcanza en modo alguno a su vida privada, y menos a la íntima. Exponer ésta a la curiosidad de las gentes no tiene sentido. El sentido brota en el encuentro, y ver algo desde fuera no supone encontrarse con ello, sino

tomarlo como *pasto de la curiosidad*, que es una forma de *fascinación* o *vértigo*. Reducir un acontecimiento *personal* a mero *objeto de espectáculo* supone una degradación envilecedora, injusta a todas luces. Descubrir datos llamativos, incitantes, de la vida privada de una persona popular bajo pretexto de que todo ciudadano tiene derecho a estar plenamente informado es una desmesura que tergiversa gravemente el derecho básico a la información. No deja de ser una flagrante contradicción que en una época que se dice tan sensible a la defensa de la libertad se practique con tanto éxito el acoso a las personas cuya vida privada puede constituir materia noticiable para los medios especializados en ofrecer pasto a la curiosidad de cierto tipo de gentes.

Hay casos en los cuales podemos sentirnos con derecho a obtener información, pero nos equivocáramos si aplicáramos todo tipo de medios para conseguirlo. Un joven puede considerar importante, en orden a orientar su vida y tomar una decisión acertada, saber a punto cierto cómo es la joven a la que trata, cuál fue su pasado, en qué circunstancias se halla su familia. Tiene derecho a irlo descubriendo, pero sería injusto si se valiera, por ejemplo, de los servicios de un detective para descubrir la intimidad de esa familia y controlar sus cuentas bancarias. Todo ciudadano puede y debe sentir interés por la marcha de las cosas públicas: economía, cultura, política..., mas se arrogaría un derecho inexistente si pretendiera obtener información mediante el control de teléfonos y correspondencia privada, el allanamiento de morada y otros recursos semejantes.

Los límites del derecho a informarse se corresponden con los del derecho a transmitir la información. Actualmente nos hallamos envueltos en una marea de canales informativos que andan a porfía en la tarea de anegarnos y poner a prueba nuestra capacidad de resistencia a los embates del exterior. Facilitar información al pueblo se ha convertido para muchas personas en una profesión, y toda profesión tiene una lógica propia, un modo peculiar de establecer una jerarquía de valores y de méritos.

En una sociedad que vive sobre todo de impresiones, encierra un alto valor todo lo *excitante*, lo estimulante y llamativo. Lo que suscita el interés público se torna *interesante* para los profesionales de los medios de comunicación. Lo interesante se confunde fácilmente con lo *valioso*. El profesional que aporta datos interesantes a su medio es altamente valorado, y esta valoración se traduce en contratos beneficiosos. De ahí la carrera en pos de las "noticias", de lo novedoso y sorprendente. Basta abrir ciertas revistas y periódicos para observar que se confunden a menudo las noticias con las curiosidades, datos y anécdotas de la vida privada o íntima de personas bien conocidas.

Estamos apresados en un círculo vicioso lleno de riesgos. Una parte del público parece sentir interés por cierto tipo de curiosidades, y los medios de comunicación están atentos al público. Los medios, a su vez, fomentan la curiosidad de las gentes y éstas reclaman a los medios que cubran más ampliamente dicho género de información.

Este círculo se dobla con otro más radical y peligroso. Se fundan periódicos, revistas, emisoras de radio y televisión. Una serie de columnas y espacios deben ser cubiertos a diario, y esta tarea exige ir en busca de material noticiable. No se trata sólo de informar de lo que se impone por su importancia y valor. Hay que salir activamente en busca de la noticia e incluso provocarla. Para ello se trucan datos, se exageran pormenores, se introducen matices inexistentes, se practican entrevistas agresivas, o se inventan y falsifican. Con ello, el medio de comunicación *cobra cuerpo aparte de la sociedad*, y ésta queda en buena medida sometida a aquél y obligada a servir de elemento de relleno y de pasto a la curiosidad de sus seguidores. En principio, los medios de comunicación surgen para servir a la sociedad. Poco después, ésta queda sojuzgada hasta cierto punto por aquéllos³².

³² Quienes estimamos y agradecemos sinceramente la esforzada labor llevada a cabo por los profesionales del periodismo debemos ser implacables en la delación de los riesgos que la acechan. Los rasgos críticos de los análisis que estamos realizando tienen una intención plenamente constructiva. Intentan dejar de manifiesto que todo lo humano es ambivalente y, como tal, puede ejercer funciones contrapuestas. Mantenerse alerta frente a la condición bifronte de la actividad periodística no significa una

Cómo defenderse de la libertad de expresión incontrolada

La vida privada de las personas no debe ser objeto de investigación y divulgación a no ser cuando se haya perdido el derecho a la intimidad por haber cometido acciones graves contra el bien común. Tampoco es lícito difundir datos de la vida privada a los que se ha tenido acceso, sin haberlos investigado, por el hecho de ser ya conocidos de una minoría. Al hacerse públicos y notorios, pueden causar daño a la fama de las personas afectadas. En caso de ser ciertos tales datos y no constituir delito perseguible de oficio, la divulgación no constituye *calumnia*, pero puede incurrir en difamación o en injuria. No exime de culpa el pensar que se trata de algo ya conocido, pues la notoriedad tiene muchos grados, y de éstos depende la repercusión de la noticia.

Ante el riesgo, lamentablemente nada irreal, de caer en la *barbarie informativa* -para los griegos, *bárbaro* era el hombre *des-mesurado*, que no guardaba los límites de lo ajustado a la medida humana- no cabe ampararse en la posibilidad de recurrir, en caso necesario, a los tribunales de justicia. Existe una ley que defiende el derecho de los ciudadanos al honor, pero la interposición de una querrela no suele evitar el desprestigio que causa una información malévola. La justicia actúa con lentitud y da tiempo a que la polémica pierda actualidad y la sentencia carezca de capacidad rehabilitadora de la buena fama del afectado. El daño fue hecho, en la práctica, impunemente.

Hoy día no es injusto afirmar que el ciudadano se halla inerte ante los posibles ataques de quienes tienen en su mano los recursos inagotables de los medios de comunicación. Cuando tales privilegiados reclaman imperiosamente libertad *absoluta* de expresión, convendría recordarles que ésta sólo podrá constituir un bien para la sociedad cuando ellos den pruebas de poseer una sólida e insobornable *Ética de la comunicación*. Pero tal posesión es harto difícil, ya que para dicha Ética lo *valioso* está muy por encima de lo meramente *interesante*, lo que suscita interés por tener atractivo, y, en cambio, la trama de los medios de comunicación está montada sobre el juego de la oferta y la demanda y se ve forzada a ofrecer lo más atractivo al mayor número de seguidores.

Al reclamar libertad de expresión absoluta, se afirma que se está luchando para que todos posean libertad de investigación e información. De hecho, se pide que unos *pocos* dispongan de libertad para informar a *todos* de lo que interesa a la *mayoría* y sirve a los intereses de *algunos*. ¿Es posible que alguien controle la libertad que *algunos* desean tener sobre *todos*? Se proclama que la democracia es el poder del pueblo, pero la democracia necesita los medios de comunicación, y éstos penden de un número restringido de ciudadanos que intentan convencer a la mayoría de que están a su servicio. Si lo consiguen, obtienen un gran poder económico y publicitario, y desde la prepotencia del dominio ensanchado modelan la opinión pública para que siga dócilmente considerándolos como los auténticos servidores del pueblo.

Para romper esta cadena de servidumbre, la única vía eficaz es enseñar a los niños y jóvenes a leer, oír y ver con la debida perspectiva, sin entregarse al vértigo de la sumisión a las impresiones sensoriales suministradas aluviónicamente por los medios de comunicación. Es una tarea difícil, como todo quehacer que signifique una lucha diaria a favor de la auténtica libertad de espíritu; pero es perfectamente realizable por quienes no hayan renunciado a su capacidad de iniciativa.

Diversos grados de libertad de expresión

Debemos *aprender a ser libres* porque existen formas diversas de libertad, y las elevadas y auténticas no le vienen dadas al hombre como un objeto. Le son sugeridas como una

descalificación sumaria de la misma; es hacerle el obsequio de la atención en orden a potenciar la fecundidad de algo que presenta un interés común.

meta y una tarea. La vida es, por ello, *misión*. El ser humano se siente *enviado* a la realización de dicha tarea.

En principio, se es libre para algo cuando no se tienen trabas exteriores que impidan realizarlo. El que no está amordazado puede hablar. Tiene libertad de movimiento, "libertad de maniobra".

En segundo lugar, se es libre cuando, además, se tienen posibilidades reales para llevar algo a cabo. Soy libre para hablar a una gran audiencia si dispongo de capacidad física de expresarme, de preparación intelectual y de medios técnicos adecuados.

En tercer lugar, se es libre cuando, en las condiciones antedichas, no se está sometido a prejuicios interiores que fuercen a adoptar una actitud prefijada. Si hablo dominado por presiones ideológicas, rindo vasallaje a orientaciones ajenas, esclerosadas, y mis juicios y valoraciones no tienen como medida primaria la realidad.

En cuarto lugar, se es libre cuando se toma como única fuente de luz la realidad y se está adentrado en la parte de ésta acerca de la cual se habla. Si expongo en la radio un tema en el que me muevo con dominio, al menos relativo, porque me he esforzado en estudiarlo a fondo, y no admito más guía en mi discurso que la *voz interior* que me dicta lo que *en conciencia* debo expresar, siento que mi libertad ha logrado un alto nivel de calidad. Si me ajusto a la realidad, a la que tomo como módulo de mi pensar y hablar, hago justicia al tema tratado, actúo de forma justa, cumplo con ello las dos grandes condiciones de la auténtica libertad de expresión: *estar preparado y hacer el bien*. La persona arbitraria corre riesgo de causar daño a los demás. En cambio, la persona que se *ajusta* a la realidad es *justa* y practica el *bien*. Desde antiguo se adivinó la relación entre el bien y el ajuste a la realidad, realidad que presenta diversos modos y ofrece al hombre campos inagotables de posibilidades creadoras.

Tener posibilidades de investigar y difundir lo investigado no equivale de por sí a tener plena libertad de expresión; se reduce a mera *libertad de maniobra*, forma precaria de libertad que suele reportar ciertas ventajas pero encierra graves riesgos, de modo que su ejercicio indiscriminado puede resultar injusto e ilegítimo. *Poseer auténtica libertad de expresión significa estar en condiciones de realizar una acción cargada de sentido positivo y plenamente justa en consecuencia*.

Hablar de "libertad de expresión" sin realizar las imprescindibles matizaciones es un recurso demagógico para disponer de patente de corso y poder plantear los temas de modo banal e incluso entrar a saco en el tesoro que implica la buena imagen de personas y grupos. No querer investigar el alcance de la libertad de expresión es convertir este supuesto derecho en un "tabú" intocable. Estos son los tabúes que deben ser debelados y neutralizados; no otros pretendidamente tales que en realidad constituyen auténticos valores. También en este caso se cumple la luminosa sentencia de que *la verdad nos hace libres*. Meditemos el siguiente texto – ya citado- de Karl Jaspers:

«La libertad es la victoria aplicada sobre el arbitrio. Pues la libertad coincide con la necesidad de la verdad. Cuando soy libre, no quiero tal cosa o la otra porque la quiero, sino porque me he persuadido de que es justo».

«Una simple opinión no es todavía certeza. El arbitrio se impone de nuevo cuando quiero imponer una opinión pretendiendo que toda opinión es válida desde el momento en que alguno la defiende. La conquista de la certeza (...) exige que las opiniones vulgares se superen»

«Saber hace libre. Espiritualmente, lo que es decisivo no es la libertad exterior que procura, en dominios limitados, el señorío de la ciencia sobre las fuerzas naturales. Lo que es decisivo es la libertad interior»³³.

Modélicamente atento a los fenómenos de interrelación, Jaspers defiende que *a la verdad vamos en comunidad*, en la comunicación abierta, creadora de vínculos recios. Si nos

³³ Cf. *El espíritu europeo* (Guadarrama, Madrid 1957) 291.

cerramos con actitud hosca, defensiva, en nuestro sistema de pensamiento, defendemos una "ideología", pero no buscamos la verdad. «El individuo debe exigirse mucho. Debe saber ponerse en lugar de otro, sea quien sea, poner a las claras la verdad en la comunicación, no dejar endurecerse el corazón, sino estar abierto, preparado a escuchar, preparado a ayudar activamente y a corregir sus propias concepciones»³⁴.

2. La sustitución del debate por el monólogo triunfalista o la entrevista sumisa

Todos cuantos, cargados de razón, esperaban que, al adoptar su país el sistema democrático, se discutirían de raíz y en público los grandes problemas, se haría una labor crítica de la gestión pública y se evitaría así la corrupción se hallan en algunos casos profundamente decepcionados. En muchas democracias se rehúye por sistema entrar en el fondo de las cuestiones, y, cuando alguien realiza una crítica seria de algún procedimiento, los responsables adoptan una de estas dos actitudes, a cada cual más estéril y cínica: hacen oídos sordos con gesto hosco, o se revuelven para insinuar a la gente, a través de los grandes medios de comunicación, que los críticos son personas malévolas y falaces.

Algunos programas radiofónicos y televisivos intentan de cuando en cuando montar algún diálogo o debate. Con frecuencia, se trata de pretextos para airear ciertas ideas, o bien ofrecer ocasión propicia a unos personajes para mejorar su imagen ante el gran público y dejar a otros en situación desairada. No es raro observar durante tales coloquios que algunos de los participantes no atienden siquiera a lo que dicen los demás; se hallan pendientes en exclusiva de la imagen que están ofreciendo al oyente o al espectador. Por eso adoptan posturas y actitudes mitinescas.

A juzgar por las declaraciones de diversos políticos, da la impresión de que la clase dirigente considera zanjada toda cuestión en el momento de obtener los votos necesarios para poder gobernar. Una vez iniciada la nueva legislatura, el pueblo deja de ser autor y actor, para reducirse a mero espectador sufrido de cuanto los elegidos resuelven hacer y decir. Los representantes del pueblo se consideran eximidos de explicar a éste en todo momento las razones profundas por las cuales deciden llevar al país hacia una u otra meta. Actúan de modo autárquico, y en fechas señaladas comparecen en público para autofelicitarse por los cuantiosos éxitos obtenidos. Si algún espíritu crítico opina que, en vez de éxitos, debieran hablar más bien de fracasos, no le muestran con la realidad en la mano que está equivocado y debería informarse mejor; movilizan todo el poder de que disponen -que es indefinido- para desfigurar su imagen y desvirtuar de ese modo sus afirmaciones. El pueblo queda con ello desconcertado y llega a la convicción de que lo decisivo para muchos responsables de la cosa pública no es tanto clarificar las cuestiones que a todos afectan cuanto mantener incólume la propia imagen y afirmarse así en el poder.

Es muy ilustrativo analizar por qué suelen clamar en el desierto las voces que reclaman debates públicos y serios. A mi entender, las ideas clave para hacer luz sobre este asunto son las siguientes:

1. La meta de la clase política es alcanzar el poder, y el poder se logra cuando se consigue presentar al pueblo una *imagen* atractiva que produzca un tirón fuerte. La imagen en buena medida es una *apariencia*; es la opinión que el pueblo se forma de una persona. Lo importante no es aquí el *ser* sino el *aparecer*, no lo que en verdad es una persona sino la idea que de ella se tiene. De ahí la primacía que se concede hoy abiertamente a la labor de maquillaje, que es confiada a expertos: los configuradores de imagen y forjadores de líderes políticos.

³⁴ Cf. o.c., 312.

2. Para modelar una imagen y presentarla de forma sugestiva al pueblo, suelen movilizarse todos los ardides del arte manipulador. Está lejos de ser ejemplar el desparpajo con que se utilizan los recursos estratégicos de todo orden al tiempo que se subraya la necesidad de ser veraces y servir y respetar al pueblo. (Cada vez que se oye hablar de "pueblo soberano" son muchos actualmente los que están a punto de sufrir un ataque de risa nerviosa). El manipulador monta la batalla en el terreno escogido por él, que es el de la tergiversación de los hechos mediante la torsión del lenguaje, y se mueve en solitario; recorre impávido su camino, seguro de su fácil victoria. ¿Cómo va a entrar en debate un demagogo si la manipulación realizada por su cuenta, como único y brillante protagonista, le pone en la mano todas las cartas para vencer sin riesgo, de modo fulminante, sin necesidad de tomarse tiempo para convencer a nadie?

3. Acosado por graves problemas de diverso orden, perplejo ante ciertas reformas y transformaciones realizadas sin más fundamento que la primacía parlamentaria, preocupado por un porvenir incierto, el pueblo asiste desvalido a declaraciones aisladas de los responsables, siempre en forma de monólogo incomprometido, pero no encuentra jamás ocasión de ver estas opiniones confrontadas de forma serena y concienzuda, propia de profesionales. Todo se reduce a propaganda, a una gran feria de vanidades e intereses, en la cual se ve el ciudadano asediado por quienes no tienen otro afán que colocarle la mercancía.

4. Ante este ejemplo bochornoso de inautenticidad, de falta de profesionalidad, uno se pregunta inquieto por las causas. No avenirse a realizar debates auténticos -algo que viene exigido por el bien común y se realiza en los países democráticos más avanzados- tiene que estar determinado por una razón poderosa. Los análisis que estamos realizando nos permiten descubrir dicha razón. En un clima propicio a la manipulación, los debates son huéspedes indeseados e indeseables para el afanoso de ostentar un poder fácil. Pueden convertirse en un dique frente al torrente que conduce inexorable, impetuoso y feliz, hacia el triunfo. ¿Para qué arriesgarse en aras de la honradez? Sería un gesto "romántico" imperdonable en una época tan pragmática como la presente, donde hasta el recurso a la ética juega un papel funcional, estratégico, puramente coyuntural. La cobardía que inspira esta actitud adquiere dimensiones bochornosas.

5. El manipulador es de ordinario un cobarde que no quiere arriesgarse por carecer de seguridad en sí mismo. Con frecuencia lo que dice en sus discursos tiene que aprenderlo porque le ha sido confeccionado por un escritor a sueldo. En un debate serio hay que poner en juego muy altas cualidades si se quiere salir airoso: conocimiento profundo de los temas, brillantez de exposición, rapidez de reflejos, capacidad de estar a la escucha y de soportar críticas, de dominar el arte de conjugar la defensa y el ataque... Un debate auténtico deja muchas cosas al descubierto, no sólo de tipo profesional sino también humano: temple, espíritu de lucha, voluntad de verdad, apertura al diálogo... Un buen debate no tiene por meta hipnotizar al pueblo, como sucede con tantos discursos, sino buscar la verdad.

Un debate es un *campo de juego*, un *ámbito de iluminación*; permite ver cómo reacciona un candidato, le fuerza a hablar de lo que interesa al pueblo, le lleva a terrenos distintos de los que él hubiera escogido, le exige que dé su verdadera talla ante los problemas decisivos, permite observar cómo reacciona ante las críticas, tiene recursos para impedirle toda práctica demagógica, le hace aparecer en su auténtica humanidad. En cambio, un discurso aislado puede resultar brillante y eficaz con sólo saber declamar y tener arrojo suficiente para convertir la política en un arte teatral.

Debatir algo significa discutir una cuestión. *Discutir es clarificar*, como se hace con el trigo cuando se lo cierne. No es *disputar*. La disputa constituye, más bien, una batalla entre personas que un esfuerzo por conquistar la verdad en común. Los malos conversadores convierten las discusiones en disputas y la disputas en *reyertas*. El buen debate es el que tiende a convertir las meras opiniones superficiales en convicciones sólidas a través de un trabajo en colaboración.

El que se niega al debate manifiesta que no ama la verdad y, por tanto, la auténtica libertad y el bienestar de las gentes. No acepta el modo democrático de convivencia. Debería

quedar eliminado en una confrontación electoral, porque en el fondo no cumple las exigencias de la democracia. Al no haber debates, se abre la vía a toda suerte de recursos demagógicos, tan injustos como eficaces. Sucede, por ejemplo, que un político pronuncia una charla ante un grupo exiguo de personas. Un reportero de televisión hace unas tomas como de pasada y las ofrece por el telediario de mayor audiencia, naturalmente bajo pretexto de informar al pueblo. Con ello, por la magia de la televisión, el auditorio se convierte en millonario y se multiplica el efecto sugestivo de las palabras pronunciadas. Estas pueden ser demagógicas, falsas, arteras, solapadas. No importa. Su efecto contundente sobre la multitud está conseguido. El que se halla en el secreto de las cosas siente vergüenza ajena, comprende que este tipo de procedimientos contradicen la esencia de la democracia, porque suponen un escarnio del pueblo, pero no puede sino contemplar inerte la derrota de la razón a manos de la demagogia todopoderosa.

Tamaña injusticia arranca de la negativa a realizar auténticos debates, vistos como torneos entre caballeros de la inteligencia y de la política que no temen la confrontación respetuosa y dura, tan implacable como sincero es su deseo de servir al pueblo. No deja de ser chocante que todos los políticos parezcan estar firmemente persuadidos de la solidez de sus respectivas posiciones, pero algunos rehúyan defenderlas en una confrontación abierta. El que dispone de medios sobrados para triunfar mediante el juego ilusionista de la manipulación considera insensato exponerse a los riesgos que implican los debates. Si con ello queda secuestrada la democracia y burlado el pueblo, poco parece inquietarle al que toma como única meta el ascenso a la cucaña del poder.

La práctica de los debates tiene el efecto benéfico de restar importancia a los fabricantes de imágenes, que corren riesgo de convertir el ruedo político en un museo de figuras de cera. En el debate aparece el político vivo, el que actúa en carne y hueso, con su talento y sus lagunas, con su verdadero rostro de buscador de la verdad, no como una figura de cartón piedra bien amañada para dar la "imagen", es decir, el timo.

La práctica de los debates debería ser una actividad normal a lo largo de toda la legislatura, no sólo durante las elecciones, porque su finalidad no es tanto decidir quién va a ganar el favor del pueblo cuanto esclarecer el camino más adecuado para gobernar con eficacia. Debe, pues, romperse el silencio de mudez y la actitud de hosca incomunicación que aherrojan con frecuencia la vida política. Debate auténtico es aquél que sirve para buscar la verdad en común. Debate espúrio es toda confrontación reducida a mero recurso de cosmética electoral, puro medio para retocar la propia imagen de modo artificioso. Los debates son palestras en las cuales puede discernirse quién es un líder, un guía auténtico, y quién un embaucador.

3. El recurso del diálogo trucado e inhibidor

Hay muchos y muy eficaces medios para convertir un diálogo en un arma estratégica con la que vencer al adversario. Cuando una persona o un grupo que se halla en condiciones de inferioridad solicita un diálogo o accede a él, puede muy bien hacerlo con la intención de conocer mejor al adversario poderoso para descubrir sus flancos vulnerables y orientar la táctica a seguir con objeto de doblegar su poderío. Para conseguir este objetivo, suele dar buen resultado proclamar la apertura de espíritu, la voluntad conciliadora, la actitud intransigente, como condiciones indispensables de todo diálogo sostenido con actitud "democrática". Según hemos ya advertido, es fácil confundir el espíritu de *comprensión* con el de *transigencia*, y éste con el de *indecisión*, *labilidad* e *indiferencia*. De la *indiferencia relativista* se desliza uno casi ineludiblemente hacia la *claudicación*.

Todos los recursos de la manipulación tienden a conseguir que el adversario se *deslice* inadvertidamente de una posición o convicción determinada a otras distintas, incluso a veces opuestas. Este deslizamiento sólo es posible si se hace entrar el ánimo del adversario en un estado de *licuefacción espiritual*, de indecisión mental, sentimental y volitiva. La licuefacción implica *indelimitación*, reblandecimiento de las fronteras que marcan las propias posiciones. La

acción tendente a conseguir la *difuminación de los límites* ha de ser lenta para que aparezca como un *proceso de maduración y plenificación, no como un trauma de disolución*. Tal acción consiste en una forma de persuasión ideológica, soterrada, subconsciente.

Para llevarla a cabo, se movilizan diversas palabras prestigiosas y se las pone arteramente en conexión mutua a fin de que formen una constelación llena de sentido e impresionen al adversario ideológico por su coherencia y su riqueza de contenido. Se entonan loas al *pacifismo*, utilizando el prestigio de la palabra "paz"; se ensalza la *coexistencia*, el *diálogo*, la *compresión mutua*, el *irenismo*... Al mismo tiempo se emprende una campaña contra los regímenes dictatoriales, sobre todo los llamados de "derechas". Con suma astucia se identifica la "extrema derecha" con el "fascismo" y el "nazismo", a los que se somete a un implacable ataque a través de los medios de comunicación, sobre todo aquellos que conjugan el poder expresivo de la palabra y la imagen. Al que defiende con gallardía y decisión sus convicciones morales o religiosas se lo tilda de intransigente, dogmático, exagerado, poco conciliador, extremista. De *extremista* a "ultra" apenas media un paso. La persona "ultra" es considerada como fascista o nazi por el simple recurso de contaminar semánticamente los términos que aparecen a una mirada superficial como afines. En la actualidad, *nazismo* y *fascismo* son vistos como polarmente opuestos a la libertad humana, al espíritu conciliador y transigente.

Estas conexiones de conceptos y los modos de emotividad que despiertan tienen lugar de modo rápido en el espíritu de quien oye las palabras *pacifismo*, *coexistencia*, *reconciliación*..., y suscitan en el mismo un sentimiento de *temor*. La más tímida acusación de *fascismo* -término ambiguo que engloba hoy día todo cuanto signifique actitud dictatorial y viene a ser usado más como un insulto descalificador que como un vocablo dotado de una significación precisa- deja a una persona o grupo fuera del juego de la vida social.

El miedo a esta descalificación sumaria y contundente adormece la voluntad de defender las propias convicciones y marcar debidamente los límites entre una y otra posición en cuestiones éticas, religiosas y políticas. Tal actitud de inhibición significa un reblandecimiento de las actitudes y una tendencia a subrayar todo lo posible los puntos de coincidencia y dejar en la penumbra o en el olvido cuanto implique disconformidad.

Oprimido por esta coacción psicológica subconsciente, el hombre entusiasta en la defensa de los valores que profesa va cediendo terreno y acercándose a las blindadas posiciones del adversario. Tal cesión le procura seguridad y bienestar, porque es elogiado como persona comprensiva, moderna, progresista, abierta al futuro, sensible al cambio... Esta posición halagadora se le aparece a él mismo como una ganancia y un auténtico progreso hacia una situación de mayor libertad espiritual. El acercamiento al adversario y la pérdida del terreno propio son experimentados como un acrecentamiento del ámbito propio de acción.

La confusión de dos conceptos tan distintos como son la entrega al adversario temido -y como tal, presuntamente poderoso- y el acrecentamiento del propio poder convierte el *miedo* en una especie de *simpatía*, gozosa sensación de estar a resguardo bajo una mano firme. En unos casos, el demagogo alterna astutamente los diversos rostros que ofrece al adversario: en principio se muestra amenazante, luego conciliador, más tarde benefactor. En otros casos, conjuga tales actitudes y mezcla hábilmente el amedrentamiento y la oferta de amparo, la repulsa y el acogimiento. En todo momento evita mostrar su verdadera faz *opresora*, porque este aspecto se adapta mal a los ardides manipuladores.

A través de todo un proceso zigzagueante bien planificado, el demagogo consigue que una persona o un grupo pasen de una actitud de entusiasmo en la defensa de sus valores a otra de relativismo, indiferencia y entreguismo espiritual, sin cobrar, al hacerlo, conciencia de envilecimiento y sumisión.

Esta forma de atraer a los adversarios mediante una infiltración soterrada de ideas que debilitan la capacidad de resistencia constituye un modo de *conquista por vía de asedio interior*, que da lugar al tipo más duradero de dominio. El ataque violento desde el exterior genera resistencia e incrementa la unidad y la fuerza de quienes se ven en peligro. Los métodos

arteros de subversión de valores intentan conquistar al adversario *desde dentro de él mismo*, mediante la alteración de su modo de pensar, sentir y querer. Si el afectado por este ataque doloso no se considera agredido sino promocionado a un plano de superior realización, no duda en ofrecer su adhesión ferviente al invasor.

Se ha podido observar en los últimos tiempos que muchos diálogos -sin duda, bien intencionados- han servido para debilitar las defensas espirituales de los portavoces de ciertos grupos que, al parecer, han tenido dificultad en coordinar el *entusiasmo* en la defensa de las propias convicciones y la *flexibilidad de espíritu* para comprender la posición de los adversarios.

Si pertenezco a un grupo social que asienta su existencia sobre unos determinados valores y preveo que un grupo adverso a éstos va en breve a alcanzar el poder político, puedo tomar dos medidas:

1º) Movilizar al máximo las energías latentes en mi grupo para que todos sus integrantes vivan en plenitud los valores básicos de su humanismo y se presten a defenderlos con su testimonio y su palabra.

2ª) Entrar en diálogo medroso con los dirigentes del grupo que constituye una alternativa de poder y mostrarme accesible, afable, comprensivo, a fin de limar aristas y tenerlos propicios.

Si opto por la primera medida, colaboro a que mi grupo cargue sus baterías y viva su forma de humanismo *a un alto voltaje*, gane así poder de convicción e incremente su capacidad de respuesta eficaz a cualquier ataque, expreso o larvado. Si me decido por la medida segunda, en la esperanza de que, mostrándome campechano, conciliador, no demasiado entusiasta de los valores que profeso, voy a ganar la confianza del grupo adversario, no haré posiblemente sino dar una impresión suicida de debilidad.

Como resultado de una actividad manipuladora bastante hábil, existe hoy la tendencia a mirar con buenos ojos a quienes se manifiestan dispuestos a asumir todo cuanto, según los sondeos de opinión, es aceptado comúnmente en la sociedad. Por el contrario, el que se muestra decidido a revisar tales convicciones parece estar condenado por principio a la impopularidad. Si se esfuerza en dar razones poderosas para justificar su posición y lo consigue y demuestra una preparación superior años luz a la de los contemporizadores, agrava todavía más su situación por cuanto se expone a ser considerado como un *intelectual prepotente* que se mueve en las alturas de la élite cultural y no conecta con el pueblo.

El resentimiento ante lo valioso y la sumisión a la mayoría

En la campaña electoral de 1986, un ciudadano de clase media, bien asentado en un puesto de trabajo poco brillante pero digno, manifestó en una emisión radiofónica a un líder político de gran prestigio profesional que estaba de acuerdo con su programa y su ideario pero no se sentía identificado personalmente con él por considerarlo demasiado elevado en el *status* social. El líder dedicó cierto tiempo a contarle sus orígenes humildes y el duro proceso de formación que hubo de recorrer antes de lograr la situación de que ahora goza. Este procedimiento es sin duda el más adecuado, por sincero y honesto, pero resulta en gran medida inútil. Existe cierta antipatía en algunas capas del pueblo hacia todo aquél que se muestra evidentemente superior y adopta una actitud de dignidad ante la vida y no se rebaja a planos indignos de una persona cultivada. Es penoso observar hasta qué punto están dispuestas actualmente muchas personas de alta cualificación a rebajarse para que se les perdone socialmente la posición que ocupan, la cultura que poseen, la fina sensibilidad para los valores que tienen, la rectitud de costumbres que muestran en su conducta.

La *antipatía* hacia lo que sobresale es producto directo del *resentimiento* que despiertan los valores elevados en ciertas gentes. El clima de resentimiento fomenta la tendencia a la *igualación* de todos en un común denominador muy bajo. Todo movimiento político que

defiende la *igualdad*, entendida superficialmente como nivelación, como anulación de lo egregio, lo que destaca por encima de la mediocridad reinante, parte con la seguridad de que su mensaje tendrá una favorable acogida, que en casos puede llegar a ser eufórica.

El prestigio actual de cuanto signifique *uniformidad masiva, incualificada*, lleva a ciertos políticos a halagar al pueblo con el fácil recurso de considerar como canon de conducta la opinión actual de "la calle". El gran filósofo Manuel Kant, cuyos escritos éticos fueron considerados por Goethe como un manantial inagotable de luz, afirmaba que cada hombre debe actuar de tal forma que *su conducta pueda ser considerada como norma para todos*. En cambio, hoy se da por hecho -recordemos que el manipulador nunca demuestra nada, lo da por supuesto- que *cada uno debe actuar como todos*.

La mayoría queda así consagrada como el gran poder: en política, en ética, en estética... *Lo que se lleva* es el criterio indiscutible. He aquí cómo, por la pendiente de la banalidad, hemos llegado a dejar que las manifestaciones más altas de la vida humana se rijan por los criterios irracionales de la moda. "Tú debes ser como todos, pensar como la mayoría, sentir como la gente, hacer lo que *se te propone*". Éste es el nuevo "imperativo categórico", el de la indignidad personal, el propio del siglo de las tinieblas y el bochorno. Tras siglos de ilustración, el hombre se ve hoy reducido a un *caso del universal, del colectivo*. El proceso envilecedor ha tocado fondo. "Te has extenuado buscando la verdad y tal vez la hayas encontrado, al menos en parte. Pero no lo digas. Sé como todos. Doblégate". Así nos habla el "sentido común" de la mayoría prepotente³⁵.

A veces se intenta conceder cierta categoría ética a esta voluntad de someterse al pensar y sentir colectivos indicando que tal adecuación a la conducta de la mayoría constituye un rasgo "liberal". Se introduce este término, vinculado al de "libertad", para conseguir una calificación automática. Un dirigente de una asociación liberal manifestó recientemente en la radio que debe admitirse todo cuanto "está en la calle" y partir de ahí hacia el futuro. Ejemplo de algo ya admitido y, por lo mismo, incontrovertible, suelo firme sobre el que debemos asentar la construcción del futuro de nuestra sociedad es, según testimonio expreso suyo, la práctica del aborto. Causa alarma oír afirmaciones tan frívolas a personas que aspiran a ser dirigentes de la sociedad. Uno puede estar a favor o en contra de tal práctica, pero en todo caso debe apoyar su opción en razones sólidas, no en el mero hecho de que esté ya aceptado "por la calle". El uso de esta expresión vulgar, sumamente imprecisa, es fiel reflejo del nivel de superficialidad y borrosidad en que se plantea el problema.

Actualmente estamos anegados en mareas de mediocridad, y este anegamiento puede llevarnos a desesperar de encontrar una salida digna si vemos que las instituciones llamadas por vocación a elevar el tono vital de la sociedad están siendo sometidas a una tala sistemática de valores. Una de las tareas más urgentes de nuestra sociedad es arbitrar los medios necesarios para salir del pantano de la ordinariez y zafiedad a pesar de las fuerzas que nos atraen hacia lo hondo. Hoy viste bien el desaliño, la actitud de dejadez, de no compromiso, de indecisión que todo lo diluye y confunde. El reproche que "el Principito" de Saint-Exupéry hace a las personas mayores de que "lo mezclan todo y lo confunden todo" tiene hoy día una aplicación dramática³⁶.

Para dominar, se convierte la discusión en disputa

El que acude al diálogo para vencer a ultranza no duda en recurrir a los métodos siguientes: 1) monopolizar todo lo posible la conversación y forzar al adversario a reclamar la palabra una y otra vez, con riesgo de ser tachado de exigente por la audiencia; 2) interrumpir

³⁵ Recordemos la actitud opuesta de Sócrates. Su "daimon", su voz interior, el "ángel" que le inspira y guía en la búsqueda de la verdad, le indica a él y a Hipias: "Yo no os pregunto qué es lo que considera como bello la mayoría, sino qué cosa lo es" (Cf. *Hipias Mayor* 299 b).

³⁶ Cf. *Le petit Prince* (Harbrace Paperbound Library, Nueva York 1943) 28; *El principito* (Alianza Editorial, Madrid 1972) 36.

constantemente al otro coloquiante para alterar sus nervios y quitar fuerza a sus argumentaciones; 3) cuando las interrupciones no son posibles porque lo impide el moderador, hacer gestos de reprobación, de desprecio irónico o sarcástico, de impaciencia por volver a tomar la palabra.

Hay *diálogos en distensión* y *diálogos en tensión afectiva*. En éstos no se pretende tanto clarificar la verdad cuanto dominar al adversario y mejorar la propia imagen ante el público. La heterogeneidad de opiniones es tan grande y las posiciones están de tal modo prefijadas que no existe el menor sentimiento de *simpatía*, no se participa en un campo común de juego y de iluminación porque no se instaura una relación de *encuentro*, ni se tiende siquiera a ello como a un ideal. Este alejamiento insalvable de los coloquiante convierte la *discusión* rápidamente en *disputa* y *polémica*, cuando no en *agresión personal*. *Discutir* significa remover las cuestiones y las ideas para esclarecerlas. *Disputar* implica luchar para vencer al adversario. La meta de la discusión, como forma de diálogo distenso y armónico, es buscar la verdad en colaboración. Convencer a otro no es vencerlo sino dejarse vencer en común por la verdad buscada. El cometido de la disputa es vencer sin necesidad de convencer, hacer sentir al adversario su inferioridad, alzarse con la primacía.

Para sostener un diálogo auténtico, debe adoptarse una actitud serena y renunciar a la voluntad de dominio y sojuzgamiento de quien nos acompaña en la búsqueda de la verdad. Tal renuncia no significa mengua del *entusiasmo* en la defensa de las propias convicciones. El amor a la verdad suscita *ardor* en la búsqueda y en la irradiación de lo hallado. Todo hombre sincero vibra con lo que piensa y siente. No dialoga en forma de argumentación fría, distanciada e impersonal. Carga cuanto dice de expresividad emotiva e incluso de cierto grado de *combatividad*, pero ésta no degenera en *agresividad* si la meta es buscar en común la verdad de lo real, no doblegar la cerviz del coloquiante.

Uno puede sentir aversión profunda hacia una posición intelectual porque está convencido de que no se ajusta a la realidad y puede ser fuente de grave daño para personas y pueblos. Tal sentimiento suscita interés y entusiasmo en la defensa de la propia posición, pero no provoca necesariamente intemperancia arrogante o dogmatismo rígido y agresivo. El hombre entusiasta es capaz de hacer una crítica severa de las opiniones que estima equivocadas y conservar en todo momento una actitud de flexibilidad para aceptar cualquier contribución o sugerencia valiosas que pueda alguien hacerle. El ardor no se traduce en actitud airada, prepotente, excluyente y despreciativa. El que dialoga con sano entusiasmo concede huelgo al adversario para explicarse y funda un espacio de confianza y mutua escucha.

La capacidad de persuasión no es sólo intelectual. La forma de expresar las propias opiniones, si es adecuada y además ardiente, predispone al coloquiante para adentrarse en el mundo que se le sugiere, y admirar la posible verdad y belleza del mismo. Desde los antiguos helenos se viene subrayando la conexión profunda, la especie de reversibilidad que existe entre la verdad, la bondad y la belleza.

Debe evitarse cuidadosamente confundir la firmeza con la intransigencia. De no hacerlo, se sentirá temor a dialogar *con la debida decisión* por miedo a que el coloquio degenera en enfrentamiento personal. Esforzarse en descubrir la verdad e instaurar el bien y la belleza es trabajar por la paz, pues los hombres se unen en verdad cuando tienden conjuntamente hacia grandes ideales que los superan a todos. En cambio, adoptar una actitud de frialdad y atonía, por la pretensión de no perder la serenidad, puede conducir a la indiferencia, a la pérdida de las propias convicciones e ideales, y consiguientemente a posiciones de debilidad y decadencia espiritual que dejan al hombre a merced de posibles manipuladores y tiranos.

Al tomar conciencia de estar sometidos a vasallaje, el hombre y los grupos sociales suelen reaccionar airadamente, pero entonces es ya demasiado tarde para reconquistar la libertad mediante las artes del diálogo, y se ven instados a movilizar medios violentos. *La decisión, el ardor y el entusiasmo puestos en juego a su debido tiempo son recursos eficaces para conservar la paz*. El sano entusiasmo va unido con la *moral de victoria*, victoria no sobre

el coloquiante sino sobre las tinieblas que ocultan la verdad. El hombre verdaderamente entusiasta no es beligerante sino pacífico fundador de orden y concordia.

Frente a personas o grupos que toman el diálogo como un elemento integrante de una estrategia global, resulta suicida adoptar actitudes indecisas. El adversario tiende a interpretar la indecisión como debilidad. Con ello se crece y decide tomar la iniciativa desde una posición de fuerza. Hay que acudir a la confrontación dialéctica bien preparados y firmemente decididos a defender de modo articulado y profundo aquello en que uno cree. Este amor a la verdad propia se traduce en apertura a la verdad posible del compañero de diálogo, ya que en definitiva la verdad que vamos buscando es una y la misma.

Los moderadores de los coloquios tienen en su mano medios diversos para favorecer a unos coloquiante y dejar a otros en posición desabrida. La manera de preguntar, el tono de voz empleado, el ritmo que se imprime a la pregunta, el momento en que se hace..., estos y otros pormenores juegan un papel determinante en una conversación. Ha de estar prevenido el que acude a un debate o a una simple entrevista si no quiere ser objeto de manipulaciones contundentes, pese a la apariencia de cordialidad con que vaya revestida la violencia de las intenciones últimas.

4. El boicot informativo

Conviene consagrar un apartado especial a este procedimiento estratégico al que hubimos de aludir ya anteriormente. Cuando una realidad es valiosa -una persona, una obra artística, un movimiento cultural, un grupo social o religioso-, se hace valer de por sí con sólo presentarse. La mejor defensa que podemos hacer de lo que es *espléndido* es dejarlo *resplandecer*. No olvidemos que la verdad es la patentización del ser, y el resplandor de la verdad es la belleza. *Nada hay más bello que el esplendor de lo perfecto*. Para exaltar a Bach o Mozart, basta interpretarlos bien, mostrar sus excelencias. Ellos se defienden e imponen por sí solos, por la fuerza de convicción que posee su valor intrínseco.

A la inversa, si queremos evitar que algo valioso se haga valer y se imponga, la única medida realmente eficaz es no dejarlos aparecer, emboscarlos, no permitirles tener vigencia, negarles la existencia en el concierto de los dinamismos sociales. Si se alude a una realidad valiosa, aunque sea para atacarla y deformarla, se corre riesgo de que ésta deje vislumbrar su grandeza y suscite en las gentes el afán de conocer su verdadero rostro. La vía radical para deshacerse de lo valioso es el *silencio de mudez*. Así como el lenguaje auténtico es el vehículo viviente del amor y la creación de ámbitos de unidad, el silencio de mudez encarna el odio y la voluntad destructora.

De aquí arranca la táctica del *boicot informativo*, que deja de lado a quien no interesa que tenga una presencia activa y eficiente en el mundo de la cultura. Das una conferencia brillante ante un público numeroso. La sala rebosa y al final se crea un clima de fervor y adhesión entusiasta. Vuelves a casa satisfecho del éxito obtenido, pero a la mañana siguiente observas que los medios de comunicación hacen caso omiso del acontecimiento. En cuanto a su resonancia social y a su eficacia ante el gran público, tu esfuerzo resultó en buena medida baldío, pues lo que no se comenta en los grandes medios de comunicación no adquiere vigencia social.

Hay muy diversas formas, tan siniestras como eficaces, de boicotear a personas e instituciones. Seleccionar las noticias, para dar unas y omitir otras; resaltar las que interesa difundir y silenciar u ofrecer de pasada las que conviene depreciar; convertir -mediante la aplicación de trucos técnicos- una manifestación multitudinaria en una marcha minoritaria son ardidés que pueden dañar gravemente el prestigio de las instituciones y personas afectadas.

Un partido político vive en un momento delicado a causa de disensiones internas. Puede tratarse de una crisis pasajera que no afecta a la buena marcha de su actividad. Pero un programador astuto da la noticia en la primera página de un periódico, de un espacio radiofónico o televisivo y la convierte en una carga de fondo contra la buena imagen de tal

agrupación. Es posible que la mayoría de las gentes no se hagan una idea clara de la situación real, pero quedan con la idea de que algo marcha mal en tal partido y éste no resulta, por tanto, muy de fiar. No puede decirse que el programador haya faltado a la verdad, falsificando la noticia. No ha *mentido*; ha *manipulado* la realidad, magnificando una noticia que debía pasar inadvertida o figurar en un plano secundario.

El hecho de no citar a un filósofo en una *Historia de la Filosofía* significa, en rigor, negarle la existencia. De ahí la grave responsabilidad de los autores de manuales académicos. Si afirmo que desde Suárez a Ortega no hubo en España ningún metafísico digno de mención, y omito el nombre -entre otros- de Angel Amor Ruibal, colaboro no poco a que muchos lectores consagrados al pensamiento filosófico ignoren de por vida la existencia de este gran pensador, que, pese a su muerte prematura, dejó una obra cuantiosa y sorprendente por su originalidad y potencia intelectual. Como es sabido, Amor Ruibal adelantó en treinta años algunas de las tesis fundamentales de la filosofía de Xavier Zubiri. Decirlo no empaña en lo más mínimo el valor de la teoría zubiriana de la esencia, pero sí reconoce el mérito de las intuiciones tempranas de Amor Ruibal. De esta forma todos quedamos enriquecidos: los dos autores y cuantos amamos y admiramos la investigación filosófica. Aludo a un caso concreto acaecido en nuestra vida intelectual contemporánea, caracterizada por el empeño suicida de restringir todo lo posible el alcance de nuestro ámbito cultural y amenguar su valor.

Reviste especial gravedad el procedimiento del *boicot informativo* por el hecho de que pocas personas están en condiciones de advertir la existencia de lagunas notables en la información recibida. Caer en la cuenta de la intención partidista que inspira el ataque a una persona no es difícil. Descubrir que algo ha sido omitido exige mayores conocimientos, que el público atenido a los medios de comunicación no suele poseer. Para la gran mayoría, lo ausente no brilla por su ausencia; está sencillamente fuera del juego de su vida; no existe.

5. El recurso de las insinuaciones ambiguas y turbias

Es éste un procedimiento particularmente sinuoso que saca partido al poder sugestivo de lo ambiguo y prometedor. Tú me dices algo de otra persona, y yo respondo escuetamente: "Deja eso en paz, no me hagas hablar..." En realidad, no te he dicho nada preciso; nadie me puede inculpar de haber mentado, injuriado o calumniado, pero he dañado la imagen de esa persona ante tí. Es difícil calcular la influencia que se ejerce sobre el ánimo de otra persona cuando se emite ante ella un juicio sobre alguien o se deja caer la insinuación de que uno podría hacer más de una revelación sorprendente al respecto. Este tipo de juicios e insinuaciones polarizan en torno a sí, en la mente de quien los oye, todos los conocimientos fragmentarios que éste había ido adquiriendo y los orienta en un sentido muy determinado. La experiencia muestra que resulta muy arduo deshacerse de tal hechizo.

El recurso de las insinuaciones malévolas se halla operante en el origen del procedimiento del *rumor*. Yo revelo a un amigo un dato comprometido para una tercera persona. Lo hago con reparo, por falta de seguridad. Mi amigo es menos precavido y se lo cuenta a otro con más decisión. Este trasmite, a su vez, la noticia con mayor contundencia, y de este modo el indeciso dato inicial cobra difusión en la forma impersonal y oprimente del rumor.

Las insinuaciones borrosas parecen no encerrar mayores riesgos por el hecho de ser hechas en principio de modo vacilante. Pero son peligrosas porque contribuyen a formar la *bruma estratégica* que es el caldo de cultivo ideal de las diversas formas de manipulación.

6. El ataque precipitado e infundado

Dentro del capítulo de las insinuaciones malintencionadas merece, asimismo, tratamiento aparte la táctica de implicar a personas o grupos en sucesos turbios que sorprenden a las gentes y causan impacto en la opinión pública. Tiene lugar un atraco espectacular a una sucursal bancaria. Una emisora de radio de gran audiencia introduce constantemente en sus

programas cuñas informativas y en ellas alguien se cuida de indicar, con aparente frialdad informativa, que cierto grupo político está implicado en el suceso. En el momento primero de sorpresa ante la noticia, aquél en que se presta mayor atención debido a la novedad, millones de ciudadanos se ven llevados a vincular en su cerebro dos nombres: el del banco asaltado y el del grupo aludido. En los días siguientes se suscita la duda sobre la verdadera autoría del hecho. Más tarde se descubre que dicho grupo político era completamente ajeno al suceso. Unos comentaristas subrayan, como es justo, este dato. La mayoría de los medios de comunicación dan la noticia escueta y rápida. El efecto de erosión de la buena fama de tal orientación política se ha conseguido sin el menor coste. Nadie le pide cuentas a los intoxicadores. Si por azar surge la cuestión, dicen con desenfado que el error fue debido a la confusión del primer instante. Un daño grave e irreparable -como todos los referentes al buen nombre- acaba de ser cometido impunemente y sin entrar en guerra abierta, con sólo poner en juego el recurso de mezclar a alguien precipitada e infundadamente en un grave delito.

7. La estrategia de la intimidación o la explotación del miedo

En vinculación estrecha con el recurso de las insinuaciones ambiguas o malévolas, se da la *movilización del miedo* como procedimiento estratégico. Sabemos que la decisión afina la sensibilidad para los valores, alerta la inteligencia ante las falacias y trampas, enardece la voluntad en orden a superar obstáculos, otorga poder de discernimiento para distinguir el guía del embaucador; pero el miedo cohibe, intimida, resta energías para resistir, provoca la atonía en las sociedades, amengua la necesaria vitalidad para conservarse dignamente independientes frente a las pretensiones absolutistas de los tiranos. La cobardía trabaja en favor del demagogo. Un pueblo que se deja adormecer por los usurpadores se entrega a éstos antes de toda lucha.

Al recurso del miedo suele acudir cuando se rehúsa abordar los problemas de modo racional, sereno, concienzudo. Basta sugerir de pasada que, si gana tal partido político, se sacarán "las masas" a la calle, o bien, que, en caso de no tomar tal decisión, se verá seriamente comprometida la economía del país -e incluso el sistema democrático entero- para que multitud de personas se decidan por el llamado "voto útil", que en muchos casos es el *voto del miedo*, del miedo infundido en el ánimo del pueblo con astucia premeditada, es decir, estratégica.

Los últimos decenios nos ofrecen casos llamativos de "asesinato de imagen" cometido mediante el recurso del *miedo* a retornar a situaciones anteriores a la instauración de la democracia. Se insiste una y otra vez en el carácter siniestro del *nazismo*, se empareja tácticamente nazismo con *fascismo*, y se identifica fascismo con todo género de *régimen autoritario*. Con ello se tiene a mano un abanico inagotable de posibilidades de descalificación de notables adversarios políticos que colaboraron de alguna forma con formas de gobierno autoritarias.

El recurso de explotar al máximo la tendencia del pueblo a evitar riesgos traspasa a veces el umbral de lo verosímil y se adentra en el mundo del ridículo. En un debate televisivo, un dirigente sindical declaró, con toda decisión, como quien afirma algo obvio, que el enemigo a batir es siempre "la derecha, porque si la derecha llega al poder, desaparecen todas las libertades por las que hemos luchado tanto". Una persona que ejerce la función de guía y portavoz de millones de trabajadores debería matizar sus expresiones y articular sus juicios de forma cuidadosa, pues la historia de los conflictos laborales es ya lo suficientemente amplia y fecunda en incidentes para hacer ver a las mentes menos agudas que la falta de ajuste en los conceptos provoca muy serias conmociones sociales. Parece que todas las pruebas sufridas en el último siglo y medio han sido en vano. Los grandes responsables siguen hablando de "libertad" y de "la derecha" con la misma borrosidad táctica de las épocas más sombrías. Esta actitud superficial no responde a incapacidad intelectual o a ignorancia, sino al afán estratégico de provocar en el pueblo un sentimiento irracional de *temor* al adversario político y atraerlo así -merced a la "valoración por rebote"- hacia las propias posiciones. Si mi oponente es el enemigo por excelencia de las libertades, yo -que soy su contrario- quedo erigido en heraldo de

la libertad, y esta consagración gratuita seguirá operando en el ánimo de las gentes aunque, a lo largo del tiempo, mi actuación concreta sea opresora y dictatorial.

Esta circunstancia explica, por ejemplo, que un grupo pueda proclamar al mismo tiempo su voluntad de estatizar al máximo los medios de producción y su condición de garante de las libertades públicas. Se trata de una contradicción flagrante. Para salvarla en alguna medida, los partidarios incondicionales de tal grupo, fascinados por la idea nunca revisada de que él y sólo él es quien garantiza la libertad social, hacen un giro mental y pasan a considerar como módulo de autenticidad democrática la *eficacia*, no la independencia y libertad económicas. Bien sabemos que "eficacia" es la palabra talismán en las dictaduras. Para desmarcarse de las dictaduras de "derechas" -que a la eficacia suelen unir el afán de fomentar las virtudes cívicas del orden, la unión familiar, la autoridad, la sobriedad de costumbres...-, los grupos aludidos suelen ofrecer a la sociedad, por vía de compensación, toda clase de libertades en materia de moral y costumbres, haciendo caso omiso del hecho incontrovertible de que tales libertades cercenan de raíz la única auténtica libertad humana, que es la "libertad para la creatividad". Esta consecuencia se da a medio plazo, y el demagogo se cuida en exclusiva del logro de beneficios inmediatos. Cuando llegue el momento de lamentar las consecuencias de las medidas tomadas, posiblemente el grupo responsable ya no estará en el poder y no tendrá que hacer frente a las mismas ni dar cuenta de ellas.

Una persona normal puede considerar esta explotación del miedo como un recurso despreciable, nada digno de atención. Tiene razones sobradas para ello, pero no debe olvidar que el pueblo es sumamente sensible a este género de insinuaciones. En las primeras elecciones celebradas en España tras la renovación democrática, buen número de ciudadanos cambiaron su voto debido a una simple frase pronunciada con tono patriarcal, dulce y aparentemente sereno, por un político que conocía la psicología de "masas", es decir, de las capas populares que se dejan manipular por carecer de la debida estructuración.

8. El rumor, forma de ataque anónimo y difuso

Otra forma de ataque indirecto, oblicuo, sesgado, es el *rumor*. Existen diversos tipos de rumores, pero todos coinciden en un rasgo común: *operan en el anonimato, de forma impersonal*. La fuerza del rumor radica precisamente en que no lleva firma. Es instructivo analizar cómo surge el rumor porque constituye un ejemplo impresionante del poder que tiene el lenguaje para ganar batallas sin riesgo alguno.

Tres personas me cuentan algo adverso de una tercera. Yo voy a ésta y, con aire inocente, le indico: "Esto dice de tí *la gente*". No he mentado; he dicho la verdad, pero he realizado un truco: me he deslizado del plano de lo *singular* al de lo *colectivo*. En vez de indicar sencillamente que tales personas, bien localizadas y precisas, han hecho dicha crítica, se la atribuyo a una entidad que no ofrece rostro: "la gente". Con este simple trueque, aparentemente inocuo, infundo en el ánimo de la persona afectada no sólo *miedo* sino *angustia*. *Miedo* es temor ante una realidad adversa que se halla localizada y permite orientar la propia defensa. *Angustia* es temor a un enemigo que te acosa por todas partes y te desborda, o bien te amenaza de forma tan difusa que te desconcierta. Un boquete de agua en el casco del barco produce *miedo*. Si el agua penetra por todas partes o por una que no alcanzas a localizar, lanzas un SOS; estás en situación *angustiosa*. En la vida social, "la gente" es una realidad envolvente que no ofrece rostro, no ataca de frente, linealmente, de modo controlable; estrecha el cerco como una niebla envarante que quita toda libertad de orientarse y moverse. Si una o varias personas se manifiestan contra tí, puedes tomar medidas: hablar con ellas, hacerles cambiar de opinión, intimidarlas... Si es "la gente" la que te acosa, te sientes cercado de maledicencia y no sabes a dónde acudir. Este temor a las agresiones anónimas inspira la preocupación por el "qué dirán", sentimiento que suele ser oprimente en las aldeas y pueblos pequeños en los cuales las personas suelen vivir muy atentas al grupo.

El paso doloso de la forma de maledicencia concreta-individual ("estas personas me han dicho esto...") a la maledicencia difusa-colectiva ("esto dice de tí la gente...") da lugar al fenómeno social del *rumor*, procedimiento que une a la cobardía una temible eficacia, por cuanto, al amparo del impersonal "se dice que...", convierte lo oculto en algo notorio y difuso que cerca y amedrenta al afectado, pues cuanto más se rebela contra ello más se expande y mayor daño le produce.

Las noticias que se nos presentan rodeadas de cierto misterio y avaladas por la opinión pública tienen un poder singular de *sugestión*. Parece que "todo el mundo" las sostiene y que proceden de un fondo de sabiduría colectiva, del gran cerebro que todo lo penetra y juzga. Al no conocer la fuente concreta de la información, no es posible analizar la veracidad de lo afirmado, y se queda uno inerte ante el rumor que avanza y se impone como una bruma que todo lo difumina.

La táctica de la difusión de rumores, es decir de datos o juicios de valor transmitidos de modo impersonal, puede servir a dos fines de signo opuesto: elaborar *mitos* o dañar la *imagen* de personas y grupos. Debemos entender aquí por *rumor* no sólo la murmuración colectiva, la crítica que se difunde de boca en boca sino los *estados de opinión* creados mediante alguna forma impersonal y anónima de difusión de ideas y valoraciones. En esta propagación juegan los medios de comunicación un papel decisivo.

Es fácil comprobar que cuando un rumor -una *noticia difundida en la opinión pública*- alcanza un grado notable de expansión y aceptación colectiva, adquiere una fuerza mayor de propagación porque casi nadie tiene arrojo para enfrentarse a esa especie de ola expansiva, y abundan, en cambio, quienes, por ayudar al poderoso, se prestan a darle nuevo impulso. Medios de comunicación influyentes, que cuentan con personas lo suficientemente sagaces para advertir la fragilidad de tales datos, evitan cuidadosamente el hacerles frente e imponer la verdad. Pinchar esos gigantescos globos no parece rentable en el peculiar juego de fuerzas de nuestra sociedad.

Así, es posible que se haya transmitido paulatinamente y haya llegado a admitirse como algo incontrovertible que la guerra civil costó *un millón* de muertos, que en la España actual se producen 300.000 abortos clandestinos al año, que la tierra no puede alimentar los millones de seres que la van a poblar en breve si no se reduce drásticamente el índice de natalidad... Cualquier ciudadano un tanto informado sabe que en agricultura se están abriendo horizontes nuevos en cuanto a técnicas de cultivo que permiten incrementar insospechadamente el rendimiento de las tierras. Una persona medianamente avispada cae en la cuenta de que no resulta nada fácil redondear las cifras cuando se trata de precisar el número de actos realizados *en secreto*. Los historiadores más solventes están de acuerdo en que el número de víctimas de la guerra no alcanzó el medio millón. ¿Cómo es posible, si esto es así, que los tres datos antes reseñados hayan pasado a formar parte de las "creencias populares"? La explicación viene dada por las leyes que rigen la formación del rumor. Se trata de un fenómeno de tergiversación de la opinión pública que muestra a las claras *hasta qué punto es vulnerable la mente de las personas*, incluso de aquellas que, por su preparación, debieran tener un alto poder de discernimiento.

9. La valoración por vía de yuxtaposición arbitraria

Dentro del campo de la estrategia de las insinuaciones malévolas se halla, asimismo, la táctica de poner en relación, en plan aparentemente informativo, diversos acontecimientos y entidades con el fin de perjudicar a una de éstas. No se afirma nada en concreto, no se arriesga uno a tener un día que rectificar ante un tribunal, pero se están sembrando cúmulos de sospechas turbias entre una multitud de personas que no tienen una idea clara de ninguno de los temas tratados. Este procedimiento merece un juicio muy negativo porque a la cobardía une la astucia para destruir.

En esta línea de sugerencias taimadas y tendenciosas, hay quienes se expresan en forma neutral, objetiva y serena, cuando aluden a la figura del Papa Juan Pablo II, pero dejan caer sospechas una y otra vez sobre las finanzas del Vaticano. Una agresión directa al Sumo Pontífice podría resultar peligrosamente impopular entre ciertas partes de la población. Resulta más rentable sacar partido al tema de la economía vaticana. Basta ponerla en relación, como de pasada, con el escándalo de la trágica muerte de un financiero, con la logia italiana P2, con las actividades supuestamente ocultas de una controvertida institución religiosa para producir un efecto demoledor sobre la imagen del Papa ante las personas que no poseen información precisa acerca de tan complejos temas. El que realiza este tipo de manipulación no afirma nada concreto y apenas corre riesgo alguno, pues el tipo de valoración oblicua que practica no puede ser objeto de querrela. Con toda impunidad pone en entredicho, de forma sesgada, el prestigio de personas e instituciones dignas del máximo respeto.

10. La valoración por vía de oposición o rebote

Es éste un recurso estratégico muy utilizado por los manipuladores debido a su carácter sinuoso y escurridizo. Juega hábilmente con la atención de las gentes; la desplaza a voluntad hacia un lugar u otro y saca partido a las emociones subconscientes que despiertan ciertos vocablos e imágenes. No valora una realidad o acontecimiento de *modo directo*, en atención a sus condiciones, sino por vía de *confrontación con una realidad distinta*. Tal confrontación puede ser colisional o armónica.

1. La valoración por vía de *confrontación armónica* o *afinidad* tiene lugar cuando se procura que en el espíritu de una persona se superpongan dos imágenes: la del producto a vender y la de una realidad que presenta un gran atractivo espontáneo para la sensibilidad de mucha gente. Se expone en un cartel la figura de una joven en posición sicalíptica, y en una esquina del mismo se deja caer, como al azar, el nombre de una marca de jabón. Cuando vayas al supermercado, este nombre aparecerá ante tus ojos orlado de cierto nimbo irradiante que te moverá inconscientemente a comprar el producto al que alude. Se dan casos de personas que se rebelan contra este tipo de propaganda y a la hora de la compra adquieren las mercancías sugeridas y exaltadas en ella. Naturalmente, uno sabe que, cuando compra un coche, por espléndido que sea, no se lleva a casa la bella señorita que lo presenta en los prospectos. No importa. El poder de arrastre se realiza en el subconsciente. Toda forma de manipulación opera con trucos que no se dirigen a la inteligencia razonadora sino al centro oscuro del que arrancan en buena medida los actos de decisión. El demagogo no intenta que las gentes piensen, reflexionen, sopesen las opiniones, tomen decisiones ponderadas. Se limita a provocar y suscitar decisiones espontáneas, irreflexivas.

2. *Valoración por vía de confrontación colisional*. Para que resulte efectiva ante los ojos de la gente, este tipo de confrontación debe hacerse con realidades que previamente hayan sido objeto de una campaña de descrédito. Ello explica que se acuda con tanta insistencia a la dialéctica de la lucha clasista entre "pobres" y "ricos", "desheredados" y "señoritos", "proletarios" y "burgueses"... Contraponer la "clase trabajadora" a la clase representada por los "ricos", "los burgueses", los "señoritos" crea una provocativa y explosiva *dialéctica de lucha*. En ésta, a su vez, se inspira y nutre una enigmática "mística" que es fuente de colosal energía, aplicable a la edificación de una sociedad mejor o a la liquidación total de la posibilidad de vivir en concordia³⁷

Un ejemplo claro de cómo se puede valorar una realidad mediante su simple enfrentamiento con otra puede verse en la propaganda que se hizo de ciertas películas al comienzo de la transición democrática en España. Con frecuencia se anunciaba en la prensa la proyección de una película indicando que había estado prohibida durante cuarenta años. La gente acudía a verla por juzgarla de interés o incluso valiosa. En casos, la decepción fue total y

³⁷ Sobre el sentido del término "mística" en este contexto recuérdese lo indicado anteriormente.

la queja amarga: "Nos han engañado". En realidad, no les habían *engañado*, pues en los anuncios no se hacía ningún juicio de valor acerca de la calidad de la película. Les habían *manipulado* mediante el hábil truco de oponer dos conceptos: película y censura. Al indicar que dicha película había estado prohibida durante cuarenta años y ahora existía libertad para proyectarla, se dibujaban en la mente de los lectores los esquemas siguientes:

libertad - censura
película liberada de la censura - censura durante cuarenta años

Por ser considerado como opuesto a libertad, el término *censura* está sumido en el desprestigio. En consecuencia, cuarenta años de vigencia de la censura forman un período especialmente sombrío y sórdido. Al ser *liberada* de la prohibición, esta película queda fuera de ese período de amordazamiento y emparejada con el término talismán *libertad*. Adquiere, así, automáticamente un peculiar atractivo, el que ejerce lo altamente valioso, aunque en este caso nadie haya hablado de valor ni de calidad.

Esta forma de valorar por vía de confrontación con algo aversivo se realiza profusamente en la vida política actual. Cuando se ven acosados por críticas implacables, ciertos políticos se salen a menudo de las cuerdas mediante el recurso del ataque al adversario. No se defienden directamente, no responden a las acusaciones concretas de que son objeto, saltan a otro plano y echan sobre el tapete cuestiones que comprometen a quien los ha puesto en apuros dialécticos. En esta táctica evasiva se inspiran las alusiones al pasado controvertido de algunos políticos, a la "mala herencia recibida", a las persecuciones y calamidades sufridas...

En un debate televisivo, un director y actor teatral fue acusado de haber introducido expresiones blasfemas en una obra. En cierto momento se sintió acorralado por las consideraciones hechas a quemarropa por uno de sus contrincantes. Vaciló durante unos minutos. Se tambaleaba como el púgil a punto de caer a la lona. Pero de pronto se iluminó en su mente la posibilidad de recurrir al procedimiento de la confrontación. Y empezó a basar su defensa en el ataque a la institución que parecía inspirar la actitud de sus adversarios: la Iglesia. Sin realizar matización alguna, marcó con rasgos caricaturescos la tendencia inquisitorial de la Iglesia en el pasado y afirmó con acento melodramático que los exabruptos que hace pronunciar a los actores en dicha obra son una mera reacción, perfectamente comprensible, frente a la obsesiva voluntad secular de la Iglesia de anular la personalidad de las gentes. Con el mero recurso de situarse en oposición al supuesto *opresor*, se constituyó a sí mismo en *héroe de la libertad*. Este emparejamiento con la palabra talismán por excelencia le dio bríos y le permitió situarse por encima de sus adversarios, que, aun teniendo todas las cartas en su mano, se batieron en retirada durante el resto del extenso debate.

Ciertas personas y grupos, cuando se ven en la urgencia de buscar una justificación racional a una medida que han tomado por razones estratégicas inconfesables, recurren, como salida de urgencia, a una especie de *valoración por rebote*. Es un recurso a todas luces pobre en el fondo y cobarde en la forma, pero a una mirada superficial puede aparecer como signo de valentía y poder dialéctico, porque implica cierta decisión para pasar al ataque. En fecha reciente, el Director Gerente del Instituto Municipal de Transportes de cierto Ayuntamiento se vio un tanto azorado al haber de inaugurar, perfectamente vestido, un *solarium* para nudistas, costeadado con dinero del erario público. El fomento de este tipo de instalaciones está en la misma línea que la subvención de conciertos de rock duro, la liberalización de cierto género de drogas mal llamadas "blandas" y el fomento de otras formas semejantes de *vértigo*. El alto funcionario municipal no explicó las razones que inspiran esta línea de gobierno. Acudió al consabido tópico de afirmar que el Ayuntamiento había respondido a una solicitud del pueblo. Y, para dejar su posición mejor afirmada, pasó al ataque y se situó en una posición *enfrentada* a la de "los ricos". "Hasta ahora -vino a afirmar- solo unos cuantos privilegiados disfrutaban de este tipo de posibilidades. El municipio acaba de extenderlas a todos los ciudadanos". He aquí

convertida la *arbitrariedad en lucha por la liberación de los pueblos*, expresión talismán por excelencia.

El responsable de la instalación nudista no abordó ninguna de las cuestiones de fondo que plantean este tipo de lugares. Conocía perfectamente las objeciones que puede hacer la opinión pública, pero las redujo a silencio. Recurrió, sencillamente, al procedimiento de la *valoración indirecta*. Partió del hecho de que una clase social ya dispone de tales centros y dio por sentado que esto significa una discriminación injusta que debe ser eliminada. No se detuvo a discernir si, en general, la existencia de tales instalaciones deportivas es justificable o reprochable, porque, en este último caso, cerraría la vía para seguir la orientación política marcada por su partido. Recurrió hábilmente al truco de desplazar la atención hacia el tema de la *discriminación social*, que no va, obviamente, al fondo del asunto.

En los debates relativos al incremento de la presión fiscal, los responsables reaccionan siempre de la misma forma, como impulsados por un resorte. Afirman de modo mecánico, sin matización reflexiva alguna, que se han limitado a conseguir que "paguen más los que más tienen" y "acabar de una vez con el fraude fiscal". Esta alusión táctica al enemigo -"los ricos"- gana más fuerza dialéctica al ser reforzada con la apostilla de que tal purificación de las costumbres del país no fue emprendida ni mucho menos lograda jamás por "la derecha". Con sólo poner su línea de gobierno al amparo de esta tosca dialéctica o enfrentamiento entre pobres y ricos, izquierda y derecha, quedan los responsables a resguardo de todo reproche concreto. Pueden ser objeto, en un debate, de acusaciones concretas, descalificadoras e irrefutables. *Ante el gran público, su imagen está salvaguardada por la fuerza expresiva de este género astuto de valoración por vía de oposición o rebote.*

Cuando la Santa Sede hizo algunas observaciones críticas acerca de la Teología de la Liberación³⁸, TVE hizo viajar desde América a dos representantes destacados de dicha orientación teológica a fin de entrevistarlos en un programa de gran audiencia. La meta del entrevistador no consistió en clarificar las cuestiones básicas debatidas sino en presentar a ambos teólogos como representantes de la llamada "Iglesia popular" -vertida incondicionalmente al servicio de los más menesterosos- y mostrar a ésta como enfrentada con la Iglesia jerárquica, o -en expresión todavía más concisa y fría- con "el Vaticano". Los organizadores de esta emisión partían indudablemente del supuesto de que hoy día el favor del pueblo está con quienes se inclinan hacia los débiles. El mero confrontar en el diálogo ambos tipos de Iglesia suponía una merma considerable del prestigio de la Iglesia Católica jerárquica ante el pueblo. En principio parecía tratarse de un mero elogio de los sacerdotes y laicos cristianos que han comprometido sus vidas en la lucha por la liberación de unos pueblos oprimidos. La confrontación con la postura del Vaticano podría parecer a alguien un asunto de menor importancia, ya que, en definitiva, se estaba elogiando la actitud de una parte de la Iglesia. Esto último es exacto, pero el que actúa en virtud de una estrategia global sabe que a la larga los pormenores se difuminan, y una vez que se logre quebrantar la adhesión cordial e intelectual del pueblo al Sucesor de Pedro, que es fuente de unidad, estructura y vida en la Iglesia Católica, los elogios tributados tácticamente a algunos miembros de la misma no conservarán la menor relevancia; se habrán olvidado, habrán quedado integrados en el proceso estratégico de acoso a la vida religiosa.

Una persona acostumbrada a razonar con cierto rigor puede, sin duda, estimar que la falacia de procedimientos como éste queda patente a quien tenga uso de razón. No es éste el caso, lamentablemente, porque el poder ilusionista del manipulador consigue hacer el trueque de ideas lo suficientemente deprisa para que el gran público no advierta la falacia. No deja de ser humillante para los que creemos en la fuerza de la razón haber de reconocer esta derrota de la capacidad reflexiva de las gentes en favor de los profesionales de la demagogia. Pero conviene anteponer la sinceridad al ocultamiento, si queremos ganar auténtica libertad.

³⁸ Cf. *Instrucción sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación*, AS 76 (1984) 876-877.

Dos casos de valoración indirecta

Recuérdese lo sucedido en Vietnam. Miles de periodistas circulaban por el inmenso territorio para sorprender y comunicar al instante cualquier rasgo de corrupción. Esta libertad informativa creó un clima de pesimismo general, que acabó siendo compartido por las altas jerarquías de la Iglesia Católica, entonces muy floreciente en dicha nación. La situación moral del país fue considerada catastrófica. Una vez asentada esta idea en las mentes, tuvo lugar una rápida *valoración indirecta*. El corrompido Vietnam del Sur era *enemigo* de Vietnam del Norte. Había *oposición* entre ambos. Si el primero se hallaba corrupto, el segundo -su opuesto- aparecía automáticamente como modelo de limpieza, sobriedad, disciplina espartana. Ser conquistados por los contrarios significaría perder la independencia para ganar libertad frente al caos de todo orden en que estaban sumidos. Con esta simplista operación mental, el pueblo que había luchado ardorosamente durante años se entregó con todo el bagaje al anemigo. Una vez ocupado el país, el "incorrupto" vencedor se cuidó rápidamente de alejar a todo posible testigo de los acontecimientos. Los periodistas hubieron de abandonar el país. Nadie puede ahora dar fe de si la salvación vino del Norte. Frente a la hecatombe espiritual del Sur, magnificada por los medios de comunicación, los enemigos del Norte aparecieron como los recios luchadores disciplinados, sobrios, austeros, heraldos de un modo de vida fecundo y transparente. Poco tiempo necesitaron los dominados para sentir el peso de su error. Les quedan largos años para lamentarlo, porque tal yerro pertenece al género de los fallos irreversibles. Es impresionante percatarse de que un simple juego ilusionista de conceptos -Norte-Sur, sobriedad-lujo, disciplina-corrupción...- pueda superar en fuerza resolutive al poder de las armas.

Estemos alerta frente a la intención soterrada que puede inspirar las continuas alusiones a la decadencia moral de Occidente. Una sana crítica es aleccionadora, pero resulta corrosiva si está al servicio de la exaltación del enemigo. Hace siglos lo advirtió lúcidamente el general chino Sun Tse en su todavía hoy celebrado libro *El arte de la guerra*.

La valoración indirecta puede ser de signo *positivo* o *negativo*. Al segundo género pertenece el tipo de valoración que intentó hacer el corresponsal de TVE en Canadá durante una visita papal. En vez de informar de la marcha de los grandes acontecimientos, se ingeniaba para recoger pequeñas anécdotas y ponerlas en primer plano a fin de dar la impresión de que el viaje no conseguía sino plantear problemas e incomodidades a la población. El Papa había manifestado deseos de rendir visita a una tribu primitiva de las inhóspitas regiones del Norte. Ciertas razones técnicas hicieron imposible el viaje, con gran sentimiento del Papa, que en ese día atendió a multitudes en otros lugares. Para las cámaras de TVE lo único reseñable de la jornada fueron los rostros de los indios de dicha tribu que se lamentaban amargamente de haber hecho cuantiosos sacrificios en vano. Una jornada triunfal del Papa quedaba así reducida a un fiasco, por una parte, y, por otra -lo que es peor-, a una grave desatención con los seres más menesterosos del país. El corresponsal no *mintió*; simplemente *manipuló* la realidad mediante el truco de sustituir las imágenes esenciales por otras incidentales que se prestaban a una interpretación sesgada y tendenciosa.

Estos ejemplos muestran que, para cargar de valor a una realidad o fenómeno, basta considerarlos como opuestos a otros que se presentan como aversivos. Esta tosca pero eficiente táctica explica que ciertos grupos políticos acudan siempre a la "mala herencia recibida" para justificar los fracasos actuales y estén siempre prontos a defenderse mediante la descalificación de los adversarios. Si yo soy opuesto a ti y tú mereces una calificación negativa, yo quedo valorado positivamente. Soy contrario a *lo malo*, es decir, soy algo bueno.

La eficacia de esta forma primitiva de valoración explica el énfasis que hoy se pone en la palabra "alternativa", que supone una relación de enfrentamiento. En principio, presento mi grupo como *enfrentado* al tuyo; luego monto una campaña de descrédito de tu posición, y con ello, sin haber hecho mérito positivo alguno por mi parte, puedo obtener un respaldo popular masivo. Este apoyo será mucho mayor si me presento como depositario exclusivo de los términos supervalorados en la actualidad. Si soy el adalid por excelencia de la libertad, la paz,

el bienestar de los trabajadores y los pobres, todo el que disienta de mis posiciones se sitúa enfrente de los pobres, los trabajadores, la paz y la libertad. La argumentación es inaceptable, pero no torpe; es habilidosa, y conduce al éxito en buen número de casos.

El secuestro de los términos talismán le pone a uno todas las cartas en la mano. No es ilógico que un hombre tan avezado en la lucha política como José Stalin haya concedido suma atención a los estudios lingüísticos. Recordemos esta observación suya: "De todos los monopolios de que disfruta el Estado, ninguno será tan crucial como su monopolio sobre la definición de las palabras. El arma esencial para el control político será el diccionario".

A este mismo procedimiento de valoración por vía de rebote pertenece la tendencia de ciertos grupos a *quebrantar el prestigio* de las clases o instituciones sociales que pueden significar un poder autónomo frente al Gobierno. Tal labor descalificadora hace fácil la tarea de quebrar el poderío de tales instituciones cuando convenga a los propios intereses, pero encierra graves riesgos para la sociedad, cuya trama estructural queda notablemente dañada, con el peligro consiguiente de masificación.

Quienes sólo pretenden lograr ganancias inmediatas no consideran este *peligro a medio plazo* como un freno a su ansia de poder a ultranza. El recurso de no reconocer más horizonte vital que el "corto plazo" y los "intereses inmediatos" puede resultar en extremo útil para la satisfacción de ambiciones elementales, perentorias; supone, sin embargo, una miopía muy peligrosa en quienes están llamados a proyectar el futuro de la nación.

Ese tipo de logros suelen ser los más fácilmente valorables por el pueblo llano y juegan un papel decisivo en el *procedimiento de las promesas incumplidas*. El político de raza se preocupa de proyectar el futuro de su pueblo sobre bases sólidas y no atiende sólo a la consecución de éxitos rápidos. Lamentablemente, esta nobleza no siempre se ve recompensada con la adhesión popular.

Lee Kuan Yew, primer ministro de Singapur, la floreciente ciudad-estado asiática, expuso ante su parlamento el temor de que *a largo plazo* la política demográfica importada de Occidente acarree nefastas consecuencias a la nación, ya que lo que prima en el modelo occidental es "el individuo y sus derechos, con exclusión del resto". "Hemos tomado decisiones -confesó- sin prever sus consecuencias a largo plazo. Un sencillo ejemplo servirá de ilustración. Cuando se inventó la píldora (anticonceptiva), se creyó ingenuamente que era una bendición para la humanidad, y nosotros la adoptamos sin más, dispensándola a través del servicio estatal de planificación familiar. Pero la píldora ha conducido a Occidente a la promiscuidad, a la total descomposición de la familia, a un nuevo tipo de sociedad en la que proliferan la cohabitación y las familias monoparentales. Es interesante hacer notar que los japoneses prohibieron la píldora y la tienen prohibida todavía". El alto dignatario dedicó la última parte de su alocución a defender la moralidad sexual, la fidelidad conyugal y la integridad de la familia. La capacidad de *ver a larga distancia* es propia de los buenos estadistas. Reducir el horizonte visual a los acontecimientos inmediatos es un recurso de quienes entienden la política como una cucaña para lucimiento de arribistas y ambiciosos.

Las encuestas y la valoración por vía de oposición

Los diversos recursos tácticos del procedimiento de *valoración indirecta* ofrecen múltiples posibilidades de trucar las encuestas. En una emisión radiofónica de gran alcance se hizo a los oyentes esta pregunta: "¿Cree usted que los homosexuales constituyen un peligro para la sociedad?" Tal cuestión venía provocada por el descubrimiento de la relación de ciertas prácticas sexuales con el SIDA. Al ser interrogados de forma tan general y drástica, los oyentes rehuían contestar afirmativamente, y casi se sentían movidos a correr en ayuda de los protagonistas de la encuesta. Los encuestadores, al final, sacaron la conclusión siguiente: "La gente opina que los homosexuales no constituyen hoy día un peligro para la sociedad".

Tanto en ese programa como en otros que menudearon por las mismas fechas lo que se intentaba en el fondo era salir al paso de un movimiento de repulsa por parte de la opinión pública, y se recurrió a diversos procedimientos habilidosos para "desdramatizar" la cuestión. Este procedimiento es deleznable por lo que tiene de manipulador, no por la intención de fondo. Podemos no compartirla, naturalmente, pero hemos de convenir en que todo ciudadano tiene derecho a mostrar interés porque no se interrumpa el movimiento reivindicador de los "gays". Ahora bien, si lo manifiesta en público, debe aportar razones serias para justificar su actitud, no meros trucos estratégicos que lo confunden todo y no aclaran nada. (Claro está -sea dicho entre paréntesis- que el hecho de recurrir a lo segundo es prueba clara de que no consideran posible lo primero).

En otra encuesta radiofónica se requirió la opinión de los ciudadanos acerca de si procede o no el besarse en público. Hubo quien entonó loas al amor y acabó diciendo que todos los lugares son aptos para realizar una actividad tan excelente. No dedicó ningún tiempo a considerar si existe alguna contradicción insalvable entre el carácter *privado* de los actos *íntimos* y la realización *pública* de los mismos. Algunos intrépidos opinantes afirmaron escuetamente una verdad innegable: "Más vale hacer el amor que la guerra". Si se plantea la cuestión de modo que haya que escoger entre dos términos en forma de *dilema*, y el término que se opone al vocablo "amor" alude a un fenómeno tan aversivo como es la guerra, se impone aceptar sin más el amor, cualquier tipo y forma de amor, y no cabe distinguir entre *modos diversos* de amor y *formas distintas* de practicarlo.

He aquí cómo el método de valoración indirecta por vía de confrontación no respeta la libertad humana de optar; impone subrepticamente una de las opciones.

11. El recurso del desvío de la atención

La defensa por *vía de oposición, rebote o ataque* constituye una forma de *desvío de la atención*. Este procedimiento admite diversas formas, desde el cambio de tema en un debate hasta la provocación de un escándalo que tape una noticia embarazosa.

En todos los debates se observa constantemente que apenas se prosigue la discusión de un tema durante unos minutos. Cada coloquiante expone su parecer sobre los temas que favorecen su imagen y soslaya los que pueden resultarle adversos.

Algo semejante acontece en buen número de entrevistas. Entre la pregunta y la respuesta hay una relación de contigüidad y sucesión pero apenas existe coherencia alguna. Si a una persona inteligente se le ofrecieran las respuestas dadas por ciertos políticos en una entrevista apenas sería capaz de adivinar las preguntas que le habían sido hechas. Sería un ejercicio divertido hacer una prueba de este género.

12. La insistencia como táctica de persuasión

Existen dos formas de repetición: la *creadora*, que constituye una fuente de belleza en cuanto colabora a fundar ámbitos expresivos, llenos de sentido, y la *mecánica* o *pura insistencia en lo mismo*. Cuando se repite maquinalmente una idea, se la graba a fuego en el espíritu de las gentes. No se acrecienta su sentido, no se la enriquece con valiosos pormenores; sencillamente, se la impone y hace valer. Dicha idea puede ser valiosa o banal, verdadera o falsa. Una idea *falsa*, mil veces repetida y voceada a través de los megáfonos de los medios de comunicación, no se convierte en una idea *verdadera*. Una *media verdad*, proclamada incesantemente, no da lugar a una verdad integral. Pero el mero hecho de repetir multiplica la presencia de lo repetido en el clima cultural, y esta presencia renovada lo hace cotidiano, y lo cotidiano acaba siendo tomado como una atmósfera nutricia que acoge, algo natural que no se pone en tela de juicio.

Sea cual fuere su valor, una idea repetida acaba imponiéndose. No importa que no pueda sostenerse ante una mirada crítica. Los demagogos no aplican su astucia a convencer a

las clases bien preparadas, dotadas de alto poder de discernimiento. Si lo que se pretende es dominar, lo que procede es repetir, insistir, martillear sin pausa una idea, un *eslogan*, un lema, una consigna, un razonamiento elemental, un sofisma, todo aquello que pueda contribuir a orientar el modo de pensar, sentir y querer de las gentes.

El poder que encierra la repetición lleva a ciertos grupos a insistir sobre unas cuantas ideas básicas, toscas, apenas sin roturar, carentes de toda fundamentación, pero astutamente pensadas y formuladas en orden a crear un clima de opinión favorable a las propias tesis y posiciones. Durante la guerra de Vietnam, todo ciudadano de los países libres estaba asediado por consignas de propaganda antinorteamericana. En vallas, en carteles, en pintadas, en los encerados de las clases, en los azulejos de los servicios públicos, en todos los rincones mostraban su rostro agresivo y ácido. ¿Ignora alguien hoy la eficacia que en plazo no muy largo tuvieron esos ataques repetidos indefinidamente como un eco universal y constante? Cada frase, cada idea, cada dibujo o caricatura era de una extrema pobreza, tanto de concepto como de realización. Espíritus selectos pueden muy bien haber despreciado tal forma de agredir al gigante. Cada protesta era como un ridículo ladrido de perro contra el poderío de los tanques y aviones. Sin embargo, día a día se formó una opinión adversa a esta guerra sostenida en tierra extraña, y el gran ejército retornó humillado a los lares patrios, provocando una honda depresión moral en todo el inmenso país.

Grabemos bien este dato: Hay recursos estratégicos que merecen nuestra repulsa, que aparecen en sí como *despreciables*. No debemos, sin embargo, *depreciar* -es decir, minusvalorar- su poder táctico. Las personas cualificadas consideran humillante, indigno de su condición, movilizar medios que no encierran en sí un valor. No puede negarse la nobleza de esta actitud, pero su eficacia es altamente discutible.

En tiempos recientes se advirtió una clara tendencia por parte de ciertos grupos políticos a montar campañas de protesta contra las dictaduras *militares* de Hispanoamérica. Con ello se intentaban conseguir diversos objetivos: minar paulatinamente el prestigio de algunos grupos considerados de "derechas", y sentar plaza de defensores exclusivos de la libertad, a pesar de mantener un silencio riguroso, implacable, acerca de las dictaduras de corte *marxista-leninista*. La campaña fue montada de forma elemental a base de meras repeticiones. El afán de no perder la menor ocasión propicia, sea o no oportuna, venga o no a cuento, resulte o no pertinente, da lugar a situaciones grotescas. Una artista alzaba su voz recientemente en un diario de ámbito nacional contra los impuestos, y concluía afirmando que es triste aportar tan fuertes sumas de dinero al gobierno "para que éste luego facilite créditos a Pinochet". En vez de este nombre, lo pertinente, lo conforme a la verdad hubiera sido escribir "Nicaragua" -pues a este país y no a Chile fue destinada últimamente la ayuda española-, pero ello hubiera roto la lógica de la estrategia montada.

Alguien podría indicarme en este momento: "¿Ve usted cómo no es tan difícil delatar los trucos de la estrategia del lenguaje? Usted mismo lo acaba de hacer. Con ello queda el recurso neutralizado". Lamentablemente, la vida social se orienta de otra forma. Una persona, un grupo entero puede descubrir un truco, dos, veinte, y dar publicidad a su descubrimiento. Las personas que al final de esta operación se hallan alertadas frente al riesgo de ser arrolladas por la demagogia forman un número incomparablemente menor que el de las sometidas a vasallaje intelectual. No debemos confiar demasiado en la firmeza espiritual que nosotros sentimos merced a nuestra preparación. Es necesario pensar en otra escala, la escala social, que opera con grandes cifras. Por ello, nuestra labor educativa, si ha de ser eficaz, requiere una infraestructura muy amplia y sólida. De lo contrario, no haremos sino formar pequeñas élites y el pueblo quedará desguarnecido.

Debiéramos tener presente en todo momento que los demagogos hacen cálculos muy fríos y precisos. Así, cuando utilizan los medios de comunicación para herir los sentimientos de buen número de lectores y oyentes con el fin de ir cambiando las actitudes morales y religiosas del pueblo, prevén que habrá algunas protestas. Pero no se preocupan del contenido de las mismas, de las ideas que aporten, de los argumentos que aduzcan. De forma tajante y gélida,

operan sobre el papel como el estratega sobre el mapa del campo de operaciones. Del número de ciudadanos con derecho a voto ¿cuántos estarán en contra? Indudablemente serán menos que los que acusarán el influjo del mensaje emitido. Por otra parte, el eco de las críticas dura poco, porque el que insiste se hace pesado y se expone al reproche de ser reaccionario, anticuado, intransigente, inquisitorial..., calificativos bien seleccionados por los virtuosos del arte de neutralizar adversarios. Como estaba previsto, aquí y allá surgen voces airadas de protesta. Si son poco relevantes, se las somete a la campana neumática del silencio, que cae sobre ellas como una montaña de olvido e indiferencia. Si proceden de personas o grupos dotados de significación, se moviliza algún recurso descalificador para desvirtuar el efecto que puedan ejercer en el pueblo. Mientras esto sucede, en los medios de comunicación se continúa ofreciendo el mismo mensaje partidista -o incluso sectario- un día y otro.

Alguien ha dicho que "es posible engañar a algunos durante mucho tiempo y a todos durante algún tiempo, pero no cabe engañar a todos durante todo el tiempo". La segunda parte de esta aguda sentencia puede fallar en buena medida actualmente debido al poder inmenso de los medios de comunicación social. La *redundancia desinformativa, tendenciosa*, tiene un poder insospechado de crear opinión, de hacer ambiente, de instaurar un clima propicio a toda clase de errores. Basta, por ejemplo, imponer una actitud de superficialidad en el tratamiento de los temas serios para que sea posible la difusión fácil de todo tipo de falsedades. Anatole France solía afirmar que "una necedad repetida por muchas bocas no deja de ser una necedad". Sí, mil mediocridades no dan lugar a una genialidad. Pero una mentira o una verdad mutilada, si es repetida por un medio de comunicación que goza de prestigio ante los ciudadanos, acaba convirtiéndose en una *verdad de hecho*, incontrovertida, intocable, algo que nadie discute para no quedar descalificado socialmente.

Una propaganda hábilmente orquestada y bien financiada puede engañar a la mayoría durante mucho tiempo. Las gentes poco preparadas sólo consiguen liberarse de la opresión intelectual si una persona o un grupo cualificados dan la señal de alerta. Estas minorías críticas pueden hoy día quedar amordazadas por diversas razones: no cuentan con medios suficientes para realizar una labor de investigación y difusión; se hayan sometidas también al poder erosionante de la propaganda; se las amenaza con la impopularidad y con chantajes de diverso orden.

Recordemos la conocida frase del gran teórico actual de la comunicación, M. McLuhan: "El medio es el mensaje". No se dice algo porque es verdad; se toma como verdad porque se dice. Dentro de su evidente exageración, esta sentencia apunta certeramente hacia el giro que se ha operado en los últimos tiempos a favor de los medios de comunicación social.

13. La intimidación mediante el uso repetido de un vocablo prestigioso

Este recurso táctico nos permite advertir con especial claridad la tendencia del demagogo a reducir el valor de todas las realidades y acontecimientos y halagar la propensión humana a simplificar abusivamente las cosas por comodidad o por afán de dominio. El demagogo es muy injusto con la realidad, y de modo singular con la realidad humana, pero sabe hacerse simpático a las gentes y llevarlas a dónde casi siempre, de darse cuenta, no hubieran querido ir.

Los demagogos, sobre todo cuando actúan en grupo con el fin de imponer una determinada ideología, operan a largo plazo, con visión de futuro y gran paciencia, condiciones sin duda dignas de mejor causa en muchos casos pero siempre admirables desde el punto de vista táctico.

Durante largos años se ha venido haciendo hincapié en el vocablo "reconciliación". Todo parecía responder a la sana intención de fomentar la concordia. No se entreveía intención extraña alguna que enturbiase este loable propósito. Años más tarde pudo comprobarse que este vocablo, tenazmente martilleado en la mente y el corazón de los creyentes, produjo un efecto

inhibidor en lo tocante a la defensa entusiasta y valiente de los propios ideales y convicciones. Con el señuelo de un término tan cargado de resonancias religiosas, se consiguió preparar el terreno para montar subrepticamente una campaña contra los valores -de origen religioso- que están en la base de la cultura occidental. Veamos en esquema el proceso seguido.

La mayoría de los hombres que tienen noticia de las dos últimas conflagraciones mundiales sienten escalofríos al mero oír la palabra "guerra" y miran con agrado a todo el que pronuncia palabras de *reconciliación* y *paz*. Al amparo de esta tendencia clara del hombre actual, ciertos demagogos se apresuraron a tachar de beligerantes, intransigentes y sembradores de conflictos a quienes mostraban algún entusiasmo en la defensa de sus legítimas convicciones. De esta forma, aparentemente inocua, han conseguido inculcar en multitud de creyentes una especie de temor sacro ante cuanto significa confrontación de pareceres, sana defensa de los propios ideales y creencias.

Bastaría un poco de reflexión para advertir que es intransigente el que sostiene una opinión con terquedad, sin abrirse al diálogo y sin mostrar la más leve capacidad de alterar sus convicciones a la luz que aportan los demás. Esta obcecación no tiene semejanza alguna con el entusiasmo de quien defiende ardorosamente aquello en que cree pero está dispuesto a modificar sus posiciones en cuanto alguien le ofrezca razones convincentes. *La tenacidad no se confunde con la terquedad, ni el entusiasmo con el dogmatismo rígido, intolerante*. Según hemos visto, es tolerante el que busca la verdad en común; acepta lo que puedan tener de fecundo las opiniones ajenas y defiende con firmeza la propia posición en cuanto la ve justificada.

Todo esto es fácil de ver, pero el demagogo juega con habilidad la baza del escamoteo de conceptos, y, como buen ilusionista, saca partido a la capacidad humana de deslumbramiento. Pone ante los ojos de una persona palabras cargadas de prestigio y poder atractivo: *reconciliación, paz, armonía, concordia...* Inmediatamente, lanza la acusación de beligerante contra todo el que marque distancias en el campo de las convicciones y creencias. Indudablemente, marcar distancias es trazar fronteras; las fronteras dividen a las gentes; las gentes divididas pueden formar bandos situados unos en frente de otros; los bandos se transforman fácilmente en "banderías" enfrentadas, y éstas al fin entran en conflicto. Esta serie de acontecimientos la hace desfilar el demagogo ante nuestra mente con suficiente rapidez para que la temida palabra *conflicto* entre en colisión con la amada palabra *reconciliación*, y en medio de este choque violento quede aprisionada la persona que se muestra ardorosa en la defensa de sus convicciones y creencias. Vista en tal situación, aparece como intransigente y belicosa, vocablos que albergan una potencia descalificadora en un contexto de pacifismo a ultranza.

Este escamoteo demagógico lo denunció Erich Fromm al escribir: "En la actualidad es de buen tono llamar 'fanático' a cualquiera que tenga una convicción, y 'realista' a quien carece por completo de ella, o cuyas convicciones duran muy poco"³⁹.

14. El fomento del diálogo trucado como pretexto para provocar el relativismo y el indiferentismo

El demagogo introduce en este momento del proceso manipulador un término nuevo y saca partido a las resonancias que suscita en el hombre de hoy. En estrecha vecindad con la tendencia a la reconciliación se halla la proclividad del hombre actual al *diálogo*. Es ésta una palabra "talismán" porque está vinculada con la *libertad de expresión* y con la *liberación* de crispaciones y encapsulamientos intelectuales. Se califica hoy día de *persona dialogante* a la que está dispuesta a someter sus ideas a confrontación, por afán de buscar entre todos una verdad en la que participar comunitariamente. Sobre esta noble tendencia humana opera el demagogo y realiza sus juegos de manos con los conceptos.

³⁹ Cf. *La condición humana actual* (Paidós, Barcelona 1981) 61.

Dialogar es intercambiar ideas a fin de clarificar la verdad y conseguir unión entre los coloquiantes. La unidad puede lograrse ascendiendo todos a un nivel de conocimiento de la verdad más alto y perfecto, o bien renunciando cada uno a una parte de sus convicciones para llegar a un núcleo admisible por los demás. La primera vía es la adecuada e ideal porque no sacrifica la verdad en aras de la unidad de quienes la buscan. La segunda es extremadamente peligrosa porque toma como meta la *concertación*, el *compromiso* entre los dialogantes, y para lograrlo sacrifica a menudo el conocimiento de la verdad. Lo decisivo, en esta vía, es evitar a cualquier precio la confrontación, hallar un punto posible de confluencia de intereses. De esta forma, llega un momento en que la verdad se muestra como algo *inalcanzable*, o al menos *indefendible* por parte de quienes estiman haberla encontrado. No importa tanto la verdad de lo que se afirma cuanto el hecho de que la sostenga la mayoría y sea posible de esa forma evitar el enfrentamiento. El número de opinantes empieza a primar sobre los derechos de la razón y de la verdad.

Con ello se llega al "relativismo" y se consigue cubrir de prestigio la actitud de superficial "irenismo" -o pacifismo ideológico y religioso-, según la cual *vale la pena sacrificar cualquier convicción en aras de la convivencia y la cordialidad*.

En otras épocas se concedía a la verdad la primacía y se luchaba a vida o muerte por defender lo que uno estimaba verdadero. Hoy día parece que preferimos la tranquilidad y la paz a cualquier precio, aunque sea cediendo parte de las verdades básicas e irrenunciables. Sin duda tenemos razón al conceder importancia a la concordia y al respeto mutuo. El peligro surge cuando los demagogos inducen a las gentes a renunciar a la *búsqueda de la verdad* para evitar posibles desacuerdos y conflictos entre personas y grupos. Veamos en acción el arte ilusionista de los prestidigitadores intelectuales, y observemos con qué habilidad simplifican y superficializan la cuestión.

La convivencia en paz, afirman, es un bien altísimo para el hombre. Parece plausible que cada uno renuncie a una parte de sus posiciones para garantizar la permanencia de dicho bien o su recuperación cuando se ha perdido. Planteado el asunto de forma tan simple, tenemos todo dispuesto para que las gentes asientan a dicha proposición. Deberíamos, sin embargo, ser un poco más rigurosos y advertir que sólo existe verdadera unidad, paz y sincera cordialidad entre los hombres cuando éstos se esfuerzan por ajustarse a la realidad buscando la verdad con todas sus fuerzas y apertura de espíritu. *Muchas verdades mutiladas no constituyen una sola verdad medianamente aceptable, sino una gran impostura*. Y sobre la falsedad difundida por razones tácticas no puede asentarse la vida comunitaria.

A lo antedicho debe agregarse una circunstancia extremadamente grave. Con mucha frecuencia, los grupos sociales que entienden la *reconciliación* como una forma de concordia ganada a costa de diluir las propias convicciones defienden por principio una teoría *relativista* del conocimiento en todas sus vertientes -ética, religiosa, humanística...-, y no tienen nada que perder sino mucho que ganar si consiguen que sus adversarios ideológicos abandonen su posición firme y se resignen a difuminar su idea de la realidad y amenguar su poder configurador de la vida humana. Entre tales adversarios destacan los creyentes, que profesan una concepción opuesta a todo relativismo, por cuanto estiman que el hombre está capacitado para conocer la verdad, asentarse en ella y vivir de ella.

El *relativismo* -la convicción de que toda idea es relativa a una situación y a un momento determinados, de modo que nunca se puede estar seguro de haber alcanzado un saber absoluto- acaba provocando el *indiferentismo*. Si todas las perspectivas que puedo tomar de una realidad son igualmente verdaderas y legítimas, si todo depende del momento y situación desde la que se contempla una realidad o acontecimiento, ¿por qué voy a defender con interés una verdad? Toda opinión puede ser sostenida con igual legitimidad que las demás en cuanto significa un punto de vista peculiar.

Cuando dos personas, dotadas de igual agudeza visual, contemplan en idénticas condiciones de visibilidad una sierra desde vertientes distintas, obtienen sendas perspectivas de un mismo objeto que son ambas legítimas. No se anulan entre sí, no constituyen un dilema de

modo que debamos optar por la una o por la otra, no se arroga ninguna la primacía; son complementarias e integrables. Se mira un mismo objeto desde dos ángulos diferentes y se cumplen las condiciones necesarias para que el acto de contemplación sea perfectamente válido. En este sentido, la *teoría perspectivista* procede de modo riguroso.

Si lo que se contempla no es un objeto sino una realidad de rango superior, el sujeto contemplador debe cumplir ciertos requisitos que superan el hecho de tener suficiente agudeza visual. Para captar el valor de un cuadro no basta ver en grado normal. Se requiere una preparación técnica y una disposición espiritual adecuada. Si no satisfago las exigencias que me plantea la realidad que deseo percibir, mi perspectiva sobre ella será insuficiente. Puedo reclamar que se me conceda la debida atención, que se me dé un trato de igualdad respecto a las personas que han logrado un acceso más pleno a tal obra de arte por estar mejor dispuestas. Es posible que, por un erróneo concepto de lo que es la igualdad, se acceda a mi ruego sin exigirme una mayor preparación. De hecho, sin embargo, por mucho que se considere válido mi juicio, en mi acto de contemplación no se revela la realidad contemplada. Si por afán de tener voz en la sociedad, doy publicidad a mi opinión, he de reconocer que ésta no aporta nada valioso, no hace sino incrementar cuantitativamente el acervo de pareceres y dificultar, en definitiva, el hacer luz.

Está claro el escamoteo de esquemas realizado por el manipulador en dos fases. Comienza emparejando el término *reconciliación* con *paz*, *concordia*, *armonía*, *comprensión*, *apertura* de espíritu, *liberación* de dogmatismos rígidos, de tabúes, y lo enfrenta a *entusiasmo* en la defensa de convicciones, *adhesión* a normas estables, a formas de vida comprometidas y fieles.

Por estar vinculados a la palabra talismán *libertad* -latente en el término *liberación*-, los términos *reconciliación*, *paz*, *concordia*, *armonía*, *comprensión*... quedan prestigiados, y los términos que supuestamente se les oponen (entusiasmo en la defensa de los valores, adhesión a normas, etc.) son automáticamente desprestigiados. Este desprestigio fomenta -por vía de rebote- una inclinación al relativismo y la indiferencia. Los términos *indiferencia* y *relativismo* aparecen así conectados con los vocablos altamente valorados: *reconciliación*, *paz*, *concordia*, *armonía*, *comprensión*, *apertura de espíritu*, *liberación*.

En este momento, el demagogo se las ingenia para unir estos términos con la palabra *diálogo*. Con ello, el dialogar aparecerá *en sí* como algo bueno, pero dialogar *para discutir una cuestión de forma competente y entusiasta* será interpretado como una acción reprobable, por ser opuesta a la reconciliación. Tras este juego de manos con los conceptos, *sólo se entenderá como diálogo auténtico el intercambio de ideas realizado con espíritu de entreguismo pacifista*.

La treta demagógica de confundir *reconciliación* y *pacifismo a cualquier precio* inspira a muchas personas y grupos sensibles a los valores que están en la base de la cultura occidental una *moral de derrota* o al menos de *empate*, moral de resignación que no conduce a ningún día de gloria. Un equipo deportivo que sale al campo a no perder se deja envolver en la red de medidas tácticas impuestas por el adversario, si es más decidido; ajusta su ritmo al de éste, no toma iniciativas, adopta una actitud pasiva, ofrece una imagen mezquina y se expone casi siempre a una derrota bochornosa. Igual suerte se preparan quienes, en cuestiones de ética y religión, toman como meta evitar cuanto pueda interpretarse como "triumfalismo" y renuncian con ello a todo lo que signifique riqueza de sentido y de valores. Ciertamente, deben evitarse los *montajes artificiosos*, pero éstos no han de confundirse con lo que es *realmente magnífico*. Lo que es en sí grande presenta una *fachada espléndida*, y no por ello ha de ser rechazado. La trompetería huera ofrece un espectáculo ridículo, pero la grandilocuencia de lo que es de por sí muy expresivo encierra, indudablemente, un alto valor. Hoy día la Estética sabe apreciar los méritos inalienables del barroco.

El que adopta una actitud de pacifismo a ultranza tiende a rendirse al enemigo antes de divisar su estandarte; no saca energías de sus convicciones internas; no se esfuerza en inspirarse

para defender acertadamente sus creencias más entrañables; se autoderrota al hundirse en el pantano de un complejo de inferioridad infundado.

El temor a dar testimonio abierto y decidido de las propias posiciones espirituales supone una deslealtad a la realidad en que uno está instalado y de la que recibe savia nutricia. Este género de infidelidades provocan una inhibición de las mejores energías, impiden ganar la velocidad de despegue y obtener la libertad propia del vuelo. Un avión potente dispone de energía sobrada para elevar a una cota de 10.000 metros su inmensa mole, pero esta capacidad queda anulada si el piloto renuncia a ganar la velocidad de despegue a fin de no ser tachado de presuntuoso y triunfalista por sus colegas de aeronaves más modestas. Se quedará pegado a la pista, envarado en un campo que no es sino punto de partida para mayores empresas, y será fácilmente superado en capacidad de maniobra por cualquier vehículo elemental.

Mostrar una potencia, una energía, una riqueza y grandeza de la que uno participa pero no es dueño es un gesto gallardo de agradecimiento, no un signo de prepotencia. Pensar esto último responde a un concepto erróneo de lo que significa estar en vinculación activa con realidades que ofrecen grandes posibilidades creadoras. No olvidaré fácilmente el sano orgullo con que un comandante de un Boeing 747, el gigantesco "Jumbo", me explicaba la asombrosa complejidad y perfección de su aeronave. No veía en el avión una propiedad suya, de la que pudiera gloriarse, sino el gran compañero de juego que la sociedad actual -tras asumir las posibilidades creadoras que le transmitieron las generaciones pasadas- fue capaz de configurar y poner en sus manos. Una maravilla técnica como ésta es el punto de confluencia de miles de líneas de fuerza que se integran para realizar un tipo particular de encuentro. El fruto de este acontecimiento integrador es ese prodigio que llamamos "Jumbo". Este nombre está tomado del elefante gigantón que aviva la imaginación de tantos niños anglosajones. Entusiasmarse con algo que es, en definitiva, fruto de la unidad de múltiples ingenios y voluntades no es sino devolver con agradecimiento un don que se nos ha dado, como se le facilita al niño el juguete para que ponga en forma su capacidad de fundar relaciones creativas. ¿Puede alguien realizar esta magna tarea de manera fría? La revalorización de la emotividad -rectamente entendida- es una de las grandes tareas de la Pedagogía actual.

Este breve análisis nos permite advertir que el demagogo es un espíritu elemental, incapaz de sostener una discusión pormenorizada y honda sobre un tema profundo. Su gran arma es la superficialidad, impuesta de modo rotundo y contundente desde el principio y por principio. Es norma fundamental de estrategia militar no aceptar la batalla en el terreno escogido por el enemigo. El terreno propio del demagogo, el elemento en el que se mueve como pez en el agua y tiene todas las posibilidades a su favor es la ambigüedad, la confusión, la tosquedad y superficialidad.

Tal vez un amable lector me advierta en este momento que temas como la reconciliación, la paz y el diálogo son todo menos superficiales pues aluden a cuestiones radicales de la vida humana, que afectan a fibras muy sensibles del hombre. Ciertamente, y ello entraña el riesgo temible de inducir a muchas personas a dar por supuesto que el problema está siendo planteado en un plano de hondura. Pero no sucede así, porque se confunde de propósito la *tenacidad en la defensa de las propias convicciones* con la *mera obstinación*, el *entusiasmo* con el *fanatismo*, la *fidelidad* con la *obcecación fanática*, la *tolerancia* con el *permisivismo*. Tamañas confusiones sólo son posibles cuando no se ahonda en el sentido de los vocablos. La claridad, no lo olvidemos, radica en lo profundo.

15. El recurso de la mofa, burla o escarnio

Cuando una persona bien preparada se enfrenta a la doctrina propuesta por un demagogo, éste no suele aceptar el reto y entrar en debate franco y sereno. Da un rodeo y ataca al adversario ideológico por detrás, en su vida personal, a fin de descalificarlo ante el público y desvirtuar así las razones por él aducidas. Con frecuencia, procura disponer de documentación privada para esgrimirla contra dicha persona e intimidarla. Con ello, la discusión queda

desplazada violentamente al nivel de lo personal y alejada de las cuestiones debatidas en principio.

Para realizar esta forma oblicua de defensa, se recurre con frecuencia a la práctica de la mofa y el escarnio. Se busca el flanco más débil del adversario, se lo somete a un proceso de caricaturización e incluso a veces de abierta deformación, y se lo presenta así al público a través de medios propagandísticos que, en apariencia, se hallan lejos del área de influencia del manipulador para dar una impresión falaz de independencia. De esta forma sinuosa se va dejando poco a poco a dicha persona, por valiosa que sea, fuera de juego, y la mayoría de las gentes harán caso omiso de las razones que haga valer contra el manipulador de turno.

Se comenta en un artículo periodístico el modo un tanto satrapesco de veranear que han adoptado ciertos políticos. Seguidamente, se alude a la costumbre de un político muy popular de pasar sus ocios en un sencillo pueblo de pescadores. Esta alusión podría significar un enaltecimiento de su espíritu sobrio. Para no dejar esta buena impresión ante los lectores, aparece al final una coletilla bufa: "Como ven, este caballero siempre con sus ideas fijas..."

Una persona de alta condición social realiza un estudio minucioso sobre un tema muy controvertido y delicado. Un locutor de una radio de amplia audiencia se limita a dar la noticia y elude entrar a fondo en el análisis de las razones aducidas por el autor con la mera indicación de que "ya todos conocemos al personaje"... Con esta vulgar expresión, dicha en tono irónico y levemente despectivo, se descalifica a una persona que se ha tomado la molestia de profundizar en una cuestión. Puede estar equivocado, pero merece una acogida atenta o, al menos, un silencio respetuoso. El recurso de la mofa consiste, en este caso, en tomar nota de la existencia de tal estudio, no adentrarse en él, no dialogar, no intentar sintonizar con la posible parte de verdad que pueda contener, sino desplazarlo con un gesto desabrido que, magnificado por el poder difusor y prestigiante de la radio, tiene el efecto contundente de *dejarlo fuera de juego antes de entrar en juego*. El recurso de la mofa no concede al adversario el don de la palabra, no le permite explicarse, defenderse, discutir un problema; lo pone en situación de desamparo total ante las gentes para que éstas no caigan en la tentación de iniciar con él un diálogo que pueda arrojar luz acerca de su verdadera valía.

Sorprende a veces penosamente tropezar en la práctica de la vida política con tipos de lenguaje desgarrados, descalificadores del adversario, dirigidos a reducir la imagen de personas muy cualificadas a ciertos rasgos grotescos. A menudo se atribuye esta conducta a defectos de carácter o a falta de contención en el ardor de la lucha electoral. Además de esta razón, que puede ser válida, hay que aducir el propósito estratégico. Se trata de la misma táctica sinuosa de toda manifestación manipuladora. Para advertirlo, basta reflexionar un poco en la razón de fondo que ha llevado a ciertos grupos a despojar la palabra "fascista" de su sentido originario y convertirla en una especie de insulto. Durante años se ha tenido buen cuidado en desprestigiar al máximo la imagen de los *nacionalsocialistas* -denominados estratégicamente "nazis", en abreviatura, por razones obvias-, a fin de tener un fácil recurso a mano para desplazar de la circulación democrática a todo el que defienda posiciones de orden, disciplina y estructuración jerárquica de la sociedad. Como los nacionalsocialistas practicaban con intensidad sus dotes de mando, es fácil hacer un escamoteo y tachar de *fascista*, sin más matizaciones, a quien estime que la energía necesita ser encauzada para que sea fecunda.

El recurso de la mofa se lleva a cabo de múltiples maneras, sin renunciar incluso a la movilización de "comics" grotescos en los que, bordeando lo penal pero cuidándose de no caer en lo punible, se va desfigurando día a día la imagen de ciertas personas cuya valía puede constituir un obstáculo a los propósitos del manipulador. Este se ampara en las licencias que otorga el género literario de lo "cómico", confundido a menudo con el del "humor". Tiene siempre a disposición el recurso de argüir que se trata de una broma. Y la persona afectada se encuentra ante una realidad hostil que quebranta su imagen pero no ofrece rostro preciso al contraataque por vía legal. La defensa directa, consistente en devolver al manipulador la misma moneda, resulta inviable para muchas personas debido a sus criterios morales y religiosos. Esta circunstancia es explotada con harta frecuencia por ciertos manipuladores sin escrúpulos.

La eficacia del recurso de la mofa inspira a los manipuladores un gran afecto al mismo y una patente aversión a toda confrontación abierta de ideas y actitudes. Ello explica que, contra lo que era de esperar en principio, en ciertas democracias apenas se practique el debate público -como acabamos de comentar- y, cuando se monta alguno, se lo desvirtúe de forma dolosa y se lo convierta en un foro para que personas adictas a la posición del programador aventen ciertas ideas bien prefijadas de antemano.

16. La alteración sinuosa del sentido de términos y locuciones

Dada la carga emotiva que lleva consigo cada vocablo y cada locución del lenguaje ordinario, el demagogo pone especial empeño en liberarse de unos vocablos y locuciones y apropiarse de otros mediante un hábil juego de sustituciones que se hallan muy en la línea del afán actual de expresarse de modo oblicuo. Se trata de un caso especial de "desvío de la atención".

Ejemplos de tal género de sustituciones de vocablos y locuciones son los siguientes. Se llama "guerra de liberación nacional" a la invasión de un país extranjero y autónomo. Se califica de "democracia popular" a regímenes totalitarios que no conceden a los ciudadanos la menor libertad de iniciativa política. Se habla de "reinserción social" para indicar una forma de indulto o amnistía. *Campos de concentración* para presos políticos reciben el pomposo nombre de "centros de reeducación". Se designa con el noble título de "hospitales psiquiátricos" a centros carcelarios donde se destruye la salud mental de los disidentes políticos. Cuando acontece una "matanza de personas", se habla de "atentado", término más suave y llevadero. La práctica del aborto es sugerida con la benévola expresión de "interrupción voluntaria del embarazo". Para no utilizar el término "cabeza" durante la realización de las prácticas abortivas, los médicos norteamericanos utilizan la expresión "number one" -número uno-, que resulta más impersonal y fría, menos dramática en tal contexto. Ciertas bandas de malhechores se autodenominan pomposamente "comandos". Las "amantes" han recibido a lo largo de la historia diversos nombres. Hoy el que mejor viste es el de "compañera". Muchos jóvenes rehúyen el término "novio" para indicar a la persona que tratan. Prefieren un vocablo más neutro e incomprometido: "amigo". En algunos círculos parece existir cierto afán de sustituir el término "esposos" por el de "pareja", a pesar de -o bien, debido a- la mayor afinidad que éste tiene con el mero ayuntamiento animal. El término "la patria" hoy día parece vitando. Incluso decir "España" suena entre nosotros demasiado solemne; se recurre con frecuencia a una expresión más bien administrativa: "El Estado español" -que une a un carácter puramente denominativo, sin adherencia sentimental alguna, una cierta restricción del alcance de la realidad aludida-. En lenguaje más llano, se utiliza una expresión restringidamente geográfica: "este país". Pondere el lector la *reducción* que tal vocablo implica.

Indudablemente, se trata de "máscaras semánticas" que ocultan el verdadero rostro de los vocablos y de la realidad que éstos expresan y encarnan.

17. Alterar, mediante el uso de etiquetas estratégicas, el sentido de ciertas realidades

Los nombres que movilizamos en la conversación no sólo remiten a ciertas realidades ya constituidas y delimitadas, a fin de que podamos aludir a ellas sin tenerlas delante; en casos, encarnan una realidad o acontecimiento, les *dan cuerpo*, los hacen existir de hecho entre nosotros. La palabra "Madrid" alude a la ciudad que lleva su nombre, pero remite a ella *porque colabora a constituirlo como tal ciudad*, como el conjunto bien trabado de multitud de elementos que se integran en esta comunidad determinada. Sin el término "Madrid", tales elementos permanecerían dispersos, y su conjunto no se mostraría a nosotros como una trama orgánica, como una "ciudad".

Tener un *cargo* implica diversas funciones, relaciones de todo orden, responsabilidades, gratificaciones, posibilidades de un tipo y otro, dignidad, riesgos... Todo ello se sabe, pero no se ve, no se puede tocar con la mano, no es posible delimitarlo como un objeto; es algo plenamente real, pero difuso, inasible. Para que esta realidad *inasible* sea *aprehensible*, se requiere que haya un elemento aglutinante que aúne la diversidad de elementos y los muestre de golpe a los sentidos y a la inteligencia. De ahí el valor del nombre, el prestigio que lleva anejo, los sentimientos que despierta. "Eres el juez de este distrito", se dice a sí mismo el que ha sido investido de tal dignidad para hacerse a la idea de cuanto ahora representa y la responsabilidad que ello implica. La palabra *juez* abarca mucho campo: el *ámbito de realidad* que es una persona llamada a administrar justicia.

Repetir el nombre ayuda a cobrar conciencia de la propia identidad, evitar que se disperse la atención en multitud de pormenores y captar el sentido verdadero de un aspecto de la propia personalidad. *El nombre funda realidad*, no sólo alude a ella y la expresa, porque la realidad es ambigua, amplia, atmosférica, inasible, y sólo cobra densidad y existencia ante los ojos humanos cuando se objetiva en una palabra.

Este tipo de *objetivación* otorga solidez, firmeza, contornos en cierta medida precisos a la realidad expresada, pero no la *objetiviza*, es decir: no la reduce a *mero objeto*. Cada realidad conserva, al ser expresada mediante el lenguaje, su condición primigenia. El lenguaje le da concreción, la torna accesible a los sentidos -pues, al ver una palabra u oírla, entramos en relación viva con la realidad aludida, que parece vibrar toda entera en el lábil cuerpo sonoro o visual de la palabra-, pero no pierde ninguna de sus características.

Este carácter reverente del lenguaje, que no reduce el valor de lo expresado a través de él, hace posible su espléndida capacidad de expresar realidades trascendentes a lo meramente sensible: las realidades estéticas, éticas, religiosas... El lenguaje no se reduce a *medio para* comunicar algo ya sabido; es el *medio* en el cual el hombre va fundando *ámbitos de vida* con las realidades del entorno. A menudo hablamos con otras personas no porque tengamos nada de momento que comunicarnos sino para fundar amistad o incrementarla.

El lenguaje funda realidad, no la realidad *objetiva* -asible, mensurable, delimitable...-, pero sí la *ambital*, que es el modo de realidad que constituye, en un buen tanto por ciento, el mundo auténtico de cada hombre.

Sobre esta propiedad del lenguaje se montan varios procedimientos estratégicos de temible eficacia. Entre ellos cabe destacar los siguientes:

1) Se aplica un nombre noble a una realidad, fenómeno o acontecimiento plebeyos: se llama "amor" al mero erotismo; se considera como "política" el puro juego de intereses individuales o tribales; se denomina "éxtasis" la entrega fascinada; se entiende como "libertad" la simple disponibilidad sobre algo; se interpretan como "realización personal" los procesos de desenfreno pasional e instintivo.

2) Se moviliza una palabra altamente valorada en la actualidad para conferir un sentido positivo a un fenómeno que corre riesgo de ser rechazado por la opinión pública. En la ley despenalizadora del aborto se calificó astutamente de "aborto ético" el que se realiza para detener un embarazo que fue fruto de un acto de violación. El adjetivo "ético", si bien se mira, no tiene una aplicación *lógica* en este contexto. Incluso resulta *incoherente* su vecindad con el sustantivo *aborto*. Hay, sin embargo, una razón para haber sido empleado aquí; la conveniencia estratégica. Estas incoherencias le parecen razonables al que piensa con la lógica del ilusionismo mental y la voluntad de dominio.

3) Se reduce toda la significación de un grupo, complejo y cambiante, a una palabra fija, a la que es fácil lastrar con una carga emotiva de signo negativo. Por una serie de razones, más bien extrínsecas en principio, ciertos movimientos políticos fueron denominados "izquierda" y otros "derecha", "centro", etc. A lo largo del tiempo, unos grupos se cuidaron de evolucionar con el fin de adecuarse con mayor justeza a las condiciones y exigencias de la realidad. Otros, en cambio, se fijaron en posiciones rígidas, por un falso concepto de fidelidad,

y se calcificaron en "ideologías". Justamente, estos grupos son los que han tenido y siguen teniendo un empeño especial en mantener invariables las viejas etiquetas, que, hábilmente manejadas, permiten reducir al adversario a varios rasgos caricaturescos y hacerlo despreciable a los ojos del pueblo llano.

Uso táctico de etiquetas rígidas

Resulta deprimente, a la altura en que nos hallamos, oír hablar de "izquierda", "derecha" y "centro" con la misma tosquedad, imprecisión y rigidez ideológica que hace medio siglo. Esta banal "espacialización" de la política permite realizar las cabriolas manipuladoras más inverosímiles sin que la gente se asombre en exceso y muestre su rechazo. En un debate reciente, varios políticos enarbolaron los términos "izquierda" y "derecha" como banderas, y los blandieron como armas para poner al adversario fuera de juego. "La izquierda siempre defendió y seguirá defendiendo la libertad", proclamó con acento irritado y enfático un ministro ante las cámaras de televisión cuando su adversario político se tomó la libertad de recordarle algunos comportamientos contrarios a la salvaguardia de la dignidad humana. No refutó los hechos que se le reprochaban; no adujo otros más favorables; se elevó al cielo empíreo de los conceptos ideológicos, dando por hecho que todo término implica de por sí una realidad. He aquí en acción el *poder fabulador del lenguaje*, la capacidad de poner en pie realidades que sólo existen en la imaginación de unas personas. Esta condición del lenguaje hace posible aplicar etiquetas tácticas a los movimientos políticos, sociales o religiosos que se desea descalificar.

El efecto que esta táctica produce en las gentes es difícil de calibrar en cada caso con precisión, pero consta que es muy fuerte entre las personas poco avezadas a las sutilezas intelectuales y lingüísticas. Las personas mejor formadas no deben proyectar sobre los demás sus reacciones porque esta extrapolación las inducirá a error. La formación permite entrever a través de las palabras mundos complejos de realidad multicolor y cambiante. El que carece de preparación tiende a tomar los conceptos de forma opaca, como meras perchas que sostienen una etiqueta simplista. Estas etiquetas forman opinión pública y mueven a las "masas", a los pueblos que están reducidos a mero conjunto amorfo de individuos sin poder creador.

Llamó la atención no hace mucho un dirigente de un partido *conservador* cuando afirmó de modo tajante en una entrevista televisiva que él no es de *derechas*, de lo que se entiende por tal cuando se *reduce* esta orientación a un grupo de "señoritos" afanosos de conservar sus privilegios de casta, de marcar la diferencia de clases, de alzarse con la dirección y posesión de las empresas, de perpetuar una situación opresiva y envilecedora.

En este breve rimerio de tópicos se halla claramente en acción el procedimiento estratégico que estamos delatando. Los conceptos de "señorito", "privilegio", "casta", "clase", "empresas"... no son sino etiquetas conservadas astutamente en estado fósil durante siglo y medio a fin de poder lanzarlas como armas arrojadas en el momento oportuno contra el adversario político. Ello resulta eficaz, y exime de entrar en el estudio paciente de los sistemas de ideas que cada grupo profesa y de la trama de actitudes que constituyen y definen su auténtica personalidad.

No puede uno menos que sentir pena y preocupación cuando observa que ciertos dirigentes sindicales consideran sin más a "la derecha" como el enemigo irreconciliable a batir. Es una forma arcaica de reaccionar que nos devuelve a los períodos más sombríos del siglo XIX, cuando se empezaba a reaccionar contra ciertos abusos cometidos por los dueños del capital y las empresas. Seguir en la actualidad dividiendo el mundo laboral en dos clases antagónicas e irreconciliables choca frontalmente con la realidad económica y social que estamos viviendo y constituye un bloqueo de la marcha hacia modos de convivencia todavía más solidarios.

Un grupo que toma a su cargo la defensa de los trabajadores debe estar alerta para denunciar cualquier desmán que puedan cometer no sólo los dirigentes sino también los subordinados. La denominación de "empresarios" y "trabajadores" ya es en sí misma

ideológica, cerrada. No invita más que a la *lucha*. *Lucha*: otra palabra consagrada en todo sistema esclerosado. Tanto los peones como los operarios cualificados, los dirigentes y empresarios coinciden en su condición de *trabajadores*. Limitar esta expresión al grupo o grupos menos preparados intelectualmente es una reducción violenta, que engendra lógicamente violencia. Intentar favorecer hoy día a los trabajadores más humildes mediante el enfrentamiento de los mismos -agrupados bajo la etiqueta supuestamente protectora de "clase oprimida"- a los dirigentes y empresarios es un error básico que no puede conducir sino a incesantes conflictos, dramas y catástrofes, en las que parece toda concordia y bienestar.

18. Mentir abiertamente y sin medida

Cuando una persona que tiene renombre o ejerce un cargo relevante afirma con aplomo y contundencia una gran falsedad, suele ser creído por una multitud de personas de buena fe a las que parece inverosímil que falte a la verdad de forma tan patente y a veces fácil de detectar.

Siempre se ha dicho que el lenguaje diplomático está compuesto de medias verdades, de sutiles evanescencias y subterfugios evasivos. La prudencia exige, en casos, recurrir al arte de responder sin contestar, de no decir mentira sin proclamar tampoco la verdad. Es un recurso para satisfacer la curiosidad de los periodistas sin traicionar los intereses que uno defiende. Esto tiene, indudablemente, una justificación. Pero ahora se ha dado un salto cualitativo y se ha pasado a consagrar la mentira como arma para conquistar el poder y mantenerlo.

La eficacia de este recurso es sorprendente y revela la falta de cautela con que proceden a veces las personas bienintencionadas. En fecha no lejana un crítico reprochó a un autor el no haber incluido en su obra a un grupo de pensadores. Procedió con evidente ligereza, si no con aviesa intención, ya que tales autores habían sido ampliamente tratados en el libro. Este juicio adverso se grabó, sin embargo, en la mente de muchos lectores, incluso de algunos que habían leído el libro detenidamente. "¿Cómo es posible -confesó uno de ellos, sorprendido y humillado ante sus propios ojos- que haya caído yo en tal error?" Sencillamente, por la fuerza de arrastre que posee el lenguaje.

La tendencia a falsificar deliberadamente los datos para conseguir reportajes sensacionales llega a veces a extremos cómicos. Recientemente, un diario europeo de prestigio publicó una crónica en la que un periodista bien conocido daba cuenta del fallecimiento repentino de un prelado español, muy popular, y, para conceder a su escrito cierta "originalidad", se permitía atribuir la causa de su muerte a una no menos famosa institución religiosa. Las interpretaciones no siempre resulta fácil refutarlas, pero un fallecimiento queda desmentido contundentemente por la excelente salud del interesado. Al ser increpado el periodista por semejante yerro, contestó tranquilo que había tenido noticia de que tal eclesiástico había sufrido un infarto y, al redactar la noticia, se le fue un poco la mano...

La eficacia del recurso de la mentira propalada sin vacilación alguna fue puesta al descubierto y valorada positivamente por diversos especialistas en estrategia política. Lenin no se recató de afirmar que la verdad es un prejuicio burgués y la mentira presenta una gran eficacia y debe ser movilizadada siempre que sea preciso. De ahí su máxima: "Contra los cuerpos, la violencia; contra las almas, la mentira". Para Göbbels, el difusor de la mentalidad nacionalsocialista, una mentira repetida en la forma que prescribe la táctica de la manipulación acaba siendo creída por todos.

19. La utilización del lenguaje emotivo de las canciones

Una de las formas de sacar partido a la emotividad de las gentes y dejar fuera de juego a la facultad razonadora es la utilización de canciones para suscitar determinados sentimientos. Ciertas canciones cargadas de intencionalidad política o ética de cierto signo crean ambiente, saturan la atmósfera con el tipo de emociones que se quieren avivar, parecen decirlo todo y en

realidad, si bien se mira, no expresan nada concreto que pueda ser sometido a control racional, a juicio histórico, a veredicto judicial.

Es un procedimiento hábil, movilizado a veces en espacios radiofónicos, en películas de tema histórico, en visiones retrospectivas de acontecimientos emotivos del reciente pasado, en incitaciones a diversos tipos de vértigo.

20. El recurso de dividir para dominar

Con frecuencia se afirma que se fomenta la libertad e independencia de los jóvenes, la emancipación de razas y clases, la soberanía de los pueblos, la autonomía de instituciones y regiones en atención a su derecho de autogobierno. Haríamos bien en ser precavidos y recordar que toda autonomía supone en principio *división*. La división degenera no pocas veces en *escisión*. La escisión desguaza las *estructuras*. La falta de estructura *desvertebra* y *empobrece*, quita energía, capacidad de creatividad y resistencia. *Esta debilidad torna a los seres fácilmente dominables*.

La Historia reciente nos invita a no quedarnos en las apariencias. El demagogo escinde lo que desea dominar porque la desunión desvincula del suelo nutricio, agosta y depaupera. El hombre se nutre de las formas elevadas de unidad que él mismo contribuye a fundar: familia, lenguaje, escuelas, instituciones de diverso orden, movimientos culturales, estilos artísticos... De ahí que el tirano no tenga otro empeño que amenguar la vida interna y la cohesión de las corporaciones, enfrentar a los distintos estamentos entre sí, avivar la lucha de clases dentro de las diversas agrupaciones sociales, escindir al hombre de su pasado...

Como siempre, el trueque ilusionista del manipulador se realiza también aquí sobre la base de un dato real que fascina. No todo es espejismo puro en el ilusionismo mental. Al exaltar la autonomía e independencia, se apunta a un valor real. En toda región, por ejemplo, existen peculiaridades dignas de conservarse y resaltarse. Constituye, por ello, un expolio someter las diversas regiones de un país a un centrismo nivelador que borre diferencias y lo empaste todo en un magma amorfo. Conceder a tales regiones cierto grado de independencia y autogobierno supone una salvaguardia de valores reales. No debe olvidarse, sin embargo, que el autogobierno provoca cierto grado de *aislamiento* y *atrincheramiento*, y éste puede conducir al *provincianismo*, a la pérdida de la perspectiva necesaria para moverse en el mundo de hoy, que tiende por necesidad interna hacia formas cada día más amplias de unidad.

Toda corporación debe servir a sus miembros y al bien común. Si prevalece excesivamente la atención a los primeros, se cae en el *corporativismo*, que es un fenómeno de desgajamiento insolidario. En este sentido, amenguar un tanto el poder de las corporaciones parece un gesto responsable y valioso. Pero sin corporaciones fuertes, de robusta vitalidad, no es posible estructurar debidamente una sociedad moderna y garantizar su autonomía frente a posibles abusos del poder gubernamental. Quebrantar la fortaleza de tales corporaciones bajo pretexto de que su autonomía implica de por sí *corporativismo* es un recurso demagógico para extender las áreas de dominio a expensas de los legítimos derechos de los ciudadanos.

Se pone mucho énfasis en defender aquí y allá el *pluralismo* con objeto de ajustarse a la diversidad de modos de ser, pensar y sentir de las personas y grupos que integran la sociedad. En principio, esta razón parece plausible pues, si se trata de modo homogéneo realidades diversas, se les hace en alguna medida violencia. Visto, sin embargo, más de cerca este asunto, adquiere una especial complejidad, y a merced de la misma hace su aparición el espíritu manipulador y dominador. Figurémonos que hay un centro escolar que quiero someter a las directrices de la ideología que profeso y difundo. Los alumnos que en él cursan sus estudios han sido enviados por sus padres con el fin expreso de que sean educados conforme a una orientación bien definida a la cual deben atenerse los educadores, los planes de estudio, los libros de texto, todos los elementos que integran la actividad escolar. Los padres tienen derecho a tomar tal opción y a disponer de medios reales para hacerla efectiva. En este campo no tengo posibilidades de acción. Pero puedo proclamar la necesidad de instaurar en el centro una actitud

de "pluralismo" que salvaguarde la libertad de los profesores y el derecho de los alumnos a recibir orientaciones diversas con objeto de tener un abanico completo de posibilidades de elección. Al vincular *pluralismo* y *libertad*, mi propuesta aparece aureolada desde el principio con el sello de la modernidad y el progreso. Muchos profesores verán en ella una ventana abierta hacia la ansiada "libertad de cátedra", y le prestarán su apoyo. Algunos pensarán incluso que mi intención es liberarlos del yugo del ideario único y devolverles su dignidad. *Mi propósito verdadero se reduce, en realidad, a dividir para vencer.*

Cuando se está en la oposición -es decir: fuera del área del poder- respecto a una institución que se desea dominar, resulta rentable exigir la máxima dosis posible de pluralismo, porque ello otorga libertad de maniobra para introducir elementos favorables a la propia posición: profesores, doctrinas, libros, conferencias, seminarios, asambleas...

Un poder de sugestión semejante y un riesgo afín al que posee el vocablo "pluralismo" se detecta en la expresión "consejo escolar". Los legisladores se han cuidado de subrayar que el modo de gobierno a través de un consejo en el que puedan participar todos los estamentos del centro docente supone un avance en la *democratización* de las instituciones. En efecto, ésa es la impresión primera que produce tal medida. Pero un análisis profundo e imparcial descubre en ella diversas posibilidades de manipulación. Si el legislador ha tenido o no tales posibilidades ante la vista al introducir este cambio en la ordenación de los centros es una cuestión de intenciones que aquí no me incumbe tratar. Lo cierto es que tal medida es ambivalente: puede dar lugar a procedimientos democráticos y a manipulaciones tiránicas. No resulta, por ello, honrado que los promotores de la ley destaquen una posibilidad y oculten la otra. *Esta falacia da derecho a sospechar que toda esta magna operación responde a previsiones estratégicas.*

21. La táctica de borrar la memoria del pasado

Estudios profundos, realizados sobre todo a partir de H. Bergson, nos han descubierto el carácter *creador* de la memoria. Lejos de reducirse a mero instrumento de almacenaje pasivo de datos, *recordar* significa "volver a pasar por el corazón", revivir, traer a la existencia. Se recuerda, en rigor, lo que se quiere mantener vivo.

Por eso a veces nos negamos a recordar: "No me lo recuerdes", pedimos a veces con apremio. En casos, duele y oprime más el recuerdo que la experiencia primera de algo doloroso, porque, al recordar, se trae a la existencia *en bloque* algo que uno ha ido viviendo sucesivamente, y se puede sopesar mejor multitud de pormenores que en principio pasaron casi inadvertidos.

En cambio, se recuerda con especial agrado y agradecimiento lo que constituyó una fuente de posibilidades para desarrollar la personalidad. Se trae de buen grado a la existencia la parte del pasado que, habiendo dejado de existir, sigue vigente en nuestra vida a través de los campos de posibilidades que nos ha abierto y legado. Con esas posibilidades proyectamos nuestro futuro desde el presente.

La vinculación fecunda del pasado y el futuro a través del presente creador constituye el *decurso histórico*. La *historia* no es el mero tránsito del futuro al pasado a través de un presente que se reduce a mero instante: es la transmisión de los campos de posibilidades que una generación alumbra y entrega a la siguiente. Esta *transmisión* generacional constituye la "tradición". El sujeto de la tradición y de la historia no es el individuo aislado sino la *sociedad*, trama de personas interrelacionadas mediante el impulso unificador de tareas comunes. Esto nos permite comprender a fondo por qué los hombres sólo se insertan en la historia y realizan acciones meritorias para la sociedad cuando asumen activamente las posibilidades de acción que les ofrece la comunidad en que viven. Tú has cursado estudios en diversos centros docentes. Los profesores te han transmitido unos saberes. Los has asumido, y ahora realizas una labor de creación que ofreces a la sociedad actual y, a su través a las generaciones venideras. Estás engarzado en la historia. Tu *decurso vital* no es un mero dejar que pase el tiempo del

reloj. Es el alumbramiento, transmisión, asunción y reelaboración de diversas posibilidades en orden a la instauración de modos inéditos de realidad.

Fundar realidad, incrementar el acervo de realidad que hay en el universo a base de las posibilidades que nos transmite el pasado: ésta es la grandeza del hombre. Tal grandeza se anula de raíz cuando se desvincula al ser humano de su pasado histórico, entendido de forma radical. Un hombre escindido de su pasado carece de tradición, no sobrenada en posibilidades de actuar con sentido, flota en el vacío de un presente desconectado, fantasmal, mero punto tangencial de roce entre el pasado y el futuro. Este ser falto de arraigo creador y, como tal, desnutrido no tiene más realidad a que asirse que un futuro vago, impreciso, mero porvenir lleno de fantasías irreales. No se olvide que no todo el *porvenir* es para el hombre de hoy *futuro*. En rigor, *futuro* es la parte del porvenir que uno está ya *proyectando desde el presente* sobre la base realista de las posibilidades creadoras que tiene porque en buena medida las ha asumido del pasado.

Estas ideas -que la *Filosofía de la Historia* actual se cuida de clarificar⁴⁰- explican la ola de fondo que impulsa e inspira el procedimiento estratégico de privar a las gentes de su pasado. Veamos esquemáticamente los fines que pretende este despojo y los medios que se movilizan para llevarlo a cabo.

Fines perseguidos al eliminar la memoria del pasado

Se pretende evitar que las gentes dispongan de amplias posibilidades creativas en lo tocante a pensar con lucidez, cultivar la sensibilidad para lo verdaderamente valioso, estructurarse de modo firme en asociaciones fecundas. Con este empobrecimiento se intenta que el hombre comience su vida cada mañana *en cero* y esté bien dispuesto para lanzarse al *aventurerismo de revoluciones alocadas* que se emprenden sin más fundamento que el mero afán de realizar cambios y rupturas a cualquier precio. Un pueblo afirmado creadoramente en un pasado histórico prefiere la seguridad de un cambio operado con el ritmo lento propio de los procesos de maduración a los riesgos innecesarios de una ruptura practicada por el halago y la exaltación que produce la entrega al vértigo de la destrucción.

La meta de todo demagogo es impedir que las gentes reciban de la experiencia histórica luz suficiente para advertir que sin un nexo creador con la tradición no es posible proyectar un futuro con garantías de éxito. La Historia subraya multitud de errores, de falsas ilusiones, de conmociones realizadas con ingentes dosis de sacrificio e ilusión y que han abocado al vacío.

Las *ideologías* -que, por no ajustarse a la realidad, sólo pueden imponerse de forma drástica, mediante los recursos de la manipulación- se ven urgidas a desconectar al hombre de su pasado histórico, de las raíces que lo nutren e impulsan su creatividad y su poder de discernimiento. De ahí su interés en privar a los pueblos de la memoria del pasado, para hacer tabla rasa de cuanto la historia ha ido acumulando de sabiduría, doctrina, pautas de comportamiento, capacidad de sobrevolar los acontecimientos y ver críticamente a la debida distancia. *El ataque indiscriminado a la tradición tiende a hacer posible el éxito de las artes del embaucamiento*. La sabiduría de siglos descubre al hombre, entre otros mil hechos no menos importantes, que el ser humano es limitado, que la perfección ideal es inalcanzable y los paraísos terrestres son utopías irrealizables, espejimos provocados por el ansia de un futuro mejor.

El embaucador prevé que un pueblo falto de la luz que proyecta sobre su mente el pasado no rechazará las *promesas vanas de un futuro venturoso*. Recuérdese que cierto partido político que se impuso en la mitad del planeta no hizo sino prometer que iba a implantar un modo de organizar la sociedad que garantizaría la abundancia y el bienestar. Los movimientos revolucionarios reciben su fuerza de propulsión del futuro hacia el que lanzan todas las

⁴⁰ Una profunda investigación sobre la esencia de la historicidad se halla en el trabajo de Xavier Zubiri: "La dimensión histórica del hombre", en *Realitas I* (Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid 1974) 11-69.

energías, todas las pulsiones del ser humano. *El revolucionario demagogo siempre apela al futuro y rompe bruscamente con el pasado.* Del futuro se puede hablar en términos sugerentes y fascinantes sin riesgo de recibir un mentís inmediato, sin necesidad de someterse a control, a medidas precisas, a cálculos realistas. Respecto al futuro cabe abrir expectativas, suscitar emociones, provocar decisiones sin afirmar nada preciso y comprometerse. Al borrar el pasado, que es una gran fuente de luz, de clarividencia, discernimiento y prudencia, el revolucionario puede extender el futuro, como una inmensa pantalla, ante los ojos de la gente, e incitar a ésta a que proyecte en ella exaltadamente sus deseos, insatisfacciones y resentimientos. A esta táctica responde la costumbre de presentar lo que se ofrece al pueblo como algo ya esperado por él largo tiempo. Con esta hábil argucia se consigue que las gentes le sitúen a uno en esa gloriosa pantalla del futuro mejor con el que sueñan.

Cada anhelo se convierte en un *ideal* al ser proyectado en este impreciso y sugestivo horizonte de utopías. Un deseo lanzado hacia una región de pura utopía y alimentado con promesas indefinidas genera una energía indómita, capaz de provocar conmociones sociales insospechadas. El recurso de las grandes promesas utópicas suele producir efectos volcánicos. No por azar, ciertos grupos políticos utilizan siempre un lenguaje pseudorromántico, ambiguo, borroso, vago, sugeridor de arcadias felices, cargado de todas las resonancias emotivas de una aventura de lo imposible. Todos los vocablos que remiten de alguna forma a ese futuro utópico quedan orlados de un prestigio casi sacro ante las gentes. *Cambio, ruptura, revolución, alternativa, progreso, modernidad, avance...*, son términos agraciados con esta gratuita valoración.

Rebosante el pueblo llano de la emotividad que suscitan los ideales de progreso así propuestos, es capaz de arrastrar, como un torrente desbordado, todo lo que aparezca a sus ojos o se lo hagan aparecer como un obstáculo para el logro de dicha meta. Esta fuerza virtual que alienta en los pueblos reducidos a masas explica el poder destructivo de ciertas revoluciones proclamadas en virtud de simples promesas que un análisis frío y concienzudo revela como *infundadas e irrealizables*.

A menudo se reprocha a ciertos movimientos políticos que no cumplen las promesas. Se olvida que el hacerlas forma parte de una estrategia global conducente al logro del poder, no al incremento del bienestar y la dignidad del pueblo. El éxito de la táctica de hacer promesas sin voluntad de cumplirlas pende de ciertas reacciones temperamentales que se producen en el ánimo del pueblo debido al buen talante que parece revelar en los dirigentes el mero hecho de proponerlas. Ello explica que no se produzca una decepción en masa cuando la gente se convence de que no se ha cumplido lo prometido e incluso se han dado pasos atrás.

El demagogo monta sus tácticas en un nivel distinto de aquél en que se mueve el que busca la verdad y el bien y orienta su modo de pensar y expresarse conforme a un solo criterio: la necesidad de ajustarse a lo real, canon supremo de conducta. La lógica del demagogo-manipulador no viene determinada por la articulación interna de la realidad sino por las normas del arte de vencer a los grupos sociales. *Atacar al demagogo, pretender quebrantar su prestigio y desbancarle en unas elecciones movilizándolo los recursos de la lógica que rige la búsqueda de la verdad es un error táctico básico que invalida todo el talento y el esfuerzo empleado.*

Lo antedicho nos explica por qué los grupos aludidos acuden una y otra vez al simplismo efectista de lemas, consignas y *esloganes*. En ello sugieren medidas drásticas a tomar, metas a conseguir, errores seculares a superar. En su esquemática banalidad, tales esloganes, consignas y lemas no ofrecen espacio para hacer las debidas matizaciones. Se habla borrosa y pomposamente de "promoción de las masas", "igualdad social", "reparto equitativo de la riqueza", "modernización del país", "avances progresistas"... Una persona medianamente formada advierte enseguida que esta serie de locuciones exaltadas no son sino un brindar al sol que resultaría ridículo en un contexto político de mayor seriedad. Pero este tosco elementalismo, unido a la rudeza en el tono y el gesto, provoca oleadas de emoción popular y mueve montañas.

Resulta en verdad dramático ver al pueblo suspendido entre el pasado que le han sustraído, con su carga de riqueza multiseular, y un futuro reducido a mero porvenir hueco, desamueblado, sombrío, tan sólo iluminado por los fuegos fatuos de promesas vanas. Uno podría preguntarse, con razón, cómo es posible que todo un pueblo se enardezca ante proposiciones huecas, repetidas de forma casi automática, carentes de toda fundamentación sólida. La respuesta viene dada por el análisis del poder embriagador que el lenguaje manipulado ejerce sobre los pueblos a quienes se ha dejado fuera del juego de la historia.

Para que ciertas locuciones como "soberanía nacional", "independencia", "liberación nacional" cobren toda su energía revolucionaria entre el pueblo, se requiere despojar a éste de memoria histórica, desgajarlo de sus verdaderas raíces, y lanzarlo a un futuro vacío, en blanco, como una pantalla en la que todo puede aparecer magnificado gloriosamente. Entonces, las palabras talismán "independencia", "autonomía", "liberación", "cambio", "progreso"... se cargan de una sorprendente vitalidad y poder explosivo porque operan desde el vacío y hacia el vacío.

Para luchar con arrojo desesperado contra alguien hay que reducirlo previamente a algo borroso. Si tenemos en cuenta los posibles lazos que nos unen a él, nuestra decisión de lucha se verá bloqueada. Qué difícil resulta a los púgiles combatir con un adversario al que conocen *personalmente*. Prefieren por ello no verle antes del combate, no hablar con él, no tratarle, a fin de poder reducirlo a *mero enemigo a batir*, puro obstáculo en el camino. Al liberarse de toda restricción mental, pueden los púgiles entregarse a una lucha sin cuartel.

Para despojar al hombre se altera el lenguaje

Los campos de posibilidades que ofrece el pasado a la sociedad del presente constituyen un tipo de realidades que sólo pueden ser expresadas y transmitidas a través de las estructuras del lenguaje. De ahí el interés en *trasmutar el lenguaje* para quebrar su nexo con el pasado y despojarlo de la riquísima herencia que alberga y transporta. Alterado el lenguaje, que es fuente de alimento espiritual para el hombre, éste queda con las raíces de su personalidad al aire, y corre riesgo de agostarse. Tal asfixia es presupuesto indispensable para poder iniciar la fase segunda de la manipulación: la *troquelación de un lenguaje nuevo*, adecuado a la mentalidad que se intenta inocular. Un lenguaje simplificado, banalizado, empobrecido, falto de recursos se torna incapaz de comunicar a los hombres la multitud de matices que presenta la realidad.

La tarea del manipulador es inversa a la del investigador. Este inventa términos para sugerir aspectos de la realidad que ha logrado descubrir. El manipulador destruye vocablos, los despoja de sentido, altera su significado tradicional para que las gentes no tengan acceso a ciertas vertientes de la realidad. *Depauperar el lenguaje equivale a adormecer las conciencias, desmemorarlas, embotrarlas, hacerlas receptivas para un mensaje polarmente opuesto a cuanto constituye el suelo nutricional en que se asienta su existencia*⁴¹.

El hombre despojado de su pasado carece de arraigo y no tiene suelo firme en el que apoyar sus convicciones. Se siente inerme, desorientado, y, para ganar seguridad, intenta justificar su desvalimiento mediante un recurso desesperado: hacer de necesidad virtud y consagrar la *volubilidad* como la actitud adecuada a los tiempos que corren. Las convicciones firmes las interpreta como prejuicios, tabúes, fijaciones, calcificaciones, esclerosamientos.

En una época sin memoria del pasado está bien visto el desarraigo, la facilidad para el cambio, el alejamiento de todo cuanto se presenta como *absoluto*. Lo absoluto es interpretado como dogmático, rígido, intransigente, extremista. Por ello se evita profundizar en las

⁴¹ No se olvide el dato significativo de que todo grupo que, en alguna forma intenta destacarse e imponerse, configura un lenguaje particular y funda de ese modo un clima esotérico, reservado a los iniciados. En ello coinciden, desde ángulos muy diversos, movimientos tales como los trovadores medievales -en el mundo artístico-, los políticos nacionalsocialistas -en el área política-, el movimiento hippy en la vertiente sociocultural.

implicaciones *últimas* de las realidades y acontecimientos en orden a descubrir su fundamento y su sentido radical. Se adopta una posición menos comprometida: *tomar la actitud de la mayoría como criterio de legitimidad*. El fundamento de una conducta radica en el hecho de que sea aceptada y adoptada por la opinión pública. De este modo, toda la existencia humana queda regida por los criterios cambiantes de la moda. *Lo que se lleva* es la norma.

Esta forma de reducir el alcance y sentido de la vida humana ofrece un rostro amable, conciliador. Estar dispuesto a cambiar en todo momento parece una actitud opuesta a todo tipo de rígida intransigencia y autoafirmación. Sin embargo, por rebajar al hombre de rango, tal disposición supone una fuente de violencia; es una carga explosiva que lleva la sociedad actual a su espalda.

Todo lo antedicho nos revela la razón profunda por la cual ciertos grupos políticos en el poder suelen afirmar que "la memoria es subversiva". En efecto, colabora a subvertir el orden establecido sobre promesas que nunca se pensó cumplir, sobre proyectos de futuro elaborados en el vacío, desde un presente errático que flota entre un pasado absoluto y un porvenir todavía irreal.

Medios para controlar la memoria del pasado

El pasado que todavía está vigente en la actualidad a través de las posibilidades que nos ofrece no puede ser abolido. Cabe, sin embargo, ponerlo fuera de juego y privarlo de toda efectividad. Para ello se movilizan, entre otros los medios siguientes:

- Se subrayan unos hechos y se sumen otros en el olvido.
- Se falsifican datos y se fuerzan las interpretaciones a fin de alterar el sentido de los acontecimientos.
- Se aborda el análisis de ciertos puntos delicados sin *sentido histórico*, con lo cual se practica una falsificación de los acontecimientos sin alterar datos objetivos.
- Se "desmitifican" acontecimientos, gestas y figuras históricas que constituyen la base de la tradición patria.

De forma plenamente realista, polarmente opuesta a toda fantasmagórica "caza de brujas", puede afirmarse que cabe la posibilidad de que muchas personas colaboren a la realización de ciertos planes estratégicos de largo alcance sin apercibirse de ello. Quienes rompen abruptamente con el pasado y la tradición en algún aspecto de la cultura -arte, filosofía, costumbres, actitudes ante la vida, historia...- por el mero afán de partir de cero, que es presupuesto de toda revolución violenta, pueden colaborar al logro de unos propósitos que están lejos de compartir.

Se impone adoptar una actitud de sabio equilibrio entre la *susplicacia enfermiza* y la *ingenuidad indefensa*. La persona excesivamente suspicaz corre riesgo de agotar sus energías en la tarea de prever emboscadas y evitarlas. La persona ingenua que desconoce la verdadera situación en que se mueve puede pagar su injustificada confianza al precio de una eliminación implacable y precoz.

En ambientes minados por redes de intenciones planificadas estratégicamente es temerario reducirse a sopesar el *significado* de cada acción particular, de cada acontecimiento tomado en sí mismo. Vistos en su verdadero contexto, un acontecimiento, una actividad, un proceso pueden presentar un *sentido* insospechado. Medítese el siguiente ejemplo. Algunos estetas y ciertos compositores consideran que las formas musicales son camisas de fuerza que envaran el impulso creador del artista. Para conseguir plena libertad de iniciativa, propugnan dejar de lado toda la tradición, desde el mismo Strawinsky hacia atrás. Estos juicios pueden ser objeto de una valoración crítica de tipo estético y artístico. Urge, además, analizar el papel que tal posición intelectual puede jugar en una estrategia cultural mucho más amplia y comprometida para la marcha de la sociedad.

22. La interpretación fatalista del cambio

Para disminuir la resistencia del adversario y avivar en su interior el espíritu de entrega y claudicación, resulta eficaz difundir la idea de que las fuerzas de uno son tan superiores que toda defensa es inútil. Actualmente, se advierte que ha cundido la tendencia a considerar muchos fenómenos como *inevitables*. Los acontecimientos parecen sucederse de modo fatal, como un aluvión imparable al que es suicida intentar hacer frente.

Se da por supuesto que es ineludible estar al día, "aggiornarse", ajustarse a los tiempos, a las circunstancias externas tal como vienen dadas. Dicho ajuste ha de ser necesariamente pasivo, servil, gregario, porque los tiempos cambian con un ritmo cada vez más acelerado y no es posible tomarse el tiempo necesario para crear campos de juego comunes entre uno y el entorno fluyente.

Un gran director de orquesta manifestó en ocasión reciente que ha renunciado a seguir de cerca la música contemporánea porque, a menudo, cada obra presenta un lenguaje diferente, peculiar, debido sin duda -agrego por mi parte- a la confusión de lo *novedoso* con lo *creativo*. Todo ajuste, para ser creativo, requiere tiempo. Al no tenerlo en medida suficiente, porque los fenómenos se suceden vertiginosamente, el hombre que quiere ser de su tiempo se ve forzado a asumir los frutos de la cultura de forma superficial, casi pasiva, como un vestido que se acepta en función de una moda pasajera. Pero tal ajuste superficial implica un desequilibrio interior, la sumisión al *puro decurso temporal*, al *mero cambio*.

Este desequilibrio explica la falta de un lenguaje común entre muchas corrientes artísticas y los espectadores, entre buen número de padres y sus hijos, entre profesores y alumnos. La falta de entendimiento supone escisión, desunión, y ésta es provocada de propósito por los afanosos de poder. *La glorificación del cambio por el cambio, del progreso, de la apertura a lo nuevo y al futuro responde a la voluntad estratégica de someter al hombre a la rueda dentada del tiempo y no concederle el reposo necesario para ejercitar su capacidad creadora.*

En la actualidad se habla, de forma insistente y decidida, de que hay que fundar una "sociedad nueva", instaurar un "orden nuevo", conseguir un "hombre nuevo"... No se precisa apenas en qué consiste la novedad de tal tipo de hombre, de orden, de sociedad. Dicha precisión sería buena en orden a tener claridad de ideas y saber a qué atenernos, pero resultaría contraproducente para el plan estratégico que se pretende realizar. El simple uso del término "nuevo", aplicado en distintos contextos, imprime moral de victoria, enardece a todos los que de manera subconsciente ven en el cambio un giro hacia posiciones más favorables que las actuales. Al mismo tiempo, la exaltación de lo nuevo a conseguir implica una depreciación del estado de cosas que los adversarios intentan "conservar".

Al mismo fin sirve la glorificación de *lo joven*. Todo lo nuevo es joven. A lo nuevo se llega por el cambio. El cambio nos lleva a lo vigente. Lo vigente es lo socialmente importante. Acuciado por el ansia de seguir el ritmo marcado por el afán de tener una alta consideración social, el hombre se somete servilmente al cambio y vive en un presente puntual falto de todo relieve y relevancia.

En el plano del tiempo del reloj, el presente es el mero tránsito del futuro al pasado, carece de toda densidad y valor. Si el hombre no acierta a descubrir que hay otro tipo de presente -el presente de la *creatividad*-, abre la puerta a la exaltación de toda suerte de trasmutaciones espirituales. Esta banal glorificación de la inconsistencia funda un clima de superficialidad tal que la virtud de la *fidelidad* es interpretada despectivamente como mero apego a lo obsoleto y un freno al necesario "progreso". Ello implica a la vez la aceptación social y la consagración de la infidelidad en todos los órdenes.

La consagración del cambio como módulo de vida auténtica fomenta el *dirigismo autoritario* a la par que el *gregarismo*, porque los hombres sometidos al decurso temporal se desvinculan del pasado -que les ofrece posibilidades creativas- y se sienten desconcertados ante el futuro. Si hay que cambiar aceleradamente, se requiere un líder que marque la ruta en cada momento. *Los hombres ya no son sujetos activos de la historia, sino objetos pasivos del*

cambio. ¿Ha reparado el lector en que últimamente se habla con frecuencia del cambio como algo *autónomo*, como si fuera un sustantivo independiente que no necesita ir especificado por aquello que cambia? Se proclama la "política del cambio", se invita a "colaborar en el cambio", se delata a los "enemigos del cambio"... El cambio se convierte, paradójicamente, en el nuevo *absoluto* de la sociedad actual. Se absolutiza lo cambiante, se concede valor absoluto al hecho de no reconocer nada cuyo valor desborde el decurso temporal y los vaivenes del sentimiento.

Una vez exaltado de esta forma el término *cambio* y sus derivados -"progreso", "modernidad", "avance social"-, el término "conservador" y sus afines caen en un pozo de desprestigio insalvable. *Conservar* se opone automáticamente, sin necesidad de entrar en análisis prolijos, a cuanto signifique progreso, avance, cambio, mejora social. Poco importa al pueblo seducido por la entronización del término *cambio* como rey de la modernidad que los partidarios de una posición conservadora hayan consumido su vida y consagrado su talento al estudio de los grandes problemas de la nación, y den pruebas de conocerlos a fondo y poseer claves certeras para plantearlos y solucionarlos. En un plano inferior al de tales estudios y esfuerzos, el conjuro de las palabras talismán está operando sobre los espíritus y enfrentándolos a cuanto parezca oponerse al advenimiento de ese futuro nunca precisado al que se alude estratégicamente.

La capacidad de analizar en serio las cuestiones es decisiva para gobernar con eficacia. Pero la posibilidad de gobernar pende del buen éxito en las elecciones. Es te éxito se juega en el campo minado de la astucia y el lenguaje trucado. *Todo grupo bien preparado que no acierte a recuperar el lenguaje secuestrado por los magos de la manipulación camina hacia una derrota segura aunque sus adversarios se hallen bajo mínimos en conocimientos de corte académico.*

23. El cultivo de la zafiedad y el descenso al plano infracreador

Se advierte desde hace unos años un descenso progresivo hacia el cultivo de expresiones burdas, la exaltación de lo chabacano y vulgar, la ostentación de lo grosero, incluso a veces de lo pornográfico. La táctica seguida fue la siguiente. Se comenzó con tímidos tanteos, para pulsar la reacción del pueblo, sobre todo de los portavoces de los movimientos religiosos. Gradualmente, se fueron haciendo incursiones más atrevidas en el campo del mal gusto. Para neutralizar de antemano las posibles reacciones críticas, algunos directores de programas de variedades tenían la habilidad de adelantarse a los acontecimientos y anunciar a la audiencia que se reservaban ciertas sorpresas que iban a desazonar a los espíritus *pacatos*, pero que sin duda serían bien recibidas por quienes están *abiertos a la modernidad* y no tienen reparo en *deshacerse de tabúes ancestrales*. Las anunciadas y con ello magnificadas sorpresas no eran sino un rimero de frases alusivas a actos genésicos, cuatro chistes de taberna suburbial y algunos gestos de cierta procacidad. En la emisión siguiente, el responsable de tales "avances" dedicaba un espacio del programa a autofelicitarse por el éxito obtenido entre la audiencia, que había inundado su camerino de cartas, telegramas y ramos de flores. Con aire triunfante de *apóstol de la modernidad* se congratulaba de que el ambiente empiece a purificarse de represiones y se esté haciendo rápidamente receptivo a todo lo abierto, espontáneo y -por qué no decirlo- genial.

Con esto y otros recursos se ha ido dando carta de ciudadanía a modos de expresión, verbal y gestual, que en tiempos no lejanos estaban reservados a lugares y personas bien caracterizados y delimitados.

Durante cuarenta años se reprochó a la censura el agostamiento de la inventiva creadora y se anunció que con el advenimiento de las libertades democráticas el país se vería enriquecido con los frutos inéditos de los talentos ocultos por la represión. La ausencia casi total de obras valiosas en los últimos años prueba que se trataba de una simple argucia táctica.

En la actualidad, se está poniendo de manifiesto -al menos para quien no haya perdido el hábito de la reflexión- que cierto grado de censura es beneficioso para la creación artística y

literaria porque insta a no moverse facilonamente en los niveles más rudimentarios de la vida humana y a elevarse a los planos en los que se instauran modos relevantes de interacción, de unidad y de sentido. Aludo -de modo semejante a lo realizado con motivo de la libertad de expresión- a la censura que uno debe *imponerse a sí mismo* bajo el imperio y guía del bien común. De ordinario se ataca a la censura -la exterior- por ser opuesta a la libertad de cada persona, y se pasa automáticamente a dar por supuesto que, anulada tal forma de censura, impera en la vida social un tipo de libertad *indelimitada y absoluta*. Se deja de lado astutamente la posibilidad de que exista un tipo de censura que no se opone a la libertad, antes la acompaña como un *cauce*.

Esta autocensura la pone en juego todo el que descubre la estrecha relación que media entre el lenguaje y la creatividad. Para que exista creatividad, se requiere cumplir ciertas exigencias. Entre ellas destacan el *respeto mutuo* -la decisión de no tomar como meras cosas a los seres personales y los seres que son más que objetos-, la *actitud de colaboración* -por tanto, de no agresividad-, la entrega al estudio de temas que pueden suscitar el *interés común*.

Hay cuestiones en la vida que no son objeto de tal interés. Entre ellas se cuentan todos los actos relativos a la eliminación de desechos corporales y a la realización de actos íntimos de carácter sexual. Justamente, a estos dos tipos de actos se refieren la mayoría de las expresiones groseras. El uso de éstas no invita de por sí al *diálogo*, ya que aluden a actos privados, reservados, no compartibles, no "colonizables" (L. Cencillo). Se da, además, el agravante de que tales palabras suelen ser dichas con un tono violento y explosivo, opuesto a la serenidad que exige todo auténtico intercambio personal. Tomar como un "taco", como signo de acometividad impositiva, una palabra referente a la actividad sexual delata claramente qué sentido tan parcial y mezquino se otorga a este género de relaciones humanas. Orientar el lenguaje hacia planos de biología rudimentaria, lindantes con la pura animalidad, bajo pretexto y con la pretensión de que se logran así altas cotas de liberación y madurez denota una penosa ignorancia.

Lo decisivo no es que los vocablos groseros choquen y suenen mal en un determinado tiempo y situación, sino que alejan al hombre del nivel de la creatividad. Hoy sabemos por la investigación psicológica que el lenguaje malsonante no implica sólo una manifestación de mal gusto en los niveles sociales sometidos al rigor de ciertas normas arbitrarias con el fin de marcar límites entre las clases; significa *el emplazamiento del punto de mira en un plano muy bajo de realización personal*. A este plano alude la Psicología profunda cuando habla de la "fase anal", que corresponde a un estadio muy primitivo en el proceso de desarrollo de la personalidad humana.

Las reglas de urbanidad, cortesía, buena educación y crianza no son una mera imposición de la sociedad al individuo. Constituyen el resultado de una evolución del hombre en sabiduría, en conocimiento de las reglas que rigen la actividad creadora que da origen a la auténtica cultura. *Cultura* es cuanto el hombre realiza para fundar con lo real entorno modos de unidad valiosos, superiores a la unión fusional con que todo animal está unido a su medio. Esos modos de unidad no se logran a través de los actos a que antes hice alusión, simple y profundamente porque éstos no son compartibles, como lo son, en cambio, la visión de un paisaje, una comida, una audición musical.

Situar el lenguaje en el plano de lo no compartible, lo no "colonizable", implica rebajarlo a un nivel en que es inviable toda actividad auténticamente creadora, creadora de formas relevantes de unidad. Puedes relacionarte durante años con otra persona de modo meramente instintivo, en cuanto a poder, lujuria, dominio de cualquier tipo, y no fundarás con ella modo alguno de unidad valiosa, capaz por tanto de perdurar.

El lenguaje auténtico es el que da cuerpo expresivo a los vínculos valiosos que el hombre instaura en su trato creador con las realidades de su entorno. Entre ellos resalta el fenómeno del *encuentro*, el *entreveramiento personal*. Y éste es la piedra angular de la ética y la religión. Corromper el lenguaje, anulando su condición de vehículo viviente de la fundación humana de ámbitos, significa desplazar de hecho al hombre del nivel *histórico* y "arrojarlo" -

aquí sí procede el uso de este vocablo- al plano de las relaciones *fusionales* -no culturales- con la realidad. La historia sólo existe cuando el hombre, al hilo del tiempo, asume posibilidades creadoras y proyecta desde ellas el futuro.

Una vez desplazado el pueblo del campo de juego de la historia, de la creatividad y, consiguientemente, del campo de iluminación del sentido de las realidades y fenómenos que tejen su vida, es fácil convertir los *imperativos éticos* en *meros esloganes*, "desmitificar" la historia en lo que tiene de valioso, alterar el sentido de los hechos históricos conforme a presiones ideológicas partidistas, provocar en cadena la ceguera para los valores estéticos, éticos y religiosos.

Corromper el lenguaje con el supuesto fin de hacer uso de la libertad de expresión y afirmar así los derechos democráticos es una colosal trampa que embosca una voluntad de subvertir valores seculares que se oponen a una transformación radical del subsuelo ético y religioso de la sociedad. Si tal giro debe ser realizado, han de mostrarse las razones que lo exigen con un rigor adecuado a la importancia de la empresa y a la dignidad de las personas afectadas. Todo pueblo que no haya renunciado a un mínimo decoro se opondrá con todas sus fuerzas a que se cometa el atropello de reducirlo a campo de experimentación alocada de aventuras intelectuales y morales.

Resulta alarmante, por ello, observar que hoy día se glorifica a quienes confunden el *realismo literario* con la fijación obsesiva en la vertiente fisiológica de los fenómenos genésicos. Todas las vertientes de la vida humana son reales, y por ello mismo dignas de atención. Pero ésta no puede polarizarse exclusivamente en aspectos de la realidad que sólo adquieren todo su valor expresivo cuando operan integrados en el proceso de despliegue de la persona humana. Únicamente en este contexto se tornan *plenamente reales*, porque la realidad humana no es *estática* sino *extática*, deviniente, creativa, y en el proceso creador todos los elementos que entran en juego experimentan una peculiar *transfiguración* que no los altera sino que los plenifica, los dota de sentido cabal, lleva sus virtualidades a pleno logro, los pone en verdad.

No se trata de propugnar actitudes pacatas de olvido o marginación de lo genésico, lo genital, lo pulsional instintivo, la sensibilidad en todas sus formas. Tal desplazamiento sería una amputación arbitraria de una vertiente real del hombre. Imputar semejante injusticia a quienes ven un sentido en la actitud de *pudor* puede ser muy bien signo de no haber penetrado en el umbral de lo que significa la sensibilidad y, en general, el cuerpo humano. Ciertos profetas de la vuelta a lo rudimentario debieran hacerse a la idea de que su actitud, a la altura en que se hallan hoy los conocimientos antropológicos, resulta pueril, por una parte, y, por otra, temeraria. Desde ambas perspectivas, no puede reírles sus gracias quien tenga una somera idea del respeto que merece el pueblo llano, que siente una especial debilidad por cuanto implica una vuelta a lo natural y no siempre logra distinguir con precisión la naturalidad del hombre cabal y el primitivismo del hombre no evolucionado.

Inmergirse en un tipo de *lenguaje* es instalarse en un *mundo peculiar*. Verse inundado por un lenguaje chabacano, zafio, burdo, grosero, desaseado y desaliñado es quedar cercado por un mundo que no ofrece posibilidades creadoras, acosa con estímulos instintivos que impulsan a toda clase de experiencias de vértigo, conduce primero a la euforia un tanto grotesca que provoca lo que rompe moldes tradicionales, y provoca luego tristeza, angustia y, en caso límite, desesperación y destrucción, es decir: *asfixia del espíritu*.

No es extraño que la estación término de esa especie de despeñadero que es el cultivo de la grosería sea el exabrupto de la *blasfemia*. Pronunciar una expresión blasfema puede ser a veces un mero desahogo de personas poseídas por la ira, que es -no se olvide- una forma de vértigo, de pérdida de sí. En los casos más graves, expresa la ruptura del hombre con el Creador. No es un acto de negación de la existencia del Ser Supremo, sino una forma de repulsa amarga, violenta, ácida, extremadamente grosera e infamante, envilecedora en grado sumo.

Por tratarse de una forma radical de ruptura con el Ser del que pende la existencia de todas las realidades, la blasfemia supone el mayor acto *anticultural* que puede cometer el

hombre. Es un lenguaje que niega el sentido más hondo de todo lenguaje, que es *fundar unión con lo real*. Introducir expresiones blasfemas en una obra que pretende ser modelo de la avanzadilla cultural no puede sino considerarse como un sarcasmo, una broma insensata de humor negro. Si alguien cae en este pozo, no debe ser juzgado con criterios religiosos; basta aplicarle la medida más elemental de lo que ha de entenderse por *cultura*.

Estas consideraciones nos permiten comprender la razón de fondo por la cual grupos sociales de un país avezado a la vida democrática no tienen reparo actualmente en poner coto a los desmanes cometidos con el lenguaje. En el *Manual BBC para 1979*, la Junta de Gobierno de la Radiotelevisión británica afirma que "continuará censurando el sexo, las palabras malsonantes y la violencia". Considera un estricto deber suyo para con la audiencia estrechar el cerco sobre "las palabras malsonantes utilizadas sin venir a cuento y sobre las escenas de sexo innecesarias". Con lúcida conciencia de la responsabilidad que le incumbe, dicha Junta advierte que se ve obligada a ejercer un control mayor que los restantes medios de comunicación debido a su mayor penetración en los hogares. Sale al paso de posibles objeciones ya tópicas acerca de la relación entre libertad y creatividad con la inteligente observación de que es "perfectamente posible hacer una labor artística seria sin elementos innecesarios", y que ha de conseguirse "un equilibrio entre lo que es aceptable por los telespectadores y las exigencias de una labor creativa que valga la pena".

Todo el que conozca de cerca el nivel de calidad de la BBC no podrá negar que sus dirigentes poseen una idea clara de lo que implica el arte aplicado a los medios de comunicación. Que tengan el arrojo de manifestarse partidarios de cierta censura ante un pueblo tan celoso de sus libertades cívicas se explica porque no se trata de un público recién convertido a la vida democrática. Los conversos suelen mostrar un talante entusiasta, rayano en la impaciencia, incluso a veces en la intolerancia. Hoy día estamos invadidos de *conversos a la vida democrática* que nos avasallan con las exigencias de libertad. Tal vez habría que empezar a suplicarles que mediten la citada frase de André Gide: "Saber liberarse no es nada; lo arduo es saber ser libre".

La terca e intemperante pretensión de imponer formas de libertad desmesuradas y espurias se ampara con frecuencia estratégicamente en las exigencias que implica la actividad creativa. Se afirma constantemente que ciertas expresiones o escenas atrevidas vienen "exigidas por el guión". Cuando uno dispone de una mínima experiencia literaria, no tarda en descubrir que tales licencias son meros recursos para suplir la falta de auténtico talento creador. Si no se acierta a crear tramas valiosas, escribir diálogos chispeantes, inventar argumentos sorprendidos, cargados de valores humanos, se busca una salida que ofrezca ganancias inmediatas: la carcajada fácil, la excitación de la curiosidad, la crítica superficial a instituciones prestigiosas...

De vez en cuando, actrices conocidas se arriesgan a cruzar la barrera del miedo y, afrontando posibles represalias, manifiestan su indignación por ser instadas a realizar papeles degradantes que no tienen otro cometido que otorgar un incentivo banal a obras de muy baja calidad.

Toda forma de pornografía es netamente anticultural porque impide fundar modos valiosos de unidad con las realidades personales del entorno. Mirar por el ojo de una cerradura para contemplar un acto íntimo cuyo sentido sólo puede ser percibido por quienes lo realizan es una acción bochornosa, indigna de una persona. La *indignidad* procede de su carácter *reduccionista*: reduce un acto personal a mero *pasto* de la curiosidad malsana, a *objeto* de contemplación, a *medio para* la satisfacción de intereses inconfesables, no compartibles, reclusos en el reducto egoísta de la propia satisfacción. Ver una obra pornográfica es observar a través del objetivo de la cámara una serie de escenas que se desarrollan *fuera* de mi vida, en la *exterioridad*, en un mundo que *yo no comparto* y cuyo sentido, por tanto, me resulta *ajeno*. Exponer una escena a la contemplación de quienes no pueden captarla en todo su sentido supone una *degradación*. Si ésta se realiza de acuerdo con los protagonistas, porque media una retribución económica, une a tal envilecimiento un cierto carácter de *prostitución*. Prostituir algo es dedicarlo a un fin ajeno y bastardo, incoherente, forzado y artificioso. La cámara,

aunque actúe en la legalidad, ejerce la función del ojo de la cerradura. Utilizarlo para contemplar actos íntimos que no nos conciernen es un acto que debiera causar sonrojo. El fomento de la pornografía *carece de sentido*, es una actividad *absurda*, falta de racionalidad, infracultural. No deja de ser penoso observar que hoy quieran algunos grupos hacer pasar como "progresistas" ciertas prácticas que se hallan, vistas con rigor, bajo mínimos en el aspecto cultural.

Este cúmulo de errores cometidos, en el fondo, contra la dignidad de la persona humana acaba pagándolos la sociedad a precio muy alto, porque no se pueden quebrantar impunemente las leyes de la realidad.

A pesar de las buenas intenciones reflejadas en el citado *Manual de la BBC*, se han seguido cometiendo en Inglaterra numerosos atropellos, y actualmente se hace sentir en esferas muy elevadas de ese culto país una profunda preocupación por el aumento alarmante de la violencia en sus diversas formas. Recurrir, ante tales fenómenos, al tópico de que se trata de un signo de los tiempos y es el precio al que deben comprarse las libertades democráticas es un recurso indigno de personas adultas, que no deben dejarse llevar por los hechos como por una riada fatal. Interpretar como algo inevitable lo que es producto de un proceso perfectamente localizable y delimitable en su génesis, en su desarrollo y en su eclosión final constituye un procedimiento estratégico bien tipificado.

IX

LA MANIPULACIÓN DEL HOMBRE A TRAVÉS DE LA IMAGEN

Se afirma a menudo que nos hallamos actualmente en la "civilización de la imagen", tipo de cultura determinada en buena medida por el predominio de la imagen en los medios de comunicación y diversión. No faltan quienes siguen estimando que esta circunstancia es digna de ser celebrada, pero en general se percibe hoy día cierta tendencia a suspender prudentemente el juicio.

En la década de los años 50 se vivieron momentos de optimismo eufórico respecto a los nuevos horizontes pedagógicos que abría la depreciación de la memoria, por una parte, y, por otra, el cultivo de la imagen. Los responsables de la enseñanza escolar acudieron presurosos a los países más avanzados en busca de material docente. *Verlo todo era la nueva panacea para conseguir una formación sin esfuerzo*. Películas formativas, televisión, vídeo...; las posibilidades de intensificar el cultivo de la imagen se sucedieron de modo vertiginoso. Al cabo de treinta años, resulta difícil evitar la decepción al observar que la entrega a la imagen -en todas sus modalidades: estática, dinámica, en blanco y negro, en color...- no ha producido un incremento de la *capacidad imaginativa*. Estudiosos hay que delatan incluso una mengua notable de la misma.

Una vez más comprobamos que no basta aferrarse a una realidad y lanzarse indiscriminadamente a promover su cultivo sin un estudio previo de los mil condicionantes que deciden el *sentido* de todo fenómeno humano. La exaltación producida por la imagen es semejante en más de un aspecto a la euforia provocada en su día por el descubrimiento de las virtudes pedagógicas del arte y el deporte. Alguien destacó la fecundidad de estas actividades en orden al desarrollo de la personalidad, y buen número de educadores estimaron que *todo tipo* de arte y deporte, practicado *de cualquier forma*, producía efectos benéficos. Hoy sabemos que la práctica del deporte y el cultivo del arte sólo resultan formativos si se cumplen ciertas condiciones: las que vienen impuestas por las experiencias creativas. Una vez más, la vida

vuelve a enseñarnos que toda intuición y toda teoría -por clarividentes y exactas que parezcan- deben ser sometidas a un análisis minucioso antes de ser aplicadas a tareas prácticas.

La imagen es de por sí un fenómeno *ambivalente* e inspira modos diversos, a veces antagónicos, de relacionarse con ella, de forma semejante a lo que hemos visto respecto al lenguaje.

1. Concepción bifronte de la imagen

Uno de los fenómenos más dignos de estudio es el de la *expresión*. Un ser expresivo conjuga dos modos de realidad: la que se expresa y la que sirve de medio expresivo. Te digo una broma y te sonrías. Tu sonrisa es el *medio en el cual toda tu persona* me sonrío, es decir: me muestra la complacencia que le ha producido mi comportamiento. Una sonrisa no se reduce a un conjunto de elementos físicos dispuestos de tal manera que significan algo que se halla, por así decir, detrás de ellos. Tu sonrisa es el *lugar de revelación* de toda tu persona sonriente.

Cada parte del ser expresivo es un lugar de manifestación de la realidad entera. Oigo las cuatro primeras notas de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven, y es *toda la Sinfonía* la que está ya presente ante mí, si bien no *la Sinfonía toda*, en todos sus pormenores. Las realidades expresivas remiten a algo que las *desborda* pero se hace en ellas *presente*. Este poder de remisión se denomina, con bella palabra griega, "simbolismo". El poder simbólico no es una cualidad *estática* sino *dinámica*. Un símbolo remite a una realidad superior porque es el *lugar viviente de patentización de ésta*.

La vertiente sensible en la que se expresa y hace patente la intimidad de un ser recibe el nombre de "imagen". Toda imagen presenta por ello una peculiar tensión y riqueza de sentido, posee un carácter ambiguo, bifronte, poderosamente *simbólico*: remite a zonas íntimas de los seres expresivos por constituir un lugar de *apertura comunicativa*.

Merced a este rico trasfondo que en ella late, la imagen supera en profundidad y dinamismo expresivo a la mera "figura". La imagen es un *lugar de vibración* en la que palpita la realidad entera del ser expresivo. La figura es la parte sensible de la imagen vista de modo *estático*, en sí misma, no como lugar de presencia de una realidad expresiva que se comunica en ella. Una foto vulgar transmite *figuras*. Un retrato artístico plasma *imágenes*. La imagen se instaure de *dentro a fuera*, en virtud de un impulso *creador*. Te hizo gracia mi broma y esbozas una sonrisa, es decir, estás creando con todo tu ser, espiritual y corpóreo, una imagen sonriente, te manifiestas sonriente, benévolamente, hacia mí. La *figura* es un conjunto de rasgos coherentes que forman un todo lleno de sentido pero se quedan bloqueados en sí mismos; proceden de una realidad expresiva pero se los toma en sí, como algo aparte. Por eso la figura puede ser *dibujada artificialmente*. No así la imagen, que debe ser *creada espontáneamente*. Si no sientes en tu interior la tensión hacia la sonrisa porque tu persona entera no se halla en actitud sonriente, e intentas, sin embargo, dibujar una sonrisa en tu rostro, el resultado será una *mueca*, no una sonrisa. La mueca viene a ser una imagen reducida a mera figura.

Resulta impresionante rehacer las experiencias que diversos dramaturgos contemporáneos han hecho vivir a sus protagonistas ante el espejo. Al mirarse en éste de forma fija y obsesiva, su imagen se convierte en mera figura. Y ya no se ven a sí mismos, sino a una realidad *inexpresiva* que se les antoja *lejana*. Unamuno confiesa que en tal instante pronunció una vez su nombre en voz baja y sintió un profundo escalofrío, como si alguien le llamara desde lejos. Esta experiencia unamuniana, al igual que la de Roquentin en *La Náusea* de Sartre, y la de Calígula en la obra homónima de Camus, llevan en sí todo el horror del descenso del hombre a un plano inferior al que le corresponde. Es una forma de reduccionismo envilecedor que estremece porque significa un vuelco total del orden de las cosas. Por eso justamente Roquentin se desploma desvanecido, Calígula desvaría como un demente y Unamuno se siente casi

privado de identidad. La experiencia del espejo, bien interpretada, revela claramente varios de los rasgos y de las experiencias típicas del hombre contemporáneo⁴².

Saint-Exupéry, uno de los escritores contemporáneos más sensibles a los fenómenos expresivos, solía decir que "los intelectuales desmontan la cara para explicarla por partes, pero ya no ven la sonrisa"⁴³. Si te paras a analizar uno a uno los rasgos que constituyen el soporte *físico* de este gesto, pierdes de vista la sonrisa en cuanto tal. Toda imagen brota súbitamente, como un todo que no puede reducirse a cada una de sus partes y debe ser captado sinópticamente. Intenta desmontar uno a uno los acordes que integran la armonía de una pieza musical, y el encanto peculiar del mundo sonoro que ésta instaaura quedará volatilizado. Naturalmente, cabe realizar análisis técnicos de una obra, pero éstos deben hacerse para ganar distancia de perspectiva y volver de nuevo a oírla en bloque, captando al vuelo su relieve polifónico y su densidad.

Por ser lugar viviente de expresión comunicativa, la imagen es elocuente, constituye una forma de auténtico lenguaje humano; y, como todo lenguaje verdadero, no sólo comunica algo ya existente; da cuerpo expresivo a los ámbitos de vida y realidad que se van instaurando al hilo de la historia. Una sonrisa compartida funda un *ámbito de comprensión*, de acogida complaciente, de dulce serenidad. Un gesto hosco, en cambio, crea un *clima de repulsa y distanciamiento*.

El agua que encuentran los protagonistas de *El principito* de Saint-Exupéry al final de la obra, tras buscarla juntos a través del riesgo supremo de una situación límite, es imagen del acontecimiento del *encuentro*, modo relevante de realidad que surge como fruto de una *interacción* de seres que, más que objetos, son "ámbitos". La imagen presenta una textura *relacional* y posee, consiguientemente, una ineludible *ambigüedad*.

Por ser elocuente, la imagen auténtica, como la palabra verdadera, pide ser acogida en el *campo de resonancia* que es el *silencio*. Hay, por un lado, un *silencio de mudez*, que es mera carencia de palabras debida a la voluntad de no comunicarse, y, por otro, el *silencio de desbordamiento expresivo*, que ofrece un *ámbito de resonancia* al sentido expresado por la palabra. Los silencios en la música y el silencio contemplativo ante la magnificencia de una cadena de altas montañas son formas de silencio cargadas de expresividad.

Este silencio elocuente sólo se da cuando se contempla cada imagen con el *ritmo adecuado*. Un chorro de estímulos visuales parece aportar una gran riqueza de contenido, pero de hecho no alcanza el vigor expresivo de una sola imagen rectamente contemplada y orlada de un halo de silencio creativo. El silencio fomenta la creatividad en cuanto nos libera de la atencencia a múltiples estímulos cambiantes -meras figuras superficiales- y nos permite atender a lo que está denso de sentido: las *imágenes*.

Por remitir a algo expresivo que se hace presente en su vertiente sensible con impulso comunicativo, la imagen pide al contemplador que se tome tiempo y funde con ella un ámbito de encuentro. El fluir frenético de figuras insta al espectador a dejarse llevar y abandonarse al vértigo succionante del torrente de meros estímulos. La contemplación de la imagen invita a inmergirse de modo receptivo-activo en el mundo que la imagen expresa, a fundar con él una relación de intercambio y elevarse así a un plano de madurez personal. Es la experiencia plenificante del proceso de *éxtasis*⁴⁴.

La facultad destinada a configurar y captar las imágenes entendidas como *nudos de interrelaciones*, lugares vivientes de encuentro y presencia, es la *imaginación*. Lejos de reducirse a mera ensoñación pseudoromántica, la imaginación humana es profundamente realista porque no da cuerpo a *ficciones* -como la mera fantasía de carácter evasivo-, antes

⁴² Véase una exposición de tal experiencia en mis obra *Estética de la creatividad*, o.c., 378-447.

⁴³ Cf. *Pilote de guerre* (Gallimard, Paris 1942) 46; *Piloto de guerra* (Edit. Sudamericana, Buenos Aires 1958) 47.

⁴⁴ Véase la obra *Vértigo y Extasis. Una clave para superar las adicciones*, o.c.

plasma los *modos más elevados* de realidad: los modos "ambientales", aquellos que constituyen centros de iniciativa, campos de posibilidades de acción.

Merced a su carácter altamente realista, la imaginación se halla operante en la base de la creación literaria, artística, plástica, científica... *El hombre imaginativo* no vive en el mundo de lo *irreal*, sino en las vertientes de lo real que son fuente de *sentido*. Tiene un poder sorprendente de captación sensorial de realidades no meramente sensibles que revelan su fuerza expresiva en la vertiente sensible de las imágenes: oye la melancolía de un *Adagio* de Bach, ve la gracia del espíritu mediterráneo en las volutas de un capitel jónico, experimenta la plenitud del campo en flor a través de la fragancia que exhala, siente la consistencia de un organismo sano en la firmeza del andar, palpa la sublimidad del misterio religioso al adentrarse en las naves de una catedral...

2. La imagen constituye una encrucijada hacia lo profundo o hacia lo superficial

La imagen es el lugar viviente en que se expresan los seres dotados de intimidad. Por eso es siempre sorpresiva, lleva consigo una tensión de *trascendencia*, invita a trascenderla hacia lo que en ella se revela expresivamente. Justo por ello, la imagen constituye una *encrucijada*. Uno puede ver a través de la imagen, hacerla vibrar con todo lo que implica, contemplarla como lugar de encuentro de lo sensible y lo metasensible que en ella se expresa. Pero puede optar por quedarse en la imagen vista estáticamente como *mera figura* y entregarse al ritmo trepidante de la mera sucesión vertiginosa de figuras, para sentir la exaltación que produce el dejarse arrastrar por torrentes de estímulos inmediatamente gratificantes. Poseer intimidad es un gran don, mas implica un notable riesgo. Puede uno expresarse como es o como no es, puede inducir a verdad o a error. Cuando una persona revela su intimidad a través de una imagen expresiva puede actuar de modo sincero o de modo falaz. El hombre tiene el enigmático poder de interponer su voluntad entre la intimidad que se expresa y los medios expresivos, y dotar al acto de expresión de condiciones opuestas: veracidad o falacia, comunicación o retracción.

3. La imagen, recurso inagotable de manipulación

Suele decirse que "más dice una imagen que mil palabras". Beethoven solía afirmar que donde termina la expresividad de la palabra comienza la de la música. Estas expresiones, justas en un aspecto, son inadecuadas para comprender el alcance expresivo de la música y la imagen. Una madre que solloza junto al féretro del hijo muerto en accidente: he aquí una imagen que supera en expresividad a cien reportajes. El Dr. B. Nathanson afirma que la contemplación de la sencilla película *El grito silencioso* retrajo a más personas de acudir a la práctica del aborto que todos los escritos publicados acerca del tema. Ciertas imágenes actúan no sólo sobre la inteligencia sino sobre los centros de la vida interior en que se toman las decisiones.

No puede negarse, sin embargo, que *la imagen vive de la plenitud de la palabra*. Si el hombre no fuera locuente, el trasfondo que alienta en la imagen y le da relieve, plenitud de sentido, poder simbólico, capacidad de sugerir y atraer se perdería de vista. La palabra es la que precisa, la que da nombre y delimita. Pero también es cierto que *la imagen refuerza el efecto de la palabra de mil maneras*, le da colorido, concreción, hace presentes de modo enérgico los contenidos que la palabra evoca. *Entre palabras e imagen media un vínculo de mutua interacción y enriquecimiento*.

Si la imagen es de por sí ambigua, bifronte, y está vinculada con la palabra -que, como vimos, presenta también una peligrosa ambivalencia, que la convierte en vehículo de la veracidad o de la mentira-, podemos inferir la diversidad de recursos estratégicos a que puede dar lugar la movilización de imágenes. Podríamos hacer un análisis de los recursos estratégicos que permite poner en juego la imagen de modo análogo al realizado con el lenguaje. Pero ello

alargaría excesivamente nuestro trabajo. Debemos limitarnos a indicar, por vía de mera sugerencia, algunas posibilidades de tales recursos.

La imagen presenta una vertiente *sensible* y otra *metasensible*. A través de la sensible afecta al hombre de forma inmediata, concreta, palpable. El contemplador se ve atenido a la imagen y acogido a ella como por una especie de *tacto a distancia*. La vista es, con el tacto, el más *posesivo* de los sentidos. "Déjame verlo", solemos decir para percatarnos de que algo existe en verdad. Tocar y ver es la piedra de toque para probar la existencia de una realidad. La imagen, por darse a través de la *vista*, tiene un poder singular para imponerse, para hacer sentir su realidad de modo pregnante, incisivo.

Esta condición de la imagen suscita el apego del contemplador a su parte meramente sensible y estática, es decir: a la *figura*. Las figuras, por su parte, sólo tienen viveza si se suceden con *rapidez*. La rapidez se opone al *tempo* lento que pide la contemplación de las imágenes y de cuanto ellas expresan de profundo, denso de sentido y expresividad. He aquí la razón por la cual la imagen y los medios de comunicación basados en ella se prestan dócilmente al fomento del vértigo de la *entrega pasiva a ríos de impresiones sensoriales*.

Este vértigo -el "divertissement" pascaliano- encierra particular gravedad porque provoca la adopción de una actitud unilateral y precipitada ante la vida. Y ya hemos visto que la precipitación y la unilateralidad son las dos características fundamentales de los planteamientos estratégicos, o, dicho en general, de la demagogia.

Las imágenes, si son contempladas de forma rápida y diversificada, *di-vierten* al contemplador, lo sacan de sí, lo succionan, lo evaden, le impiden ahondar en realidades valiosas. De ahí que susciten, más bien, movimientos agitados de vértigo que elevaciones serenas de éxtasis. En virtud de esta condición de la imagen, el arte cinematográfico ofrece de por sí más facilidades para plasmar las formas de amor meramente erótico que las de amor integralmente personal. Nada extraño que las obras de contenido religioso suelen decepcionar de ordinario, y las que están basadas en grandes creaciones literarias se queden casi siempre en los alrededores del mundo que el autor quiso plasmar.

En la propaganda comercial, el juego de imágenes ofrece recursos inagotables para provocar la fascinación por un producto sin dar un solo juicio de valor.

Los asesores de imagen consiguen transmitir al pueblo una idea de ciertos políticos que puede ejercer un papel decisivo a la hora de otorgar el voto, al margen totalmente de las cuestiones de fondo que debieran orientar la elección. A través de una imagen cabe dar la impresión de ser sincero, afable, persona entregada al bien común, dotada de talante renovador, abierta a un futuro sonriente. La imagen, debidamente elaborada, puede sugerir condiciones de madurez en un político extremadamente joven o bien de lozana juventud y energía indomable en una persona ya entrada en años.

Para conseguir estos golpes de efecto, se requiere operar en nivel *superficial*, conseguir que el espectador se quede fijado en la mera figura, sin exigir auténticas *imágenes*, sin tener añoranza por el trasfondo que en éstas late. Actualmente, se concede una importancia decisiva a la imagen vista como mera figura. Ello puede ser indicio de cortedad de miras en el pueblo, de falta de penetración en la mirada, de degeneración de la imagen y quiebra de la imaginación, lo que supone a su vez mengua de la creatividad.

Si en un momento dado están en alza las revistas ilustradas y la televisión, debemos entrar en sospecha de que el pueblo está propenso a dejarse manipular. El cultivo masivo de la imagen, reducida a figura y a medio de fácil distracción, supone una actitud superficial y fomenta la superficialidad. Las imágenes pueden estar desbordantes de expresividad o ser chatas, mudas, opacas; pueden incentivar la imaginación creadora y movilizar las mejores virtualidades personales, o bien agotar el poder imaginativo y provocar una actitud pasiva, indolente, ante la vida. Todo pende de si el hombre, ante la encrucijada que abre toda imagen, se orienta hacia lo puramente sensible.

El cultivo de la imagen no garantiza de por sí un ascenso a la creatividad y a la plenitud personal, de forma semejante a como la instauración de un régimen democrático no implica el

logro automático de auténtica libertad, y el fomento del arte y el deporte no asegura el buen éxito de un proceso formativo. Hay que contar siempre con un factor decisivo: *la atención a los modos más valiosos de realidad y la decisión de actuar en forma creativa.*

TERCERA PARTE

CÓMO PRESERVAR LA LIBERTAD FRENTE A LA MANIPULACIÓN

X

CONSECUENCIAS DE LA MANIPULACIÓN

La práctica de la manipulación provoca graves riesgos a las personas y a la sociedad. Al manejar a personas y grupos como si fueran meros *medios para fines ajenos*, el demagogo los

reduce de valor. Por realizar tal manejo a través de los recursos estratégicos del lenguaje, el manipulador impide a las gentes pensar por propia cuenta, de forma rigurosa y ajustada a lo real (I); las ciega para los valores, amengua su creatividad, fomenta el espíritu gregario (II); mina con ello las bases de la auténtica vida democrática (III). Conviene traer ante la vista de forma rápida los estragos que producen, sobre todo *a medio y largo plazo*, los recursos manipuladores movilizados con el fin de obtener ganancias inmediatas.

1. Incapacidad de pensar de modo autónomo

Manejar arbitrariamente a una persona o a un grupo social, conducirlos a las metas que uno predetermina, no considerarlos como centros de iniciativa, dotados de capacidad creadora, significa rebajarlos de rango, degradarlos a una condición inferior, la condición de *medios o útiles* (niveles 1 y -1). Este quehacer envilecedor es propio del *sadismo* y el *masoquismo*. Hombre sádico o masoquista no es el que trata a otros hombres o a sí mismo, respectivamente, de forma cruel, sino el que, mediante la crueldad o la ternura, se reduce a sí mismo o reduce a otros a la condición de *mero medio* o *útil*. Una persona es reducida de esta forma cuando es tomada como *mero cliente*, cliente de las urnas, de las salas de espectáculos, de las agencias de turismo, de los salones de belleza, de las farmacias y tiendas... El ser personal, así rebajado de nivel, ya no interesa por lo que *es* sino por las posibilidades que *tiene* y la *función* que ejerce: función de elector, comprador, espectador, televidente, oyente de radio, viajero...

Es sintomático el gesto de triunfo con que algunos medios de comunicación airean el número de compradores, espectadores u oyentes que "tienen". El esfuerzo de promoción del cliente es en sí legítimo y noble cuando se realiza con franqueza a base de una *oferta de calidad*. Se torna bastardo si pone en juego recursos de mera seducción que no tienen por fin el bien de las personas sino su pura captación como clientes.

Reducido a mera función, el ser humano es visto expeditivamente como *presa*. Los depredadores salen diariamente a la operación de rastreo y acoso, y la llevan a cabo sin reparar siquiera en la antigua ley que prescribe una cierta igualdad de fuerzas entre el cazador y su objetivo. Actualmente, los recursos para dominar a las gentes superan desmesuradamente las defensas de éstas. Por eso no hay lucha, ni siquiera un mínimo de juego, como es propio de todo acontecimiento auténtico de caza. Se trata simplemente de una reducción drástica del hombre a mero objeto poseíble y dominable.

La actitud sádica de tratar a hombres y grupos como si fueran meros objetos adquiere a veces caracteres especialmente violentos y crueles. Cuando, en momentos sombríos de la reciente historia europea, se amontonaba a docenas de personas en un vagón de tren para hacerles recorrer, en condiciones infrahumanas, largas distancias durante días y noches, no se intentaba en primer lugar someterlas a tormento, sino tratarlas como "paquetes", para conseguir que se sintieran envilecidas a los ojos de los demás y, finalmente, a sus propios ojos. Unas personas degradadas tienden a desgajarse entre sí y difícilmente se estructuran en formas de comunidad auténticas. Una multitud de individuos disgregados se reduce a simple "masa" y es fácilmente dominable.

La reducción a "objeto" puede intentarse, asimismo, a través de un medio aparentemente opuesto: la ternura erótica. Jean-Paul Sartre afirma que el amor humano conyugal es sádico porque, al acariciar a una persona, se pone en primer plano su cuerpo, se le concede honores de primera figura y se deja de lado a la persona en cuanto tal. Al darse cuenta la persona amada de esta injusta reducción envilecedora, devuelve la pelota al amante, con lo cual el amor viene a ser un andar a porfía en la tarea de reducir al ser amado a objeto. Esta observación sartriana es justa respecto a la caricia que se dirige unilateralmente al cuerpo, y se atiene a él en exclusiva por el mero halago inmediato que ello pueda reportar. En este caso, estamos ante la reducción del ser amado a objeto, objeto sin duda adorable, pero objeto al fin. El adjetivo no redime al sustantivo de lo que encierra de envilecedor. Con toda razón reprochan algunas actrices a ciertos empresarios que se empeñen en considerarlas como bellos objetos de

contemplación y no como *actrices*, es decir, como personas capaces de realizar el *juego creador* de la representación teatral o cinematográfica. Esa reducción a "mujer-objeto" constituye un acto de sadismo.

La caricia que se hace a una persona *en cuanto tal* resalta en cierta medida el cuerpo del ser acariciado, pero no lo *exalta* sobre la persona, sino que lo ve como el *lugar de expresión* de ésta. Lo *resalta* justamente como lugar de vibración de *toda* la persona. El acto de acariciar no se queda fijado en la vertiente corpórea; va de una persona a la otra para fundar un *ámbito de encuentro* personal. Aquí, por tanto, no se da reducción alguna, sino más bien elevación. No existe sadismo, sino amor y respeto. Si dos amigos íntimos se abrazan, no estamos sólo ante dos cuerpos que se entrelazan, sino ante dos personas que se van al encuentro.

2. El gregarismo y la ceguera para los valores

La manipulación de personas y grupos se realiza movilizándolo los recursos que ofrecen el lenguaje y la imagen. El empleo de términos talismán, la tergiversación del sentido de los vocablos mediante cruces realizados en los esquemas mentales, el planteamiento unilateral de las cuestiones, la puesta en juego de procedimientos tácticos de diverso orden causan graves alteraciones en el recto orden de las cosas. Destaquemos algunas:

1. La manipulación embosca el verdadero sentido de las realidades y los acontecimientos y, por tanto, de los términos del lenguaje ordinario. En el clima de confusión provocado por la demagogia manipuladora queda borroso el concepto de libertad, el alcance de la ética y su relación con la política, el nexo que media entre la vida religiosa y la atención a los problemas sociales y tantas otras cuestiones no menos importantes.

2. Esta desorientación respecto al sentido preciso de realidades y acontecimientos adormece la inteligencia humana, embota su capacidad de realizar distinciones precisas y delimitar cuidadosamente los diversos fenómenos, amengua o anula del todo su poder de discernimiento crítico en cuestiones éticas -relativas a la conducta humana-. El manipulador triunfa mediante toda suerte de tergiversaciones. Al no reaccionar debidamente frente a éstas, las gentes pierden la capacidad de pensar con rectitud, ajustándose a las exigencias de cada nivel de la realidad, evitando el cometer extrapolaciones de un nivel a otro, conservando la serenidad frente al poder fascinador de los términos talismán.

La incapacidad de pensar con la debida sutileza no sólo afecta al pueblo llano. Incluso personas que, por su profesión, debieran estar suficientemente alertadas, se convierten en cómplices de los manipuladores por asumir su lenguaje indiscriminadamente. En emisión reciente, un comentarista de radio criticó con severidad el hecho de que se hubiera emitido por televisión una película pornográfica. Tras dejar bien sentado que tales obras debieran quedar reservadas a salas especiales, para que vaya a verla quien guste de tales subproductos, indicó que la contemplación de ese género de espectáculos está limitada a "adultos de mentalidad muy abierta, a personas de criterio amplio". Los términos "amplio" y "abierto" se oponen a los vocablos "restringido", "mezquino" y "cerrado". Lo *cerrado* parece oponerse a la *libre circulación*, a la *generosa apertura e intercomunicación*. Por oponerse al término talismán *libertad*, tal vocablo queda automáticamente desprestigiado y, debido a la valoración por vía de rebote, los términos *amplio* y *abierto* adquieren una especial relevancia. He aquí, como en virtud de la fuerza misma del lenguaje empleado, este comentarista, sin duda bienintencionado pero poco instruido, desvirtuó al final su propia posición y rindió homenaje a los mismos que habían cometido el error por él denunciado de programar una película inadecuada. El lenguaje, si no se lo conoce y utiliza con precisión, puede jugarlos malas pasadas.

3. Una persona que sabe pensar con justeza advierte inmediatamente si un término está o no correctamente empleado y la función que ejerce en la frase. Ello le permite descubrir una peligrosa confusión y una astuta extrapolación: la confusión, por ejemplo, del *amor* con el *erotismo* y la extrapolación del nivel *objetivista* -en el cual se *producen* objetos, se *hacen*

cosas...- al nivel de la *creatividad* -en el cual se realizan actos de encuentro que tienen como *fruto* la instauración de ámbitos nuevos-.

Si no se tiene la mente desorientada por los trucos demagógicos, la afirmación de que "la mujer *tiene* un cuerpo" resulta, asimismo, chirriante y desazonadora. El que se ha ejercitado un tanto en la tarea de pensar con rigor capta de súbito el despropósito que late en tal aseveración precipitada, y no admite planteamiento alguno que la tome como piedra angular.

La persona que se deja invadir espiritualmente por la forma de pensar y razonar demagógica opera con unos esquemas mentales movedizos, flúidos, imprecisos, útiles sin duda para dominar a incautos pero ineptos para ordenar el propio pensamiento y ajustarlo a la realidad, *que es en definitiva el canon y módulo de todo recto pensar*.

Este desconcierto básico desorienta espiritualmente a las personas, les quita confianza en sí mismas, las despoja de toda capacidad de pensar por propia cuenta, de organizar debidamente sus ideas, de enfocar adecuadamente los problemas, de matizar los juicios, de ser rigurosas en los planteamientos, de ejercer una actividad creadora en cualquier aspecto. Este despojo se traduce en ausencia de sana actitud crítica. Tal laguna provoca, a su vez, una mayor entrega pasiva, casi fatalista, a los manejos violentos de los demagogos.

El demagogo se hace valer como defensor de los derechos básicos de las gentes menesterosas, y acaba dejando a éstas inermes, entregadas a un estado de infantilismo y gregarismo. El manipulador desempeña una función de *paternalismo tiránico* que acaba fomentando el *totalitarismo*, porque un pueblo sojuzgado intelectualmente es un pueblo *gregario* que acaba pidiendo a no tardar un *guía carismático*. Un pueblo reducido a rebaño reclama lógicamente un *pastor*.

4. Esta forma de entreguismo afianza la tendencia del pueblo a tomar decisiones en virtud de impulsos *emotivos*, espontáneos, poco reflexivos, casi exclusivamente instintivos.

5. Al tornarse decisivos los sentimientos espontáneos de las gentes, los demagogos orientan sus artes manipuladoras hacia todo cuanto signifique halago del fondo pulsional del ser humano, suscitación en el ánimo de éste de nuevas apetencias inmediatas, incentivación de las urgencias instintivas.

6. La atención casi exclusiva a la seducción de las ganancias inmediatas del instinto arrastra a multitud de personas hacia las experiencias de *vértigo*, y éstas ciegan en buena medida para los valores, quitan libertad y soberanía auténticamente personales y gregarizan al pueblo, sobre todo en sus capas más jóvenes. Tal gregarización artera queda puesta de manifiesto y delatada por el hecho expresivo de que muchos demagogos utilizan el término "masas" cuando aluden a sus mismos seguidores. "Si acontece esto, sacamos las masas a la calle..." Esta expresión, nada infrecuente en nuestros días, resulta obviamente ofensiva para quien sepa que el concepto de masa es peyorativo por implicar todo un proceso de envilecimiento.

7. Esta pérdida de autonomía causa una profunda decepción a los jóvenes, que se ven burlados en su buena fe. Seducidos por diversos lemas y promesas demagógicas de una *liberación sin fronteras*, los jóvenes se sienten arrastrados hacia formas de conducta que parecen ofrecer en principio un *significado* muy noble pero pronto se muestran desprovistas de auténtico *sentido*. El sentido lo adquieren las acciones y conductas cuando, en el juego creador de la existencia diaria, conducen a altas cotas de realización personal.

Al verse hundidos en pozos sin salida -"no me gusta el agua de estos pozos", exclamaba desesperada Yerma, en la obra homónima de Lorca-, los jóvenes se consideran manipulados y se revuelven contra la sociedad en movimientos de protesta. Pero esta búsqueda desgarrada de la autenticidad por el camino de la rebelión no les otorga ni un átomo de la ansiada identidad y soberanía personales ni el tipo de amparo singular que el hombre experimenta cuando se halla incorporado activamente a una realidad llena de sentido, perfectamente acorde a las exigencias más íntimas de su espíritu.

Al no estar abiertos a este género de realidades que sintonizan con el ideal hacia el que tienden, los jóvenes se encuentran bloqueados en su desarrollo como seres humanos. Su

actividad se reduce a pura agitación, al vano y desesperante juego de dar vueltas sobre el propio eje sin avanzar. Para progresar hacia metas elevadas, el hombre debe vincularse activamente a realidades valiosas que encaucen e impulsen su propia actividad.

Por falta de un conocimiento preciso de las *leyes de la vida personal*, que son *normas que rigen los procesos creadores*, los jóvenes persiguen una y otra vez ideales nobles por vías inadecuadas. Ciertos movimientos juveniles de irradiación mundial se lanzaron al justificado empeño de superar la rigidez y angostura de horizontes de la llamada "sociedad de consumo" -excesivamente alejada de la realidad y entregada a la construcción de mundos artificiosos, antinaturales-, pero siguieron un método equivocado. Estimaron que, para reconquistar la unidad perdida con lo real, bastaba fomentar las relaciones de amor libre y entregarse a la anulación de todo orden jerárquico, la nivelación de clases, la negación de lo Trascendente... La ruptura con el fundamento último de la realidad y la fundación de modos *empastantes* de unidad con lo real no hizo, en definitiva, sino quebrantar su poder creador e impulsarlos hacia actitudes irracionales, de calidad inferior a las que deseaban superar. Ciertos grupos de jóvenes cultivaron, con fina sensibilidad, la relación lírico-emotiva con la naturaleza y rodearon su vida de flores y cánticos. Lamentablemente, este género de unidad, noble y sugestiva, no instaura un modo estable y valioso de unidad con lo real si responde a un mero impulso instintivo, no a una esforzada voluntad creadora⁴⁵. Este desazonante fracaso condujo a buen número de jóvenes hacia una actitud de indiferencia laxa e indolente que recibe el nombre de "pasotismo". Tal reacción podía haberse previsto de antemano, pues la realidad no tolera que se quebranten sus leyes e incumplan sus exigencias impunemente.

Esta cadena de fracasos explica la actitud agresiva y desconfiada de los jóvenes frente a los mayores y el desenfado con que suelen sacar las consecuencias de los errores cometidos por éstos respecto a cuestiones básicas de la existencia humana. Generaciones de pensadores defendieron en los últimos tiempos concepciones del hombre sumamente arriesgadas, por reducir el valor de cuanto es e implica el ser humano, pero se cuidaron de no asumir las consecuencias sociales de sus brillantes construcciones intelectuales. Al observar más tarde, con alarma, que las generaciones jóvenes no tenían reparo en hacerlo, procuraron llegar a soluciones de compromiso con el fin de conservar un mínimo de orden. Esta incoherencia fue el detonante que provocó la ruptura entre las generaciones jóvenes y las adultas.

8. Al fomentar las experiencias de vértigo, la manipulación impide a las gentes captar la fuerza propulsiva de los auténticos valores y dejarse entusiasmar por su poder de atracción. En efecto, la experiencia de vértigo destruye la posibilidad del encuentro, fenómeno que exige decisión para unirse a *distancia de respeto*. El encuentro supone un entreveramiento fecundo de ámbitos, la instauración de un campo de juego. En este campo de juego se alumbra la luz que permite conocer y estimar los valores. Descubrir los valores y asumirlos no es tarea fácil⁴⁶. Cuanto más altos son los valores, más complejidad y riqueza de matices presentan, más difíciles son de captar y realizar, y mayor flanco ofrecen a los intentos de manipulación demagógica. "Es (...) normal que en el hombre (...) sean los valores más nobles los que ofrecen más flanco a la mentira"⁴⁷.

9. Esta ceguera respecto a los valores altera decisivamente la orientación de las *actitudes* de las gentes. Al no distinguir con justeza el sentido y el valor de realidades y acontecimientos, se aboca a la *indiferencia* y al *relativismo*. Todo es *igual* porque todo es *relativo* a las circunstancias de cada momento y cada perspectiva.

El indiferentismo relativista inspira, por su parte, una actitud de *contemporización*. El valor supremo es conservar la paz a cualquier precio. Al no descubrir la falacia de este "mito irenista", se interpreta como intransigencia toda forma de entusiasmo en la defensa de una

⁴⁵ Un amplio análisis de esta cuestión puede verse en mi obra *La juventud actual entre el vértigo y el éxtasis* (Publicaciones Claretianas, Madrid ²1993) 26-71.

⁴⁶ Puede verse, sobre esta cuestión, mi obra *El conocimiento de los valores*, Verbo Divino, Estella ³1999.

⁴⁷ Cf. G. Thibon: *Sobre el amor humano* (Rialp, Madrid ³1961) 45.

creencia u opinión. El contemporizador adapta su conducta a las pautas, normas y códigos facilitados de forma expresa o subrepticia por los medios de comunicación y las directrices de los grupos dirigentes. Se *conforma* con lo que le ofrecen y acaba siendo *conformado* por ello.

10. Este género solapado de configuración de las conductas y talentos no suele hacerse a través de una forma u otra de *adoctrinamiento* sino mediante el recurso fácil de ofrecer a las gentes máximas facilidades para entregarse a las distintas formas de vértigo y halagar con ello la tendencia a satisfacer impulsos instintivos. Mediante esta entrega a la seducción de lo sensible, se inocular al mismo tiempo en el ánimo de las personas una *concepción determinada del hombre*, la que concede primacía a las experiencias de vértigo y desprecia las de éxtasis sin necesidad de entrar en discusión abierta acerca del valor de cada una.

No se trata sólo de una táctica para conseguir el dominio práctico de las gentes. Estamos ante el ambicioso empeño de *transformar radicalmente a las personas en todas sus facetas: intelectual, volitiva, sentimental, creativa...* Esta transformación se realiza de raíz mediante la subversión de valores. Esta, a su vez, es llevada a cabo con nefasta facilidad a través de la confusión de los dos grandes bloques de experiencias humanas posibles: las experiencias de *vértigo* y las de *éxtasis*. A ellas debemos, por ello, prestar singular atención⁴⁸.

11. El procedimiento de *valorar por vía indirecta* se muestra sumamente efectivo en la actualidad. Con el mero hecho de mostrar algo insistentemente se lo está valorando de forma muy positiva. Por el contrario, al dejar algo fuera de juego mediante el boicot informativo, se lo desplaza fuera de la atención de las gentes. No existe para éstas, queda fuera de juego... Existe socialmente aquello de que se habla, lo que sirve de materia al comentario diario, lo que todos ven en la pantalla u oyen en la radio.

Nadie quiere quedar descolocado en el juego de la vida social; por eso todos procuran estar informados de aquello que suscita interés y se convierte en centro de atención. *Suscitar interés* se interpreta como signo de valor, porque se confunde a menudo *lo interesante para todos* y *lo valioso en sí*. Con motivo de cierto serial televisivo se vendieron en España 800.000 ejemplares de la voluminosa obra que había servido de base para su elaboración. Diversas personas y grupos sociales enteros mostraron su descontento respecto a ciertos puntos de vista defendidos en la obra. Todo fue en vano. Su versión televisiva invadía cada semana los hogares y polarizaba las conversaciones. Su cotización era, debido a ello, muy alta y se imponía a todo intento aislado de crítica, por bien fundada que ésta pudiera estar.

12. Hasta tal punto altera la manipulación las actitudes de las gentes que éstas pueden llegar a pasar, sin advertirlo claramente, del *miedo* hacia el adversario a la *simpatía*. El instinto de conservación lleva a padecer el "síndrome de Estocolmo", a identificarse en buena medida con la causa de quienes le oprimen a uno. Tal opresión envilece, resta poder de discernimiento, debilita las defensas interiores, le deja a uno inerte frente a los embates del enemigo y atenido a los resortes de defensa meramente *irracional*. Uno de estos modos de defensa precaria es la anulación de la distancia respecto a todo aquello que se manifiesta superior y prepotente en un determinado momento. Ello explica que, en la actualidad, la opinión pública e incluso círculos de profesionales exalten y magnifiquen a quienes no tienen escrúpulo en depauperar nuclearmente al pueblo para someterlo a servidumbre. Por duro que resulte aceptarlo, es obvio que *el que domina el arte de trasmutar el lenguaje posee una clave para dominar los espíritus*.

3. Riesgo para la vida democrática

La manipulación demagógica de la opinión pública reporta éxitos inmediatos a quienes la practican, pero a medio y largo plazo acaba envileciéndolos a ellos mismos porque el hombre es un "ser de encuentro" y nadie puede en rigor *encontrarse con realidades depauperadas, carentes de toda iniciativa personal*.

⁴⁸ Cf. *Vértigo y éxtasis. Una clave para superar las adicciones*, o.c.

El manipulador suplanta al pueblo en las funciones de pensar y de orientar la vida pública. La injusticia que entraña esta usurpación es agravada por el deseo del tirano de perpetuar su dominio. Para ello dispone su táctica manipuladora de tal suerte que amengue notablemente o incluso anule del todo en el pueblo la capacidad de pensar y decidir.

Las personas y grupos sociales así expoliados de su poder creativo no logran estructurarse en comunidades y fundar entre sí *campos de juego creador*, que son *ámbitos de iluminación*. Al sentirse desvalidos y desconcertados, incapaces de iluminar el sentido de cosas y acontecimientos, se sienten inseguros en la vida y acaban reclamando un *guía*, un experto que les *dicte* las normas a seguir. Una democracia montada sobre la práctica de la manipulación masificadora nutre en su seno una *dictadura* encubierta, más peligrosa sin duda para la pervivencia de la auténtica libertad que las dictaduras manifiestas. El peor enemigo del sistema democrático es el demagogo manipulador, por mucho que se apresure a proclamar su aversión a las dictaduras.

Suele afirmarse enfáticamente que la democracia es un sistema de convivencia basado en el poder soberano del pueblo. Pero éste sólo ejerce en definitiva un derecho: elegir el equipo gobernante. Si tal elección la realiza presionado por la demagogia manipuladora, queda al margen de toda decisión, reducido a mudo testigo de las luchas por el poder que sostienen los partidos hegemónicos. Estas luchas no siempre son sostenidas en el nivel noble de la búsqueda en común del modo más eficaz de gobernar la cosa pública sino en el plano sórdido de la conquista pragmática de votos. Tal conquista -se nos dice hoy abiertamente- se lleva a cabo merced a una labor insistente y taimada de propaganda. Esta, a su vez, pende de la financiación económica. He aquí cómo el pueblo, si acierta a sobrevolar un tanto los acontecimientos y capta la conexión que existe entre el poderío económico, la astucia manipuladora y el ascenso al poder, acaba viéndose al fin reducido a mero *objeto de compraventa*.

Esto acontece en los momentos en los que el pueblo ejerce el único poder del que dispone: el de votar. A lo largo de cada legislatura sólo se acude a él de cuando en cuando para averiguar solapadamente su opinión con el fin de tomar ciertas medidas que resulten populares y mitiguen el efecto de desgaste que implica el poder. Una vez y otra, el pueblo sigue siendo mero pretexto para el logro y el mantenimiento del poder por parte de ciertas clases dominantes.

Entusiasmo de los periodistas y decepción del pueblo

La trama de intrigas y enfrentamientos que la actividad política implica constituye una fuente de materia informativa inagotable para los medios de comunicación, que se sienten por ello en su *elemento*. De ahí que no cesen de cantar las alabanzas del sistema democrático así entendido.

Semejante exaltación eufórica está lejos de compartirla el pueblo llano, que día a día se va sintiendo más alejado de los verdaderos centros de decisión en todos los órdenes. Causa desazón observar, por ejemplo, con qué prepotente forma de silencio despreciativo se contesta a las cartas de tantos lectores bienintencionados que en el angosto rincón de los diarios a ellos reservado claman insistentemente porque se respeten en los espacios de televisión y radio sus convicciones morales y sus creencias religiosas. Ciertas peticiones que comprometen la marcha de la economía nacional pueden ser difíciles de atender, pero renunciar a un ataque gratuito y violento únicamente requiere, además de una dosis mínima de decoro, un elemental sentido de la atención que se debe a quienes hacen posible la existencia misma de los medios de comunicación social.

El sistema democrático de convivencia es, sin la menor duda, más perfecto que otros. Pero, si humilla a la razón y la somete al poder bruto del número, acaba entregando a las gentes

a las fuerzas de la manipulación, que ponen en grave peligro la dignidad humana y el futuro de la sociedad. Se ve claramente al analizar las consecuencias del fomento de las experiencias de vértigo.

No se puede provocar impunemente el descenso del *voltaje creativo* en los pueblos. Aunque disfruten de un alto grado de civilización, pueden éstos regresar precipitadamente a estadios de inmadurez y primitivismo. Señales de alarma a este respecto son, entre otros fenómenos patológicos, el aumento de la delincuencia y el alcoholismo, la destrucción de la juventud a través de la droga, el descenso en vertical del índice de natalidad, el incremento de los conflictos familiares, el cultivo abierto de lo zafio y grosero... Un pensador muy preocupado por auscultar la situación del hombre contemporáneo, José Ortega y Gasset, situó como clave de bóveda de su inquietante análisis de *la rebelión de las masas* la siguiente admonición: "Podemos perfectamente desertar de nuestro destino más auténtico, pero es para caer prisioneros en los pisos inferiores de nuestro destino"⁴⁹.

En algunos sistemas democráticos alienta un constante temor al "golpismo". Debería meditar seriamente que el mayor peligro, el más insidioso, contra el sistema democrático de convivencia procede de quienes, a través de la manipulación, amenguan la capacidad creadora del pueblo para dominarlo. Al someterlo a control, se glorían diciendo que tienen al pueblo en un puño, pero cometen con ello un error siniestro: lo que tienen a su merced no es el pueblo sino un producto degenerativo, lo que resta del pueblo tras haberlo despojado de su poder creador.

No malgastemos el tiempo atacando el *golpismo* y dediquémoslo a considerar que el manipulador de la opinión pública es el que *golpea* a la democracia *en su raíz*, que es la dignidad del pueblo, su capacidad de pensar de forma bien aquilatada, de mantener firmes sus ideales religiosos y sus criterios éticos. Aplicar la segur a todo esto creyendo que con ello se labra un futuro mejor es caer en la genialidad del que se subió a un árbol frondoso, se sentó en un rama y, sintiéndose seguro, la cortó entre él y el tronco.

XI

ANTÍDOTO CONTRA LA MANIPULACIÓN

Las consecuencias que acarrea la manipulación son demasiado graves para que nos quedemos inactivos sin tomar las medidas pertinentes. Esta reacción de legítima e ineludible defensa viene obstaculizada por el poder que tiene el demagogo de inhibir e intimidar a las gentes. Tal circunstancia da lugar a un *círculo siniestro*. El pueblo se entrega confiadamente a la acción de los manipuladores. Estos le quitan capacidad de discernimiento crítico. La falta de sutileza deja a las gentes más inermes y las lleva a entregarse con mayor ingenuidad y rendimiento. El manipulador siente que tiene el pueblo a su merced y se vuelve prepotente. No le importa que su conducta sea reprobable. En el plano de la eficacia ególatra, el hecho decisivo para él es que su éxito ante las multitudes está asegurado.

Para cortar este círculo, debe procederse con la necesaria *cautela*, a fin de evitar que el pueblo entre en la rueda dentada del proceso manipulador. Para ello se requiere la existencia de personas bien formadas que sirvan de guías y den la necesaria voz de alerta a su debido

⁴⁹ Cf. *Obras Completas IV* (Revista de Occidente, Madrid 1961) 211.

tiempo (I), recuperen el lenguaje secuestrado (II), ayuden a las gentes a poner en forma su capacidad de pensar de modo riguroso y promuevan su poder creativo en todos los frentes (III).

Esta triple tarea tiene por fin neutralizar la primera fase de la operación manipuladora y defender la libertad interior de las gentes, sobre todo las más sencillas. No hay libertad auténtica si no se acierta a pensar con rigor, orientarse debidamente en la existencia, jerarquizar los valores y estimarlos como es justo. En esta tarea liberadora debe colaborar activamente cada persona, sea cual fuere su preparación académica, ya que la meta a conseguir es que todos y cada uno de los ciudadanos posean iniciativa creadora y pueden ejercerla.

1. Estar alerta ante el fenómeno de la manipulación

Para poder organizar una defensa eficaz contra la avalancha de un fenómeno tan avasallador y solapado como es la manipulación, se requiere en primer lugar ponerse alerta, estar sobre aviso, tomar conciencia clara de que existe tal riesgo, analizar las circunstancias que lo hacen posible, los medios que moviliza y los peligros que provoca. *Estar alerta* equivale a no intimidarse, hacer frente al tirano, plantarle cara, instarle a tomar las cosas en serio y no hacer juegos malabares con el lenguaje⁵⁰.

La manipulación es un tipo de actividad cobarde. El demagogo no tiene la gallardía de presentarse de frente a plantear batalla. Quiere dominar ofreciendo la pipa de la amistad, y con malas artes lo va consiguiendo al amparo de la buena fe de las gentes. No es fácil comprender cómo pueden tener tanto éxito los demagogos. *Deberían ser rechazados por cobardes*. La primera reacción del pueblo debiera ser de rechazo, pero no sucede así porque el demagogo no aparece nunca ante él como *cobarde* sino como *arrojado*. Para ello se presenta siempre en calidad de "progresista" y "avanzado", y actúa de forma contundente, incluso cuando adopta por táctica formas moderadas para infundir confianza.

Estar sobre aviso respecto a la manipulación implica, entre otras cosas, "desmitificar" los medios de comunicación. La televisión, la radio, la prensa, los espectáculos de diverso orden tienen un inmenso prestigio ante quien los ve como un poder que procede de un lugar inaccesible. Este prestigio propio de lo recóndito y poderoso convierte a tales medios en algo "mítico", entendido aquí este vocablo en el sentido de elevado, enigmático, noble. *Desmitificar los medios de comunicación* significa despojarlos de este halo de grandeza y verlos de forma realista como el producto de un trabajo realizado por personas *concretas* en unas circunstancias *determinadas*. El que está al corriente de lo que pasa entre bastidores -en una redacción del periódico, en un estudio de televisión o de cine...- tiene poder de discernimiento y está lejos de conceder valor automáticamente a cuanto ve y oye; lo somete todo a crítica y acepta sólo aquello que ofrece garantías suficientes de autenticidad.

Los medios de comunicación social tienen en su mano mil recursos para influir poderosamente en las gentes. Sólo quienes consiguen tomar distancia frente a ellos conservan incólume su libertad. Se cuenta que Hitler y Mussolini -afanosos de hacer sentir su presencia- utilizaban a menudo la radio para ganar ante el pueblo esa especie de *ubicuidad* que la misma facilita al permitir hacerse presente al mismo tiempo en los rincones más apartados, penetrar en los hogares, hablar a las multitudes al oído, de modo sugerente. Esta constante presencia discreta se convierte en invasión anegante si se moviliza el poderoso recurso de la *repetición*, la insistencia, el volver una y otra vez sobre un tema desde ángulos distintos, con pretextos

⁵⁰ «Los hombres grises sólo pueden hacer su oscuro negocio si nadie los reconoce (...) ¡Lo único que tenemos que hacer es cuidar de que resulten visibles! Porque el que los ha reconocido una vez los recuerda, y el que los recuerda los reconoce enseguida. De modo que no pueden hacernos nada: seremos inatacables.» «El cree (...) que los hombres grises consideran un enemigo a todo aquel que conoce su secreto, por lo que le perseguirán. Pero yo estoy seguro de que es exactamente al revés, que todo aquel que conoce su secreto está inmunizado contra ellos y ya no le pueden hacer nada» (Cf. Michael Ende: *Momo* (Alfaguara ²³1985) 98, 102-103.

diversos, mediante entonaciones de la voz diferentes, pero siempre con la misma intención de fondo: grabar a fuego una idea en las mentes, sugerir una actitud, avivar un sentimiento, provocar una decisión, suscitar una filia o una fobia...

Entre las circunstancias que hacen posible e impulsan la manipulación, debe subrayarse el hecho de que la juventud constituye actualmente una presa codiciada por diversos depredadores. Desde hace unos decenios, ser joven no se reduce a hallarse en una etapa intermedia entre la niñez y la adultez. Implica pertenecer a un grupo social tan amplio como poderoso. La mitad de los seres humanos que pueblan la tierra son jóvenes. Hoy día los jóvenes juegan un papel decisivo en la vida *económica* -ya que, en bloque, gastan sumas ingentes-, en la *política* -merced al voto temprano que se les ha concedido- y en la *social* -debido a su influencia en la transformación de usos y costumbres-. Los jóvenes han cobrado conciencia de este poderío e intentan de cuando en cuando imponer la ley del número. No suelen, en cambio, advertir que, debido precisamente a la importancia que tal poder les confiere en la sociedad actual, despiertan en ciertos grupos el afán de someterlos a control. Poder dirigir a la juventud hacia las propias metas significa hoy día un gran negocio y una formidable palanca política y social.

Quien tenga la astucia suficiente para manejar a la juventud y convencerla, al mismo tiempo, de que es ella quien lleva las riendas de su destino posee la llave del éxito en un inmediato futuro y está en disposición de ejercer un influjo poderoso sobre los acontecimientos sociales en el momento presente. Los jóvenes actuales disponen de amplios medios para tomar iniciativas, pero carecen de la preparación necesaria para neutralizar la astucia de los demagogos. La juventud muestra hoy unas características *ambivalentes* que ofrecen al demagogo amplias posibilidades de tergiversación y dominio⁵¹.

2. La recuperación del lenguaje secuestrado

El manipulador secuestra el lenguaje, lo asume como medio para sus intereses no confesados, se apropia del prestigio de ciertos términos. Frente a este atropello, urge tomar las medidas siguientes:

1. Poner al descubierto los abusos estratégicos que se cometen con el lenguaje, a fin de estar en disposición de delatar en todo momento los diversos tipos de falacias en que alguien pueda incurrir.

2. Clarificar la esencia del lenguaje, descubrir su vinculación con la actividad creadora del hombre y acostumbrarse a verlo, no como un mero útil aplicable a diversos fines -comunicar algo o bien dominar a los demás-, sino como el vehículo viviente de los procesos creadores humanos.

3. Adoptar una lúcida actitud crítica frente a los *esloganes*, los tópicos intelectuales y los planteamientos y procedimientos estratégicos. A nadie teme más el demagogo que a quien consagra tiempo a revisar el lenguaje y analizar sus diversos recursos. *El análisis es el gran adversario de la manipulación, su máximo freno.* A un manipulador se lo para en seco cuando se le insta sencillamente a matizar, porque, al hacerlo, deja al descubierto sus juegos de manos con los conceptos.

4. No doblegarse al imperio de las modas culturales y aprender a estimar *lo nuevo que aporta un valor*, no lo meramente novedoso y espectacular. Sólo esta independencia de espíritu permite tomar distancia frente al hechizo que encierra el uso de ciertos vocablos, locuciones, lemas y consignas.

5. Liberar el lenguaje de las *adherencias sentimentales* que impiden captar el verdadero sentido de vocablos y locuciones. Esta liberación nos dará libertad para comprender, por ejemplo, que no tiene sentido hablar de libertad *en general*, sin las debidas matizaciones, y nos

⁵¹ Un análisis detenido de tales características lo realicé en *La juventud actual entre el vértigo y el éxtasis*, o.c., 199-235.

permitirá delatar los riesgos que implica el uso indiscriminado, tosco, sentimentaloides, de términos decisivos en la vida humana. Si se entiende la libertad del hombre como mera "libertad de maniobra", libertad desarraigada y altanera, se deja al hombre en una situación de desamparo espiritual y desvalimiento frente a toda suerte de mercaderes y depredadores. Karl Jaspers, pensador bien dotado para captar los sutiles matices de la vida humana, lo ha visto con perspicacia: "Si la libertad se convierte en un fin abstracto -escribe-, no es más que un *eslogan* que prepara una nueva violencia". "... La libertad coincide con la necesidad de la verdad"⁵². Goethe, en carta a Eckermann, acuñó esta profunda sentencia: "No nos hace libres el no querer aceptar nada superior a nosotros sino el acatar algo que está por encima de nosotros".

6. Recuperar para todos los grupos sociales los vocablos prestigiosos que han sido - apropiados indebidamente por ciertas orientaciones políticas. Los términos *libertad, independencia, autonomía, progreso, cambio, reforma, revolución, ruptura, obrero, trabajador, clases menesterosas, trabajo...* están desde hace tiempo secuestrados por los movimientos de "izquierda" -para seguir la denominación utilizada por ellos mismos-, y son movilizados como fuente inagotable y nunca bien revisada de prestigio ante las capas populares e incluso ante el estamento intelectual. No faltan personas en las filas de la llamada "derecha" que muestran deseos de secuestrar, a su vez, ciertas locuciones como "crear riqueza", "mantener el orden", "salvar las tradiciones", "conservar un alto nivel moral"...

Las expresiones "derecha" e "izquierda", utilizadas para designar una concepción del mundo, son -como queda dicho- *fijaciones ideológicas*, expresiones rígidas de una trama muy compleja de orientaciones intelectuales, morales, sociales, económicas, religiosas... Resulta abusivo expresarse en términos tan toscos y bastos. Arrogarse, además, el derecho de atribuir a algo tan difuso e impreciso la exclusiva de actividades tan amplias, tan accesibles a múltiples personas, como son "defender la libertad", "fomentar el progreso", "crear riqueza"... constituye una desmesura difícilmente justificable por cuanto da lugar a graves injusticias.

Hablar de "la izquierda" como la única fuerza social que garantiza las libertades es cometer un grave error tanto por exceso como por defecto. *Por exceso*, porque grupos políticos autodenominados "izquierdistas" están actualmente sojuzgando la libertad de buen número de pueblos. *Por defecto*, porque numerosos sistemas políticos de "derechas" gobiernan democráticamente hoy día buena parte de los países más avanzados de la tierra.

De modo semejante, debe considerarse inadecuado y abusivo atribuir en exclusiva a "la derecha" el arte de crear riqueza, mantener el orden, conservar las tradiciones..., porque también las orientaciones de izquierda colaboran, en casos, a tales quehaceres.

El arte de secuestrar términos y locuciones es ejercido sin duda con más frecuencia por la izquierda que por la derecha. Si ésta dedica sus esfuerzos a montar sólidos entramados culturales -sistemas económicos y filosóficos, tratados éticos y sociológicos...- y desatiende la labor de recuperar los vocablos y locuciones que han sido apropiados astutamente por la izquierda, verá minada su acción política y correrá serios reveses electorales.

7. Poner en forma la capacidad de pensar y expresarse con rigor, en perfecto ajuste a las exigencias de la cuestión tratada. El secuestro de términos y locuciones sólo tiene éxito social cuando las gentes practican modos de pensar y de hablar superficiales, toscos, banales, imprecisos, y cargan el lenguaje con una dosis excesiva de emotividad. Colabora decisivamente al secuestro del lenguaje todo el que no pone suficiente empeño en plantear los temas con rigor, expresar las ideas con justeza, razonar con lógica, pensar de forma ajustada a la realidad. Esta indolencia ayuda a crear el clima de ambigüedad que hace posible la práctica impune de la manipulación.

De aquí se desprende que muchas personas y grupos contribuyen de hecho eficazmente a que sus adversarios -en política, en ética, en religión...- lleven a cabo con éxito la labor de *modelación de las mentes* propia de la *primera fase* de la manipulación. Les tranquiliza, tal vez, el hecho de que mantienen firmes las diferencias doctrinales, pero ya hemos visto que esta

⁵² Cf. Benda, Jaspers y otros: *El espíritu europeo* (Guadarrama, Madrid 1957) 297, 293.

delimitación no garantiza la permanencia de la propia *identidad*. Si, al tiempo que proclamas tu independencia en cuanto al contenido de las doctrinas que profesas, te dejas troquelar la mente y modular la voluntad y el entendimiento por tu adversario, acabas colaborando, de una u otra forma, con sus propósitos. La *primera fase* lleva a la *tercera* aunque la *segunda* se halle a medio realizar.

Conviene hacerse a la idea de que la suerte de hombres y pueblos se juega en el *subsuelo metodológico*, es decir: en el nivel en el que se estructura el pensamiento -el estilo de pensar-, se configuran las actitudes ante la vida, se modelan los sentimientos, se orienta la propia creatividad. A la astucia para tergiversar y confundir hay que oponer la clarividencia para ordenar y esclarecer. Sólo nos podremos mantener en alguna medida libres si instauramos el recto orden del pensar y clarificamos su vehículo expresivo por excelencia que es el lenguaje.

Desde niños habría que enseñar a los hombres del mañana a pensar de modo bien articulado, fiel a cada fenómeno, atento a los sutiles matices que muestra la realidad. En un libro -bello e instructivo por lo demás- destinado a instruir a los niños en el conocimiento y estima de los valores que dan plenitud de sentido a la vida humana, se afirma que "los valores arrastran a los hombres..." Este modo de expresarse resulta perturbador para la recta formación del estilo de pensar de los niños. Al hombre lo puede *arrastrar* un torrente, en el aspecto físico, o una realidad fascinante, en el plano moral. Los valores no lo arrastran sino que *apelan a su libertad*, le *invitan* a asumirlos como posibilidades de acción creativa. Puede parecer que se trata de distinciones "bizantinas", carentes de importancia para la vida cotidiana del hombre, pero son decisivas para estructurar de forma sólida el modo de concebir, exponer y valorar los acontecimientos de la vida.

Pensar y expresarse de modo adecuado a la realidad exige mucha atención al comienzo y una buena dosis de esfuerzo. Mas pronto se trueca en hábito, y resulta fácilmente hacedero. Cuando se está viciado por hábitos de pensar inadecuados, resulta difícil ajustar de nuevo la mente al uso ordenado de conceptos y esquemas. Tanto mayor es la satisfacción que se siente cuando se logran modos de pensamiento y expresión coherentes y fecundos.

Los jóvenes suelen agradecer que se les ofrezcan claves para lograr un estilo de pensar y de expresarse totalmente ajustado a las exigencias de lo real. Este ajuste acaba viviéndose como una fuente de libertad auténtica. Sólo la verdad nos hace libres.

8. *Neutralizar el poder seductor de las imágenes*. Para ello debemos tomar distancia crítica, tener presente la condición posesiva del sentido de la vista, la tendencia facilona del hombre contemporáneo a reducir la *imagen* a mera *figura* y dejarse mecer por torrentes de estímulos visuales sin relieve y profundidad. Las imágenes producen una gratificación inmediata, suscitan modos intensos de sentimiento, pero esta intensidad puede no superar el nivel de la *pura excitación halagadora* si no nos tomamos tiempo para penetrar en el trasfondo de la figura y ver en ésta una auténtica imagen.

Tomarse tiempo es condición ineludible para iniciar una actividad *creadora*. Si deseamos que ver televisión, cine o teatro encierre alguna dosis de creatividad y tenga, por ello, cierta calidad humana, hemos de dosificar el tiempo consagrado a tales actividades, seleccionar los programas y disponernos convenientemente para verlos con soberanía espiritual y desde una perspectiva crítica. Esta actitud no implica rigidez, falta de espontaneidad, olvido del carácter de pasatiempo que presentan a menudo las obras culturales. La espontaneidad humana, incluso en los momentos de esparcimiento, no significa nunca irreflexión, entrega pasiva a los impactos inmediatos de los estímulos, abandono al río imparable de impresiones. Implica capacidad de ver en relieve, captar el sentido de las diferentes situaciones, adivinar el por qué de lo que sucede, penetrar en todo momento más allá de las apariencias que ocupan nuestra retina o golpean nuestro tímpano. Naturalmente, el hábito hace fácil esta actitud de alerta y atención a lo profundo, y nos permite descansar, relajarnos e incluso "divertirnos" al tiempo que tomamos buena nota de aquello que reclama nuestra atención y pugna por sacarnos fuera de nosotros mismos.

Esta facilidad para prestar atención simultánea a diversos niveles de la realidad nos permite advertir que las *imágenes pueden sugerir mucho sin matizar nada* y, al amparo de tal superficialidad, dar origen a multitud de recursos tácticos asumibles por diferentes estrategias. En cierto sentido, la imagen se adapta a los fines manipuladores todavía mejor que la palabra porque ésta de por sí ostenta siempre un *significado preciso*; lo que queda impreciso es el *sentido* que adquiere en cada contexto, y por esta grieta de indecisión se filtra la astucia manipuladora. La imagen se muestra ya imprecisa *desde el primer instante*. De ahí la facilidad de los demagogos para seducir a través del arte de confeccionar imágenes atractivas que no superan la mera calidad de *figuras de oropel*.

Hace falta consagrar tiempo a reflexionar sobre estas ideas a fin de contrarrestar la tendencia actual a tomar las imágenes como realidad e incluso como *módulo de realidad*. Las casas, las actitudes, los vestidos, los gestos, los procedimientos que se observan en los espectáculos se convierten en canon para medir la autenticidad de lo que existe y sucede en la vida diaria. Lo que todos ven y oyen -decíamos anteriormente- se convierte en lo *normal, lo normativo*. Los jóvenes que han visto televisión desde la cuna están inmersos en una civilización de la imagen. Han visto primero la vida en la pantalla, y poco a poco la van redescubriendo y viviendo en la realidad. El espíritu que ha inspirado los modos de existencia mostrado en las imágenes puede configurar y dirigir la vida real de millones de personas.

El éxito espectacular de la industria del video y las facilidades crecientes de compra y préstamo agravan la sumisión del hombre al poder fascinador de la imagen porque ahora puede uno suscitar a voluntad el tipo de estímulos que apetece en cada momento. Con ello se establece un círculo que puede resultar envilecedor de forma acelerada. El entorno en que crece el ser humano suministra un elenco nutrido de imágenes de diverso orden. La rapidez y abundancia en que son facilitadas tales imágenes no le permite al hombre adoptar una actitud debidamente creadora y tomar opción frente a las mismas. Esta imposibilidad fomenta una actitud pasiva ante tal aluvión de estímulos incontrolados. Al no vivir de forma creativa, plenamente lúcida, el hombre pierde el sentido de lo que conviene a su realidad personal en el futuro. Tiende, por ello, a dejarse llevar del halago de las ganancias que producen una gratificación *inmediata*. Reclama impresiones que favorezcan la eclosión de los instintos de todo género. La entrega a los diferentes modos de vértigo amengua la ya poca voluntad que le queda al hombre de elevarse a niveles de vida humana creadora y acrecienta su afán de saciar las pulsiones instintivas.

Llevado por esta lógica, el "hombre de la imagen" verá cegada cada día más su *capacidad imaginativa*, su *poder de decisión*, su *voluntad de llevar una vida personal autónoma*. Pensará que progresa en civilización cuando echa mano de productos técnicos que le permiten estar recibiendo impresiones sensoriales incluso durante los viajes y el trabajo, a fin de evitar el horror al vacío que asalta a quien no sabe descubrir el poder elocuente del silencio. Pero su incesante desasosiego le dará a entender en momentos de lucidez que se halla en un callejón sin salida.

Esta situación de cerco espiritual es sumamente propicia para toda suerte de montajes demagógicos porque el hombre cercado carece de amplitud de horizontes para discernir quién le ofrece una vía de salvación y quien le tiende una emboscada.

9. *Avivar el amor a la verdad y amenguar el afán de imponer las propias ideas y criterios*. La condición indispensable para pensar con rigor es mantenerse en todo momento abierto a *la realidad* y a su manifestación esplendorosa que es *la verdad*. El amor inquebrantable a la verdad nos inmuniza de la tentación de manipular a otros y refuerza nuestras defensas frente a los intentos manipuladores de los demás.

10. *Cultivar las auténticas formas de diálogo*. El que ama inquebrantablemente la verdad por encima de los propios intereses adopta una actitud de sencillez y colaboración con los compañeros de diálogo, sabe estar a la escucha y recibir agradecido las aportaciones que éstos puedan hacerle al hilo de la conversación. Tal apertura de espíritu impide que las propias posiciones intelectuales cristalicen en sistemas rígidos y degeneren en "ideologías".

11. *Fomentar la creatividad en todos los órdenes.* Una persona, un grupo, un pueblo resultan más fácilmente manipulables cuanto menos creativos se muestran y menos conscientes son del poder creador del lenguaje. El hombre, al hablar, no sólo comunica algo relativo a lo que ya existe; da cuerpo expresivo a realidades que surgen al comunicarse con intención creativa. El hombre abierto a las diversas formas de creatividad tiene una sensibilidad especial para advertir que el lenguaje manipulador se halla alejado de las fuentes de la vida humana auténtica, que es la creativa. Para contrarrestar las fuerzas destructivas de la manipulación, se requiere poner a las gentes en situación de desplegar todas sus virtualidades creadoras: en arte, en deporte, en vida de interrelación, en apertura a la trascendencia...

El que realiza experiencias creativas se halla bien pertrechado contra las asechanzas de la manipulación porque tales experiencias son fuente de luz para comprender el auténtico sentido de realidades y acontecimientos. Si prometes *fidelidad* a una persona y te esfuerzas por cumplir tu promesa, ves por dentro con toda claridad que ser fiel significa crear día a día aquello que se ha prometido. Cuando un demagogo pseudoprogresista intente desprestigiar ante tí la actitud de fidelidad bajo pretexto de que es poco "lúdica", imaginativa y versátil, te será fácil dejarlo fuera de juego con sólo invitarle a no confundir el *mero aguante* con la *fidelidad creadora*. Aguantar es propio de las columnas y los muros, que son elementos cósmicos. Ser fiel es condición exclusiva de las personas, seres capaces de proyectar creativamente el futuro, superando así la sumisión al fluir temporal. Esta capacidad creadora está en la base de todo auténtico juego. Calificar de "lúdica" e imaginativa la actitud de *volubilidad* que exhibe la persona infiel supone un desconocimiento penoso de la esencia del *juego* peculiar del hombre, ese tipo de actividad que se extiende al deporte, a la interpretación artística, a la acción litúrgica..., a toda actividad humana que crea ámbitos llenos de sentido bajo unas normas determinadas⁵³. A este tipo de juego, y no al entendido como mera diversión incontrolada, aludía el gran Schiller cuando escribió que "el hombre sólo es plenamente hombre cuando juega" y "es precisamente el juego, y sólo el juego, lo que lo hace completo y lo desarrolla simultáneamente en su doble naturaleza (...)"⁵⁴.

Al vivir creadoramente y realizar experiencias de éxtasis, el hombre gana luz para comprender el verdadero alcance de los valores y cobra entusiasmo e impulso para tender hacia ellos como a un *ideal*. La tensión hacia un ideal confiere a la existencia humana una singular energía que libera al hombre del estado de atonía y abulia que constituye el clima nutricional de la manipulación.

El que desea dominar a un pueblo a través de la manipulación dirige sus primeras acciones a quebrantar la capacidad creadora de las gentes. Conseguido este fin, la sociedad entra en un estado de desaliento, de desconcierto sentimental, de desilusión e indiferencia. Los hombres desilusionados se tornan fácilmente *ilusos* a través de la práctica dolosa del *ilusionismo mental*. Un conjunto de personas ilusas resulta fácilmente moldeable y manejable. Se puede conseguir de ellas con relativa rapidez y facilidad que lleguen a querer lo que en el fondo de sí mismas no desean porque no les plenifica.

Resulta penoso observar cómo ciertos intelectuales temen perder su prestigio popular cuando se les pregunta si gustan de ciertos movimientos de vanguardia. Sin dar abiertamente una respuesta positiva, tampoco se arriesgan a expresar sus verdaderas convicciones y sentimientos para no ser tachados de anticuados y retrógrados. De una novela galardonada con un premio nacional y carente de todo valor estético se ha vendido una suma elevada de ejemplares sin duda porque muchas personas introducidas en la sociedad culta querían estar a salvo del desdoro que produciría el ser sorprendidas sin haberla leído y -lo que es más grave- ponderado.

⁵³ Cf. *Estética de la creatividad*, o.c., 29 ss.

⁵⁴ Cf. *Ueber die aesthetische Erziehung des Menschen* (Scherpe, Krefeld 1948) 56 ss. Edición castellana: *Cartas sobre la educación estética del hombre* (Aguilar, Madrid ²1969), 92-93, 91.

No podemos dejar de preguntarnos a qué razones responde este género de cobardía colectiva, que implica una falta nada menguada de libertad interior. Como clave para esta reflexión puede servirnos la idea de que sin entusiasmo por los grandes valores no existe en el hombre resistencia a dejarse dominar. Y el entusiasmo no brota en los espíritus que se entregan a las experiencias de vértigo por afán de incrementar las ganancias inmediatas.

3. El fomento de la creatividad y el nuevo ideal

El hombre actual se encuentra decepcionado y desorientado desde que perdió la seguridad que implicaba el "mito del eterno progreso". Esta situación de desvalimiento no hace sino agravarla cuando busca el *amparo* por la vía del dominio de cosas y personas. Tras medio siglo de búsqueda tanteante, la vida humana sigue en buena medida impulsada soterradamente por el viejo ideal del *dominio*, y ha llegado el momento en que nos produce escalofrío descubrir los riesgos a que estamos expuestos si el poder que tiene el hombre sobre la naturaleza y los demás hombres no se ve atemperado por una sólida *Ética del poder*.

Romano Guardini, hombre abierto modélicamente al futuro, escribe en sus *Cartas del lago de Como*: "Lo que necesitamos no es menos técnica sino más; mejor dicho: una técnica más fuerte, más reflexiva, más 'humana'. Más Ciencia, pero más espiritual, mejor conformada. Más energía económica y política, pero más desarrollada, más madura, más consciente de su responsabilidad, de modo que sepa encuadrar a cada individuo en el lugar que le compete. Pero todo esto sólo es posible si el hombre viviente se hace valer a sí mismo en el ámbito de la Naturaleza objetiva; si la pone en relación consigo, y crea nuevamente de este modo un 'mundo'"⁵⁵.

Si sobrevolamos la situación del hombre actual y la génesis de la misma, llegamos a la conclusión de que *no existe más salida airosa que cambiar de mentalidad y de actitud ante la existencia*. De la actitud dominadora debemos pasar a la actitud reverente, de la actitud posesiva a la actitud oferente, de la actitud de oclusión egoísta en los propios intereses a la actitud de apertura a grandes tareas comunes.

Operado este cambio, experimentamos una *transformación interna*: el sentimiento de inseguridad y frustración cede el puesto al entusiasmo que suscita la creatividad. El gran antídoto contra la manipulación y la degradación humana que provoca viene dado por el fomento de la actividad creadora en todos los órdenes: estético, deportivo, ético, religioso...

La creatividad humana presenta muy diversos matices, que pueden ser reducidos a un rasgo común: *todas las formas de creatividad confluyen en la instauración de modos relevantes de unidad*. Estos modos de unidad están en estrecha relación con fenómenos tan elevados como el *juego*, el *encuentro*, la *fiesta*, el *arte*, la *belleza*. Al advertir la conexión de estos fenómenos con el ideal de la unidad, se abre ante nosotros un amplio horizonte de realización humana. Desplegar tal horizonte ante los niños y jóvenes es la tarea del educador.

Al pueblo hay que enseñarla a defenderse de los manipuladores y a disuadirlos de poner en juego sus ardides. La defensa más eficaz contra la manipulación consiste en persuadir a los demagogos de que sus tácticas son un "boomerang" que ataca frontalmente su proyecto de conseguir el bienestar personal.

Al manipulador hay que hablarle en su lenguaje peculiar y en el plano vital en que se mueve, que es el egoísta. Los análisis realizados en la obra *Vértigo y éxtasis. Bases para una vida creativa* ponen de manifiesto que la vía única de realización personal es el fomento de las experiencias de éxtasis, ya que el cultivo de las experiencias de vértigo causa devastaciones irreparables en la vida social. En la actualidad contamos con material sobrado para documentar estas afirmaciones. Lamentablemente, ya no se trata de una mera elucubración filosófica. Es el

⁵⁵ Cf. *Briefe vom Comer See* (M. Grünewald, Maguncia 1956) 89. Versión Española: *Cartas del lago de Como*, Dinor, San Sebastián 1957.

resultado de un estudio detenido e imparcial de una serie de procesos que han vivido buen número de contemporáneos nuestros.

Toda forma de dominio ejercido sobre los demás suscita el sentimiento de exaltación propio de las experiencias de vértigo. Pero esta euforia primera degenera pronto en agostadora decepción al advertir que con seres manipulados y envilecidos no cabe establecer relaciones de encuentro, y, al no realizar encuentros, uno se asfixia lúdicamente. El que empieza erigiéndose en señor acaba despeñándose en la peor de las esclavitudes, que es la falta de creatividad.

Una buena formación nos dispone a no dejarnos seducir por las artimañas de los manipuladores, pero también puede elevar a éstos a un nivel de madurez ética tal que ilumine sus mentes para comprender que la relación *señor-siervo* encierra un valor años luz inferior a la relación *yo-tú*, relación entre dos seres personales que participan en unas mismas realidades valiosas. Al participar, fundan un campo de juego común, se encuentran entre sí, y este encuentro les confiere una auténtica realidad. Buber lo ha sabido expresar de forma pregnante: "Toda vida verdadera es encuentro". "Donde no hay participación no hay realidad"⁵⁶.

XII

TÁCTICA PARA NEUTRALIZAR EL ANTÍDOTO CONTRA LA MANIPULACIÓN

Los estrategias de la manipulación planificada con fines ideológicos están poniendo hoy en juego profusamente un recurso táctico para hacer imposible de raíz las medidas que constituyen un poderoso antídoto contra las artimañas manipuladoras. Se trata de la confusión deliberada de los dos grandes bloques de experiencias humanas: *las experiencias de vértigo o fascinación y las experiencias de éxtasis o creatividad*⁵⁷. Etimológicamente, "éxtasis" (*ecstasis*) significa "salir de sí". El proceso de vértigo comienza por el abandono o entrega a algo fascinante y aboca a la caída en la desesperación. Se da en él una drástica *salida de sí*. Este tipo de *pérdida de sí* no acontece en las distintas formas de experiencia de éxtasis, que son modos de "ascenso a lo mejor de sí mismo", es decir: al "ideal", al valor que se toma como el más adecuado para configurar nuestro ser. Según táctica habitual, el demagogo no repara en estas distinciones y da por hecho que éxtasis y vértigo se unen a través de su participación en una cualidad común: el *salir de sí*.

Inducir a las gentes dolosamente a considerar que entregarse a la seducción de una experiencia de vértigo equivale a realizar una experiencia de *auténtico éxtasis* -en cualquier aspecto: deportivo, estético, amoroso, ético, religioso...- constituye el gran timo de la estrategia manipuladora en la actualidad, la mayor trampa que se puede tender a las gentes de hoy, sobre todo a los jóvenes. Si éstos aceptan esa supuesta equivalencia, quedan fuera de juego en la tarea de llegar a ser hombres cabales. Y esto por una razón muy honda. El desarrollo de la personalidad lo lleva a cabo el hombre fundando modos de unidad valiosos con las realidades del entorno. Formas de unidad profundas y perdurables las instauran las experiencias de éxtasis, no las de vértigo. Estas dejan al hombre escindido de lo real, y por tanto lo agostan, como se agosta una planta desgajada de la tierra nutricia.

⁵⁶ Cf. *Ich und Du* en *Die Schriften über das dialogische Prinzip* (L. Schneider, Heidelberg 1954) 15, 65-66; *Yo-tú* (Caparrós, Madrid ²1995) 13, 50.

⁵⁷ Este importante tema es analizado ampliamente en la obra ya citada: *Vértigo y éxtasis. Una clave para superar las adicciones*, o.c.

Este desarraigo despoja al hombre de toda forma de auténtica cultura, que significa unión fecunda con lo real. Al estar escindido de la realidad, no sabe pensar con rigor, de modo bien aquilatado, "realista".

Desde este nivel de incultura radical, resulta imposible *descubrir los valores y asumirlos*. Es una ley de la vida personal que desde un nivel inferior no puede descubrirse el sentido y valor de cuanto se halla en un nivel más alto. Nada ilógico que las personas lanzadas por el plano inclinado de las experiencias de vértigo consideren los valores que impulsan y dan pleno sentido a las experiencias de éxtasis como algo *irreal*, fantasmagórico, producto de una fantasía evanescente.

Con la mera confusión de vértigo y éxtasis se opera una *subversión radical de valores*. Una operación tan simple y simplista como la de atribuir a las experiencias de vértigo carácter de éxtasis permite alterar de raíz la escala de valores. Lo decisivo ya no es la *exultación* del éxtasis sino la *exaltación* del vértigo, no el ascenso a la plenitud de *sentido* sino el descenso al *absurdo*, no el salto al *gozo* y al *entusiasmo* sino el abandono a la *angustia* y la *desesperación*.

Esta alteración de la escala de valores es una de las metas de la llamada "Revolución del Nihilismo". Los movimientos revolucionarios tienen su tiempo histórico preciso, ya que necesitan, para darse, un clima adecuado. Cuando las revoluciones violentas perdieron en Europa su elemento nutricional, se ideó un tipo solapado de revolución, consistente en cambiar los ejes espirituales que vertebran la vida personal de las gentes. En nuestro continente, el nihilismo no implica el retorno a la nada absoluta sino la anulación de los valores y criterios que están en la base del modo occidental de entender y orientar la vida.

Proyectar el prestigio secular de las experiencias extáticas sobre las experiencias seductoras de vértigo para incrementar el cultivo de éstas sin temor a envilecerse hace viable el trueque más doloso que se comete en la sociedad actual: *conceder amplias libertades de todo orden al tiempo que se cercena de raíz la única libertad auténtica del hombre, la libertad para ser creativo*.

La glorificación de las experiencias que empastan al hombre con la realidad mas no lo integran en ella satisface la *añoranza* de la corriente vitalista por el mundo infracreador, donde no existe responsabilidad, ni soledad, ni falsedad, pero tampoco posibilidad de crear vínculos, de vivir en compañía, de ser veraces y fieles, de responder a las invitaciones que se hagan a nuestra libertad.

Ese espectacular ilusionismo mental que confunde vértigo y éxtasis no pretende sino conceder la primacía a la *línea vitalista* sobre la *personalista*, llevar hasta el fin la lucha contra el espíritu iniciada al final de la primera guerra mundial. Es un verdadero golpe de mano certero y alevoso contra lo que se llama de ordinario "vida espiritual" -en contraposición a "vida instintiva"- y que, por mi parte, prefiero denominar "vida personal creadora".

Debemos prestar suma atención a esta tendencia a confundir vértigo y éxtasis porque tal falseamiento impide, por una parte, al hombre reaccionar contra el vasallaje espiritual que le impone la manipulación y, por otra, incrementa al máximo el poder seductor de los recursos estratégicos que moviliza la demagogia.

A la vista de este doble efecto, podemos afirmar que la identificación solapada de los dos tipos -polarmente opuestos- de experiencias humanas es la palanca más poderosa de que disponen hoy los demagogos para modelar las mentes, orientar las voluntades y modular los sentimientos. Una vez realizada esta labor de troquelamiento, propia de la *primera fase* de la manipulación, resulta vano todo esfuerzo realizado en orden a *adoctrinar* a las gentes acerca de los valores subvertidos porque cae sobre un terreno destinado a otro contenido ideológico. Años, lustros, decenios de vida académica pueden resultar baldíos en cuanto a *formación* humana si se permite que, a través del secuestro del lenguaje, se arrebate a niños y jóvenes el derecho a configurar por propia cuenta la imagen de su ser personal.

No basta darse cuenta de este injusto trueque y delatarlo. Se requiere ahondar en el sentido de las experiencias de vértigo y de éxtasis para comprender la inmensa riqueza que éstas últimas albergan y la magnitud del daño que se nos causa cuando se las reduce a las de

vértigo. Al comprender por dentro lo que son, de dónde proceden y lo que implican los procesos de vértigo y los de éxtasis, se comprende que el tipo de *reduccionismo* que se está cometiendo entraña una forma extrema de violencia bajo el rostro de una meliflua invitación al goce de la vida.

Reducir las experiencias de éxtasis a experiencias de vértigo, *rebajar* al hombre a la condición de "ser de impulsos", *limitar* el alcance del *amor* al de la mera *pasión* y el de la libertad humana al de la mera *libertad de maniobra*... son modos solapados de privar a la vida de su plena capacidad creativa y, por tanto, de su *sentido cabal*. La quiebra del sentido y la exaltación consiguiente del absurdo es la meta de la *revolución oculta* que intenta minar los cimientos espirituales del hombre actual.

¿De dónde procede esta tendencia reduccionista a vivir en niveles infrapersonales, infracreadores, infraresponsables? Conviene verlo de cerca porque la única forma posible de superar una orientación falsa es descubrir su origen y *verla genéticamente*. Sólo así podemos ganar *distancia de perspectiva* frente a ella y tomar decisiones radicales y certeras.

La crisis de 1918 y la aversión al espíritu

La primera Guerra Mundial (1914-1918) provocó en los pueblos de Occidente un desfallecimiento moral sin precedentes porque en ella hizo quiebra trágicamente el llamado "mito del eterno progreso". Desde el momento mismo en que se pusieron las bases del colosal edificio de la ciencia moderna, el hombre occidental se entregó al cultivo febril del saber científico y técnico por la convicción de que estaba sirviendo a la Humanidad y realizando una actividad éticamente valiosa. He aquí su razonamiento básico: *Si un poco de saber teórico da lugar a una medida proporcional de saber técnico, y éste permite al hombre dominar hasta cierto punto la realidad, producir artefactos y conseguir un determinado nivel de seguridad, bienestar y felicidad, un saber teórico perfecto hará posible un estado de felicidad ilimitada*. Los cuatro años de horrores bélicos quebrantaron de modo implacable este "mito del eterno progreso", que había ejercido la función de "ideal" -humanístico, ético e incluso a veces religioso- durante toda la Edad Moderna.

Desde 1918, el hombre occidental se halla en buena medida falto de ideales fecundos. Aunque parece a veces dispuesto a movilizar sus mejores energías para encontrar ideales nuevos, más sólidos y eficaces, soterradamente sigue inspirando su actividad el viejo *ideal del dominio* -dominio de objetos, de realidades culturales, de los seres personales individuales, de los pueblos...-. Piénsese, por ejemplo, en la tendencia actual a *conquistar* el favor de las gentes mediante el aliño artificioso de la "imagen" de quienes, tras cuidadosa planificación, se desea convertir en figuras de uno y otro orden: político, artístico, intelectual, literario... Este ideal del dominio no podía sino hacer quiebra un día, porque llevaba en el ala el plomo de la parcialidad, el egoísmo, la falta de auténtica creatividad, el desajuste respecto a la verdadera condición del hombre, ser dialógico que se realiza por vía de encuentro y entrega mutua.

Si queremos orientar debidamente nuestra vida personal y social, hemos de precisar con sumo cuidado por qué sigue el hombre actual aferrado al viejo afán de dominar, y cuál debe ser el nuevo ideal que polarice y dinamice nuestra actividad como personas y como pueblos. Esta tarea de clarificación la llevaremos a cabo si seguimos de cerca la génesis de las orientaciones filosóficas denominadas *Vitalismo* y *Personalismo* (o *Filosofía dialógica*).

Al reflexionar sobre el inmenso dolor provocado por la guerra, los pensadores europeos quisieron abordar la cuestión de modo radical, y se preguntaron quién era en definitiva el responsable. Todos coincidieron en un punto: el origen último de una guerra radica en la capacidad del hombre para pensar, razonar, adquirir conocimientos científicos y traducirlos en poder técnico, proponerse metas en la vida, considerar como enemigos a quienes constituyen un obstáculo en el camino, planificar la destrucción... Tal capacidad es debida al *espíritu*. Reinaba en el mundo la armonía; los acontecimientos se sucedían de un modo regulado por leyes naturales -físicas y biológicas-; mas he aquí que aparece en el universo un modo nuevo de

realidad, la espiritual, y la paz primera se rompe, ya que un ser espiritual puede dar a un mismo estímulo respuestas diversas, con lo cual se *distancia* del entorno, no se siente sometido rígidamente a él, toma iniciativas y emprende la vía de la creatividad y la libertad.

¿Qué significa la posibilidad de distanciarse? La respuesta a esta pregunta dividió a los pensadores europeos en dos corrientes diversas y antagónicas hasta el día de hoy y ejerció un notable influjo en todos los movimientos culturales: arte, literatura, cinematografía, política... El *movimiento vitalista* -pensemos en L Klages, como figura representativa- estimó que el hecho de estar abierto el hombre a la vida del pensamiento y la creatividad implica un riesgo excesivo⁵⁸. El *movimiento personalista o dialógico* -recordemos las figuras de F. Ebner, M. Buber, G. Marcel, Fr. Rosenzweig...- no dudó en afirmar que vale la pena asumir el riesgo de la creatividad porque, de superarlo, el hombre puede conseguir las cotas más altas de perfección.

Esta disparidad de criterios arranca de una interpretación distinta del término *distancia*. Aquiletemos bien el sentido de cada término utilizado. El animal da siempre una misma respuesta a un mismo estímulo. Lo hace en virtud de los instintos de que lo ha dotado su especie para asegurar su perduración. Estos "instintos seguros" vinculan al animal de modo automático a las realidades del entorno y garantizan que dará siempre la respuesta adecuada a sus necesidades vitales. El animal carece de libertad e independencia frente a lo real, pero por lo mismo está libre del riesgo de no acertar con la respuesta justa en cada caso y perecer, al quedar fuera de juego en el entorno que lo circunda.

Esta *seguridad sin riesgo* fue altamente valorada por el Vitalismo. El Personalismo, en cambio, estima que la situación del animal es perfecta en su nivel, pero absolutamente pobre en cuanto a posibilidades creativas, superiores al hecho biológico de conservar la existencia. El ser dotado de espíritu y, por tanto, de inteligencia no tiene asegurada la unidad con las realidades del entorno porque posee el privilegio de poder optar entre diversas posibilidades y tiene el deber de acertar con la respuesta justa en cada momento. *Poder elegir* implica una posibilidad excelsa pero entraña el riesgo de cometer errores fatales. Los instintos del hombre no son "seguros", no "aseguran" la unidad de éste con las realidades del entorno que le hacen posible la existencia. La *unidad* no le viene dada automáticamente al hombre por el simple hecho de existir en un determinado contexto y pertenecer a una especie. Debe él fundarla en todo momento mediante una elección ajustada de la respuesta a cada estímulo.

El ajuste gradual del hombre a la realidad se realiza a través de la actividad creativa. Los frutos de esta actividad humana, que es receptiva y activa a la vez -ya que viene sugerida por los estímulos recibidos del exterior pero debe ser llevada a cabo de modo libre y reflexivo por el hombre-, constituyen el entramado que llamamos *cultura*. La vida cultural tiene al principio una *función biológica*, porque es el medio que garantiza al hombre su pervivencia al hacer posible el ajuste constante a lo seres del entorno. Está llamada, sin embargo, a desempeñar funciones más relevantes, a las que no tendría acceso el hombre si estuviera unido con la realidad al modo del animal⁵⁹.

Este ajuste creador del hombre a la realidad no lo considera posible el Vitalismo. No acertó éste a descubrir la posibilidad de unirse a lo real de modo *integrador* mediante la fundación de *ámbitos de interacción* en los cuales no hay ni fusión ni dominio sino un *campo de juego común* en el cual los límites que separan a las diversas realidades son, más que barreras que escinden, lugares vivientes de intercomunicación.

⁵⁸ El término "Vitalismo" no tiene un sentido absolutamente preciso en la Historia de la Filosofía, entre otras razones porque los autores que se presentan como portavoces de los derechos de "la vida" utilizan esta expresión de forma vaga, indeterminada. Entenderé aquí por "Vitalismo" una corriente cultural que tiende a enfrentar la vida y el espíritu, y a destacar la importancia de lo *instintivo* frente a lo *racional*.

⁵⁹ «[...] En esta participación amorosa en el mundo de los objetos consiste la cultura -escribe Xavier Zubiri-. En un admirable opúsculo (*El saber y la cultura*, Espasa Calpe, Buenos Aires 1939), Max Scheler reivindica enérgicamente este sentido realista y ontológico de la cultura, cuyo análisis detallado nos llevaría demasiado lejos. Cultura es saber, y saber es, según la clásica fórmula aristotélica, participar del ser». Cf. "Filosofía del ejemplo", en *Revista de Pedagogía*, Madrid 55(1926) 294.

Al desconocer este modo relevante de unidad y sostener que la forma única de unidad posible es la fusional, el hombre de tendencia vitalista siente agudizada su *inseguridad personal*, pues el hombre sólo se siente en alguna medida seguro cuando desarrolla alguna actividad creativa, y ésta exige mantenerse a *cierta distancia* de las realidades que juegan algún papel en dicha acción. Para entrar en juego, hay que unirse a cierta distancia con las realidades que ofrecen posibilidades lúdicas. Si me fundó con una persona en un abrazo empastante, no puedo hablar con ella, ni tratarla, ni hacer ningún tipo de juego creador con ella. "Los hombres debieran quererse como masas", escribió Antonio Machado. Esta afirmación no es aceptable ni como metáfora, ya que para amarse hay que ser distintos, y la fusión anula la individualidad.

El amor surge cuando dos seres distintos y distantes superan la *distancia* -entendida como alejamiento- sin dejar de ser distintos, y se tornan *íntimos*. En la intimidad, la *distancia* se trueca en *perspectiva*, en campo de juego o intercambio de posibilidades. Se abraza fuertemente al amigo ausente largo tiempo, pues el sentido del tacto da idea de realidad. Para percibir la realidad presente del amigo, se entra en contacto físico con él, se le da la mano, se le abraza, se palpa su rostro con ambas manos. Pero, tras esta constatación efusiva, los dos amigos se separan un tanto para empezar a hablar. "Ahora, cuéntame cómo te va..." Esa corta distancia no implica el menor alejamiento. Al contrario, es el campo de juego donde va a tener lugar un proceso espiritual de *entrañamiento*, que es una forma de unidad muy superior a la que funda el abrazo primero. Si estos amigos hubieran de quedar abrazados para siempre, este tipo de unión sería para ellos una condena, por lo que implicaría de amputación de posibilidades creativas. La unidad de fusión -que es una forma de *inmediatez sin distancia*- parece en principio muy intensa, pero resulta muy pobre si no va unida con la *unidad de integración*. A través de la conversación, del trato mutuo, los amigos tienen que integrar sus existencias, entreverar sus ámbitos de vida. Entonces, el abrazo primero adquiere todo su valor *simbólico*, en cuanto remite a una forma de unidad *personal*.

La unión fusional es exaltante en principio pero deja al hombre desvalido. El pensador vitalista se encuentra ante una doble posibilidad: 1) realizar experiencias fusionantes que empastan al hombre con la realidad y lo sitúan en un estado de desamparo, 2) alejarse de lo real mediante el ejercicio de la actividad intelectual y dominarlo. *Experiencias fusionales* son, entre otras, la embriaguez, el erotismo, la inmersión pasiva en ríos de impresiones sensoriales., la velocidad extrema vivida como un vértigo exaltante sencillamente por lo que tiene de dominio del tiempo y del espacio, la entrega pasional al juego de azar, la evasión al viaje ensoñador de la droga... La *actividad intelectual* permite dominar las realidades del entorno en cuanto las analiza, las ficha, calcula los medios más adecuados para someterlas a control.

Durante varios decenios, el hombre vitalista se esforzó por realizar ambas posibilidades: acrecentar la unión fusional con la realidad e incrementar el dominio sobre la misma mediante el saber técnico. Últimamente, ha desarrollado una táctica artera para dominar las realidades humanas -personas y grupos-: *instar a los hombres a cultivar las experiencias fusionales*. La segunda posibilidad -el dominio- se pone así al servicio de la primera -la fusión-.

La incitación a empastarse con lo real se realiza a través del lenguaje. *El entendimiento afanoso de dominio tendrá a su cargo convertir el lenguaje en un medio de sugestión. He aquí en marcha el proceso de manipulación del hombre a través del lenguaje*. Vemos ahora con nitidez por qué razón se vinculan la nostalgia por el nivel infracreador de conducta, el cultivo de las experiencias de fusión y el afán de obtener seguridad a través del incremento del dominio de cosas y personas. La unión fusional no es fruto de un acto de creatividad; es el mero resultado de la puesta en marcha de una o varias fuerzas instintivas. El instinto suele ser glorificado como supuesto *representante de la vida genuina*, no dominada ni falsificada por el espíritu.

Desde la postguerra de 1918 hay una tendencia difusa en Occidente a restar valor al espíritu y concedérselo a las fuerzas oscuras del inconsciente, el fondo pulsional que arrastra al hombre como el vapor que impulsa una locomotora. "La fuerza viene de abajo": este lema del

Scheler tardío y de N. Hartmann influyó notablemente en la depreciación de la vida propia del espíritu.

Sorprende advertir qué graves consecuencias puede acarrear la comprensión defectuosa del sentido de un término. Para vitalistas y personalistas el poder de optar implica un *distanciamiento*, la ruptura de la unión automática entre el estímulo y la respuesta. Pero tal distanciamiento es entendido de modo opuesto por ambas corrientes.

Dos interpretaciones opuestas de la "distancia"

El Vitalismo interpreta dicho distanciamiento entre el hombre y lo real en torno como una forma de *alejamiento* o *escisión*. Por la tendencia errónea a vincular lo distinto con lo distante, externo y extraño, los vitalistas dan por supuesto que, si los seres del entorno humano son distintos del hombre, y en principio distantes, externos y extraños, permanecen siéndolo ineludiblemente en todo momento y circunstancia. "Mi humana vida -escribe Ortega-, que me pone en relación directa con cuanto me rodea -minerales, vegetales, animales, los otros hombres-, es, por esencia, *soledad*". "Hay, pues, infinitas cosas, pero (...) en medio de ellas el Hombre, en su realidad radical, está solo -solo con ellas-, y, como entre esas cosas están los otros seres humanos, está *solo con ellos*". "Sólo en nuestra soledad somos nuestra verdad". "A la soledad que somos pertenecen -y forman parte esencial de ella- todas las cosas y seres del universo que están ahí en nuestro derredor, formando nuestro contorno, articulando nuestra circunstancia pero que jamás se funden en el cada cual que uno es -sino que, al revés, son siempre *lo otro*, lo absolutamente otro-, un elemento extraño y siempre más o menos estorbo, negativo, hostil, en el mejor caso incoincidente, que por eso advertimos como lo ajeno y fuera de nosotros, como lo forastero, porque nos oprime, comprime y reprime: el mundo"⁶⁰.

Si lo distinto es siempre distante y extraño, el hombre se encuentra "arrojado" en el mundo, es decir, se halla en un entorno inhóspito al que no puede unirse con un tipo de ajuste que haga posible una actividad llena de sentido. El ser humano, debido a su privilegio de poder optar entre diversas respuestas a un mismo estímulo, se halla condenado a la soledad, a la inactividad, a la imposibilidad de realizar juego con las realidades del entorno.

Este tipo de juego -visto como actividad creativa, no como mera diversión-, es fuente de luz y sentido⁶¹. En consecuencia, el hombre "arrojado" en el mundo está abocado a una vida *sin sentido*, una existencia "absurda". La única forma de sentido que puede adquirir en un mundo que le queda *distante* es conseguir sobre el mismo cierta forma de dominio mediante la elaboración de sistemas de pensamiento que le permitan analizar lo que se halla *fuera* del sujeto, diseccionarlo, ficharlo, inventariarlo, tenerlo bajo control.

La relación que un sujeto que se halla *aquí* tiene respecto a un objeto que se encuentra *allí*, *fuera* de su área, es una relación de *objetivación*. *Ob-jeto* (como en alemán *Gegen-stand*) significa lo que está en frente⁶². Lo que está *en frente* puede estar *enfrentado* al sujeto, como algo distinto, distante, externo y extraño, nunca integrable del todo al sujeto, o bien puede hallarse en estado de *ofrecimiento* y *apelación* respecto a éste: cabe muy bien que sea *distinto* del sujeto pero le ofrezca posibilidades de integración que lo hagan *íntimo* sin dejar de ser distinto. La primera interpretación es sostenida por el Vitalismo; la segunda por el Personalismo.

Si se entiende el *estar en frente* como *enfrentamiento*, la *unión de integración* se hace imposible de raíz, y con ella el auténtico amor, que quedará reducido a mero "canje de dos soledades", según estimaba Ortega⁶³.

⁶⁰ *El hombre y la gente* (Revista de Occidente, Madrid 1957) 24, 71-2, 73.

⁶¹ Sobre este sugestivo y fecundo tema, véase mi *Estética de la creatividad*, o. c. 33-183.

⁶² Procede del verbo latino *ob-jacere*, del que se deriva *objicere*, cuyo participio es *objectum*.

⁶³ "El auténtico amor no es sino el intento de canjear dos soledades" (Cf. o.c., 73). Véase mi trabajo *El amor humano. Su sentido y su alcance*, Edibesa, Madrid ³1994.

El Personalismo, al igual que el Pensamiento Existencial⁶⁴, estima que el *distanciamiento* hecho posible por el espíritu puede degenerar en *alejamiento* y *escisión*, pero cabe la posibilidad de que se traduzca en *distancia de perspectiva*, modo de cercanía que es intermedia entre la *inmediatez de fusión* y la *distancia de alejamiento*. Esa "distancia de perspectiva" es la que hace posible el juego creador.

Para ver un cuadro, es decir, para realizar el *juego estético* de contemplar una obra pictórica, debe uno distanciarse un tanto de ésta y hallar la distancia justa: ni demasiado cerca ni demasiado lejos. El contemplador avezado sabe situarse en el punto adecuado para contemplar la obra de modo perfecto. Al realizar este juego contemplativo, la obra no se halla *lejos* del espectador, no está *fuera de él*, no se halla en un *allí* en relación al *aquí* en que aquél se encuentra situado. Cuando fundamos un *campo de juego*, superamos felizmente las divisiones entre lo mío y lo tuyo, el aquí y el allí, el dentro y el fuera. Si me pongo a tocar el piano y realizo el juego que implica la interpretación de obras musicales, el piano, la partitura y la obra interpretada no se hallan *fuera* de mí ni tampoco *dentro*; están en un mismo campo de juego, formando conmigo una unidad relevante. Por eso entro en relación de *presencia* con la obra; no sólo estoy en *vecindad física* con el piano; creo con él un modo de unidad superior a la que fundo cuando le toco superficialmente en cuanto mueble.

Descubrimos aquí un fenómeno de sorprendente riqueza, una auténtica *clave de interpretación* para entender al hombre en su vertiente creativa. A través de la creatividad, de la fundación de campos de juego creadores -en el aspecto deportivo, estético, amoroso, ético, cultural, religioso...-, las realidades distintas del hombre, sin dejar de serlo, pierden su carácter de distantes, externas y extrañas, y se tornan *íntimas*. Para que llegue a haber *intimidad* se requiere una posibilidad de *ajuste creador* entre las realidades que intentan unirse. Esta posibilidad de ajuste viene expresada por el término "instalación". Un piloto de aviación, sentado en la cabina ante el cuadro de mandos que le permite asumir el conjunto de posibilidades que ofrece el avión y dotar a ésta de una increíble movilidad y levedad, no está "arrojado" en su entorno. Si hablamos con precisión, diremos que está "instalado", porque entre él y las realidades que le rodean en ese momento se da una posibilidad de ajuste creador.

Este ajuste hace viable la fundación de una *unidad osmótica* que transforma a piloto y avión en una especie de *tercera realidad*: piloto-avión, avión-piloto. Algo semejante acontece con el organista y el órgano, el conductor y el coche. El piloto y escritor francés A. de Saint-Exupéry supo vivir y expresar esta forma elevada de unidad con una intensidad inigualable⁶⁵. El fenomenólogo M. Merleau-Ponty acertó a describir de modo singularmente expresivo la forma semejante de unidad que se instaura entre un intérprete y su instrumento⁶⁶. J. Moltman reparó asimismo en la *unidad operativa* que se forma entre el conductor y el coche⁶⁷.

Estos modos relevantes de unidad, en los cuales dos seres aúnan sus posibilidades de juego creador, constituyen formas de *intimidad*, fenómeno polarmente opuesto al de la *soledad*. Al fundar campos comunes de juego creador con las realidades que le rodean, el hombre se une íntimamente a ellas y acrecienta su conocimiento del sentido que las mismas poseen y del que van adquiriendo a través de la actividad cotidiana.

Los pensadores personalistas y existenciales estiman que el hombre -"ser de encuentro"- se acerca gradualmente a su madurez personal a medida que incrementa su capacidad de fundar tales modos de unidad operativa. Los pensadores vitalistas, por el contrario, juzgan que el hombre sólo puede vivir *de modo auténtico* si regresa de alguna forma al estado de la evolución de la realidad en el cual la unión con lo real viene asegurada por los instintos. Esta convicción inspira la *nostalgia* de tantos pensadores, literatos, artistas y

⁶⁴ No debe confundirse el "pensamiento existencial" (M. Heidegger, K. Jaspers, G. Marcel) con el "existencialismo" (J.P. Sartre). Cf. mi obra *Metodología de lo suprasensible* (Madrid 1963).

⁶⁵ Cf. *Pilote de guerre* (Gallimard, Paris 1942); *Piloto de guerra* (Edit. Sudamericana, Buenos Aires 1958).

⁶⁶ Cf. *Phénoménologie de la perception* (Gallimard, Paris 1945) 170.

⁶⁷ Cf. *El hombre. Antropología cristiana en los conflictos del presente* (Sígueme, Salamanca 1973) 43.

cinéastas contemporáneos por los modos de realidad inferiores al hombre. Si está fijado rígidamente al entorno, el ser humano no corre el peligro de alejarse, con lo que ello implica de mal uso de la libertad y del poder de razonar, de inventar artefactos técnicos, de dominar en múltiples formas la realidad. Se restaura así la armonía y la paz del universo. Al no ser libre, tampoco se es responsable; se libera uno de los riesgos que entraña la toma de posiciones.

Calígula, en la obra homónima de Camus, ha roto violentamente todo vínculo con buen número de colaboradores y familiares. Al sentirse solo, asediado por la forma asfixiante de soledad que engendran los ambientes de odio, exclama:

"¡Ah! Si al menos, en lugar de esta soledad envenenada de presencias que es la mía, pudiera gustar la verdadera, el silencio y temblor de un árbol!"⁶⁸.

El árbol no está ni acompañado ni solo. Ansiar la soledad del árbol y considerarla como la forma auténtica de soledad significa sentir añoranza por el mundo vegetal en el que es imposible por principio el fenómeno humano del aislamiento, visto como la secuela de la ruptura de los vínculos que el hombre debe fundar creadoramente con los demás. Tal forma de nostalgia supone la abdicación de la dignidad humana, un descenso del nivel creador al infra-creador en el cual son inviables tanto el amor y la compañía como el odio y la soledad.

Calígula considera como verdadera la forma de soledad que significa imposibilidad absoluta de compañía. Obviamente, quiere resolver su problema por vía de huida, alejándose del plano de la creatividad en el cual la ruptura de la convivencia engendra modos acendrados de soledad. Cuando un amigo se me acerca, me siento acompañado, experimento la sensación de ser acogido en el campo de juego que se instaura entre nosotros. Si un enemigo avanza hacia mí, experimento una especie de succión de mi espacio lúdico, de mi ámbito normal de actuación, y siento alterado -por así decir- mi metabolismo espiritual, como por efecto de un veneno. No sin honda razón, Calígula ve su soledad "envenenada de presencias".

En cambio, para el personalismo y el pensamiento existencial, ser responsable no significa en principio una *carga* sino una *colosal posibilidad*: la de *responder* creadoramente a las posibilidades de juego que ofrecen al hombre las realidades del entorno. Toda oferta de posibilidades es una invitación a *responder*, asumiendo dichas posibilidades. Al hacerlo, uno se hace responsable de los frutos de tal encuentro creador. Renunciar a toda posibilidad creativa para no ser responsable de lo que acontezca en virtud de esa respuesta positiva es una mutilación injustificada del ser humano.

Al considerar los seres circundantes como distintos, distantes, externos y extraños, el vitalismo los ve como *meros objetos*, seres que están ahí para dominarnos o para ser dominados por nosotros. El Personalismo sabe adivinar en toda realidad las posibilidades de juego creador que ofrece y no se limita, por tanto, a verla y tratarla como objeto, antes la considera como un "ámbito de realidad", un ser que no se reduce al espacio físico que abarca sino que tiene una vibración más amplia.

En consecuencia, el Vitalismo no advierte otra forma de relacionarse con los seres del entorno que la de *unirse fusionalmente*, perdiéndose en el magma formado por tal empastamiento, o el de *separarse y alejarse* para adquirir dominio. El Personalismo y la Filosofía existencial piensan que estas formas de relación son superadas por una tercera: la *unión de integración* formada por el ensamblamiento de dos ámbitos de realidad. Cuando un pianista toca el piano no se *funde* con él; tampoco se *aleja*; se *entreviera* con él en cuanto campo de posibilidades de juego estético musical. Ese entreveramiento sólo es posible entre seres que no son meros objetos o cosas sino "ámbitos", realidades abiertas, capaces de dar posibilidades y de recibirlas. El descubrimiento de este tipo de realidades abiertas es decisivo para superar la crisis espiritual provocada por la aversión al espíritu.

⁶⁸ Cf. *Calígula, suivi de Le malentendu* (Gallimard, Paris 1958) 83. Versión castellana: *Teatro* (Losada, Buenos Aires 41957) 90.

Cómo se gestó la aversión al espíritu

Por estar distanciado de las realidades del entorno, el hombre es un ser *inseguro*. En esto convienen el Vitalismo, el Personalismo y la Filosofía existencial. Pero el primero estima que la única forma de seguridad posible para el hombre procede 1) de la renuncia a toda separación y la entrega a modos de unión *fusionales* con las realidades del entorno, 2) del dominio de estas realidades que se obtiene mediante el conocimiento analítico. El Personalismo y el Pensamiento existencial se inclinan, más bien, a la opinión de que el hombre adquiere amparo en los ámbitos de encuentro o campos de juego que se forman cuando una realidad que no es mero objeto sino "ámbito" se entrelaza con otro ámbito y se intercambian posibilidades de juego creador. Por "ámbito" entiendo a) una realidad dotada de iniciativa y de una condición indelimitada y abierta (por ejemplo, la persona humana), b) un campo de posibilidades de acción lúdica (pensemos en una red viaria, un tablero de ajedrez, un campo de fútbol, un instrumento musical, una obra de arte, un barco, un avión, el mar, el lenguaje... c) el fruto de la interacción de dos o más ámbitos⁶⁹.

Para encontrar la seguridad típica de un ser creativo como es el hombre, hay que soportar la tensión del riesgo y entregarse a realidades que figuran en el entorno humano no para ser dominadas sino para ser respetadas, consideradas como *compañeros de juego* en el proceso de configuración de la propia personalidad. La *distancia de perspectiva* que se requiere para hacer juego recibe el nombre de *respeto* cuando se trata de entrar en relación de trato con una realidad personal.

"Los tres hombres de la provincia pedagógica -narra Goethe- preguntaron a Wilhelm Meister: ¿Cuál es la cosa que el hombre no trae consigo al nacer y que es necesaria para ser plenamente hombre? Wilhelm meditó brevemente y movió negativamente la cabeza. Tras una vacilación, dijeron ellos en alta voz: ¡La reverencia! Wilhelm permaneció suspenso. Los hombres repitieron: ¡La reverencia! Les falta a todos. Tal vez, a vos mismo"⁷⁰.

El Personalismo y la Filosofía existencial consideran como una ley de la existencia humana el hecho de que para conseguir una forma de unidad de rango superior hay que renunciar libremente y de buen grado a formas de unidad menos relevantes. La unidad con las realidades del entorno que le viene dada al animal por el hecho de pertenecer a una determinada especie es inferior en calidad a la unidad de la "urdimbre afectiva" (Rof Carballo) que se funda entre la madre y el bebé. Este modo de unión, a su vez, se halla muy cercano a la *inmediatez de fusión* propia del período de gestación y presenta, por ello, un valor inferior a la *unidad de amistad* que puede y debe irse formando entre los padres y el hijo a partir de la adolescencia de éste. La renuncia a cada uno de los modos inferiores de unidad no supone de por sí una represión o inhibición, pues sirve a una tarea personalizadora.

Este ascenso hacia modos más perfectos de realización personal es posible merced al poder creador que confiere al hombre su condición espiritual. Al interpretar de modo positivo esta tensión hacia lo cualitativamente más elevado, el Personalismo y la Filosofía Existencial consideran al espíritu como el mayor de los dones, y lo aceptan de buen grado. Reconocen, en plan realista, que el espíritu es la fuente primaria de responsabilidad y riesgo, pero éstos -el riesgo y la responsabilidad- vale la pena asumirlos por ser condición indispensable para que el

⁶⁹ Este concepto de ámbito es decisivo en el estudio del ser humano. Pueden verse sobre ello mis obras *Estética de la creatividad*, o.c., *Inteligencia creativa*, o.c., *El secreto de una vida lograda* (Palabra, Madrid 2004), *La ética o es transfiguración o no es nada* (BAC, Madrid, 2014).

⁷⁰ Cf. *Wilhelm Meisters Wanderjahre*, libro II, cap. I.

hombre tenga poder creativo. El ingente esfuerzo de estos movimientos filosóficos va dirigido al incremento de la vida espiritual y a la clarificación de su nexo con la actividad creadora⁷¹.

El Vitalismo prefiere la seguridad sin riesgo y tiende a renunciar a la aventura de la vida creadora, entendida en sentido riguroso. Para esta corriente filosófica, lo normal, lo modélico es la forma de vida infrahumana, infracreadora, infraresponsable. A su entender, el espíritu se incrustó en el universo como un huésped indeseado porque es el "contradictor del alma" (Klages), "un tumor que le ha salido a la vida". Como tal, constituye una excrescencia que convierte al hombre en un ser "monstruoso" (A.Gehlen). De ahí la tendencia de diversos autores vitalistas a considerar que las cualidades específicas del hombre no tienen por finalidad sino conservar en la existencia a éste a pesar de su modo anormal de estar constituido⁷².

En esta misma línea, para Ortega la razón humana no es sino un "aparato ortopédico puesto a un instinto quebrado". "Sin ella (la razón) había caído (el hombre) bajo el animal. Con ella conseguía estrictamente mantenerse sobre un nivel a una distancia no mayor de la que suele haber entre una especie zoológica y otra. La razón del hombre primigenio tiene casi el mismo radio de acción que el instinto, y, para los efectos de la economía vital, debe computarse como un instinto más que vicaría los perdidos"⁷³. "La razón del hombre inicial es mero suplemento al instinto deficiente"⁷⁴.

Obsérvese la afinidad de esta posición orteguiana con la del antropólogo Arnold Gehlen: "La apertura del hombre al mundo es fundamentalmente una carga". "Todas las cualidades específicas del hombre deben ser vistas en relación con la pregunta: '¿Cómo puede vivir un ser tan monstruoso?' "⁷⁵. El hombre es un "animal de instintos fallidos"⁷⁶. El fin del hombre y de los pueblos no es otro que "mantenerse en la existencia"⁷⁷.

Necesidad de superar la escisión vida-espíritu

El enfrentamiento entre la vida y el espíritu es a todas luces infundado e inaceptable. No procede conceder la primacía a uno de los términos del artificioso dilema "O vida o espíritu". En la persona humana no se oponen de por sí la vida y el espíritu, el instinto y la razón, la sensibilidad y la inteligencia -si se me permite hablar en términos gruesos, para entendernos rápidamente-. Donde sí hay oposición es entre dos actitudes que pueden ser adoptadas por el hombre entero: la actitud de entrega a las formas *fusionales* de unidad con las realidades del entorno, y la actitud de fomento esforzado de modos de *unidad de integración* con lo real.

¿Cuál de ambas actitudes es la más conveniente para la vida humana? Esta es la cuestión a discutir y decidir. Montar toda una lucha para conseguir que se prime a una vertiente del hombre sobre otra no conduce sino a la escisión y desgarramiento interno del ser humano y a su consiguiente depauperación⁷⁸.

Al empobrecer la persona humana, surgen los conflictos de forma ineludible. Para superarlos, no tenemos más recurso que enriquecer el ser humano mediante la realización de las diversas formas de encuentro. La experiencia de encuentro nos permite descubrir por dentro

⁷¹ Cf. Peter Wust: *Ungewissheit und Wagnis* (Kösel Munich 1946). Versión castellana: *Incertidumbre y riesgo* (Rialp, Madrid). Sobre la triple inseguridad del hombre según P. Wust, véase mi obra *El poder del diálogo y del encuentro* (BAC, Madrid 1997) 194-202.

⁷² Véase, sobre esto, mi *Metodología de lo suprasensible*, o.c., 146 ss.

⁷³ Cf. *Obras Completas* VI (Revista de Occidente, Madrid 1947) 473.

⁷⁴ Cf. *Obras Completas*, V (Revista de Occidente, Madrid 1961) 304.

⁷⁵ Cf. *Der Mensch, seine Natur und seine Stellung in der Welt* (J. und Dünhaupt, Berlin 1940) 25, 24.

⁷⁶ *Ibid.*

⁷⁷ Cf. o.c., 53.

⁷⁸ Sobre este tema y el verdadero sentido del movimiento personalista-dialógico pueden verse mis obras *El triángulo hermenéutico* (Publicaciones Universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2015) 371-424; *El pensamiento filosófico de Ortega y D'Ors* (Guadarrama, Madrid 1972) 176-233; *El poder del diálogo y el encuentro*, o.c.

varios temas decisivos en toda formación humana sólida: la importancia de las relaciones de intimidad del hombre con las realidades circundantes, lo que significan los valores y las virtudes para el desarrollo de la personalidad humana, cuándo surge la verdadera libertad -la "libertad creativa"-...

Conocer con precisión estas cuestiones es condición indispensable para tener una personalidad recia, capaz de orientar la propia vida con criterios bien fundamentados. Lógicamente, el manipulador, por su afán de dominar a los pueblos, desea que las personas se mantengan en un grado de desarrollo precario y sean fácilmente dominables. De ahí su empeño en dar por supuesto que el hombre no puede crear con los demás relación alguna de intimidad, que los valores más altos son utópicos -en el sentido negativo de irrealizables-, y que la verdadera libertad humana es la "libertad de maniobra", la capacidad de elegir en todo momento conforme a las propias apetencias.

Por nuestra parte, si queremos abrir nuestra vida a los valores más elevados y a la creatividad en todos los órdenes, debemos estar alerta frente a estos ardidés de la manipulación, que lo confunden todo de propósito y fácilmente nos llevan a identificar los procesos de *éxtasis* -que fomentan la creatividad, suscitan *alegría* y *entusiasmo* y saturan nuestra vida de *sentido*- con los procesos de *vértigo*, que amenguan la creatividad, producen sólo *euforia* y *desilusión* y nos condenan al *absurdo*⁷⁹.

Exaltar las experiencias de vértigo o fascinación, como si fueran experiencias de éxtasis, es una táctica manipuladora que engeguece al hombre para los grandes valores y lo sume en el *vacío existencial*. Este vacío y esa ceguera constituyen la base de la actitud *nihilista*⁸⁰. Orientar a las gentes arteramente hacia el *Nihilismo*, bajo el señuelo de conseguir una libertad sin fronteras, es la meta de la *Revolución oculta* que intenta minar actualmente las bases espirituales de buena parte de la humanidad⁸¹.

¿Qué medidas tomar ante la marea nihilista? Recordemos que los grandes problemas humanos sólo se resuelven *por vía de elevación*. Así, frente al envite nihilista, que pugna por rebajar nuestro voltaje creador, hemos de cultivar con entusiasmo, sin vacilación alguna, la vida del espíritu en todas sus facetas. Debemos cuidarnos de no poner nunca el espíritu al servicio de los instintos, sino integrar éstos debidamente en el conjunto de la vida personal con todo cuanto implica. Sólo de esta forma lograremos superar el *cansancio espiritual*, que es -según Husserl- el gran peligro del hombre europeo contemporáneo⁸², y recobrar la energía interior

⁷⁹ Un estudio muy amplio y sistemático de los procesos de vértigo y éxtasis puede verse en mi obra *Vértigo y éxtasis. Una clave para superar las adicciones*, o.c.

⁸⁰ El concepto de *nihilismo* no es fácil de precisar porque incluye significaciones distintas. Una de ellas se refiere a la alteración radical de los valores que se hallan en la base de la mejor cultura occidental. Esta alteración se halla en vecindad con la llamada "subversión de valores" y la defensa del "absurdo" como actitud vital.

⁸¹ Sobre la subversión de valores y "las dos revoluciones de la juventud actual" pueden verse amplias precisiones en mi obra *La juventud actual entre el vértigo y el éxtasis. Creatividad y educación*, (Publicaciones Claretianas, Madrid 1993, 2ª ed. ampliada) 162-192.

⁸² «La crisis de la existencia europea tiene sólo dos salidas: la decadencia de Europa provocada por el alejamiento de su propio sentido racional de la vida, la caída en la hostilidad hacia el espíritu y en la barbarie, o bien el renacimiento de Europa merced al espíritu de la Filosofía y mediante un heroísmo de la razón capaz de triunfar definitivamente sobre el naturalismo. El mayor peligro de Europa es el cansancio. Luchemos contra este peligro de peligros como "buenos europeos", con la valentía que no se arredra ni ante una lucha infinita, y, entonces, del incendio destructor de la incredulidad, del fuego que consume toda esperanza en la misión humanitaria de Occidente, de las cenizas del gran cansancio resucitará el ave fenix de una nueva interioridad de vida y una nueva espiritualidad, como prenda de un futuro humano grande y lejano: Pues sólo el espíritu es inmortal». (Cf. *Die Krisis des europäischen Menschentums und die Philosophie*, en *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Philosophie* (M.Nijhoff, La Haya 1954) 347. 348. Esta conferencia fué pronunciada por el autor en la Asociación Cultural Vienesa los días 7 y 10 de Mayo de 1935. Consta que Husserl puso lo mejor de su espíritu en este trabajo y lo llevó a cabo con gran empeño.

necesaria para consagrarnos a las tareas más entusiasmantes, que son las inspiradas por una actitud de solidaridad y de servicio.

Cuando, en 1962, recibió en Bruselas el *Premio al mejor humanista europeo*, Romano Guardini destacó con energía que Europa no puede vivir de sus cuantiosas rentas históricas; necesita emprender de nuevo una gran tarea si quiere unirse y asumir la función que le está asignada en la situación actual. Esa tarea debe consistir, a su juicio, en crear una "cultura del servicio" con la misma decisión con que creó en el pasado una brillante "cultura del poder". Pasar de la ambición de poder a la voluntad de humilde servicio supone una *revolución espiritual* de una fecundidad insospechada. Frente a la tendencia a ejercer el poder en forma de *soberanía mayestática*, propone Guardini ejercerlo en forma de *servicio*.

"No aludo con ello -escribe- a la sumisión del más débil; al contrario, este servicio es propio de los fuertes, que se sienten responsables de la vida, de todo lo que se llama vida: el hombre, el pueblo, la cultura, la ordenación del país y de la tierra entera. Todo esto -repito- no con la impotencia de los débiles, sino con la superioridad de los fuertes; con la legitimidad que les otorga el saber que realizan una misión encomendada por Dios, pero con una actitud de 'humildad' -si cabe revalorizar esta palabra vitanda-, no con los modos propios de la 'maiestas'. Es una fuerza puesta al servicio de los demás por el deseo de que se enderecen las cosas de la tierra. En esta forma de ejercicio del poder no hay esplendor, ni majestuosidad, sino sencilla objetividad. Pero tal vez es esto lo que intenta conseguir la revolución que se está fraguando en todas partes, pues también el hombre actual quiere que la sociedad esté debidamente ordenada con el respaldo del poder, pero que sea una ordenación destinada al servicio del pueblo. Reconocer esto y llevarlo a cabo podría ser también una tarea de Europa, de la misma Europa que tanto poder ha ejercido y tanta majestad vacía se arrogó. Si se objeta que esto es una utopía ética, queremos recordar cuántas utopías fueron esbozos que hicieron posible llegar a realizaciones concretas"⁸³.

Si Europa se limita en este momento a conseguir una forma de unidad económica, no hará justicia al talante que determinó su figura histórica: su voluntad socrática de ir a lo esencial. "También Europa puede perder su hora -agrega Guardini-. Eso significaría que la unión conseguida no supone un paso hacia una vida más libre, sino la caída en la servidumbre común"⁸⁴.

Europa saldrá airosa en esta hora histórica en que está dispuesta a dar un salto hacia una configuración nueva, más comprensiva y creadora, si esta forma de *revolución constructiva* a que alude Guardini neutraliza la forma de *revolución destructiva* -que rebaja la calidad ética de las gentes- y tiende a crear una sociedad nueva sobre la base del cultivo de los valores más altos.

⁸³ *Europa. Wirklichkeit und Aufgabe* (Eggebrecht-Press, Maguncia, 1962) 27- 28. Versión española: *Europa. Realidad y tarea*, en *Obras de Guardini I* (Cristiandad, Madrid 1981) 25-26. (La traducción del texto citado es mía).

⁸⁴ *Europa. Wirklichkeit und Aufgabe*, o.c., 30; *Europa. Realidad y tarea*, o.c., 27.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

PRIMERA PARTE: LA MANIPULACIÓN Y SUS PROPÓSITOS

I. MANIPULAR ES REDUCIR, ENVILECER

Las palabras "talismán"

Manipular implica rebajar de rango

La base de la manipulación es el *reduccionismo*

El lenguaje delata el afán reductor

II. PARA QUÉ SE MANIPULA AL HOMBRE

El dominio del pueblo por vía de asedio interior

La pérdida de la capacidad creadora

La reducción de la "comunidad" a "masa"

La unión colectiva de intereses

La masa es fácilmente dominable y manejable

Manipulación y vasallaje espiritual. Visión sinóptica

III. ¿QUIÉN MANIPULA AL HOMBRE?

Dos tipos de manipuladores

Las ideologías y la manipulación

Las ideologías, fuente de violencia

1. Alejamiento de lo real y empobrecimiento

2. La violencia ideológica y la humillación de la razón

3. La escisión insalvable del pueblo en grupos

4. Atrincheramiento de las ideologías en el reducto moral y religioso

5. El proceso de ideologización y el de manipulación se fomentan mutuamente

Visión sinóptica

SEGUNDA PARTE: LOS RECURSOS DE LA MANIPULACIÓN

IV. ¿CÓMO SE MANIPULA AL HOMBRE?

I. La manipulación y las tendencias humanas

La tendencia a "estar en el secreto" y desenmascarar ídolos falsos

La movilización del "efecto sorpresa"

II. Circunstancias que favorecen hoy la manipulación

III. El demagogo navega río abajo

V. LAS TRES FASES DE LA MANIPULACIÓN IDEOLÓGICA

Primera fase: La modelación de las mentes

Efecto sugestivo de la palabra "cambio"

El desprestigio de los términos opuestos a "cambio"

El prestigio del cambio y el "mito del eterno progreso"

Entreguismo y remitificación

El secuestro de las ideas motrices

Logros de esta primera fase

Segunda fase: El adoctrinamiento cultural

Poder transformativo de la emoción

Tercera fase: La configuración de la conducta

Conversión de las ideas en ideales

Visión sinóptica del proceso manipulador

Relación de las tres fases entre sí

VI. EL LENGUAJE, FUENTE DE RECURSOS MANIPULADORES

1. Abuso estratégico de ciertos términos

Cómo manipular en una democracia

El lenguaje es un arma de doble filo

La redención de la palabra

Términos estratégicos. Diversa valoración de los vocablos

El prestigio y el poder cegador de los términos "talismán"

La fascinación de lo ambiguo

Las palabras talismán y la valoración por rebote

Diversos tipos de términos talismán

"Progreso": un término prestigiado artificialmente

La fuerza expresiva de lo puramente emotivo

Ejercicio de diálogo con un "progresista"

Producción de equívocos en cadena

El temor al lenguaje manipulado

2. Esquemas mentales susceptibles de abuso estratégico

Los esquemas mentales orientan el pensamiento

Necesidad de pensar con rigor y exactitud

El manejo trucado de los esquemas

Una clase demagógica de ética

¿Es el amor un canje de dos soledades?

Necesidad de entender ciertos "dilemas" como "contrastes"

VII. PLANTEAMIENTOS MANIPULADORES

Condiciones de la estrategia manipuladora

1. Montaje táctico de un proceso manipulador

Primera fase: Presentación del tema

Segunda fase: Fundamentación del tema. Uso táctico del verbo "tener" aplicado al cuerpo humano

Tercera fase: Exposición del tema

Cuarta fase: Conclusiones y solución al tema propuesto

Olvido táctico de otras vías de solución

2. Diversos modos de planteamiento estratégico

1. La manipulación del pueblo mediante encuestas

2. Las encuestas, modo de conocer para dominar

3. La anulación de la creatividad mediante la reducción de los contrastes a dilemas

4. La táctica de empobrecer al hombre para dominarlo

5. La explotación de la emotividad

6. El fraude de las preguntas mal planteadas

VIII. PROCEDIMIENTOS ESTRATÉGICOS

1. El intrusismo profesional como procedimiento estratégico

Antídoto contra el intrusismo

Sentido y alcance de la libertad de expresión

Formas de transgredir la libertad de expresión

El respeto y la libertad deben ser conquistados

Los medios de comunicación son creadores de opinión pública

Saber pensar con libertad

Las fronteras de la libertad de expresión

Cómo defenderse de la libertad de expresión incontrolada

Diversos grados de libertad de expresión

2. La sustitución del debate por el monólogo triunfalista o la entrevista sumisa
3. El recurso del diálogo trucado e inhibitorio
 - El resentimiento ante lo valioso y la sumisión a la mayoría
 - Para dominar, se convierte la discusión en disputa
4. El boicot informativo
5. El recurso de las insinuaciones ambiguas y turbias
6. El ataque precipitado e infundado
7. La estrategia de la intimidación o la explotación del miedo
8. El rumor, forma de ataque anónimo y difuso
9. La valoración por vía de yuxtaposición arbitraria
10. La valoración por vía de oposición o rebote
 - Dos casos de valoración indirecta
 - Las encuestas y la valoración por vía de oposición
11. El recurso del desvío de la atención
12. La insistencia como táctica de persuasión
13. La intimidación mediante el uso repetido de un vocablo prestigioso
14. El fomento del diálogo trucado como pretexto para provocar el relativismo y el indiferentismo
15. El recurso de la mofa, burla o escarnio
16. La alteración sinuosa del sentido de términos y locuciones
17. Alterar, mediante el uso de etiquetas estratégicas, el sentido de ciertas realidades
 - Uso táctico de etiquetas rígidas
18. Mentir abiertamente y sin medida
19. La utilización del lenguaje emotivo de las canciones
20. El recurso de dividir para dominar
21. La táctica de borrar la memoria del pasado
 - Fines perseguidos al eliminar la memoria del pasado
 - Para despojar al hombre se altera el lenguaje
 - Medios para controlar la memoria del pasado
22. La interpretación fatalista del cambio
23. El cultivo de la zafiedad y el descenso al plano infracreador

IX. LA MANIPULACIÓN DEL HOMBRE A TRAVÉS DE LA IMAGEN

1. Concepción bifronte de la imagen
2. La imagen constituye una encrucijada hacia lo profundo o hacia lo superficial
3. La imagen, recurso inagotable de manipulación

TERCERA PARTE: CÓMO PRESERVAR LA LIBERTAD FRENTE A LA MANIPULACIÓN

X. CONSECUENCIAS DE LA MANIPULACIÓN

1. Incapacidad de pensar de modo autónomo
 2. El gregarismo y la ceguera para los valores
 3. Riesgo para la vida democrática
- Entusiasmo de los periodistas y decepción del pueblo

XI. ANTÍDOTO CONTRA LA MANIPULACIÓN

1. Estar alerta ante el fenómeno de la manipulación
2. La recuperación del lenguaje secuestrado
3. El fomento de la creatividad y el nuevo ideal

XII. TÁCTICA PARA NEUTRALIZAR EL ANTÍDOTO CONTRA LA MANIPULACIÓN

